

SI ENTRAS, TE ATRAPARÁ

EL

SÓTANO



NATASHA PRESTON

CROSS
BOOKS

Índice

Portada
Sinopsis
Dedicatoria
1. Summer
2. Summer
3. Summer
4. Lewis
5. Summer
6. Summer
7. Summer
8. Summer
9. Clover
10. Summer
11. Lewis
12. Clover
13. Summer
14. Clover
15. Summer
16. Clover
17. Clover
18. Summer
19. Summer
20. Summer
21. Clover
22. Lewis
23. Clover
24. Summer
25. Clover
26. Summer
27. Lewis
28. Clover
29. Lewis
30. Lewis
31. Summer

32. Lewis
33. Summer
34. Summer
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Cuatro chicas encerradas por un secuestrador. Ellas son sus flores, sus perfectas y puras flores. Pero ¿cuánto tiempo podrán sobrevivir dentro del sótano?

Para mi prometido, Joseph, su apoyo no tiene límites

1

Summer

Sábado, 24 de julio (presente)

Al mirar por la ventana de mi dormitorio, me encontré con otro aburrido día del típico verano inglés. Los espesos nubarrones hacían que el día fuera más oscuro de lo que cabría esperar en pleno julio, pero no pensaba dejar que eso me molestara. Por la noche iba a ir a un concierto para celebrar el fin de curso y estaba decidida a pasármelo bien.

—¿A qué hora te vas? —preguntó Lewis.

Entró en mi habitación, como de costumbre, y se sentó a mi lado en la cama. Llevábamos juntos más de un año. Así que a esas alturas nos sentíamos muy cómodos el uno con el otro. A veces, añoraba la época en que Lewis no me decía que tenía que colgar porque se hacía pis, o cuando recogía sus calzoncillos antes de que yo llegara. Mamá tenía razón: cuanto más tiempo pasas con un hombre, más ordinario se vuelve. De todos modos, no lo cambiaría por nada. Se supone que tienes que aceptar a quien quieres tal y como es, así que yo aceptaba su desorden.

Me encogí de hombros y me miré en el espejo. Mi pelo era aburrido, lacio y soso. No conseguía darle un aspecto natural y con estilo. Por muy «sencillos» que parecieran en la revista los pasos para obtener el *look* «recién levantada», nunca conseguía que me quedara bien.

—Me marcho dentro de un minuto. ¿Qué tal estoy?

Al parecer, la seguridad en uno mismo es el rasgo más atractivo de una persona. Pero ¿y si no la tenías? No se finge sin más. Yo no era guapa como una modelo, ni sexy como una chica Playboy, y desde luego no me sobraba confianza. Básicamente, estaba hecha un desastre, pero, al mismo tiempo, me sentía muy afortunada de tener un novio tan ciego a mis defectos como Lewis.

Sonrió burlón y puso los ojos en blanco: era su cara de «ya está otra vez con lo mismo». Al principio le molestaba, pero ahora creo que mi actitud le divertía.

—Sabes que te veo por el espejo, ¿no? —dije, clavando la mirada en su reflejo.

—Estás preciosa. Como siempre —contestó—. ¿De verdad no quieres que te lleve esta noche?

Suspiré. Volvía a insistir. El local del concierto estaba a unos minutos de mi casa a pie. Era un trayecto que podía hacer con los ojos cerrados.

—No, gracias. Iré caminando. ¿A qué hora os marcháis?

Se encogió de hombros y apretó los labios. Me encantaba ese gesto suyo.

—Cuando el vago de tu hermano esté listo. Pero ¿estás segura? Podemos llevarte; nos va de paso.

—¡No hace falta! ¡En serio! Yo me voy ya, y si piensas esperar a que Henry esté listo, más vale que te armes de paciencia.

—No deberías andar por ahí sola de noche, Sum.

Suspiré de nuevo, más profundamente, y dejé de un golpe el cepillo sobre la cómoda de madera.

—Lewis, llevo años haciéndolo. Solía ir y volver de la escuela, y lo haré de nuevo el año que viene. Estas dos —dije, dándome una palmada en las piernas para añadir énfasis a mis palabras— me funcionan muy bien.

Bajó la mirada a mis piernas y se le iluminó la cara.

—Hum... Sí, en eso estoy de acuerdo.

Sonriendo, lo empujé sobre la cama y me senté en su regazo.

—¿Por qué no cortas ya todo ese rollo de novio sobreprotector y me besas de una vez?

A Lewis se le escapó una risita, y sus ojos azules brillaron después de que nuestros labios se encontraran. Tras dieciocho meses, sus besos aún conseguían acelerarme el corazón. Empezó a gustarme cuando tenía once años. Venía a casa con Henry todas las semanas, después del entrenamiento de fútbol, mientras su madre trabajaba. Pensaba que no sería más que un cuelgue pasajero, como el que había tenido con Usher en su momento, y no le di más vueltas; pero entendí que era algo más porque, después de cuatro años, seguía sintiendo mariposas en el estómago.

—¡Qué asco dais!

Di un brinco al oír la voz grave e irritante de mi hermano. Puse los ojos en blanco.

—Cállate, Henry.

—Cállate tú, Summer —respondió.

—No puedo creerme que tengas dieciocho años.

—Te he dicho que te calles, Summer —insistió él.

—Paso de ti. Me largo —añadí.

Me aparté de Lewis. Le di un último beso y salí de la habitación.

—Idiota —murmuró Henry.

«Idiota inmaduro», pensé yo. Lo cierto es que a veces sí que nos llevábamos bien, y era el mejor hermano mayor que uno pudiera tener, pero me ponía de los nervios. No me cabía duda de que iríamos de riña en riña hasta que nos muriéramos.

—¡Summer, ¿te vas ya?! —gritó mamá desde la cocina.

«No, estoy saliendo por la puerta para gastarte una broma.»

—Sí.

—Cariño, ve con cuidado —dijo papá.

—Sí, papá —contesté con rapidez, cruzando la puerta antes de que me pudieran detener.

Seguían tratándome como si estuviera en primaria y no pudiera salir sola. Nuestra ciudad era probablemente, o más bien, con toda seguridad, el lugar más aburrido del mundo; jamás había pasado nada ni de lejos interesante.

El acontecimiento más notable había tenido lugar dos años antes, cuando la anciana señora Hellmann (sí, como la mayonesa) desapareció durante horas, hasta que la encontraron merodeando por un prado, adonde había ido a buscar a su difunto marido. Toda la ciudad se volcó en su búsqueda. Todavía recuerdo el revuelo que se armó por el mero hecho de que hubiera ocurrido algo.

Empecé a andar por la acera, que conocía como la palma de mi mano, hacia el camino que pasaba junto al cementerio. Esa era la única parte que no me gustaba. Los cementerios dan miedo, no hay más que hablar. Sobre todo cuando estás sola. Sutilmente, eché un vistazo a mi alrededor, sin dejar de andar. Me sentía incómoda, incluso después de dejar atrás el cementerio. Nos habíamos mudado a ese barrio cuando yo tenía cinco años, y siempre me había sentido segura allí. Había pasado la infancia jugando en la calle con mis amigos, y cuando me hice mayor, quedábamos en el parque o en el club. Conocía al dedillo la ciudad y a la gente que vivía en ella, pero ese sitio siempre conseguía ponerme los pelos de punta.

Me abroché la chaqueta y apreté el paso. Casi veía el club, estaba justo a la vuelta de la esquina. Volví a mirar por encima del hombro y ahogué un grito cuando una figura oscura salió de detrás de un seto.

—Lo siento, guapa, ¿te he asustado?

Suspiré aliviada cuando me di cuenta de que se trataba del viejo Harold Dane.

—No, no pasa nada.

Levantó una bolsa negra que parecía pesada y la tiró al cubo de la basura al tiempo que emitía un gruñido profundo, como si estuviera haciendo levantamiento de pesas.

Harold Dane era un tipo delgaducho, con la piel arrugada y descolgada. Daba la impresión de estar a punto de partirse por la mitad, como una rama seca.

—¿Vas a la disco?

Sonreí por la palabra que había usado: «Disco». Supongo que en su época debían de llamarla así.

—Sí. He quedado con mis amigos allí.

—Vale, pues que te lo pases bien, pero, ojo, no pierdas de vista la bebida. He oído que, ahora, hay chicos que se dedican a echar drogas en las copas de las chicas jóvenes y guapas como tú —me dijo a modo de aviso.

Negó con la cabeza como si fuera el escándalo del año y todos los adolescentes anduvieran por ahí cometiendo violaciones tan campantes.

Le sonreí educadamente y me despedí.

—Iré con cuidado. Buenas noches.

—Buenas noches, guapa.

El club se veía desde la casa de Harold; cuanto más me acercaba a la entrada, más tranquila me sentía. Al final, mis padres y Lewis habían conseguido meterme el miedo en el cuerpo: era ridículo. Cuando llegué a la puerta, mi amiga Kerri me cogió del brazo por detrás, y no pude evitar dar un respingo. Ella se rio con mi reacción. «Sí, claro, desternillante.»

—Perdona. ¿Has visto a Rachel?

El corazón volvió a latirme a un ritmo normal a medida que mi cerebro procesaba la cara de mi amiga y me convencía de que no era el asesino de *Scream* o Freddy Krueger.

—No he visto a nadie. Acabo de llegar.

—Joder. Ha vuelto a pelearse con el idiota y ha salido corriendo, y su teléfono está apagado.

Ah, el idiota. Rachel y Jack, su novio, tenían una relación tormentosa que yo no conseguía entender: ¿qué te lleva a seguir con una pareja con la que te pasas el tiempo discutiendo y amargada? ¿No es mejor cortar por lo sano?

—Deberíamos ir a buscarla.

No me apetecía nada. Tenía la esperanza de pasar una noche divertida con mis amigos y lo último que quería era ir a buscar a una chica que debería haber dejado al perdedor de su novio hace mucho. No obstante, con un suspiro, me resigné a lo inevitable.

—Vale, ¿en qué dirección se ha ido?

Kerri enarcó una ceja y me miró.

—Eso me gustaría saber a mí, Summer...

Puse los ojos en blanco, la cogí de la mano, y nos dirigimos hacia la carretera.

—Bueno. Yo voy a la izquierda, tú, a la derecha.

Kerri se despidió con un gesto de la mano y giró a la derecha. Le sonreí y seguí mi camino. Esperaba que Rachel estuviera cerca, por su propio bien.

Crucé la cancha de deportes, en dirección a la salida trasera, por si había tomado un atajo a su casa. De repente sentí frío y me froté los brazos para intentar entrar en calor. Aunque Kerri me había dicho que Rachel tenía el teléfono apagado, traté de llamarla, pero, como era de esperar, me saltó el buzón de voz. Si no quería hablar con nadie, ¿por qué demonios teníamos que ir tras ella?

Nunca me había gustado dejar mensajes de voz, así que, cuando tuve que dejarle uno, me salió algo forzado. Seguí caminando hacia la pista de *skate* que estaba en la parte de atrás del parque. El patrón de las nubes había cambiado, de modo que ahora formaban un remolino gris en el cielo. La imagen era extraña e inquietante, pero no carecía de cierta belleza. Entonces, sentí una brisa fría que me pegó el pelo ligeramente miel y rubio (según Rachel, la aspirante a peluquera) a la cara. De repente, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—¿Lily?! —exclamó una voz grave y desconocida, a mis espaldas.

Me di media vuelta y retrocedí al ver a un hombre alto, de pelo oscuro. El corazón me dio un vuelco. ¿Qué hacía escondido entre los árboles? No me dio buena espina. Desde donde estaba, distinguí una sonrisa de satisfacción en su rostro y me extrañó que no se le moviera el pelo con el viento. ¿Cuánta laca habría usado? De no haber estado aterrada, le habría preguntado qué marca compraba, para intentar domar con ella mi melena.

—Lily —repitió.

—No. Lo siento, se equivoca.

Tragué saliva, retrocedí otro paso y miré a mi alrededor con la vana esperanza de que alguno de mis amigos estuviera cerca.

—No soy Lily —murmuré.

Eché los hombros hacia atrás y levanté la mirada para aparentar seguridad, sin conseguirlo. Su ominosa presencia me cortaba la respiración.

Él negó con la cabeza.

—No. Tú eres Lily.

—Me llamo Summer. Le digo que se equivoca de persona. —«Pedazo de friki.»

Pero ¡qué tonta! ¿Cómo se me ocurría decirle mi verdadero nombre? No obstante, el hombre no se inmutó, siguió mirándome con una sonrisa helada. Me repugnaba. ¿Por qué se empeñaba en repetir que yo era esa tal Lily? Aún albergaba una brizna de esperanza de que me confundiera con su hija y de que no fuera un loco siniestro.

Retrocedí otro paso y busqué con la mirada una vía de escape, por si acababa necesiéndola. El parque era grande, y yo estaba en la parte trasera, sentí ganas de llorar. ¿Por qué había tenido que ir allí sola? Tenía ganas de gritarme a mí misma por ser tan estúpida.

—Tú eres Lily —repitió él.

Antes de poder pestañear, se abalanzó sobre mí y me agarró. Intenté gritar, pero me tapó la boca con la mano para sofocar mis chillidos. ¿Qué demonios estaba pasando? Forcejeé con él para que me soltara, pero lo único que conseguí fue hacerme daño en los brazos. «¡Dios mío, va a matarme!» Se me saltaron las lágrimas y perdí el control. Tenía las manos entumecidas y un nudo en la garganta. Presa del pánico, solo podía pensar en una cosa: «Voy a morir. Va a matarme».

El desconocido tiró de mí con tanta fuerza que me quedé sin respiración al chocar contra él. Entonces, me giró de modo que mi espalda quedó pegada a su pecho. Seguía tapándome la nariz y la boca con la mano, así que me costaba respirar. No conseguía moverme, pero no sabía si era por la fuerza con la que me sujetaba o por el miedo, que me paralizaba. En cualquier caso, me tenía atrapada y podía hacer conmigo lo que quisiera, porque yo no podía mover ni un maldito músculo.

Me obligó a salir por la puerta trasera del parque y a cruzar la cancha de juego. Intenté gritar de nuevo para pedir ayuda, pero su mano actuaba de mordaza, y apenas conseguí emitir un sonido. Mientras me arrastraba hacia una furgoneta blanca, el hombre repetía «Lily» una y otra vez.

No pude evitar fijarme en los árboles de mi alrededor y en los pájaros que se posaban en sus ramas. Era extraño, pese a mi calvario, la vida seguía su curso. Dios mío, tenía que huir como fuera. Saqué fuerzas y conseguí clavar los pies en el suelo. Grité tan fuerte que me dolió la garganta. No obstante, mi esfuerzo fue en vano: solo los pájaros podían oírme.

Para hacerme callar, me clavó un brazo en el estómago, pero lo único que conseguí fue arrancarme otro grito de dolor. De nuevo, cuando soltó un brazo para abrir la puerta trasera de la furgoneta, pedí auxilio.

—¡Cállate! —exclamó, a la vez que me empujaba dentro del vehículo.

En el forcejeo, me golpeé la cabeza en el lateral de la furgoneta.

—Por favor, deja que me marche. Por favor. No soy Lily. Te lo ruego —supliqué, mientras me tapaba con una mano la herida que me había hecho en la cabeza.

Temblaba como una hoja por el miedo y boqueaba para respirar, desesperada por llenar de aire los pulmones.

Entonces, el gesto de su rostro cambió: se le hincharon las aletas de la nariz y abrió los ojos como platos.

—Estás sangrando. Limpia eso. Ahora —gruñó en un tono de amenaza que me hizo estremecer.

Me dio un pañuelo y desinfectante. Pero me quedé quieta. Estaba tan asustada y confundida que apenas podía moverme.

—¡Que lo limpies!

Ante su grito, reaccioné encogiéndome. Me llevé el pañuelo a la cabeza y me limpié la sangre. Me temblaban tanto las manos que estuve a punto de derramar el desinfectante al echármelo sobre la palma para aplicármelo en el corte. Cuando lo hice, me escoció tanto que apreté la mandíbula y entorné los ojos en un gesto de dolor.

El hombre, con la respiración agitada y cara de asco, no perdía detalle de lo que hacía. ¿Qué cojones le pasaba?

Las lágrimas volvían a nublarne la vista, y me caían por las mejillas. Cuando cogió el pañuelo, el hombre puso especial cuidado en no tocar la parte manchada de sangre; lo guardó en una bolsa de plástico y se lo metió en el bolsillo. Horrorizada, lo observé limpiarse las manos también con desinfectante. El corazón me retumbaba en el pecho. No conseguía convencerme de que todo eso estuviera pasándome de verdad.

—Dame tu teléfono, Lily —dijo con calma y extendiendo la palma de una mano.

Sin dejar de llorar, metí una mano en el bolsillo donde guardaba el móvil y se lo entregué.

—Buena chica.

Entonces, cerró la puerta de un golpe y me quedé sumida en la oscuridad. ¡No! Chillé y aporreé la puerta. Un momento después, oí el rugido inconfundible de un motor y sentí un tirón cuando la furgoneta arrancó. Nos movíamos. Pero ¿adónde me llevaba? ¿Y para qué?

—¡Por favor! ¡Ayuda! —grité, y golpeé una y otra vez la puerta trasera.

Pero fue inútil; aunque sabía que era imposible que la puerta se moviera, tenía que intentarlo.

Cada vez que doblaba una esquina, me golpeaba con un lado de la furgoneta, pero me levantaba, y volvía a pedir auxilio a gritos y a aporrear el vehículo. Empecé a jadear y a quedarme sin aliento. Sentía que me faltaba el aire.

Siguió conduciendo, y, con cada segundo, mi esperanza menguaba. Finalmente, la furgoneta se detuvo y me quedé helada. «Se acabó. Va a matarme.»

Tras unos angustiosos momentos de incertidumbre, durante los que oí el crujido de sus pisadas en el exterior, la puerta se abrió de golpe y me arrancó un sollozo. Yo quería decir algo, pero me había quedado muda. Él sonrió, se acercó a mí y, antes de que pudiera apartarme, me agarró del brazo. Estábamos en mitad de la nada. Una casa grande de ladrillo rojo, rodeada de altos arbustos y árboles, se levantaba al final de un sendero de piedra.

Allí nadie me encontraría. Intenté identificar algún detalle distintivo, pero nada la diferenciaba de las muchas parcelas de campo que hay a las afueras de mi ciudad. En definitiva, no tenía ni idea de dónde estaba.

Intenté resistirme mientras me sacaba de la furgoneta y me empujaba hacia la casa, pero él era demasiado fuerte. Volví a gritar en un intento final de conseguir ayuda, y, en esta ocasión, me lo permitió. Al darme cuenta de lo que eso significaba, se me cayó el alma a los pies: nadie podía oír mis gritos.

En mi mente resonaban solo tres palabras: «Te quiero, Lewis». Intenté prepararme para morir o para los horrores que pudiera haber planeado para mí. Tenía el corazón en un puño. A empujones, me obligó a cruzar la puerta principal y a recorrer un largo pasillo. Intenté fijarme en todos los detalles, desde el color de las paredes hasta la ubicación de las puertas, por si se presentaba la oportunidad de escapar; aunque el pánico me impedía retener nada, me sorprendió lo luminoso y cálido que era el vestíbulo. Entonces, sentí sus dedos clavados en el brazo, bajé la mirada y vi las marcas que me estaban dejando en la piel, semejantes a cuatro cráteres.

Sin una palabra, me empujó de nuevo hacia delante y me di de bruces con una pared verde menta. Me apretujé en una esquina de la habitación, temblando con violencia, mientras rezaba para que un milagro le hiciera cambiar de opinión y me dejara marchar. «Haz lo que te dice», pensé.

Si conservaba la calma, puede que consiguiera hablar con él y convencerlo de que me dejara ir, o quizá hallara alguna forma de escapar.

Con un ligero gruñido, apartó una estantería de tamaño medio y dejó el pomo de una puerta oculta a la vista. La abrió y, cuando vi la escalera de madera que había tras ella, ahogué un grito. La cabeza me daba vueltas. Ahí abajo estaría a su merced. Me imaginé una habitación sucia y cutre, con una mesa de operaciones de madera, bandejas con herramientas afiladas y un fregadero cubierto de moho.

Por fin recuperé el control de la voz y grité de nuevo; la garganta me ardía, pero eso no me detuvo.

—¡No, no! —exclamé una y otra vez hasta quedarme sin fuerzas.

Se me hinchó el pecho mientras luchaba por conseguir aire. «Esto tiene que ser una pesadilla. Tengo que despertarme.» El hombre me agarró con mucha fuerza y me arrastró sin esfuerzo; me resistí con uñas y dientes, pero estaba claro que mi peso le resultaba insignificante. Me empujó hacia la estrecha pared de ladrillo que estaba delante de la puerta. Volvió a agarrarme por el brazo con más fuerza todavía y me obligó a bajar hasta la mitad de la escalera. Me quedé allí, petrificada, presa del pánico y sin entender aún lo que estaba pasando.

Entonces, boquiabierta, miré a mi alrededor. Estaba en una habitación pintada de un azul claro que era sorprendentemente bonita; sin duda, demasiado para ser el sótano de tortura de un maníaco. En una esquina, vi una cocina pequeña y dos sofás de cuero marrón; en otro rincón había una silla orientada hacia un pequeño televisor en el centro de la habitación y, enfrente de la cocina, tres puertas de madera. Estaba casi tan sorprendida como aliviada.

Aquel lugar no parecía un sótano. Todo estaba demasiado limpio y ordenado, no había nada fuera de sitio. Un aroma intenso a limón inundaba el espacio y me hizo cosquillas en la nariz. En una mesa auxiliar, colocada detrás de la mesa de comedor y de las sillas, había cuatro jarrones: uno contenía rosas; otro, violetas, y el tercero, amapolas. El cuarto estaba vacío.

Me derrumbé en el peldaño y tuve que agarrarme a la pared para no caer escalera abajo. El golpe de la puerta al cerrarse me provocó un escalofrío. Estaba atrapada. Antes de poder recuperarme, grité al ver a tres mujeres al final de la

escalera. Abrumada, me di un golpe contra la tosca pared. Una de ellas, una guapa morena que me recordaba un poco a mamá de joven, me sonrió con tanta ternura como tristeza y me tendió la mano.

—Ven, Lily.

Summer

Sábado, 24 de julio (presente)

Dio unos pasos hacia mí con la mano tendida, como si esperara que yo la cogiera.

—Ven, Lily, no pasa nada.

No me moví. No podía. Ella dio otro paso. El pulso se me aceleró por el pánico, y solo fui capaz de pegarme más a la pared para intentar escapar de ella. ¿Qué querían esas mujeres de mí?

—No... No soy Lily. Por favor, tienes que decírselo. No soy Lily. Tengo que salir de aquí. Por favor, ayúdame —le rogué, mientras subía de espaldas el resto de la escalera, hasta que me di con la puerta.

Me volví y empecé a dar puñetazos contra el metal, ignorando el dolor de las muñecas.

—¡Lily, espera! Deja que te explique —volvió a hablar, aún con la mano tendida.

¿Acaso no se daba cuenta de que no iba a morder el anzuelo? Tenía que estar como una puñetera cabra si pensaba que iba a confiar en ella.

Me di la vuelta y ahogué un grito al percatarme de lo cerca que estaba. Ella levantó las manos, en un gesto de rendición, y dio un paso más.

—No pasa nada. No vamos a hacerte daño.

Sin dejar de llorar, negué con la cabeza.

—Por favor, ven y siéntate, te lo explicaremos todo.

Señaló uno de los sofás de cuero. Lo miré durante un segundo, mientras repasaba mis opciones, que eran muy limitadas. Tenía que descubrir qué ocurría y quiénes eran, así que levanté temblorosa la mano y cogí la suya.

Todo mi cuerpo estaba en tensión, me dolían los músculos por lo mucho que temblaba. ¿Por qué había tenido que separarme de Kerri? No debería haberme adentrado en el parque de noche. Tendría que haber escuchado a Lewis

cuando me insistía en lo peligroso que era salir sola. Creí que actuaba de forma sobreprotectora y, de hecho, así era, pero nunca pensé que pudiera tener razón. Long Thorpe era una ciudad aburrida. O lo había sido hasta entonces, al menos.

—Bien, Lily...

—Deja de llamarme Lily. Me llamo Summer —respondí.

No me importaba en absoluto quién era esa tal Lily, solo quería que se dieran cuenta de que yo no era ella y que me dejaran marchar.

—Cariño —empezó a decir con mucha delicadeza, como si hablara con un niño—, ahora tú eres Lily. No permitas que él te oiga decir lo contrario.

Tragué saliva.

—¿Qué está pasando? ¿A qué te refieres? Por favor, decídele que me deje marchar.

Me obligué a respirar aunque mis pulmones parecían encogerse.

—¿Por qué no me hacéis caso? —añadí.

—Lo siento, pero no puedes irte. Ninguna de nosotras puede. Yo soy la que más tiempo lleva aquí, casi tres años ya. Me llamo Rose —dijo y, encogiéndose de hombros, añadió—: Aunque antes me llamaba Shannen. Esta es Poppy, antes Rebecca, y ella es Violet, que solía ser Jennifer.

No daba crédito. Era una puta locura. ¿Esa chica llevaba encerrada allí abajo tres años?

—¿An... antes de qué? —conseguí decir.

—Antes de Clover —respondió ella.

Meneé la cabeza, mientras intentaba encontrarle algún sentido a todo lo que estaba pasando.

—¿Quién es Clover? ¿Él?

¿El cabrón que me llamaba Lily?

—Por favor, dime qué está pasando. ¿Qué me va a hacer?

—Tenemos que llamarlo Clover. Tú haz lo que te digamos y todo irá bien, ¿vale? Nunca le llesves la contraria, ni le digas tu nombre real. Ahora eres Lily. Summer ya no existe —dijo, con una sonrisa de disculpa.

Se me escapó un sollozo y estuve a punto de vomitar. «No puedo quedarme aquí.» Ella me pasó un brazo por el hombro y me dio unas palmaditas suaves. Quería gritar y apartarla de mí, pero no tenía la fuerza para hacerlo.

—Todo irá bien.

—Quiero... quiero irme a casa. Quiero estar con Lewis.

«Necesito a los pesados de mis padres, a mi irritante hermano y toda mi aburrida vida normal.»

La otra chica, a quien Rose había llamado Poppy, negó con la cabeza.

—Lo siento muchísimo, Lily. Deberías olvidar a Lewis. Créeme, es más fácil si lo haces.

¿Olvidarlo? ¿Cómo iba a hacerlo? Pensar en él, saber que estaba ahí fuera y que haría lo necesario para encontrarme, era lo único que me permitía no desfallecer.

—Tenemos que escapar. ¿Por qué no lo habéis intentado?

Todas bajaron la mirada al suelo al mismo tiempo, como si lo hubieran practicado.

—¿Qué pasa?

—Algunas lo han intentado —murmuró Rose.

Se me heló la sangre en las venas.

—¿Qué quieres decir?

Aunque ya conocía la respuesta, necesitaba oírse lo decir.

—Eres la segunda Lily que ha habido aquí. Por eso es imprescindible que hagas lo que te digamos. Escapar no es una opción; como tampoco lo es intentar matarlo. —Meneó la cabeza ligeramente y dejó de hablar, aunque parecía que le quedaba algo por decir.

¿Quién habría intentado matarlo?

Esas tres chicas habían perdido toda esperanza de salir alguna vez de ese agujero, veía la derrota en sus ojos, pero no iba a permitir que eso me pasara a mí. Saldría de ese sótano y me reuniría con mi familia. No estaba dispuesta a aceptar que no volvería a oír a Lewis decirme «te quiero», ni los gritos de mi hermano para que saliera del baño.

—Espera, ¿qué quieres decir con que soy la segunda Lily?

Me cogió la mano y me la apretó con delicadeza.

—Hubo otra. Estuvo aquí un mes antes de que me encontrara. Una noche, intentó matarlo, pero él la redujo y... —No acabó la frase, y respiró hondo antes de añadir—: Mira, lo único que digo es que no hagas ninguna tontería, ¿vale?

El corazón me latía tan fuerte que me dolía el pecho. No quería perder la esperanza, pero esa chica llevaba allí tres años.

Tragué saliva e hice la pregunta que más miedo me daba.

—¿Qué quiere de nosotras?

—No estoy del todo segura, pero creo que una familia. La familia perfecta. Elige a chicas que considera perfectas, como las flores.

Atónita, intenté asimilar esa última bomba. ¿Flores? ¿Por eso nos había puesto a todas el nombre de una flor? No salía de mi asombro. Ese tipo estaba como una puta cabra.

Rose prosiguió:

—Le gustan las cosas puras, y no aguanta el desorden ni los gérmenes.

Claro, por eso se había disgustado tanto cuando me había sangrado la cabeza, y por eso allí abajo olía tan fuerte a desinfectante.

—Tenemos que asegurarnos de que la casa esté limpia y ordenada en todo momento, y debemos ducharnos dos veces al día. Baja a desayunar con nosotras a las ocho en punto, de modo que a esa hora hay que estar duchadas, peinadas y maquilladas, listas para él.

Solté una carcajada amarga, convencida de que me estaban tomando el pelo. Eso sonaba más bien a *reality show*.

—Pero ¡¿qué cojones le pasa?! —grité, levantándome de un salto del sofá.

Mis piernas parecían de gelatina, así que a Rose no le costó hacer que me sentara de nuevo.

—Ni se te ocurra decir palabrotas delante de él, Lily. Por favor, presta atención a lo que digo —continuó ella—. Nos trae flores frescas cuando las viejas se marchitan...

Hizo una pausa y arrastró la última palabra; algo, quizá un mal recuerdo, le hizo fruncir el ceño. Me miró directamente a los ojos y, después de respirar hondo, me dijo sin más:

—Cuando se enamore de ti, querrá hacer el amor contigo.

Se me detuvo el corazón. Sacudí la cabeza con violencia, mientras notaba que los ojos se me llenaban de lágrimas. Me levanté de un salto y entonces conseguí sacar fuerzas de flaqueza para apartarme de Rose. No iba a permitir que ese tipo se acercara a mí. Prefería la muerte.

—¡No! Oh, Dios mío. Tengo que salir de aquí.

Me volví y corrí escalera arriba.

—Lily, Lily. Chist, calla —dijo Rose, frenética y agarrándome del brazo. Me había seguido por la escalera—. Tienes que calmarte. No creemos que pueda oírnos, pero no estamos del todo seguras, así que debes parar.

Me derrumbé y me quedé tirada en el suelo, sollozando. Rose me sujetó como pudo, así que no me di un golpe fuerte, aunque me habría dado igual.

—Tengo... tengo que irme a casa —murmuré.

Temblaba de la cabeza a los pies. No quería que se acercara a mí. El único chico con el que había estado era Lewis y esperaba que siguiera siendo así. La mera idea de que otro hombre me tocara me ponía los pelos de punta.

—Te prometo que todo irá bien, pero tienes que hacer lo que te digamos. Intentamos ayudarte, Lily —dijo Rose.

Me costó unos minutos, pero conseguí calmarme un poco. Rose tenía razón: debía seguir sus instrucciones, al menos hasta que se me ocurriera una manera de salir de ahí. Tenía que permanecer en calma y pensar con frialdad, diseñar un plan. Seguro que había una salida.

Nada era imposible. Tenía que seguirles el juego, como mínimo hasta que se me ocurriera algo: era cuestión de vida o muerte.

Me obligué a levantarme y dejé que me llevara de nuevo al sofá. Rose me limpió las lágrimas con un pañuelo. Cuando acabó, parpadeé y me di cuenta de que todas me miraban fijamente, preguntándose si iba a volver a perder los estribos, o si me comportaría, como ellas.

—¿Estás bien, Lily? —preguntó la otra chica, Violet.

Era la primera vez que se dirigía a mí y me había hecho la pregunta más estúpida posible. Negué con la cabeza. No, por supuesto que no estaba bien.

—Lo siento —me susurró, apretándome la mano.

Me sobresalté cuando la puerta del sótano se abrió. El ritmo de mi corazón se aceleró y empecé a temblar sin control. Bajó la escalera muy despacio, como si quisiera alargar el momento para aumentar el efecto dramático; por fin, se situó bajo la luz. Era la primera vez que podía verlo bien. Respiré hondo, mientras intentaba mantener una apariencia de calma.

Llevaba el pelo castaño cortado muy corto y peinado de forma impecable; ni un solo cabello estaba fuera del sitio. Me sorprendió su fuerza, pues, aunque era alto, no parecía demasiado musculado. Vestía unos pantalones vaqueros, un suéter azul marino de punto y una camisa blanca: su aspecto era el de un tipo normal, algo pijo y, desde luego, no respondía a como uno se imaginaba a un perturbado que mantiene a tres mujeres encerradas en el sótano.

Rose me sujetó la otra mano y me la apretó.

—Hola, Flores. ¿Qué tal se está adaptando Lily? —preguntó, sonriéndome amable, como si no acabara de raptarme.

«¿Qué demonios le pasa?» ¿Cómo podía mantener esa fachada de normalidad?

Violet se levantó y caminó hacia él. Entornó los ojos y meneó la cabeza.

—Esto no está bien, Clover, y lo sabes. Esta vez te has pasado de la raya. Es muy joven. Tienes que dejar que se marche —dijo ella.

Aunque su tono de voz era firme, el temblor de sus manos delataba sus auténticos sentimientos. Después de lo que Rose me había contado, estaba segura de que las tres lo temían. Por eso, Violet se ganó mi respeto al enfrentarse a él; era evidente que las otras dos no pensaban seguir sus pasos.

La sonrisa relajada desapareció del rostro del hombre, y yo me quedé paralizada. Se me aceleró el pulso. El gesto de su cara era ahora duro y severo, tanto que parecía una persona completamente diferente. Con una furia asesina, se abalanzó sobre la joven en un abrir y cerrar de ojos, y le retorció el brazo.

Violet frunció el ceño y miró con angustia el brazo que Clover le estaba doblando.

—Clover, por favor, no —susurró ella.

No quería ver lo que iba a hacerle, pero era incapaz de dejar de mirar, a pesar de que el corazón me latía a toda velocidad y sentía las manos entumecidas.

—Zorra egoísta —gruñó él, antes de abofetearla.

¿«Zorra»? Esa palabra había salido de su boca, pero resultaba extraño; parecía que hubiera hablado otra persona. No encajaba.

La bofetada resonó en toda la habitación, y Violet bufó entre dientes y se llevó la mano a la cara, aunque no dijo nada.

—¿Cómo te atreves a hablarme así después de todo lo que he hecho por ti? Somos una familia, y más te vale recordarlo.

Me quedé helada al darme cuenta de que pretendía que yo formara parte de su familia. No iba a dejarme marchar, aunque yo ya tuviera una: unos padres de los que no me había despedido al salir de casa y un hermano con el que había discutido antes de irme.

Violet se irguió y noté que algo había cambiado en su actitud. Con una mirada de rabia y la barbilla levantada, le escupió a la cara.

—¡No somos una familia, puto psicópata! —gritó ella, forcejeando para liberarse de su agarre.

De la garganta del hombre, emergió un sonido gutural y salvaje, inhumano. Debería haber aprovechado la oportunidad para echar a correr, pero el miedo me mantenía clavada al suelo. Violet se derrumbó, llorando de dolor por el fuerte empujón que había recibido.

—¡Quitádmelo! —rugió él, mientras agitaba los brazos frenéticamente.

Estaba horrorizada. «Esto tiene que ser una pesadilla, y tengo que despertarme ya mismo», me dije.

Pero no me desperté.

Poppy saltó a coger pañuelos y una botella de desinfectante de la mesa que estaba a mi lado. Me había fijado en que había unas cuantas botellas repartidas por toda la estancia: en la estantería, sobre la encimera de la cocina y en el mueble del televisor. Le limpió la cara al hombre y le dio la botella; él se echó un poco de desinfectante en una de sus manos temblorosas y se limpió de nuevo la cara. Rose y Poppy cruzaron una mirada que no supe interpretar, aunque intuí que no anticipaba nada bueno.

El hombre se volvió hacia Violet, mientras ella retrocedía despacio hasta que dio con la espalda en la pared. Tragué saliva. «¿Y ahora qué?» Rose y Poppy se pusieron a mi lado, como si quisieran protegerme. «Oh, Dios santo.» Intenté que dejaran de temblarme las manos, pero no lo conseguí. «Esto no puede estar pasando.»

Inclinó la cabeza hacia un lado, se metió una mano en el bolsillo y sacó un cuchillo. Yo me quedé helada. «¡No!» Iba a matarla. Iba a apuñalarla ahí mismo, delante de nosotras. ¿Por qué las otras dos chicas no hacían nada? ¿Por qué no reaccionaban? ¿De ahí la mirada? ¿Sabían lo que iba a pasar?

—Pero ¿qué...? —susurré, intentando en vano apartar la vista.

¿Por qué no podemos evitar mirar algo malo que está a punto de suceder? Es como si estuviéramos programados para castigarnos.

—No, por favor, Clover. Lo siento, no lo hagas —le rogó ella, con las manos entrelazadas y un tanto agachada, en un gesto de sumisión.

Él negó con la cabeza. Su respiración era pesada y entrecortada. Solo conseguía verle un lado de la cara, pero me bastó para notar su frialdad y su falta de empatía.

—Tienes razón. Lo siento muchísimo. Somos una familia. Tú eres mi familia, y se me ha olvidado por un segundo. Por favor, perdóname por haber dicho algo tan horrible. Jamás debería haber dudado de ti. —Violet meneó la cabeza—. Siempre haces lo mejor para nosotras. Si no fuera por ti, ya estaríamos muertas. Tú nos salvaste. Lo único que haces es cuidarnos, y yo he sido una desagradecida. Lo siento mucho. Muchísimo.

Él ladeó la cabeza de nuevo y el gesto de sus ojos se relajó. Se irguió henchido de orgullo. ¿Qué acababa de pasar? ¿Así funcionaba todo? ¿Mi única posibilidad de sobrevivir era alimentar su ego enfermizo y desmedido?

Aguanté la respiración mientras el momento se alargaba como si los segundos no pasaran. Los únicos ruidos que se oían eran las respiraciones agitadas de Violet y del hombre. Rose y Poppy permanecían con los ojos muy abiertos, a la espera de la decisión final. La tensión se cortaba en el aire.

Rose fue la primera que se relajó cuando el hombre bajó el cuchillo.

—Te perdono, Violet —dijo, y dio media vuelta sin añadir nada más.

Lo seguí con la mirada, petrificada por la conmoción del horror que acababa de presenciar. Tenía los labios secos y sentía cosquillas en la nariz por el olor a limón de los productos de limpieza.

Rose, Poppy y Violet se sentaron en silencio en el sofá, cogidas de la mano, mientras yo permanecía inmóvil, como un pasmarote, incapaz de reaccionar.

Summer

Sábado, 24 de julio (presente)

—¿Qué acaba de pasar? —susurré, sin poder apartar los ojos de la gruesa puerta del sótano.

Era pesada, probablemente estaba reforzada.

—Ha sido culpa mía. No debería haber cuestionado su autoridad —añadió Violet detrás de mí.

Retrocedí horrorizada y me volví a mirarla.

—¿Culpa tuya? Pero si no has dicho nada malo. ¿De verdad iba a apuñalarte?

Deseaba con todas mis fuerzas que al menos una de ellas me dijera que no, pero su silencio resultó de lo más elocuente.

—Ven y siéntate, Lily. Responderemos a todas tus preguntas —dijo Rose, acariciando la mano temblorosa de Violet.

No estaba segura de querer saber nada. Controlé los nervios y me senté en el borde del sofá. Si nos apretábamos, cabíamos las cuatro; debía de haberlo comprado con esa idea. Me sorprendía que fuera tan cómodo. Todo lo que había allí abajo, excepto el olor, era cómodo y hogareño. El suave tono azul pastel de las paredes, las superficies de madera clara y la mesa conseguían crear un ambiente acogedor. De no ser por el fuerte olor a desinfectante, sería una habitación preciosa. No era la típica guarida de un psicópata.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Rose.

Sus ojos azules resultaban tan tranquilizadores como el color de las paredes.

—Iba a matarla, ¿no?

Rose se limitó a asentir. Yo respiré hondo, a duras penas, y añadí:

—¿Porque intentó salir en mi defensa?

Era consciente de que hablaba con Rose como si estuviéramos solas, pero desde el mismo momento en que había llegado allí abajo, y me había tendido la mano, ella era la que había tomado el mando. Era como la hermana mayor.

—Así es.

Me humedecí los labios secos.

—¿Lo ha hecho antes?

Su mirada se enturbió y perdió toda amabilidad.

—Sí, así es.

—¿Y tú lo has presenciado?

—Sí.

—Murieron —dije, casi en un susurro.

Ella asintió, mientras todo su cuerpo se tensaba.

—Ha matado, sí.

Miré detrás de ella y vi a Violet, que buscaba cobijo en Poppy. Ese hombre había matado a gente y nadie tenía ni puñetera idea. ¿Cómo era posible? Negué con la cabeza, con incredulidad.

—No lo entiendo. ¿Cómo se ha salido con la suya durante todo este tiempo?

Alguien tenía que haber echado en falta a todas esas personas, ¿no? Nunca había visto a Rose, a Poppy o a Violet en las noticias o en carteles pegados en postes.

—Suele elegir a chicas que viven en la calle. Nadie las echa de menos, así que no levanta sospechas —dijo Rose, y se pasó el pelo oscuro por detrás de la oreja—. Yo me escapé de casa cuando tenía dieciocho años. Nunca había tenido una buena relación con mi familia... Había mucha tensión. Mi padre... —Su gesto se endureció y encorvó el cuerpo—. Mi padre era un borracho y nos odiaba. —Parecía que la tristeza y el terror se hubieran apoderado de ella—. Poco después de cumplir los dieciocho me fui. No aguantaba más la situación. Cuando Clover se cruzó en mi camino, llevaba viviendo en la calle y en albergues diez meses. Y ahora llevo casi tres años aquí abajo. —Se encogió de hombros, como diciendo que vivir allí era lo más normal.

No salía de mi asombro. ¿Cómo lo aguantaba? Yo habría perdido la cabeza después de solo tres semanas. Sentí tanta presión en el pecho que pensé que iba a desmayarme. Aquello no iba a ser temporal.

—Por favor, no llores. Aquí abajo tampoco se está tan mal —dijo Rose.

Me quedé mirándola fijamente, intentando decidir si de verdad había perdido la chaveta. Desde luego, eso parecía. «¿Que no se está tan mal?» Ese hombre nos había secuestrado. Nos mantenía encerradas en un sótano. Nos violaba cuando «se enamoraba» de nosotras y si osáramos resistirnos, nos mataría. Por supuesto que estaba mal. Era horrible.

—Por favor, no me mires así. Imagino lo que debes de estar pensando, pero si haces lo que te dice, todo irá sobre ruedas. Te tratará bien.

Rose había perdido el juicio.

—Aparte de violarme, claro.

—Será mejor que no uses esos términos delante él —me avisó.

Desvié la mirada de ella. No daba crédito a lo que oía. ¿Cómo podía pensar así? Estábamos con un psicópata, y ella seguía defendiéndolo. Aunque imaginé que tuvo que haber un tiempo en que no fuera así. Tuvo que haber una época en la que Rose fuera consciente de que esa situación era una pesadilla y la odiara tanto como yo. ¿Cuánto había tardado en lavarle el cerebro?

Poppy, Violet y Rose se levantaron a la vez, perfectamente sincronizadas, y fueron a la zona de la cocina. Hablaban en susurros, así que apenas podía oír lo que decían, pero, por la forma en que Violet me miraba, resultaba obvio que hablaban de mí. Pero a mí no me importaba lo más mínimo. Ni siquiera intenté oír lo que decían.

Por mucho que se esforzaran, jamás me convencerían de que estar allí abajo no era tan malo o de que Clover no era un cabrón psicópata. Alguien me encontraría pronto. Yo no venía de la calle como ellas, tenía una familia y amigos que se percatarían de mi ausencia. No pasaría mucho antes de que avisaran a la policía y empezaran a buscarme. Me preguntaba quién sería la primera persona en darse cuenta. ¿Mis padres, cuando no volviera a casa? ¿O Lewis, cuando no respondiera a sus llamadas o a sus mensajes? ¿Intentaría ponerse en contacto conmigo esa noche? Cuando salíamos cada uno con nuestros amigos, no acostumbrábamos a enviarnos mensajes de texto hasta llegar a casa o, si lo hacíamos, nos limitábamos a mandarnos uno o dos.

Entorné los ojos e intenté apartar la imagen del rostro de Lewis de mi cabeza. Ni siquiera podía pensar en mis padres. Estaba haciendo lo imposible por contener el nudo que sentía en la garganta, incluso me clavé las uñas en la palma de la mano. «No llores.»

—¿Y tú cuánto tiempo llevas aquí, Poppy? —pregunté.

Ella esbozó una media sonrisa y volvió a acercarse al sofá. Se sentó a mi lado y rodeó con su mano mi puño cerrado.

—Poco más de un año. Mi historia es parecida a la de Rose. Vivía en la calle cuando él me encontró y también tenía dieciocho años.

Era mayor de edad. ¿Por eso se había enfadado tanto Violet? ¿Qué más daba los años que tuviéramos? Además, él tampoco tenía modo de averiguarlo. Entonces, me pregunté qué edad aparentaría yo. Daba lo mismo, Clover era un

asesino y un secuestrador, ¿por qué iba a importarle la edad?

—¿Y por qué me ha elegido a mí? No tiene sentido. No soy mayor de edad como vosotras.

Tal vez le importara más completar su familia que el detalle de que sus víctimas fueran adultas. Negué con la cabeza, mientras la ira hervía en mi interior.

—Mi familia me buscará. Alguien nos encontrará —añadí.

—Quizá —dijo Poppy, con otra sonrisa tenue.

No me importaba que no me creyera. Sabía que no se rendirían. No pensaba pasarme años ahí abajo como ellas.

Entonces, la puerta del sótano rechinó: se me revolvió el estómago y casi se me sale el corazón por la boca. Él de nuevo. Me esforcé por escuchar, pero no conseguí oír nada, hasta que el pomo chirrió ligeramente. ¿Cómo es que no lo había oído merodeando por arriba? Me quedé sin aire, me sentía como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Las paredes del sótano tenían que estar insonorizadas.

No podíamos oír nada de lo que pasaba fuera y, lo que era aún más importante para él, nadie podía oírnos allí.

Rose se levantó y fue a recibirlo al pie de la escalera. ¿Cómo soportaba estar cerca de él? El mero hecho de verlo tan repeinado y pulcro, con su cara de engreído, me daba ganas de vomitar.

—Voy a pedir pizza para cenar —anunció—. Creo que hoy nos merecemos todos un premio, y así daremos a Lily la bienvenida a la familia.

Sentí otro retorcijón en el estómago. «Está loco de atar.» Se volvió hacia mí y sonrió.

—Lily, solemos pedir dos de queso, una de pepperoni y una de pollo a la barbacoa. ¿Te parece bien? Puedo pedir otra cosa si lo prefieres.

Lo miré estupefacta. ¿De verdad pretendía que habláramos de la cena como si nada, después de secuestrarme y amenazar con un cuchillo a otra persona? Era un psicópata retorcido. No quería hablar con él, ni entonces ni nunca. Poppy me dio un ligero codazo y me urgió a que le respondiera. Temblorosa, cogí aire y dije:

—Es... está bien...

Él sonrió, y pude verle los dientes, demasiado perfectos y blancos. No le podías sacar ninguna falta: ni a su piel inmaculada, ni a su pelo, ni a su ropa perfectamente planchada, ni a sus malditos dientes. La expresión de «lobo con piel de cordero» le iba que ni pintada.

—Estupendo. Sabía que encajarías aquí sin problemas. Voy a hacer el pedido. No tardaré.

Sin decir nada más, volvió a subir despacio. La puerta del sótano había estado abierta todo ese rato.

Lo vi cerrarla y oí cómo echaba el cerrojo, enfadada conmigo misma por haber perdido la posibilidad de escapar.

—No... no lo entiendo —mascullé.

Noté que me escocían los ojos, porque la estupefacción me había impedido incluso pestañear. Todo parecía un sueño. Tenía que serlo. Ni a mí ni a nadie a quien conociera le pasaban cosas así. Poppy sonrió.

—Todo irá bien.

Cerré los ojos y procuré respirar hondo. Tenía que salir de allí antes de que ese cabrón me pusiera un dedo encima.

Alguien me despertó sacudiéndome ligeramente el brazo, era una molestia que me resultaba familiar. Sonreí y miré hacia arriba, esperando ver la sonrisa de Lewis, pero, en su lugar, me encontré con la larga melena castaña de Rose y sus ojos azules. Santo cielo, ¿cómo es que me había quedado dormida?

Me levanté sobresaltada y tuve que reprimir un grito tras ser consciente de que todo aquello era real y no una pesadilla horrible; sin pensar, me pegué al respaldo del sofá, lo más lejos que pude de ella.

—Siento haberte asustado, Lily. Clover ha vuelto con las pizzas —me dijo en un susurro—. Ven a sentarte con nosotros.

Dejé de respirar, sentía un peso enorme en el pecho, como si un elefante se me hubiera sentado encima. ¿Sería capaz de sentarme con él y comer? ¿Acaso tenía otra opción? Rose me puso una mano en el hombro y me empujó hacia delante.

—Ven, siéntate al lado de Poppy.

¿Ni siquiera podíamos decidir dónde sentarnos?

Con el cuerpo completamente en tensión, me senté a la mesa. Él estaba delante de mí. Era evidente que no se daba cuenta de lo retorcida que era la escena; para él, eso era lo normal. En ningún momento mencionó haberme secuestrado. Parecía que creyera que yo siempre había estado allí. Como si de verdad todos fuéramos familia. Estaba convencido de que éramos una familia. ¿Hasta dónde podían llegar sus delirios?

La mesa estaba cubierta con un immaculado mantel de algodón blanco, y habían colocado un jarrón con lirios rosáceos. Habían sacado las pizzas de las cajas y las habían servido en dos bandejas, una a cada lado de las flores, que, según supuse, eran para mí, en honor a mi nuevo nombre.

—Por favor, sírvete —dijo él, señalando la comida con la mano.

«Preferiría morirme.» Hablaba con un tono suave, pero la mirada severa de sus fríos ojos y la imagen del cuchillo que había sacado antes del bolsillo me recordaron que no tenía opción. Quería que comiéramos juntos como una familia, y ahora sabía cuáles eran las consecuencias si me negaba.

Alargué un brazo y cogí el trozo que tenía más cerca; retiré la mano de inmediato para permanecer lo más lejos posible de él. Clover me sonrió con amabilidad y parecía satisfecho por su gesto. Bajé la mirada a mi plato de plástico y mordisqueé el borde de la pizza.

Mientras Rose, Violet y Poppy hablaban de qué cocinarían el resto de la semana, me obligué a tragar unos cuantos bocados en silencio. La comida me caía en el estómago como un objeto extraño. No tenía ningún problema con la pizza de queso, pero esa sabía a plástico, y cada vez que tragaba la comida hecha papilla, tenía que contenerme para no vomitar.

Rose levantó una mano y captó mi atención, aun cuando no me estaba mirando.

—Ah, Clover, antes de que se me olvide. Nos vendrían bien algunos libros nuevos.

Él asintió una vez con la cabeza.

—Os traeré unos cuantos.

—Gracias.

Rose sonrió y tomó un sorbo de agua. Quería gritarle. ¿Cómo no se daba cuenta de lo jodidas que estábamos? Ella se sentía cómoda a su lado, su postura corporal así lo demostraba, pues estaba ligeramente vuelta hacia él, mientras que Poppy y Violet miraban al frente, y yo intentaba ser una estatua y pasar inadvertida.

—Gracias por la compañía de esta noche, chicas. Nos vemos por la mañana —dijo, y se levantó de su asiento—. Acabad de pasar una buena velada.

Tenía el cuerpo entumecido, como si hubiera pasado todo el día a la intemperie, en la nieve. Estaba rígida y me costaba moverme. Se inclinó y besó a Rose en la mejilla, después a Poppy y, por último, a Violet. Mi respiración se volvió agitada ante la ansiedad de que llegara mi turno. «A mí, no. Por favor. A

mí, no.» Notaba los latidos del corazón en los oídos y unas arcadas incontenibles. No obstante, se limitó a saludarme con la cabeza, se dio media vuelta y se marchó.

Se me escapó un gran suspiro de alivio. No iba a permitir que me tocara. Se detuvo en lo alto de la escalera y abrió la puerta. No logré apartar la mirada hasta que Clover estuvo al otro lado de la puerta y echó la llave. Necesitaba estar segura de que se había marchado de verdad.

Rose y Poppy se levantaron y apilaron los platos para lavarlos. Él era solo uno, y nosotras, cuatro. Si nos uníamos, podríamos con él. ¿Lo habrían intentado alguna vez o habían estado siempre demasiado asustadas? Ni siquiera estaba segura de que Rose se mostrara dispuesta a apoyarnos.

—Ven a ver una peli con nosotras —dijo Poppy.

Cuando quise darme cuenta, todo estaba limpio y ordenado, y Rose estaba sentada delante del televisor.

Me uní a ellas en el sofá y clavé la mirada en la pantalla, pero no entendía nada de lo que pasaba. Me rodeé las piernas con los brazos y me hundí en el sofá, en un vano intento de desaparecer. Ya nada parecía real.

Debían de haber pasado horas, porque Rose apagó el televisor y todas las demás se levantaron.

—¿Lily? —dijo Violet, con suavidad, como si hablara con una niña—. Vamos, arriba, tenemos que ducharnos y acostarnos. Te enseñaré dónde está el baño. Puedes entrar tú la primera.

Me condujo al baño y me dio un pijama. Ni siquiera me pregunté por qué me estaba duchando en lugar de desplomarme en la cama. ¿Y de quién era ese pijama?

Me dejó sola. No había cerrojo en la puerta. Deseé que lo hubiera para poder encerrarme y alejarme de todo. Abrí el grifo de la ducha y dejé correr el agua hasta que se templó. ¿Por qué accedía a todo eso? Ah, sí, claro, porque si no lo hacía, me mataría sin pestañear. Me despojé de mi ropa, me metí bajo la ducha y me derrumbé en el suelo. Rompí a llorar, y cuando mi llanto se volvió histérico, empecé a jadear para poder respirar. Me agarré el pelo y cerré los ojos: mis lágrimas se confundieron con el agua caliente.

Cuando se me secaron las lágrimas y sentía que la cabeza me iba a explotar, me obligué a salir de la ducha y vestirme. Llorar no iba a llevarme a ninguna parte. Y no quería llamar todavía más la atención.

Me envolví en la esponjosa toalla, que olía a limpia, a recién lavada, y abrí el armarito del baño.

De inmediato, me di cuenta de que no había cuchillas, sino dos cajas rosas de bandas depilatorias. No había nada allí con lo que se pudiera hacer daño a alguien.

Al cerrar la puerta, cometí el error de mirarme en el espejo de la puerta del armarito. Tenía los ojos rojos e hinchados. Parecía salida de una pelea de lucha libre. Me di la vuelta porque no soportaba seguir mirando el aspecto horrible que tenía, vestida con el pijama de otra chica.

—¿Estás lista para acostarte? —me preguntó Rose cuando regresé a la habitación.

Asentí a modo de respuesta y crucé los brazos.

—Ven, te enseñaré dónde vas a dormir.

Me condujo a la habitación que había al lado del baño. Las paredes estaban pintadas de color rosa pastel, y todos los muebles eran blancos. Había cuatro camas individuales con colchas y almohadas blancas. En las mesillas de noche, había lámparas rosas idénticas.

La decoración era demasiado uniforme, como si la hubieran decorado para unas cuatrillizas.

—Esta es la tuya —me dijo, señalando la cama de la izquierda, junto a la pared.

Era mía. Tenía una cama. Se suponía que esa era mi casa.

Estaba demasiado cansada para discutir, así que me dirigí a la cama aturdida y me metí bajo el edredón. Cerré los ojos, y recé para que el sueño no tardara en llegar y me llevara lejos de allí, para que, al despertar, estuviera en mi auténtica habitación.

Lewis

Domingo, 25 de julio (presente)

Ha desaparecido. Lo repetía una y otra vez en mi cabeza. «Lewis, tenemos que irnos ya. Summer ha desaparecido»: esas habían sido las palabras de Henry. Cuando me había dicho que nadie había visto a su hermana, mi novia, desde hacía horas, se había quedado lívido.

Eran casi las tres de la madrugada, y llevábamos cuatro horas buscándola en coche y a pie. Summer no había desaparecido sin más. El lapso de tiempo más largo que pasaba sin que nadie la viera o supiera nada de ella eran los diez minutos que tardaba en ducharse. No se me ocurría ni una sola razón por la que pudiera marcharse sin decírselo a nadie.

Mi hermano, Theo, conducía despacio por las calles. En cualquier otra situación, ya le habría gritado que pisara el acelerador o que me dejara conducir. Ahora, en cambio, quería que circulara aún más lento.

Era noche cerrada, y las tenues luces de las farolas apenas iluminaban la parte de acera que quedaba debajo de ellas. Podríamos haber pasado junto a Summer mil veces sin darnos cuenta, porque no se veía nada; ahora bien, irme a casa y quedarme de brazos cruzados, como me sugerían mis padres, no era una opción. Si me quedaba sentado a esperar, me volvería loco.

—Lewis, ¿estás bien? —preguntó Theo de nuevo.

Cada diez minutos, más o menos, me hacían la misma pregunta estúpida. ¿Qué esperaban que respondiera? «¡Claro que no! ¡Estoy hecho una puta mierda!»

—No —mascullé.

¿Dónde podía estar Summer? Tenía la certeza de que no se había marchado voluntariamente; no era el tipo de persona que huyera de nada. Era terca y testaruda. Ni siquiera podía discutir con ella, porque siempre reaccionaba igual: se sentaba en mi cama, me decía que me calmara, y hablábamos hasta solucionar

el problema de turno. Se enfrentaba a los problemas; de hecho, eso era lo que más me gustaba y al mismo tiempo odiaba de ella. A veces, yo quería estar enfadado, sin más, pero ella se aseguraba de que arregláramos lo que fuera.

—La encontraremos, tío.

—Sí, claro.

A pesar de darle la razón, yo no las tenía todas conmigo. Por supuesto, no había nada que quisiera más en el mundo que encontrarla, pero tenía un nudo en la boca del estómago que no me dejaba tranquilo. Estaba seguro de que algo malo había ocurrido.

—A estas alturas, podría estar en cualquier parte.

Habían pasado más de siete horas desde que la habían visto por última vez, y desde entonces, nada, absolutamente nada.

Era como si se la hubiera tragado la tierra.

—Summer jamás se escaparía —dijo Theo.

Mi moral se desplomó. Era justo lo que creía yo.

—Eso es justo lo que más miedo me da. No creo que se haya marchado de casa..., así que... alguien tiene que habérsela llevado.

—No vayas por ahí, Lewis. Todavía no sabemos nada.

Aunque era cierto, yo conocía muy bien a Summer.

—¿Quieres que sigamos y vayamos a la ciudad, o que demos la vuelta y vayamos en sentido contrario?

—En sentido contrario.

Kerri había dicho que Summer se había dirigido a la izquierda al salir del club.

Ya habíamos mirado por esa zona, pero era posible que hubiéramos pasado algo por alto. No había nada de malo en mirar ni dos, ni tres veces. Quería escudriñar cada centímetro de la ciudad diez veces para asegurarme de que nada se me escapaba.

La policía había desplegado a varios agentes por toda el área en la que había sido vista por última vez, pero, como no habían transcurrido veinticuatro horas, no quería ampliar el dispositivo de búsqueda. Jamás en mi vida había sentido tanta ira como cuando me habían dicho que iban a esperar veinticuatro horas para dar la alerta. Summer podía estar en cualquier parte, pasando por un infierno, y, mientras tanto, la policía se negaba a tomarse las cosas en serio.

Al parecer, un grupo de vecinos había empezado a buscar por su cuenta, puerta a puerta, con la esperanza de que alguien hubiera visto algo. Conocían a Summer, sabían que ella jamás se escaparía. Toda la gente de su entorno se había

echado a la calle a buscarla. Solo su madre, Dawn, se había quedado en casa, por si Sum aparecía o llamaba. No me gustaría nada estar en su lugar.

Saqué el teléfono del bolsillo y volví a comprobar por enésima vez si había llamadas perdidas. Suspiré y pulsé el número 2, donde tenía grabado el teléfono de Summer en marcación rápida. Empezó a sonar, como siempre, y contuve la respiración. «Por favor, cariño, responde.» Su voz inundó el coche: la grabación del buzón decía que dejara un mensaje, pero que si eras Channing Tatum, sí, se casaría contigo.

—Cariño, por favor, llámame en cuanto oigas esto. Solo quiero saber que estás bien. Me estoy volviendo loco. Te quiero, Sum.

Colgué y apreté el teléfono. La situación no pintaba bien.

Estuvimos toda la noche dando vueltas con el coche, hasta primera hora de la mañana. Tenía los ojos irritados por la falta de sueño. En cuanto las tiendas abrieron, Theo compró comida y bebidas energéticas. No había pisado mi casa desde que recibí esa llamada en la discoteca, así que aún llevaba los mismos tejanos y la misma camiseta.

—Aparca aquí, y así podremos registrar los campos de atrás y el parque a pie —le dije a Theo.

Él asintió y se metió el último trozo de sándwich en la boca.

—¿Seguro que no quieres comer nada?

Negué con la cabeza, mientras aparcaba al lado de la iglesia.

—No tengo hambre. Prefiero que miremos antes en el parque.

Salió del coche y se dirigió a la entrada. Yo lo seguí y enseguida lo adelanté.

—¡Summer! —grité.

Por supuesto, ella no estaba allí. Si lo estuviera, ya la habrían encontrado.

—¡Vamos, Theo! —grité por encima del hombro.

No parecía tener la misma urgencia que yo, pero, claro, él no estaba enamorado de Summer. Con cada minuto que pasaba desaparecida, yo me sentía más perdido. Estaba mareado, y mi corazón se negaba a dejar de ir a mil por hora. No tenía ni idea de qué demonios haría si descubría que le había ocurrido algo.

—Lewis —dijo Theo—, ¿miras por ahí?

Miré hacia donde señalaba: un sendero cubierto de vegetación que bordeaba el parque y atravesaba hectáreas de campos de granjas... Asentí y me dirigí hacia allí. Valía la pena probar lo que fuera y donde fuera. Ya habían revisado

exhaustivamente el parque, pero, bajo aquella oscuridad, no habrían examinado lo bastante ese camino. No me importaba lo que pudiera pasarme, no me rendiría hasta que la recuperásemos.

—¿Se sabe algo? —pregunté a Dawn al cruzar la puerta.

No habíamos encontrado nada. Ninguna pista del paradero de Summer, así que todas mis esperanzas dependían de lo que dijera Dawn, pero meneó la cabeza y susurró:

—No.

Esa breve palabra se me clavó como un puñal. Ella tenía los ojos rojos por la falta de sueño y el llanto, y me imaginé a Summer igual, esperando a que la encontráramos. A Dawn se le había corrido el maquillaje, las lágrimas le habían dejado surcos negros en las mejillas.

—En cualquier caso, la policía empieza la búsqueda oficial hoy. La encontrarán.

Asintió como si se lo dijera a sí misma, en un intento de convencerse.

—Muy bien, me voy —anunció Daniel, el padre de Summer. Cuando me vio, se detuvo—. Ah, Lewis. ¿Se sabe algo?

Negué con la cabeza. Era como si se la hubiera tragado la tierra. Daniel siempre mantenía una actitud fuerte y positiva, así que verlo derrotado me hizo temer lo peor.

—Volveré más tarde —dijo, y dio a Dawn un rápido beso en la mejilla.

Parecía tan exhausto como yo me sentía.

—¿Tienes hambre? —preguntó Dawn, con la mirada perdida—. Tu madre está preparando algo de comer, pero no sé qué.

—Gracias, Dawn —dijo Theo—. ¿Por qué no vamos a la cocina?

La llevó hacia allí, pasándole el brazo por la cintura, para ayudarla, como si fuera una anciana enferma.

No me apetecía quedarme en casa sin hacer nada. Solo quería averiguar cuál era el plan y volver a salir a la calle. Sentarme a comer no me ayudaría a recuperar a Summer.

—Theo, Lewis —nos llamó efusivamente mi madre, mientras ponía un mantel en la mesa—, venid, sentaos.

—Gracias por cocinar, Emma —dijo Dawn.

Mamá sonrió con tristeza: sus ojos delataban lo asustada que estaba.

—No quiero sentarme, solo quiero saber qué puedo hacer. ¿Cuándo va a empezar la búsqueda oficial? —pregunté.

Seguro que la policía tendría un plan mejor que no consistiera en buscar cada uno por nuestra cuenta, como estábamos haciendo hasta ahora.

—Ya ha empezado, cariño —me dijo mamá—. Están peinando la zona en la que creen que Summer desapareció...

—¿Y cómo lo saben?

—¿El qué?

Suspiré, frustrado.

—Pues dónde desapareció.

Mamá se encogió de hombros.

—No estoy segura, pero creo que han calculado una zona aproximada según la dirección en la que Summer se marchó, los sitios a los que creen que podría haber ido, y el tiempo que pasó hasta que Kerri la llamó y se dio cuenta de que no contestaba. Trabajan con una hipótesis.

—¿Una hipótesis? ¿Les ha dado por jugar a las adivinanzas? ¿Pretenden averiguar adónde pudo ir Summer sin conocerla?

—Lewis, cálmate —me ordenó Theo.

—No. ¡Esto es una mierda!

Para mí, resultaba evidente que la policía no tenía ni idea de por dónde empezar, y Summer podía estar ya en cualquier parte.

Salí en tromba de la casa. No sabía adónde ir, pero debía salir de allí. Mi novia había desaparecido, no tenía ni idea de dónde estaba o de cómo encontrarla, y la policía tampoco parecía tener ninguna pista sólida.

—¡Lewis! —gritó Theo.

Oía sus pasos cada vez más fuertes, así que deduje que me estaba siguiendo.

—Espera —insistió.

Me agarró por el hombro y me obligó a darme la vuelta.

—No puedes marcharte sin más a recorrer las calles. Escúchame, ahora me voy al ayuntamiento; allí se organiza la búsqueda. Ven conmigo, y podremos hacer todas las preguntas que necesites antes de volver ahí fuera.

Suspiré y me pasé la mano por la cara.

—Theo, y si está... —«Muerta.»

—No. No lo pienses. Está bien.

—¡No puedes saberlo! —grité. El corazón me iba a toda pastilla—. Han pasado horas, y nadie sabe nada de ella. No es propio de Summer...

—Lewis, déjalo. Así no la ayudas. Ella te necesita, así que corta el rollo y haz algo para ayudarla.

Tenía razón. Asentí. Noté que me escocían los ojos, pero me negaba a llorar. Necesitaba ser fuerte por ella, y desmoronarme no la traería de vuelta a casa.

—Tienes razón —acepté con el corazón en un puño—. No puedo perderla —susurré.

Por muy cursi que sonara, perder a Summer era lo que más me aterraba del mundo. La quería con toda mi alma.

—Vamos.

Theo sonrió y abrió su coche.

—Toma.

Me dio algo envuelto en una servilleta de papel. Era un bocadillo de beicon.

—Tienes que comer.

Me senté en el asiento del copiloto y me obligué a comérmelo. Cada bocado me daba ganas de vomitar, pero Theo estaba en lo cierto, Summer me necesitaba, y tenía que ser fuerte por ella. Si me hundía, no serviría para nada.

—Seguro que está bien, ¿verdad?

Theo asintió.

—Lo estará.

Estará bien. No creía que en ese momento lo estuviera, pero ¿lo estaría cuando la encontráramos? Sentía que debería saber dónde estaba. La amaba, ¿no debería intuir lo que había ocurrido? «¿Dónde estás, Sum?»

Nos detuvimos y aparcamos en la única plaza libre que quedaba. El lugar estaba lleno. ¿Toda esa gente había ido allí para ayudar? En la parte delantera, había una mesa larga con un montón de mapas, botellas de agua y chalecos reflectantes. ¿De dónde había salido todo eso? En un tablero, junto a la mesa, habían colgado una foto de Summer. Mi mundo se detuvo. Respiré hondo y me dirigí hacia donde estaban los agentes de policía.

Sobre la fotografía de Summer se leían las palabras: DESAPARECIDA. 16 AÑOS. SUMMER ROBINSON.

Summer

Domingo, 25 de julio (presente)

Me obligué a levantarme y me sequé las lágrimas con el dorso de la mano. No estaba en mi casa, seguía en ese ordenado dormitorio.

¿Por qué no podía despertarme como siempre? Lo único que deseaba era estar en casa con mis padres y mi hermano, aunque la mayor parte del tiempo me sacaran de quicio. Ni siquiera me quejaría de que Henry entrara en el baño antes que yo, ni de los patéticos intentos de mi padre de imponerme un toque de queda.

—Buenos días, Lily —dijo Rose, desde la cama que estaba delante de la mía.

Y una mierda buenos días. Seguía atrapada en una pesadilla de la que no conseguía despertarme.

Intenté sonreír, pero mis labios no se movieron. ¿Y ahora? ¿Qué se suponía que tenía que hacer? Quería decirle algo a Rose, preguntarle algo más, pero no estaba segura de estar preparada para sus respuestas. En cierto modo, me daba la sensación de que aquello no me estaba pasando a mí, que estaba en un sueño o en una película.

Rose sonrió para tranquilizarme y abrió la puerta del armario que había a mi lado.

—Mira, aquí tienes ropa que te puedes poner hasta que Clover te traiga prendas nuevas.

Me quedé lívida. Rose dejó encima de la cama un par de tejanos y un jersey lila ancho. Negué con la cabeza. ¿Cómo podía esperar que me pusiera la ropa de una chica que había muerto asesinada en ese mismo sótano? Porque esa ropa tenía que ser de la chica que fue Lily antes que yo.

En un susurro, respondí:

—No, no puedo.

De ningún modo iba a pasearme por ese sótano vestida con la ropa de una chica muerta.

—No hay otra opción.

—Te acostumbrarás —dijo Violet, que llevaba en la mano un atuendo parecido al mío.

Los colores de nuestros conjuntos combinaban. Las partes de arriba eran ligeramente diferentes, pero del mismo color. Éramos como un grupo de amigas cutres del cole a las que les parecía guay ponerse de acuerdo para vestirse igual. Sentía que, en cualquier momento, nos pondríamos a hacernos trenzas en el pelo unas a otras, mientras hablábamos de chicos guapos.

—Bueno, me voy a duchar. Poppy, Violet, ¿podéis explicarle a Lily cómo va todo? —dijo Rose, antes de coger su ropa y una toalla.

¿Explicarme qué? Dudaba mucho que quisiera saberlo. Esperaron hasta que Rose se fue, y se sentaron en mi cama.

—Todas las mañanas seguimos la misma rutina —dijo Poppy, mientras se cepillaba la melena roja oscura, casi castaña—. Tenemos que ducharnos y estar listas a las ocho. A esa hora, Clover baja a desayunar.

Negué con la cabeza, sin dar crédito.

—Es alucinante que tengamos que arreglarnos para ese maldito psicópata.

Poppy frunció el ceño.

—No se trata de arreglarnos exactamente. Le gusta que estemos limpias, vestidas con decoro, y encontrarnos peinadas y maquilladas cuando baje. Quiere que estemos guapas por él y por nosotras mismas.

El estómago me dio un vuelco. No me gustaban sus ideas de cómo ponernos guapas. A mí me gustaban mis tejanos y mis camisetas.

No pensaba emperifollarme como una niña repipi, y menos para un asesino perverso.

—No quiero estar guapa para él. Joder, ¿es que no oyes lo que dices?

—Si te soy sincera, Lily, yo tampoco. Pero debes confiar en mí, es mejor que la alternativa —dijo Violet.

Tragué saliva y cerré los ojos. La respuesta a mi siguiente pregunta era obvia, pero como una idiota, la hice de todos modos.

—¿Cuál es la alternativa?

—Será mejor que no lo sepas —dijo Violet.

Se me aceleró el corazón. ¿Por qué era mejor que no lo supiera?

—Yo solo quiero irme a casa. —Me cayeron lágrimas por las mejillas y cerré los ojos con fuerza—. Quiero ver a Lewis y a mi familia.

—¿Lewis es tu novio? —preguntó Poppy.

Asentí y me sorbí los mocos de una forma nada atractiva.

—¿Lo quieres?

—Sí.

Había estado enamorada de él durante mucho tiempo antes de convertirnos en pareja. Era amable y divertido. Aunque también podía llegar a agobiarse por pequeñeces y protegía a toda costa a la gente a la que quería. Muchas de nuestras peleas habían tenido que ver con que yo saliera sola de noche. Ojalá lo hubiera escuchado, en lugar de restar importancia a sus temores y decirle que en nuestra aburrida Long Thorpe nunca pasaba nada. Si le hubiera hecho caso, quizá estaría en casa.

Poppy bajó la cabeza, y el pelo rojo le cayó en la cara.

—Eso está bien.

—Me encontrará —afirmé, con confianza.

Lewis no se conformaría: movería cielo y tierra para encontrarme, igual que mi familia. Mi madre era experta en encontrar cosas. No había nada que se le pasara por alto (para desgracia de Henry y su colección de porno).

Violet se esforzó por sonreír.

—Esperemos que así sea.

Violet no parecía tan ida como Rose; sus palabras sonaban diferentes, como si aún quisiera escapar. Pero de ahí a que estuviera dispuesta a ayudarme a trazar un plan para huir... había un trecho. La habría acibillado a preguntas en ese mismo instante, pero tenía que esperar. Debía estar segura de que quería escapar antes de decirle nada.

Poppy suspiró y volvió al tema principal.

—En cualquier caso, tienes que dejarte el pelo natural.

¡Como si pudiera ir a una droguería a comprar tinte a mi antojo!

—No le gusta que nos lo toquemos mucho, y el maquillaje también debe ser suave, ve con cuidado al aplicarte el rímel.

Sentía ganas vomitar. Me estaban diciendo cómo debía arreglarme. Jamás nadie se había atrevido a hacerlo.

Rose regresó a la habitación y de inmediato se puso en marcha, estiró las sábanas y ahuecó las almohadas. Alisó la colcha pasando las manos por encima y no pude evitar preguntarme si, al cabo de tres años, yo estaría haciendo lo mismo. «No.» Imposible. No pasaría más de tres días ahí abajo. Eso era temporal. La policía nos encontraría pronto. Seguro.

Respiré hondo para aclararme las ideas. Fui al baño para ducharme y prepararme. No tenía ningún sentido ducharme antes de ir a la cama y de nuevo por la mañana, pero no iba a discutir por eso. Dejé que el agua cayera sobre mí

durante unos minutos, y salí.

De pie, delante del espejo empañado por el vaho, casi podía fingir que estaba en casa, preparándome para una cita con Lewis o para salir de noche con mis amigos. Me apliqué el rímel, inquieta por si estaba usando la cantidad adecuada. No demasiado para no parecer una prostituta, pero suficiente para resaltar las pestañas. ¿Me castigaría si me ponía poco o demasiado? Santo cielo, el día anterior mi mayor preocupación era qué camiseta llevar al concierto.

Me vestí con la ropa que Rose me había dado y me sequé el pelo. Cuando volví a mirarme en el espejo, casi no me reconocí. Parecía exhausta, y la verdad es que me sentía exactamente así. Los cercos oscuros que me rodeaban los ojos me echaban años encima.

Bajé la cabeza y me volví. Mirarme era demasiado deprimente. Solo llevaba un día ahí abajo, pero ya sentía que era alguien distinto, era Lily. Cuando salí del baño, Poppy pasó a mi lado. Le tocaba a ella prepararse para él.

Me detuve en la sala de estar y observé a Rose freír beicon y huevos en la cocina. Trabajaba con suma eficiencia, incluso tarareaba mientras daba la vuelta al beicon. Al verla, me recordó a mi madre preparando un desayuno completo el domingo por la mañana. Sentí una punzada de dolor. ¿Qué estaría haciendo mamá? ¿Habría salido a buscarme? ¿Estaría pegada al teléfono por si llamaba? ¿O sentada delante de la puerta principal? De lo que no había duda era de que no estaría cocinando. Quería irme a casa. En ese momento, me habría encantado que me abrazara, y yo no me hubiera quejado, ni puesto los ojos en blanco.

Rose dio la vuelta a los huevos con una espátula de plástico.

Todos los instrumentos de la cocina estaban cuidadosamente seleccionados, igual que los demás objetos de ese sótano. No había nada afilado o peligroso, nada que pudiera usarse para escapar o para hacer daño a nuestro captor. Lo único que se me ocurría era envenenarlo. Había muchos productos de limpieza. Pero era imposible camuflar el fuerte olor a lejía. Y aunque consiguiéramos envenenarlo, no teníamos ninguna garantía de que muriera allí abajo. Si lo hacía en otra parte, nosotras acabaríamos muriéndonos de hambre. La verdad es que sin el apoyo de Rose, Violet, y Poppy, la situación parecía desesperada, pero no estaba dispuesta a rendirme. Seguro que había una manera, solo tenía que ser paciente, fingir que me tragaba todo ese rollo, hasta que llegara mi oportunidad.

Me senté en el sofá y me hice un ovillo. No podíamos estar demasiado lejos de Long Thorpe, porque no habíamos recorrido un largo camino con la furgoneta. La policía acabaría por encontrar ese sitio y lo registrarían. Ese debía

de ser el protocolo cuando alguien desaparecía, ¿no? Irían puerta a puerta, preguntando a los ciudadanos si habían visto algo. Al menos eso era lo que salía en las noticias.

Di un respingo cuando una puerta se abrió, pero en cuanto vi que era la del baño y no la del sótano, respiré aliviada. Poppy esbozó una leve sonrisa y ayudó a preparar el desayuno. No podía evitar preguntarme si Rose también odiaba en su fuero interno estar allí abajo, si, en realidad, estaba actuando según el guion marcado. ¿Es posible que le tuviera demasiado miedo para ser honesta, o se había convencido de que lo que pasaba allí era normal? Pusieron el último plato en la mesa y ambas sonrieron. La comida olía bien, y yo tenía mucha hambre, pero no podía ni pensar en comer.

El crujido de la puerta del sótano resonó en la habitación, y me quedé helada. Había llegado la hora. Respiré hondo e intenté disimular el temblor de mis manos entrelazándolas. «No te derrumbes.»

—Buenos días, Flores.

Bajó la escalera, sonriente. Traía un ramo precioso de lirios rosas, como los que había en la mesa de la cocina, pero más grandes, del mismo tamaño que las flores de Rose, Violet y Poppy. Cuanto más se acercaba, más me hundía en el sofá.

—Para ti, Lily —dijo, ofreciéndome las flores.

Se me puso la piel de gallina, como si un millón de hormigas la recorrieran. «No soporto que me hables.»

Miré a Rose, y con los ojos le rogué que me indicara qué hacer. Ella señaló las flores con la cabeza, y entendí que debía aceptarlas. «Síguele el rollo, Summer.» Me levanté y tendí, lentamente, una mano temblorosa para aceptar los lirios.

—Gracias —murmuré, pero retrocedí enseguida y me tropecé con un lado del sofá.

—No seas tímida, Lily. Somos una familia. ¿Por qué no vas a ponerlas en agua? —Frunció el ceño y su mirada se enturbió—. No quiero que se mueran.

Las otras chicas apartaron la vista con rapidez y se sentaron. ¿De qué iba todo eso? Su comportamiento era aún más extraño. Intuí que había algo que se me escapaba. Así que sería mejor no enfadarlo. Cogí el jarrón vacío, hecho de un plástico fino que imitaba el cristal, y lo llené de agua. Metí las flores y lo coloqué entre las amapolas rojas, las llamativas violetas y las rosas blancas. ¿Por qué flores? Quería saberlo todo de él para poder usarlo para escapar, pero, al mismo tiempo, sentía que era preferible permanecer en la ignorancia.

Me senté en la misma silla que el día anterior, justo delante de él. Me dolían todos los músculos del cuerpo por la tensión. No obstante, por extraño que parezca, agradecía el dolor físico, porque casi me ayudaba a distraerme de lo que estaba ocurriendo.

—A comer, buen provecho —dijo Violet.

La comida frita no ayudó a que se me asentara el estómago. Tenía ganas de vomitar. Además, notaba sus ojos sobre mí, estudiándome, como si tuviera que tomar una decisión.

Tal vez aún no sabía si quería conservarme allí o no. Mordisqueé una tostada. Jamás me había sentido tan observada. ¿Por qué no dejaba de mirarme?

De inmediato, volví a pensar en Lewis. Concentrarme en él me mantuvo lejos de allí durante un minuto. Me pregunté qué estaría haciendo.

En un día normal, no se habría despertado todavía, pero no creo que ese día siguiera dormido. Las mañanas de los fines de semana, lo primero que hacían mis padres era tomarse un par de tazas de café, tranquilamente. ¿Habrían preparado termos para mi búsqueda? Esperaba que sí, porque mamá necesitaba su chute de cafeína para funcionar por la mañana.

—¿Lily? —dijo alguien, sacándome de repente de mi ensoñación.

Clover, Rose, Violet y Poppy me miraban fijamente, aunque fui incapaz de descifrar ninguna de sus expresiones.

—Lo siento —susurré, antes de ponerme a jugar con la comida de mi plato para que pareciera que hacía algo con ella.

¿Querían algo o les molestaba que me hubiera perdido en mis pensamientos? Volvieron a comer.

—Bueno, Clover, ¿qué planes tienes para hoy? —preguntó Rose, como si la situación fuera del todo normal.

Muy bien habría podido responder: «Algún secuestro, quizá un par de asesinatos, lo de siempre». ¿Cómo podía Rose preguntarle algo así con tanta parsimonia? Ni siquiera estaba segura de que le tuviera miedo.

Él le sonrió, casi con cariño.

—Tengo que ocuparme de unas cosas del trabajo, y después saldré.

¿Trabajaba? Bueno, sí, claro, tenía que hacerlo para mantener a cinco personas.

No parecía un hombre demasiado sociable. ¿Adónde iría después de trabajar?

—¿Por qué no le cuentas a Lily en qué trabajas? Parece algo confundida —sugirió Rose.

«Allá vamos. Finge que no es real y que te está contando una película.» Por mucho que quisiera desconectar y marcharme a casa mentalmente, necesitaba toda la información que pudiera obtener.

Dirigió su mirada hacia mí y sonrió. Intenté reprimir un gesto de asco. Daba la impresión de ser cariñoso y agradable. Costaba trabajo creer que era el mismo hombre que me había raptado y que había estado a punto de apuñalar a una mujer el día anterior. Si me cruzara con él por la calle, no lo miraría dos veces y tampoco me inspiraría ningún temor. Parecía la mar de normal.

—Trabajo como contable en un bufete de abogados en la ciudad.

Contuve las ganas de echarme a reír. ¿Trabajaba para un bufete de abogados? Qué ironía. Su vida laboral era tan vulgar que nadie sospecharía jamás que un contable educado y bien vestido como él podría llevar una doble vida y ser un sádico. Cada día se sentaba tras su escritorio, charlaba con sus compañeros de trabajo, cumplía con sus tareas y, después, se marchaba a su casa, a estar con las mujeres que tenía secuestradas en el sótano.

—Deberías comer algo, Lily. No te conviene adelgazar.

Me miró fijamente durante un segundo, como si me retara a desafiarlo.

Hice todo lo que pude por controlar mi miedo, corté un trocito de huevo y me lo metí en la boca. No quería que se enfadara conmigo después de ver lo que casi le hace a Violet, así que me obligué a tragar la comida y recé para no vomitar. Quería enfrentarme a él, pero no lo haría. Sentí náuseas al notar el huevo en la boca, pero me dije a mí misma: «Mastica».

—Bueno, Flores, tengo que irme a trabajar. Que paséis un buen día, y nos vemos a la hora de la cena. Rose, pollo asado para hoy.

—Sí, Clover —dijo ella, y asintió con la cabeza.

Él se levantó y besó a Poppy, a Violet, y a Rose en la mejilla. «Por favor, por favor, no me toques», pensaba, con el corazón a punto de estallarme en el pecho.

—Adiós, Lily.

Cuando vi a Clover subir la escalera, suspiré aliviada; pero era consciente de que, en algún momento, intentaría besarme también, ¿qué haría entonces?

—Date prisa, Lewis —murmuré.

Él siempre sabía qué hacer para que me sintiera mejor: cuando no me encontraba bien, corría a comprarme mi comida favorita; cuando tenía miedo de suspender un examen, me ayudaba a estudiar, e incluso me defendía ante Henry

si me decía algo fuera de lugar. Por supuesto, sabía que no podía esperar que Lewis acudiera por arte de magia a solucionar también esa situación, pero una parte de mí no podía evitarlo.

Poppy enarcó una ceja.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Poco más de año y medio, pero he estado colada por él desde siempre.

Ella sonrió, y noté un brillo en sus ojos que hacía que pareciera estar interesada de verdad.

Me pregunté cuál sería su historia.

—¿Cómo os conocisteis?

—Es amigo de mi hermano, jugaban en el mismo equipo de fútbol. Al principio, solo me veía como la hermanita pesada de Henry, un incordio, pero conforme ambos nos fuimos haciendo mayores, empezó a mirarme con otros ojos. Por suerte.

—Espero que algún día vuelvas a verlo —dijo, en un tono que sonaba sincero, antes de alejarse.

«Y yo.»

Domingo, 4 de enero (2009)

Entré en la habitación de Henry a coger una película para ver con Kerri y Rachel. Cómo no, estaba jugando a la PlayStation con Lewis. Cuando los vi tan absortos en la acción, puse los ojos en blanco. Jugaban a matar algo. ¿Zombis? «¡Qué pringados!»

—Hola, Sum —dijo Lewis, con una sonrisa.

Noté mariposas en el estómago. Me mordí el labio. «No digas nada estúpido.»

—Hola —contesté.

Aunque intenté aparentar normalidad, en mi mente daba saltos de alegría. Lewis siempre me había gustado, y últimamente parecía mirarme de forma distinta; pero una vocecita en mi interior me decía que todo eran imaginaciones mías.

El brillo de sus ojos verdes me desarmó. Su pelo oscuro, casi negro, los hacía destacar aún más. Ladeó la cabeza.

—¿En qué podemos ayudarte?

«Podrías empezar por besarme.»

—¡Lewis, acabas de hacer que nos maten! —le gritó Henry, frunciendo el ceño.

Cualquiera diría que los habían matado en la vida real.

—¿Cómo?

Lewis miró a la pantalla, donde ponía: «Game Over».

Dios mío, ¡había perdido la partida por mirarme! «Bien, bien, relájate y procura no sonreír como una boba.» Me obligué a mantener un gesto serio, aunque solo tenía ganas de sonreír de oreja a oreja. ¿Cómo no iba sonreír si ese estaba siendo el mejor día de mi vida?

—Lo siento —murmuró Lewis, antes de lanzar el mando sobre la cama.

—¿Se puede saber qué narices quieres, Summer? —me dijo Henry con muy malos modos, enfadado por su estúpido juego.

«Qué pereza de chico.»

Me acerqué al estante donde tenía sus DVD y empecé a repasar los títulos.

—Necesito una peli de miedo —contesté, arrugando la nariz.

—Pero si no te gustan —añadió Lewis—. ¿Te quieren obligar a ver una?

—Pues sí. Kerri y Rachel quieren pasarse la noche sufriendo y tapándose la cara con cojines cuando lleguen las escenas de miedo. Son tontas. No logro convencerlas de que las pelis de miedo dan asco.

Lewis sonrió. Tenía una dentadura blanca perfecta y un bronceado natural. ¿Por qué era tan guapo? No era justo.

—¿Y si venís a verla aquí? —propuso él.

Henry levantó la cabeza de golpe, con gesto de no entender nada. Me temí que a mi hermanito no le entusiasmaba la idea.

—Pero ¿qué dices?

Intenté mantener mi sonrisa de boba a raya, pero mis esfuerzos fueron en vano. Quería que viéramos la película con él, y nada podía hacerme más feliz.

—De todos modos, este juego es una estupidez —dijo Lewis, y se encogió de hombros para quitarle importancia al asunto.

Un momento, ¿estaba aburrido o de verdad quería pasar tiempo conmigo? Menudo lío. Los chicos siempre dicen que las chicas son complicadas, pero, en realidad, son ellos quienes resultan ser totalmente indescifrables.

—¡Vale! Iré a decirles que vengan, pero yo escojo la peli —dijo Henry, suspirando resignado.

Salió de la habitación, que estaba hecha una leonera como siempre, murmurando algo poco amable. Menudo pringado. Lewis dio una palmada en la cama y sonrió. El corazón me dio un vuelco. Quizá sí quería pasar el rato

conmigo. Me acerqué despacio y subí a la cama, procurando no parecer demasiado ansiosa. Kerri y Rachel entraron dando saltos en el cuarto. Parecían contentas de que fuéramos a ver la peli en la habitación de Henry. Siempre hablaban de que a Lewis yo también le gustaba. Deseaba con todas mis fuerzas que tuvieran razón.

Me eché a un lado, más cerca de Lewis, para que todos cupieran en la cama extragrande que Henry se había empeñado en tener. Estábamos muy apretados, pero, como yo tenía a Lewis al lado, no me importaba en absoluto. De hecho, en ese momento, deseé que mis padres no hubieran sido tan blandos y hubieran obligado a Henry a conformarse con una cama más pequeña.

—Oh, no, ¡venga ya! —exclamé, al ver la película que Henry había elegido: *La matanza de Texas*.

No podría haber escogido peor. Me pasaría todo el rato asustada y quedaría como una tonta delante de Lewis. Genial. Ni siquiera tenía una almohada con la que taparme la cara, así que doblé las piernas y apoyé la cabeza en las rodillas.

—Oye... Sum, la peli ni siquiera ha empezado —bromeó Lewis, dándome un golpecito en el hombro.

Le respondí, juguetona, con un codazo suave en el costado, que le hizo reír. Con el rabillo del ojo, vi a Kerri mirarme extrañada. «Mierda, ¡si dice algo, me muero aquí mismo!»

En cuanto empezó la película, escondí la cara entre las rodillas y me esforcé por no enterarme de lo que pasaba. De todas las películas que el idiota de mi hermano podría haber elegido, tenía que haber cogido esa. Por supuesto, yo quería hacerme la valiente, pero cada vez que algún tarado salía de detrás de una puerta, me llevaba un susto de muerte.

Más o menos a mitad de la película, me atreví, por fin, a levantar la mirada. No estaba pasando gran cosa, pero sabía que aún quedaba un rato hasta que acabara. ¿Cómo podía gustarle a la gente ese tipo de historias? Era algo enfermizo. Entonces, un ruido fuerte de la película me hizo esconder de nuevo la cabeza entre las rodillas. A la porra. Soy una cría y no me importa en absoluto.

Di un respingo cuando noté que algo me rozaba la parte exterior del muslo. ¿Era la mano de Lewis? Vale, esa era una manera fantástica de aislarme de la película. Después de eso, no me bastaría con esconderme detrás de las rodillas. No me atreví a mirarlo, pero noté su sonrisa.

Ahora me resultaría imposible concentrarme en la película, así que levanté la cabeza. «Míralo.» Dios, menuda cría estaba hecha... Por fin, alcé la mirada y me encontré con la de Lewis.

—¿Estás bien? —me preguntó en voz baja.

Asentí. No podía estar mejor ahora que me estaba acariciando la pierna con su dedo índice. Era increíble: sentía mil cosquillas allí donde me tocaba.

—¡Buh! —gritó Henry con todas sus fuerzas.

Con el corazón a punto de salirseme del pecho, di un salto y grité.

«¡Joder!»

—¡Pero ¿qué narices te pasa?! —exclamé.

Él se partía de risa con la cara enterrada en la colcha. El comportamiento de Lewis, Kerri y Rachel no fue mucho mejor, aunque creo que también se habían sobresaltado.

—En serio, Henry, casi consigues que me dé un ataque al corazón.

—Ya, bueno, y yo tengo que aguantar que mi hermana sea una gallina —dijo con cara de hastío.

Le respondí con una mirada asesina. Noté cómo el cuerpo de Lewis temblaba a mi lado mientras seguía riéndose.

—Ostras, eso ha tenido gracia —dijo Lewis sin aliento, mientras seguía riéndose.

—Sí, me parto —contesté con sarcasmo.

El corazón seguía yéndome a mil por hora. Mi hermano daba asco. Todos, en realidad.

Por fin, la horrible película se acabó y Henry bajó a por el menú de la pizzería para pedir algo de cenar, pues ninguno de nosotros era capaz de cocinar sin quemar toda la casa. Por suerte, mamá y papá nos habían dejado algo de dinero. Esa noche habían salido a cenar con un amigo de la universidad de papá y su mujer, ambos unos muermos, y no volverían hasta tarde.

Kerri fingió toser.

—Necesito beber algo. Rachel, ven a ayudarme.

Ay. Dios. Mío. Sus intenciones no podían ser más obvias. Abrí los ojos como platos, y ella me respondió con una sonrisita inocente. «¡Trágame, tierra!»

Se marcharon y la habitación se quedó en silencio. Literalmente, no se me ocurría nada que decir que no me dejara como una idiota.

—Estás muy callada —dijo Lewis, afirmando lo obvio.

—Y tú también —contesté.

Se rio y se movió un poco hasta ponerse delante de mí.

—¿Te ha gustado la peli?

—Para nada.

—Eres una cría.

Yo puse los ojos en blanco, pero él echó mano de esa sonrisita sexy de medio lado que me desarmaba. «Madre mía.» Al oír las voces de Henry, Rachel y Kerri hablar al pie de la escalera, me entraron ganas de hacer pucheros porque volvieran tan pronto. Lewis se mordió el labio.

—Hace tiempo que quiero hacer una cosa.

—¿El qué? —pregunté.

Entonces, se inclinó hacia mí y me besó, muy rápido. El corazón me latía tan deprisa que sentía que me iba a estallar. Él se apartó y me miró. «No me lo puedo creer, Lewis me ha besado.» Yo estaba totalmente abrumada, pero él no parecía afectado. Cruzó las piernas y miró hacia la puerta justo cuando los demás entraron.

—¿Qué pizza has pedido? —preguntó.

No oí la respuesta de Henry. No podría haberme importado menos qué pizza había pedido. Me mordí el labio para intentar ocultar mi enorme sonrisa. «¡He besado a Lewis, he besado a Lewis, he besado a Lewis!» Maldita sea, ¿por qué habían tenido que volver tan pronto?

Summer

Domingo, 25 de julio (presente)

—Vamos a limpiar todo esto —dijo Rose, dando palmas, como si recoger la cocina después de almorzar fuera lo más divertido del mundo.

Me levanté para ayudar y así tener algo que hacer. Rose lavó las sartenes, los cubiertos de plástico y los platos, yo los sequé y Poppy los guardó. Lo limpiamos y ordenamos todo en silencio, llenando la habitación de un aroma a limón tan intenso que me daba ganas de estornudar. Tenía un millón de preguntas.

Una vez que dejamos el lugar como los chorros del oro, me senté en el sofá. Me di cuenta de que estaba actuando igual que ellas y me eché a llorar. Me hice un ovillo y lloré hasta que noté que el pecho me ardía. «Esta no puede ser mi vida ahora.» Nunca me había sentido tan extremadamente sola.

—Venga, Lily, todo irá bien —dijo Violet, acariciándome la espalda.

—No, no. No puede ser.

Lloré con más fuerza todavía. Las lágrimas me resbalaban por la cara, hasta empaparme las rodillas.

—Vamos... —intervino Rose—, intenta respirar hondo y calmarte. No estás sola, Lily.

«Sí, lo estoy.»

—Estamos juntas en esto —añadió Poppy.

Respiré hondo e intenté dejar de llorar.

—¿Cómo lo hace? —Me limpié las lágrimas, y pude ver con mayor claridad—. Va a salir esta noche. ¿Cómo puede tenernos a nosotras aquí y ser normal el resto del tiempo?

Rose suspiró.

—No se va a un bar, Lily.

—No me llames así —respondí con brusquedad.

Rose ignoró mi salida de tono y siguió como si yo no hubiera dicho nada. Y bien podía ser que así fuera en su mente.

—Que yo sepa, apenas tiene vida social. Se pasa la mayor parte del tiempo en casa o aquí.

—Entonces, ¿qué hace esta noche? —pregunté—. ¿Y cómo podéis saberlo?

—Es bastante sincero. Si le preguntas algo, es muy probable que te dé una respuesta honesta. Pero, por favor, piensa antes de preguntar —me avisó Rose—. Verás, a Clover hay cierto tipo de personas que no le gusta, y lo que hace de vez en cuando es... —arrastró las palabras, y se quedó con la mirada perdida.

—¿Es? —la apremié.

—... Deshacerse de las que hacen daño.

Me quedé de piedra.

—¿Las mata?

No, no podía ser.

—Sí. Bueno, él no lo ve así. Esas mujeres, las prostitutas, hacen daño a las familias inocentes de los hombres que se van con ellas.

—Joder, pero ¿te das cuenta de lo que dices? —dije entre dientes, alterada—. Lo estás defendiendo.

—No, no lo defiende.

—Claro que sí. Cualquiera diría que lo estás justificando.

—No es verdad. Solo intento explicar su razonamiento, eso es todo.

—Entonces, ¿se pasa las noches asesinando prostitutas?

Era imposible. Puede que solo lo dijera para amedrentarlas y dominarlas. ¡Si alguien estuviera asesinando prostitutas por ahí saldría en todas las noticias!

—Tal y como lo dices, parece que lo haga todas las noches, y eso no es así —dijo Rose, torciendo el gesto.

«¿Cómo lo sabes?» Bueno, supongo que no podía ser así. No podía matar a diario y salirse siempre con la suya. A esas alturas ya lo habrían pillado. Seguro.

No daba crédito a la calma con la que hablaba de todo ese asunto. ¿No debería estar horrorizada y arañando la puerta? ¿Merecía la pena preocuparme tan siquiera por cómo debería o no pensar, sentir o actuar?

—¿Y cómo consigue que no lo pillen?

—Son prostitutas, Lily. La mayoría han huido de casa o siempre han estado solas.

Su argumento no me convencía.

—Cree que son sucias y representan lo más abominable de la humanidad. —Rose miró a Poppy y a Violet—. Creemos que le pasó algo de pequeño, porque esas ideas no salen de la nada. Pero nunca se lo hemos preguntado directamente.

¿Cómo iban a hacerlo? No era algo por lo que valiera la pena arriesgar sus vidas.

—¿Y qué les hace? ¿Sabéis cuántas víctimas hay? —pregunté.

La historia se volvía cada vez más espeluznante. Era como el personaje de una película de terror.

—No lo sé —dijo Violet.

—Estamos atrapadas en la pesadilla de un maldito loco. Tenemos que salir de aquí. Podemos hacerlo juntas. Sé que sí, pero debemos trabajar unidas.

—No, Lily —dijo, terca, Rose. Empezaba a recordarme a mis profesores del instituto—. No podemos. No hay forma de escapar, así que debes olvidarte de eso. No tienes ni idea de lo que es capaz de hacer. Clover no sabe distinguir el bien del mal. Puede ser... brutal y despiadado.

Al oír su advertencia, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. «Brutal y despiadado.» Había sido testigo de lo que le había hecho a Violet, de lo mucho que se había enfadado y de cómo la había amenazado con un cuchillo. ¿Podía ser todavía peor? No quería rendirme, eso no era propio de mí, pero estaba aterrada.

Rose respiró hondo y se levantó.

—Ahora voy a limpiar el baño, después podemos ver una peli.

Me sequé las lágrimas, tragué saliva e intenté controlar las náuseas.

—No puedo quedarme aquí. Necesito irme a casa.

¿Es que no lo entendían?

Poppy negó con la cabeza y me apretó la mano.

—Ojalá pudieras, Lily. Por favor no hagas ninguna estupidez —dijo ella, levantándose. Sus palabras resonaron en mi cabeza. «Por favor, no hagas ninguna estupidez.»

Inmediatamente, me lo imaginé amenazándome con un cuchillo y el pavor me caló hasta los huesos.

—¿Qué película vemos? —preguntó Rose desde el baño.

Violet se encogió de hombros.

—Alguna peli de amor antigua.

¿Sería esa la rutina de cada tarde? Sentí una presión asfixiante en el pecho.

Rose puso la película, y las dos se sentaron en el sofá conmigo. Enseguida, las imágenes de la pantalla las atraparon. ¿Cómo podía importarles una película cuando él estaba ahí fuera, acechando a alguna pobre chica? Me la imaginé asustada y luchando por su libertad. Mi mente le había inventado unos ojos muy grandes, y estaban a punto de salirse de las cuencas. Pero ¿seguro que esa era

la verdad? Bien podría pasarse las noches en el bingo y contarnos todas esas historias para someternos con el miedo y que así no nos enfrentáramos a él. Tenía el corazón en un puño. Quería conocer la verdad.

—¿Podemos ver la televisión normal? —pregunté, al tiempo que parpadeaba para intentar quitarme los ojos de la chica de la cabeza.

¿Saldría mi historia en las noticias? A esas alturas, mi caso ya debía de ser público.

Con el rabillo del ojo, vi a Poppy menear la cabeza.

—No.

Pues claro. Estábamos aisladas de todo y de todos. Dependíamos de él por completo. Deseé no haber salido esa noche fatídica. Debería haber escuchado a Lewis y a mis padres, y dejar que alguno de ellos me acompañara. Cada vez que intentaban avisarme de que no era seguro salir sola de noche, quitaba importancia a sus palabras o les decía que dejaran de exagerar. Al echar la vista atrás, sentía ganas de darme un puñetazo en la cara por lo engreída que había sido. Me sentía invencible, porque era tan ingenua que pensaba que las cosas malas solo les ocurrían a otras personas.

—Tenemos que empezar a preparar la cena —dijo Rose, que apagó el televisor después de un rato—. ¿Quieres echarnos una mano, Lily?

«Summer.»

¿Acaso tenía elección?

—Claro.

¿Qué otra cosa podía hacer para pasar el tiempo? Era mejor que estar sentada todo el rato, pensando. Aunque pensar en mi familia sí me gustaba, porque me permitía salir de allí, a veces necesitaba parar y hacer algo para olvidar durante un rato lo mucho que los añoraba. En ese momento, habría dado cualquier cosa por hablar con ellos.

—¿Qué hago? —pregunté.

Las chicas ya habían cogido todo lo necesario y estaban llenando dos cazuelas con agua. Trabajaban perfectamente sincronizadas, como si fueran compañeras de trabajo en la cocina de un restaurante.

—¿Podrías pelar las zanahorias y las patatas? —dijo Poppy, y me pasó el pelador, que estaba hecho de plástico, excepto por la cuchilla del medio.

No parecía que estuviera muy afilada, pero era una posibilidad. ¿Bastaría para infligir algún daño? Como sabía que una o las dos me estarían observando, aparté la mirada del pelador y cogí una patata.

—¿Crees que alguna vez saldremos de aquí? —pregunté, mientras pelaba las verduras.

Rose suspiró y no lo hizo por tristeza, más bien soltó un suspiro de frustración. ¿Es posible que estuviera frustrada por mi culpa?

—No.

—Pero ¿tú quieres volver?

—Violet, ¿puedes pasarme una bandeja para el horno, por favor? —preguntó Rose, ignorando por completo mi pregunta.

Interpreté su respuesta como un no. Esa chica me daba mucha lástima. Clover había logrado meterse en su cabeza y la había convertido en su marioneta. Rose siguió a lo suyo: puso el pollo en una bandeja y lo metió en el horno. Por mucho que fingiera que no me había oído, en algún momento tenía que pensar en regresar a casa, ¿no? O puede que ni siquiera fuera consciente de que le habían lavado el cerebro.

Acabé de pelar y cortar las patatas y las zanahorias, las metí en agua y encendí el hornillo eléctrico. Nunca había cocinado tanto en mi vida. Mamá estaría impresionada y orgullosa; puede que incluso me pusiera la mano en la frente para asegurarse de que no tenía fiebre.

Después de mi pregunta, el ambiente había cambiado de forma innegable; las chicas mantenían la cabeza agachada y parecían concentradas en lo que estaban haciendo, pero la tensión podía cortarse con un cuchillo. No obstante, no me arrepentía de haber preguntado lo obvio. Alguien debía recordarles que lo que Clover hacía era horrendo, y Rose debía darse cuenta de ello.

Me quedé absorta mirando el agua de la cazuela, que empezaba poco a poco a hervir, y negué con la cabeza, ausente. Acababa de ayudarla a prepararle la cena. Hasta entonces ni siquiera le había hecho la cena a Lewis. Sonreí al recordar la única vez que me había ofrecido a hacérsela. Él se había reído y había bromeado con que no quería que lo envenenaran. Mi mala mano en la cocina era conocida por todos.

El momento de la vuelta de Clover se acercaba. Resultaba evidente por cómo las chicas iban de un lado a otro, cada vez más ajetreadas, y comprobando dos veces que todo estuviera limpio y ordenado. Yo me sentía más y más ansiosa por lo que iba a pasar. Por supuesto, no lo quería allí abajo, pero al mismo tiempo deseaba que entrara de una vez por la puerta, para acabar, así, con la espera.

Sopesé fingir que estaba enferma, pero no quería que él viniera a examinarme. «Cómete la cena y mantén la compostura hasta que se marche.» Iba a tener que hacer eso mismo dos veces al día entre semana, y tres los fines de semana, hasta que alguien me encontrara.

Al final, ese sonido que tan rápido había aprendido a temer resonó en la habitación: el cerrojo de la puerta del sótano se abrió. Me temblaban las manos y se me aceleró el pulso. Violet me lanzó una sonrisa fugaz, como si quisiera decirme que todo iría bien. Pero yo sabía que no era así.

—Buenas noches, Flores —dijo, con una sonrisa encantadora y espeluznantemente normal.

Supuse que ese era su secreto para salirse con la suya. A menos que hubieras estado en ese sótano, su aspecto agradable inspiraba confianza casi de inmediato.

—Buenas noches —contestaron al unísono.

Me apresuré a colar las verduras, al mismo tiempo que me aseguraba de no perderlo de vista.

—¿Falta mucho?

—No, ahora mismo servimos la cena —respondió Poppy.

Llevé dos platos a la mesa y dejé que ellas se ocuparan del resto. Rose llevó el suyo con una gran sonrisa en la cara: era probable que disfrutara sirviendo la cena a su psicópata favorito.

—Comamos, pues —dijo en tono animado, antes de hincarle el diente al asado.

Desesperada por no atraer la atención, meforcé a tragar un bocado, pero tenía el estómago cerrado y cada trozo de comida hacía que se me revolviera más. Me esforcé por no apartar la mirada del plato y fingir que comía. Lo único que deseaba de verdad era camuflarme con el entorno y evitar que se fijara en mí. Era incapaz de relajarme mientras él estaba en la habitación: me sentía tensa de la cabeza a los pies.

—¿Qué tal tu día, Clover? —preguntó Rose.

—Hasta ahora muy bien, gracias. Ha sido productivo. ¿Y el vuestro?

—Bien. Hemos visto un par de pelis.

¡Claro! ¿Qué más íbamos a hacer?

Él asintió una vez.

—Bien, avísame cuando queráis más películas.

—Eso haremos. Gracias.

Me pregunté si Rose se daba cuenta de que ella hablaba exactamente igual que Clover cuando se dirigía a él. La formalidad y la educación con la que se hablaban el uno al otro me ponía los pelos de punta.

—Nos preguntábamos si podrías traernos más patrones. Nos gustaría hacernos unos vestidos de verano nuevos.

De inmediato, me asaltó una idea. ¿Hacían su propia ropa? Se necesitan tijeras para cortar la tela. En un abrir y cerrar de ojos, tracé un plan en mi cabeza. ¿No sería poético que él muriera de la misma forma que mataba: de una herida de arma blanca?

—¿Podrías enseñarme? —intervine.

Clover sonrió triunfal, como si pensara que, por fin, me acomodaba a su retorcido modo de vida.

—Es una idea fantástica, Lily. Estoy seguro de que a Rose, Violet y Poppy les encantará enseñarte, ¿verdad, chicas?

—Por supuesto —aceptó Rose.

Sentí una brizna de esperanza. Casi por sí solo, el plan cobraba vida en mi mente. Conseguí comer algo más y le sonreí casi con educación. Podía hacerlo. Podía fingir ser una buena chica y ahora que veía luz al final del túnel, era más fácil. Había una salida.

Cuando acabamos de cenar, pensé que se marcharía, pero, en lugar de eso, cogió a Rose de la mano y se la llevó a una habitación en la que yo no había estado. De hecho, había supuesto que era un armario, no muy grande, escondido bajo la escalera. ¿Qué iban a hacer allí dentro?

—¿Adónde van? ¿Qué hay ahí? —pregunté, con la mirada clavada en la puerta cerrada.

Poppy bajó la cabeza y se mordió el labio.

—Esa es la habitación en la que... —susurró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué? ¿Qué pasa en esa habitación?

Me callé de golpe cuando comprendí lo que Poppy intentaba decirme. Se me heló la sangre en las venas. «La habitación en la que nos viola.» Rose y él estaban allí en ese momento. Ella lo había seguido solícita, sin dudar y sin una huella de horror en los ojos.

—Necesito volver a casa —me dije, casi para mis adentros.

—Tienes que dejarlo ya, Lily. No vas a volver a casa. Cuanto antes lo aceptes, más fácil será todo. Confía en mí, por favor —dijo Poppy.

Notaba los latidos frenéticos de mi corazón en los oídos. «Mierda.»

—No.

Me senté para intentar asimilar toda la información. Nuestro captor estaba violando a Rose en una habitación a escasos metros de mí. O al menos así lo interpretaba yo, porque... ¿sería posible que Rose hubiera llegado a aceptarlo después de tanto tiempo? No, no podía creerme que le hubiera lavado el cerebro hasta el punto de que ella aceptara tener relaciones sexuales con él. Tragué saliva y noté que una lágrima me caía por la mejilla.

—¿Lily?

Poppy me puso la mano en el hombro, y me sobresaltó.

—Lo siento. ¿Estás bien?

Negué con la cabeza y me quedé mirando a la nada. Me sentía vacía. Llegaría un momento en que querría llevarme a esa habitación. ¿Lograría sobrevivir a eso? La muerte me parecía una opción mejor. Aunque si moría, jamás volvería a ver a Lewis ni a mi familia. Era una elección imposible. O bien seguía viviendo con la esperanza de reunirme con mi familia y soportaba las violaciones, o bien moría, libre de él, pero sin despedirme de mis seres queridos.

No estoy segura de cuánto tiempo me quedé sentada, inmóvil como una estatua, mientras ellos estaban en esa habitación, pero no pareció mucho. Cuando la puerta se abrió, me hice un ovillo y me esforcé por secarme las lágrimas de la cara.

—Buenas noches, Flores.

—Buenas noche, Clover —dijeron Poppy y Violet, a mi lado.

Yo, al contrario, permanecí muda. No podía ni mirarlo. «¡Puto cabrón asqueroso!»

Rose se sentó y encendió el televisor, como si nada hubiera pasado. Su rostro no mostraba ni lágrimas, ni ninguna otra señal de conmoción por lo que acababa de pasar. No me atreví a decir nada. Me apretujé contra el brazo del sofá y giré la cabeza para que el pelo me cayera sobre el rostro y me tapara las lágrimas que yo derramaba por Rose.

Después de la película, por fin se hizo lo bastante tarde para irme a la cama. Dormir era una forma de escapar.

—Lily, ¿quieres ducharte la primera? —preguntó Rose.

Asentí, aunque en realidad no me apetecía en absoluto.

—De acuerdo.

Sin mediar otra palabra, cogí el pijama de mi cama y entré en el baño. ¿Por qué me prestaba a eso?

Mi segunda ducha del día duró más tiempo. Dejé que el agua caliente me cayera sobre el cuerpo, con la esperanza de librarme de lo que parecía suciedad incrustada. ¿Volvería a sentirme limpia alguna vez?

Entre bostezos, cerré el agua de la ducha y me sequé con rapidez. Estaba exhausta, aunque no eran más que las diez. La cabeza empezaba a echarme humo y necesitaba desesperadamente un descanso. Por extraño que pareciera, estaba deseando irme a dormir. De hecho, no me importaba pasarme durmiendo todo el tiempo que tuviera que estar allí.

Mientras iba del baño al dormitorio, miré de reojo la escalera que conducía a la puerta. ¿Cómo demonios iba a salir de allí? Al contrario que las demás, yo no creía que fuera imposible, pero también sabía que no era algo que pudiera hacer de forma impulsiva. Debía garantizar el tiro e ir sobre seguro, porque si salía mal, él me mataría sin pensárselo dos veces.

Me metí en la cama y me cubrí la cabeza con la colcha, para esconderme por completo. El dormitorio hubiera sido bastante bonito si no hubiera estado en el infierno. Cerré los ojos en un intento estúpido de ponerme en contacto con Lewis. Rogué que se produjera un milagro y me oyese. Pero, por supuesto, era imposible.

«Por favor, ven a buscarme», le rogué. Y me eché a llorar en silencio.

Un fuerte golpe seguido de un grito agudo me despertaron. Me quedé lívida, con el corazón en un puño. ¿Qué había sido eso? Aparté el edredón y corrí hacia la puerta. Me choqué con Poppy, que me agarró del brazo y me empujó al fondo de la habitación.

—¿Qué ha pasado? —dije entre dientes.

—Tú quédate aquí. Querrá vernos —dijo Poppy.

A continuación, siguió a Rose y a Violet fuera del dormitorio y cerró la puerta tras ella.

La luz de la lámpara era demasiado tenue para ver con claridad la habitación. Por un lado, quería encenderlas todas, para tener la mayor luz posible, pero, por otro, el miedo me impedía moverme.

—¡No, no, no! —gritó una voz que no reconocí.

El miedo me inundó. ¿Quién era esa?

—¡Cállate! —bramó Clover.

Su voz rasgó la habitación con tanta fuerza que se me hizo un nudo en la garganta. Lo había visto gritar antes, pero en esa ocasión era diferente: su voz transmitía violencia e ira.

¿Qué hacía y a quién gritaba? Todo estaba en silencio. Giré la cabeza y acerqué la oreja a la puerta, quería oír mejor, pero seguía sin atreverme a moverme. El corazón se me salía del pecho. ¿Se quedaría esa chica también aquí? ¿Intentaría resistirse?

Me humedecí los labios secos, a la espera de que algo ocurriera. No oía ni a Poppy, ni a Violet, ni a Rose, así que no tenía forma de saber qué estaban haciendo. Una pequeñísima parte de mí quería salir para averiguarlo.

De repente, un estruendo me sobresaltó y me agité en la cama; me tapé la cabeza con la colcha y apreté la cara contra la almohada. Me sentía como cuando estaba sola en casa y un ruido me ponía en alerta, solo que en este caso el ruido correspondía a una amenaza muy real.

—¡Te he dicho que te calles! —gritó Clover de nuevo.

Sus palabras fueron como una explosión, y sonaba tan enfadado que me lo imaginé con los ojos desorbitados, y la cara roja y llena de rabia.

Las colchas recién lavadas olían a lavanda, como las de mi abuela. Pensé en mí misma de niña, tumbada en medio de la gran cama, tapada con la suave colcha hasta la barbilla y envuelta en ese olor reconfortante; mi abuela me leía un cuento y yo me quedaba dormida. No obstante, no conseguí refugiarme en mis recuerdos mucho rato. Otro grito desgarrador y gutural me devolvió a la realidad.

Él no la estaba atacando; ¿cómo iba a hacerlo con Rose, Violet y Poppy en la misma habitación? La chica debía de estar luchando con él. Supongo que él quería que se quedara allí abajo, y ella se resistía. Pero todo iría bien una vez que se marchara y la dejase a solas con nosotras.

Una molesta e insistente vocecita en mi cabeza me decía que si él quisiera que ella se quedara allí, habría otra cama en la habitación. Pero solo había cuatro, así que no había sitio para ella. Aunque quizá tuviera pensado añadir una.

De repente, volvió a reinar el silencio absoluto. No entendía nada y odiaba no saber qué estaba pasando, qué hacía y, aún más importante, dónde estaba. No quería que entrara en el dormitorio y me viera.

«Déjala aquí y vete.» Cuando me había metido en el sótano, se había marchado nada más empujarme escalera abajo, tras decirle a Rose que se ocupara de explicármelo todo. ¿Qué lo entretenía ahora? Me quedé totalmente

inmóvil, a la espera de oír algo. Luchaba por controlar mi respiración agitada y pesada para no perderme detalle de lo que pasaba fuera.

Apreté la cara contra la almohada con más fuerza todavía, mientras la tensión estaba a punto de consumirme. El corazón me latía tan deprisa que el pecho me dolía, y las manos empezaron a temblarme.

Oí, entonces, un golpe seco que sonó justo como la vez que Henry había inclinado demasiado la silla hacia atrás y se había caído. En aquel momento, todos habíamos corrido escalera arriba, porque pensábamos que se había desmayado o algo peor. ¿Era eso lo que acababa de oír? ¿Una persona que se había caído? Tragué saliva y gemí mientras mi mente me obligaba a entender lo que no quería entender. Todo iba bien. Alguien se habría caído. En menos de un minuto, oiría la puerta del sótano abrirse y cerrarse, y entonces, las chicas volverían a la habitación con quienquiera que estuviese allí fuera.

Cada vez me costaba más respirar y notaba el pecho más pesado. Justo como había supuesto, la puerta del sótano se abrió y se cerró con un ligero chirrido. Pronto volverían. Mientras pensaba en que alguien tendría que compartir la cama con la chica nueva, la puerta del dormitorio se abrió, y di un respingo. Me volví y me apoyé en el cabezal. Violet, solo era Violet. Esbozó una sonrisa forzada, pero sus ojos revelaban sus auténticos sentimientos.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—No. ¿Y tú?

Violet tragó saliva y apartó la mirada. ¿Dónde estaban Rose, Poppy y la chica nueva?

—Lily, tú no eres como Rose o Poppy. Ellas se han rendido, pero tú no. Y yo tampoco.

Fruncí el ceño sin entender lo que quería decirme. ¿Qué había ocurrido? Oí correr el agua de los grifos y puertas de armarios que se abrían.

—¿Qué pasa? —pregunté, más preocupada por averiguar qué ocurría fuera.

—No puedo seguir haciendo esto —dijo ella, antes de meterse en la cama, volverse de espaldas a mí y taparse la cabeza con la colcha.

Quería preguntarle a qué se refería y si estaba bien, pero oí a las chicas meter la fregona en el agua y rociar algún spray con energía. Segundos después, el aroma a limón del desinfectante me abrumó, haciéndome cosquillas en la nariz y provocándome un lagrimeo.

—Violet, ¿qué están haciendo? —susurré, con los ojos muy abiertos y aferrada a la colcha.

Sin embargo, en lugar de responder, Violet se tapó más, y vi que se hacía un ovillo bajo las sábanas. Respiré hondo y miré hacia la puerta. «¿Qué demonios están haciendo?»

Summer

Miércoles, 28 de julio (presente)

Cuatro días. Llevaba allí abajo cuatro días, y todos habían sido iguales. Por la mañana, ducha y desayuno. Durante el resto del día, limpiábamos, veíamos películas y leíamos. Ninguna había vuelto a mencionar la posibilidad de confeccionar vestidos nuevos, y no quería ser yo quien sacara el tema por miedo a levantar sospechas. Dentro de lo malo, los días entre semana eran mejores, porque solo veíamos a Clover dos veces.

Los domingos se llevaba a Rose a la habitación; los martes, le tocaba a Poppy, y, al parecer, los miércoles, es decir, esa misma noche, a Violet. Era consciente de que yo también acabaría teniendo un día asignado y aún no estaba segura de si sería mejor conseguir que me matara antes. ¿Y si ya me había adjudicado uno? Probablemente, ellas sabían cuándo era el turno de Lily, pero yo no quería saberlo. No quería saber nada en absoluto. Tal vez pudiera mantenerme aislada y desconectada de la situación el tiempo suficiente para sobrevivir hasta que me encontraran. Ni siquiera podía creerme que ese fuera el tipo de cosas de las que tenía que preocuparme.

Hasta el momento, él no había expresado ningún interés por mí más allá de un par de gestos educados y amistosos. Y deseaba, con cada fibra de mi ser, que todo siguiera igual.

Poppy decía que no le gustaban las cosas «complicadas». Le gustaban los números pares y que todo estuviera programado. Nadie había mencionado qué había ocurrido cuatro días antes, y yo tampoco me atreví a sacar ese tema. Lo único que sabía era que allí abajo seguíamos solo nosotras cuatro.

Ayer Violet me dijo que quería marcharse. Vino al dormitorio, donde yo ya me preparaba para acostarme, mientras Rose y Poppy limpiaban una vez más las encimeras, que ya estaban relucientes, y me había dicho que no aguantaba más: las mismas palabras que la noche en la que «algo» había pasado. Ahora bien, esta vez, cuando le había preguntado a qué se refería, me había dicho que «necesitaba» marcharse. «Necesitaba», no «quería».

Estuve intentando hablar con ella a solas desde ese momento, pero resultaba difícil con Rose y Poppy siempre por allí. No obstante, al cruzarnos en el baño esa mañana, Violet me había dicho entre susurros que podríamos hablar cuando las otras dos estuvieran ocupadas preparando el almuerzo.

Así, me senté en el sofá y observé a Rose y a Poppy sacar ingredientes del frigorífico y sartenes, mientras empezaban con los preparativos para la comida. Violet seguía en el dormitorio, pero yo no estaba segura de si se suponía que tenía que ir a verla o si ella vendría a buscarme. ¿Qué resultaría menos sospechoso?

Estaba expectante e impaciente por saber qué quería decirme. Cruzaba los dedos porque tuviera un buen plan, pero también temía que Poppy o Rose pudieran oírnos y eso nos arruinara cualquier posibilidad. No teníamos más que una única oportunidad, porque si él se enterara de nuestros planes, se aseguraría de que no volviéramos a intentarlo. Tampoco podíamos arriesgarnos a que él aumentara aún más la seguridad, pues, al menos, yo no había perdido la esperanza de que dejara la puerta abierta por error.

Rose y Poppy estaban ocupadas en la cocina: habían puesto una sartén al fuego y estaban espolvoreando queso sobre unas rodajas de pan. Parecía que íbamos a comer sándwiches de queso a la plancha. La puerta del dormitorio se abrió, y Violet asomó la cabeza.

—¿Puede alguna ayudarme con el pelo, por favor? —preguntó, tirando de sus largos mechones de cabello negro.

Esa era mi señal. Me levanté.

—Ya voy yo.

Sonreí con inocencia a Rose y Poppy, estaba dispuesta a hacer lo necesario para conseguir que creyeran que solo intentaba encajar y ser útil.

Ninguna dijo una palabra y siguieron cocinando. Me relajé: no sospechaban nada. Cerré la puerta detrás de mí, entré en el dormitorio y me apoyé en ella. Violet se recogió el pelo en una cola de caballo.

—Esta noche —dijo—, nos vamos esta noche.

Me quedé boquiabierta. Sabía que quería escapar, pero creía que planearíamos meticulosamente nuestro intento de fuga y no que nos lanzaríamos sin más.

—¿Cómo? ¿Esta noche?

Tragó saliva y se le pusieron los ojos vidriosos.

—No puedo seguir haciendo esto, Lily —dijo en un susurro, repitiendo las palabras que ya me había dicho unas cuantas veces. La voz se le quebró con una emoción oscura y dolorosa que me hizo estremecer.

—No puedo desconectar como ellas —explicó Violet, señalando con la cabeza en dirección a la cocina, donde seguían Poppy y Rose—. Ellas son más fuertes que yo; llevan más tiempo haciendo esto. Poppy no deja de decirme que lo superaré y que aprenderé a vivir aquí abajo. «Sé Violet», dice siempre; lo que pasa aquí abajo le pasa a Violet, no a Jennifer. Pero soy incapaz de hacerlo, no puedo ausentarme de mí misma. Esta noche, tengo que irme como sea.

¿Sería esa la razón por la que no dejaban de decirme que tenía que aceptar que yo era Lily? ¿Intentaban que me acostumbrara a no ser Summer para poder sobrevivir a lo que se avecinaba? Supongo que por eso nunca usaban sus nombres auténticos.

—Esta noche —repitió ella.

Claro, esa noche, antes de que volviera a violarla.

—¿Cuántas veces te ha llevado a esa habitación?

Bajó la vista al suelo y parpadeó. Cuando se recompuso, me miró a los ojos.

—Tres. Y no permitiré que haya una cuarta.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Era la única que no me había hablado de su vida en el exterior, nunca se había mostrado dispuesta a dar información alguna.

—Algo más de seis meses.

Así que tenía seis meses.

—Me crucé con él a las afueras de Top Shop. Al parecer, recogió allí a otras dos chicas también, o eso me contó Rose. Es un lugar al que acuden muchas personas sin hogar, por el refugio.

Jugueteé con los dedos y me mordí el labio. Se estaba abriendo, por fin.

—¿Cómo... cómo te metió aquí? —pregunté, con la esperanza de que no se cerrara en banda.

—Se ofreció a pagarme un café en un bar de la ciudad que abría hasta tarde. Nunca llegamos al bar.

Joder. No solo secuestraba a chicas, sino que las atraía con falsas promesas de ayuda. A mí, simplemente me había raptado.

—Lo siento.

—Solía pensar que vivir en la calle, asustada, con frío y sola era lo peor que podía pasarme. —Se rio con amargura—. ¡Qué equivocada estaba!

Quería preguntarle cómo había acabado en la calle, pero se le llenaron los ojos de lágrimas y cerró los puños; parecía estar a punto de derrumbarse.

—¿Cómo quieres escapar?

De repente, su postura corporal cambió de inmediato. Se irguió, echó los hombros hacia atrás y adoptó un gesto serio.

—Necesitamos la llave, y he visto que se la guarda en el bolsillo izquierdo de los pantalones al bajar la escalera. Pienso romperle el jarrón en la cabeza —explicó ella, con una risa maliciosa que me hizo pensar que se me escapaba algún detalle; aunque tampoco descartaba la posibilidad de que hubiera empezado a perder la cabeza—. Tengo esto por si las cosas se complican.

Sacó un par de tijeras de su bolsillo. Eran mucho más pequeñas de lo que había imaginado; la hoja no era más grande que mi pulgar. Con ellas no podríamos cortar nada, pero, claro, Clover había puesto especial cuidado en no darnos nada demasiado grande y afilado. En cualquier caso, era la única arma con la que contábamos.

—Vale —susurré.

Sin embargo, el plan no me convencía: Violet se estaba dejando llevar por la emoción, claro que a mí no me había violado, así que no iba a juzgarla ni a intentar detenerla.

—Tú quédate al pie de la escalera cuando él entre en la habitación. Yo lo golpearé con todas mis fuerzas y cogeré la llave. En cuanto caiga al suelo, sube la escalera tan rápido como puedas. Estaré justo detrás de ti. Esto tiene que funcionar, porque ya no soporto esta tortura y tampoco quiero que tú tengas que hacerlo. —Negó con la cabeza—. Se supone que aquí abajo solo debe haber mujeres perdidas, no niñas.

Fruncí el ceño. No me consideraba una niña, pero era evidente que ella a mí sí. Lo decía como si Clover estuviera cometiendo otro delito, aparte del secuestro, la violación y el confinamiento de cuatro chicas en su sótano. Puede que a ojos de la ley fuera una menor, pero la edad no importaba allí abajo; todo era horrible.

Respiré hondo.

—De acuerdo, intentaré llegar a la puerta.

Sonrió fugazmente.

—Buena chica. Estamos listas.

«¿Seguro?» Yo no estaba tan convencida; de hecho, tenía una sensación horrible en la boca del estómago. Mi padre siempre me decía que hiciera caso de ese tipo de cosas antes de tomar una decisión. Era la misma intuición que me

hacía cambiar la respuesta de un examen y no suspender. Aunque, sin duda, lo que estaba ahora en juego era mucho más importante que aprobar una asignatura.

—Será mejor que salgamos. Pronto habrán acabado y se preguntarán por qué tardamos tanto.

Salió de la habitación, y sentí el impulso de detenerla. ¿No deberíamos repasar mejor el plan? ¿No deberíamos sopesar lo que podría salir mal y qué hacer al respecto? Necesitábamos barajar más opciones y tener en cuenta todos los factores, como la posibilidad de que Rose y Poppy intentaran detenernos.

Violet dejó la puerta abierta, y la vi caminar con confianza hacia la cocina y cortar los sándwiches que Rose había sacado de la sartén. Vaya, se le daba mejor fingir de lo que pensaba.

Cuando lo vi bajar la escalera, sentí náuseas. Si Violet tenía razón, Clover se habría guardado la llave en el bolsillo izquierdo. Mi billete para escapar de esa pesadilla estaba a escasos metros de mí, pero antes había que reducir a un psicópata. Violet me miró de reojo e hizo un gesto con la cabeza. Mi participación en su plan era prácticamente nula: ella lo golpearía en la cabeza y cogería la llave; lo único que yo tenía que hacer era correr escalera arriba en cuanto él se desplomara.

Sentía que mi responsabilidad en el plan debería haber sido mayor, pero ella conocía más a Clover que yo. Solía pensar que yo sola me bastaba para protegerme, pero ya había quedado demostrado que creer eso era una ingenuidad por mi parte, así que estaba a sus órdenes y haría lo que ella me dijera. Además, lo que sentía en el estómago eran murciélagos más que mariposas. Me aterraba que algo pudiera salir mal y cualquier posibilidad de hacernos con la llave se esfumara. Clover se detuvo junto a la mesa, en la parte más alejada de la escalera, y nos saludó con una sonrisa, como si todo fuera normal. Nada me resultaba más fácil que alejarme de él. Me repugnaba y quería estar tan lejos de él como fuera posible.

Violet se colocó muy cerca de la encimera, para tener el mango de una sartén al alcance de la mano. El corazón me dio un vuelco. «Por favor, que salga bien.» Mi deseo de volver a casa era tan acuciante que ignoré todos los signos que me alertaban de lo arriesgado del plan.

Clover se detuvo delante de Rose.

—¿Qué tal te ha ido el día? —preguntó él.

Dejé de escuchar su conversación cuando vi que Violet cerraba la mano alrededor del mango. «Vamos.» Sabía que yo solo debía echar a correr cuando ella lo golpeará, pero Clover se interponía entre ella y la escalera. ¿Y si conseguía agarrarla cuando pasara a su lado? Debería quedarme a ayudarla también. Podía darle una patada si trataba de levantarse. Era consciente de que yo no tenía mucha fuerza, pero estaba dispuesta a intentarlo. Al fin y al cabo, Violet iba a arriesgarlo todo por ayudarme, así que yo también quería estar preparada para ayudarla si me necesitaba.

En un abrir y cerrar de ojos, y sin dar tiempo a Rose y a Poppy para que reaccionaran, Violet golpeó a Clover en la parte trasera de la cabeza, y él se inclinó hacia delante.

Nadie hizo ningún ruido. Pensaba que Rose y Poppy gritarían, porque no lo habían visto venir; sin embargo, permanecieron en silencio. Clover se tambaleó, pero, en tan solo dos pasos, recuperó el equilibrio, justo cuando Violet pasaba a su lado, en su huida hacia la escalera.

Él le agarró el brazo como si su mano fuera una tenaza. Violet gritó.

Summer

Violet abrió los ojos de par en par, horrorizada, al darse cuenta de que él no se había derrumbado según lo planeado. «¡Esta es la razón por la que deberíamos haber valorado diferentes escenarios!», le gritó una voz en mi cabeza. Ahora nunca podríamos volver a acercarnos a esa llave, y Clover se aseguraría de cerrar la puerta con ella en todo momento.

Me apretujé junto al pasamanos y clavé las uñas en la madera. ¿Qué íbamos a hacer ahora? De repente, me costaba respirar y sentí que me ahogaba. Cuando me di cuenta de que no me iba a casa, las lágrimas afloraron en mis ojos.

—Clover, lo siento. No sé...

—Cállate —gruñó él, escupiendo al hablar.

A pesar de su evidente ira sanguinaria, consiguió mantener una apariencia de calma y control, de tranquilidad incluso. ¿Qué se proponía? De inmediato, la imagen del cuchillo que guardaba en su bolsillo me cruzó la mente. No sería capaz de usarlo, ¿verdad? Solo lo llevaba para mantenernos a raya.

Sin embargo, de repente lo vi empuñando ese mismo cuchillo, cuya hoja parecía brillar orgullosa bajo la luz que le daba directamente. Tragué saliva y, por mucho que intenté cerrar los ojos y no abrirlos de nuevo hasta que todo hubiera pasado, no conseguía apartar la mirada; asimismo, me había pegado tanto al pasamanos de la escalera que notaba que se me clavaba en la espalda.

Violet levantó las manos temblando y negó con la cabeza.

—No, por favor, lo siento.

—Ya te he dado una segunda oportunidad y no es algo que ofrezca a la ligera. Aquí no hay terceras oportunidades, Violet.

Clover hablaba con tanta tranquilidad que me hizo estremecer. Sin que las demás volvieran a pronunciar palabra alguna, él dio un paso adelante. Y sin dudar un momento, le clavó el cuchillo en el estómago.

Me fallaron las piernas y me derrumbé; me agarré con fuerza al pasamanos de madera, como si me fuera la vida en ello. Intenté gritar, pero cuando abrí la boca, ningún sonido salió de mi garganta. No podía dejar de llorar y parpadear

con fuerza para ver mejor. «Es un sueño, es un sueño —me repetía una y otra vez—. ¡Despierta, despierta!»

Violet boqueaba, desesperada por respirar, hasta que se desmoronó en el suelo, inerte. Sin vida. Estaba muerta. Era el primer cadáver que veía en la vida real, hasta entonces solo los había visto en televisión. Aturdida, no podía apartar la mirada de ella. Estaba muerta. De verdad. Todo había sucedido mucho más rápido que en las películas.

Giró la cabeza para mirar a Rose y a Poppy.

—Limpiad esto. Ahora.

Se dio media vuelta, subió la escalera, cruzó la puerta y la cerró con llave detrás de él.

Poppy me obligó a levantarme, arrastró mi cuerpo abotargado hasta el sofá e hizo que me sentara.

—Tranquila, quédate aquí.

Por eso no debía preocuparse: era absolutamente incapaz de mover ni una pestaña. Mi cuerpo estaba petrificado.

Observaba la escena sin poder reaccionar, con la respiración agitada y los ojos abiertos como platos; mientras tanto, Rose y Poppy cogieron un cubo, una fregona y otra cubeta llena de productos de limpieza.

—Oh, Dios mío, está muerta de verdad —susurró Poppy, que parecía no acabar de creérselo.

Rose le apretó el hombro y luego cerró los ojos de Violet con una leve caricia de sus dedos.

—Ve a por la bolsa para el cuerpo, Poppy.

Yo miraba con los ojos desorbitados y la garganta seca. «Ve a por la bolsa para el cuerpo, Poppy»: esas palabras se grabaron en mi mente. Rose y Poppy ya habían hecho eso antes.

Un pequeño charco de sangre empezó a formarse debajo del cuerpo. No conseguía apartar la mirada del líquido rojo brillante. Rose tomó la mano de Violet en la suya y la besó.

—Adiós, corazón —susurró.

Sentí arcadas y corrí al baño tapándome la boca con la mano.

Cuando regresé a la habitación, me encontré a Rose y Poppy intentando levantar el cuerpo de Violet; en modo alguno pensaba ofrecerse a ayudar a meter a una persona en una bolsa para cadáveres. La colocaron encima con

mucho cuidado y levantaron los laterales de la bolsa. Aunque les costaba moverla, no me pidieron ayuda. O bien no querían obligarme a hacerlo tan pronto, o bien simplemente sabían que no colaboraría.

Las miré mientras se movían acompasadas, trabajando coordinadas a la perfección, como si lo hubieran hecho un millón de veces antes. ¿En cuántas ocasiones habrían tenido que limpiar las escenas de sus crímenes? Un escalofrío me sacudió el cuerpo y me heló la sangre al pensar que posiblemente esa no sería la última vez que tuviera que presenciar algo semejante.

Antes de que cerraran por completo la bolsa, vi por última vez a Violet: parecía en paz, dormida; por supuesto, sabía que no era así. Rose cerró la cremallera y me dejé caer, aliviada, y le di mentalmente las gracias por la barrera de plástico que me impedía ver el rostro y los ojos de Violet. Ahora bien, sabía que jamás los olvidaría. Me dolía la cabeza y el pulso se me aceleró mientras luchaba por asimilar lo que acababa de suceder.

—Adiós —susurró Poppy, posando la mano donde debía de estar el corazón de Violet.

Observé con estupor cómo se levantaban, cogían un cubo y lo llenaban de agua. Fregarían el suelo, limpiarían la sangre y sería como si nada hubiera pasado.

El agua del cubo se volvió rosa con rapidez al mezclarse con la sangre; se parecía a uno de los cócteles que hacía mi madre, e intenté convencerme de que era justo eso. Sin embargo, cuando Poppy levantó la fregona para aclararla, un chorro de sangre goteó sobre el suelo, y la nauseabunda realidad se impuso.

El horrible olor metálico, que era más fuerte incluso que el asfixiante aroma a limón, me provocaba arcadas. La sangre desapareció del suelo tan deprisa como se había extendido. Eran rápidas, pero también concienzudas: limpiaron hasta la última gota. ¿Cuántas veces lo habían hecho?

Si no hubiera sido porque Violet yacía en una bolsa en una esquina de la habitación, nadie habría imaginado que allí acababa de producirse un asesinato. Era lo más horrible y terrorífico que había presenciado jamás, y ellas lo habían limpiado todo como si solo fueran pisadas embarradas. El fugaz instante de tristeza parecía haberse esfumado.

—Volverá a por el cuerpo después de ducharse —dijo Poppy, con un suspiro y la mirada clavada en Violet.

El cuerpo. Para ellas había dejado de ser una persona. ¿Así conseguían sobrellevar tanto horror? Veían un cuerpo, no una persona. Yo lo intenté también. Me imaginé a un cadáver, sin cara, ni nombre. La despojé de todo hasta

que no fue más que un bulto de carne. Pero seguía queriendo derrumbarme y gritar hasta quedarme afónica.

Me apoyé en el respaldo del sofá y entrelacé las manos para calmar los temblores.

—¿A cuánta gente ha...? —susurré, sin llegar a pronunciar la última palabra.

«Asesinado.»

Poppy apartó la mirada, y yo apreté los dientes. Violet no era la primera. Lo había hecho antes. Eso era lo que había oído el otro día. Sin poder evitarlo, empecé a gimotear y me hice un ovillo en el sofá.

Rose bajó la cabeza y dijo:

—Ocho desde que estoy aquí, Violet incluida.

Clover

Sábado, 25 de marzo (2005)

La soledad era como una enfermedad terminal. Cada día te debilitaba más. Sentía que durante los últimos cuatro años había sido un moribundo y ya no podía seguir aguantándolo. Me peiné el pelo de nuevo, me guardé la cartera en el bolsillo trasero y cogí las llaves. La habitación de las chicas estaba lista desde hacía tres días. Solo faltaba una cosa: la ropa.

De camino a la tienda, me detuve en la floristería del barrio a comprar un ramo de tulipanes amarillos para mi madre. Eran sus flores favoritas, y aunque a mí nunca me habían gustado, apreciaba su belleza natural y su pureza.

—Buenos días, Colin —dijo la señora Koop, sonriendo desde detrás del mostrador, lleno de flores frescas.

Le devolví la sonrisa e inhalé el fresco perfume de una mezcla de flores.

—Buenos días.

—¿Quiere lo de siempre?

Asentí una vez con la cabeza.

—Sí, gracias.

—Ahora mismo se lo preparo.

Se dio la vuelta, reunió un ramo de tulipanes y los ató con un lazo amarillo.

—¿Qué tal le va?

—Bien, gracias, ¿y a usted?

—Ah, como siempre —contestó ella, con una sonrisa maternal—. Serán diez libras, por favor.

Le di el dinero en efectivo.

—Gracias. Que tenga un buen día.

—Igualmente, señora Koop.

Conduje hasta el cementerio, sonriendo para mis adentros. Acababa de empezar marzo, y hacía un día soleado y precioso. En poco tiempo, volvería a la vida. Dejaría de ahogarme en el silencio de un hogar vacío.

Me quedé un minuto sentado en el aparcamiento, acariciando los pétalos delicados y sedosos de los tulipanes. Ningún hombre los había corrompido o dañado. Eran puros e inocentes, algo difícil de encontrar en este mundo de codicia, deshonra y libertinaje. Se protegía a las personas erróneas y se dejaba a las inocentes a su suerte. Yo debía acabar con eso. Quería proteger a mi familia del mal exterior. Sabía cómo y estaba dispuesto a hacerlo, sin importarme las consecuencias. Sentía que yo era el único dispuesto a hacer lo necesario.

Salí del coche y recorrí el camino que conocía de memoria. La tumba de Madre estaba al final del cementerio, a la derecha. A su lado, había un espacio reservado para mí, para que pudiéramos volver a estar juntos al final. Me arrodillé sobre una manta hecha de retales que había extendido en el suelo. Miré fijamente los pétalos perfectos y sonreí al apreciar la pureza de la creación más bella de la naturaleza.

Centré mi atención en la tumba de mi madre y le coloqué las flores donde se suponía que quedaba su corazón.

—Te echo de menos —dije en voz alta—. Y, por favor, no pienses que tener la familia que siempre he querido afectará ni lo más mínimo a lo que siento por ti. Eso es imposible. —Miré las flores con atención—. Te quiero mucho y siempre te querré. Nada me impedirá visitarte y siempre serás el centro de mi vida. Jamás olvidaré lo que me enseñaste y te prometo que seguiré esforzándome por hacer realidad tu visión de este mundo. No los dejaré ganar, Madre. Te lo prometo.

El sonido de la risa de una jovencita captó mi atención. Caminaba junto a sus padres y a un chico, que debía de ser su hermano. La melena rubia le caía por la espalda como una cascada dorada. Ella era la razón por la que nunca dejaría de luchar. La inocencia de esas niñas era un tesoro que había que proteger, antes de que quedara mancillada sin arreglo.

—¡No, mamá! —gritó ella—. Ya no me gustan los Backstreet Boys, son un rollo.

Su comentario inocente y caprichoso me hizo sonreír. No podía tener más de diez u once años, así que no tardaría mucho en descubrir a los chicos y en competir con otras chicas por su atención.

Su madre se rio.

—Pero, cariño, si ayer te compraste un póster suyo...

—Claro, ¡ayer!

Sus padres negaron con la cabeza, ambos sonreían, orgullosos y divertidos. El chico iba unos pasos por detrás, como si se avergonzara de estar con ellos. No levantaba la mirada del móvil y tecleaba absorto.

Tan rápido como aparecieron volvieron a desaparecer al otro lado de la valla. Eso era todo lo que deseaba, solo que yo no me quedaría de brazos cruzados mientras mi familia se corrompía, al contrario de lo que harían los padres de esa niña. Muy pronto, su preciosa hijita se convertiría en una de ellas.

Me levanté y recogí la manta, ansioso por regresar a la ciudad y comprar la ropa de las chicas. Pese a todo, me sentía culpable por dejar a mi madre para ir a comprar cosas para otras mujeres, pero lo necesitaba. No soportaba seguir solo.

—Adiós, Madre. Volveré a visitarte pronto.

Mientras caminaba de vuelta al coche, intenté localizar a esa familia de nuevo, pero había desaparecido. Se me encogía el corazón al pensar en esa pobre niña de pelo dorado.

Había ido de compras con Madre muchas veces, pero en esa ocasión todo era muy diferente y emocionante. Decidía yo y nadie más. Podía vestirlas como quisiera, modestas a la par que modernas. Entré en la tienda y me abrumó el aroma de los perfumes de mujer, dispuestos en botellas de colores brillantes.

Seguí los carteles hasta la sección de moda femenina y me pregunté a qué olerían las chicas. ¿Tendrían cada una su propio aroma, o al cabo de un tiempo todas compartirían el mismo? ¿Y yo? ¿Mi olor cambiaría adaptándose al suyo, o sería al revés? La emoción y el nerviosismo casi no me permitían andar en línea recta. Lo quería todo ya.

De repente, los chillidos de un grupito de adolescentes que miraban emocionadas el póster de un modelo masculino atrajeron mi atención. Eran tres, y todas llevaban ropa de mal gusto, que no dejaba mucho a la imaginación. ¿Cómo demonios les permitían sus madres salir de casa con esas pintas? La más escandalosa lucía un bronceado marrón, tirando a naranja oscuro, e iba pintada como una puerta. La sociedad iba cuesta abajo y sin frenos si las mujeres pensaban que estaba bien actuar y vestirse como furcias. Se me cerró el ojo por un tic nervioso, y tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para reprimir el inmenso odio que sentía. Me di la vuelta y me marché. Llegué a la sección de moda femenina y empecé a buscar los conjuntos perfectos.

—¿Puedo ayudarle? —me preguntó una dependienta.

Iba vestida con una minifalda repugnante y una camisa escotada. Si las profesionales se vestían como putas, ¿cómo no iban a imitarlas las nuevas generaciones de chicas?

Sonreí forzadamente.

—Sí, por favor. Busco varios conjuntos de falda y jersey.

—Ah, de acuerdo. Tenemos este de aquí —dijo ella, incapaz de esconder su desconcierto, y señaló un conjunto con adornos florales a mi lado.

—Quizá algo un poco más moderno. Es para mi... prometida.

Respiré hondo, cerré los ojos durante un segundo y disfruté del sonido de esa palabra. «Prometida.» ¿Podría tenerla algún día? ¿Una prometida normal? No, era probable que no. Solo Madre entendería lo que pretendía hacer, puede que no al principio, pero quería una familia con la que compartir mi vida.

—Por supuesto, aquí tiene algunos conjuntos de dos piezas más modernos.

La seguí hasta el siguiente colgador. Esos sí que eran perfectos. Eran de colores pastel: rosa, verde y azul. Con ellos, tendrían un aspecto respetable, pero eran más adecuados para su edad.

—Me llevo cuatro de cada.

—¿Cuatro de cada?

—Sí, por favor.

Frunció el ceño y revisó las prendas que había allí colgadas.

—¿Qué talla?

—Una cuarenta.

Sí, esa era una talla saludable, no como la treinta y cuatro que las jovencitas aspiraban a tener hoy en día.

—¿Algo más, señor? —preguntó ella, cargada con la ropa.

Negué con la cabeza.

—No, eso será todo. Gracias.

Había pedido toda la ropa interior por internet. Ni se me pasaba por la cabeza ir a comprarla a una tienda.

—Gracias por su ayuda —dije, después de pagar en efectivo.

—No hay de qué. Espero que a su prometida le gusten.

—Estoy seguro de que así será.

Cogí las bolsas llenas hasta arriba y salí de la tienda. Fui directo a casa. Estaba ansioso por colgarlas y ver el resultado final. Aparté la estantería y abrí la puerta de casa de las chicas. Su nuevo hogar era precioso y, aunque no era muy

grande, tenía todo lo que podían querer o necesitar. Era lo bastante grande para que vivieran cómodamente, y el dormitorio separado le daba un aspecto de apartamento. Estaba orgulloso de lo que había creado: todo por ellas.

Entré en el dormitorio, colgué un conjunto de cada color en los cuatro armarios y sonreí. Me había asegurado de dedicar mucho tiempo a su habitación, había cuidado cada detalle para dejarla perfecta. Sabía que hacía lo correcto. ¿Pensaría Madre lo mismo? ¿Le parecería bien que estuviera con otras personas? Meneé la cabeza. Había llegado demasiado lejos para dar marcha atrás. Lo necesitaba. Me lo merecía.

Había elegido las colchas a juego, y las camas estaban alineadas, dos contra una pared y contra la otra de enfrente, las otras dos. Entre las camas había dos mesillas de noche, y dos armarios individuales a cada lado. Cada chica tendría su propio espacio. Hacía tan solo un año, aquello era un viejo sótano, lleno de cajas de basura y muebles viejos. Ahora era un hogar precioso que daría cobijo a cuatro mujeres puras y bellas.

Subí de nuevo la escalera, cerré la puerta con llave y volví a colocar la estantería. La puerta quedaba escondida, empapelada igual que la pared. Era imposible saber que estaba ahí, y la estantería estaba colocada de tal manera que no se veía el pomo.

Respiré hondo e intenté calmarme. Ya no quedaba mucho para que pudiera recoger a Violet. Me di la vuelta y vi algo que me rompió el corazón. Los tulipanes del jarrón de cristal repujado habían muerto. Mi respiración se volvió agitada y dificultosa, y sentí un cosquilleo en las yemas de los dedos. Muertos, estaban muertos. Lo único realmente puro de este mundo, y había muerto.

Mi mente se nubló y me sentí perdido.

Summer

Jueves, 29 de julio (presente)

—Poppy, ¿qué es esto? —soltó Clover.

Se le hincharon los agujeros de la nariz y una vena de un lado del cuello. Su estallido repentino me dejó desorientada. «¿Qué era el qué?» Miré a mi alrededor y todo estaba en su sitio, como siempre, pero él respiraba agitado. Lo miré para intentar comprender el motivo de su enfado: vi que las amapolas se habían marchitado y supuse que esa era la causa.

—Lo siento, Clover. No he podido evitarlo —susurró ella.

¿Qué era lo que no había podido evitar? ¿De qué demonios hablaban? La fulminó con una mirada glacial que hizo que se me congelara el corazón. No podía ser que fuera a matarla.

—Lo... lo siento, Clover. Se han marchitado.

El miedo en la voz de Poppy era evidente. Las flores se habían marchitado y habían muerto. ¡Joder! ¡Pues claro! ¿Cómo no se iban a morir, y más cuando estaban en un jarrón bajo tierra? No daba crédito a lo que ocurría. Era demasiado estúpido.

Se acercó lentamente a Poppy, como si fuera un depredador.

—Tú no las has cuidado —gruñó él.

«¿Cuidar de las flores?» ¿Acaso su locura no tenía límite?

Poppy se encogió y negó con la cabeza.

—Pero sí, sí que las he cuidado... Eh... No sé qué ha podido pasar.

—¡No me vengas con cuentos! —gritó él, haciéndonos estremecer a todas—. Las has dejado morir.

—No, te lo juro. No. Lo siento mucho, Clover —susurró ella, con una mirada de súplica.

Él siguió avanzando hasta que la arrinconó contra la pared. ¿Qué demonios pensaba hacer?

Rose pasó su brazo por el mío y me sujetó con fuerza.

—Todo irá bien —murmuró en voz baja.

¿Sería capaz de matarla por unas flores muertas? ¿Cómo podía creer que podía evitar que se marchitaran? Me encogí al lado de Rose.

Poppy levantó ambas manos.

—Clover, te prometo que he cuidado de ellas; pero se han muerto de todos modos.

Se le volvieron a hinchar las fosas nasales. Levantó una mano y la abofeteó con fuerza. Poppy gimió y se llevó una mano a la mejilla. No podía creer lo que veían mis ojos. No tenía ningún sentido.

Clover sacó las flores del jarrón y las tiró al suelo. Me acerqué más a Rose y escondí la cabeza en su hombro, observando la escena solo con el rabillo del ojo. Justo cuando pensaba que el destino de Poppy estaba sellado, Clover se dio media vuelta y salió corriendo de la habitación. Solo cuando la puerta del sótano se cerró de un golpe, me aparté de Rose, que corrió a consolar a Poppy.

—Tranquila, Poppy —le decía, mientras le sujetaba una mano y le acariciaba el brazo para reconfortarla.

Poppy asintió y respiró hondo.

—Sí, sí, ya ha pasado... Pero, Lily, ¡estás temblando! Te prometo que ahora ya ha pasado todo. Estoy bien.

«Pues yo no.»

—Ven y siéntate —dijo ella, cruzando una mirada con Rose.

Supuse que iban a explicarme qué demonios había sido todo eso.

Me senté en el sofá, con las rodillas pegadas al pecho.

—¿A qué ha venido eso?

—No le gusta que se mueran las flores —susurró Poppy.

Estuve a punto de soltar una carcajada. Asesinar a mujeres no le suponía ningún problema, pero no aguantaba que unas flores se marchitaran.

—Así que no le gusta que se mueran las flores... —repetí, para convencerme.

Cada vez que pensaba que había visto el punto máximo de locura de mi secuestrador, me sorprendía con algo nuevo. Poppy soltó un suspiro antes de empezar a hablar:

—No entendemos la causa exacta, pero dice que las flores son puras y bellas. Que la naturaleza es bella y limpia. Creo que por eso hace todo esto. — Señaló con el dedo la habitación que nos servía como prisión—. Esta es su idea de la familia perfecta y pura.

—¿Encerrar a cuatro chicas con cuatro ramos de flores en un sótano?

Poppy esbozó una media sonrisa.

—No pretendo decir que tenga sentido. Al menos no para nosotras, y, además, solo es mi teoría.

—Una teoría bastante precisa —dijo Rose.

Negué sin comprender.

—Pero ¿qué problema tiene?

Rose se rascó la cabeza.

—No lo sé, Lily.

—Summer —solté.

Rose torció el gesto, y enseguida me sentí mal. No era culpa suya.

—Lo siento, es que no me gusta que me llamen así.

—Tú ahora eres Lily. Créeme, lo siento, pero solo intento ayudarte. Si sigues aferrándote a quien solías ser, te volverás loca. Acepta esta vida. Todo te resultará mucho más fácil una vez que lo hagas.

Rose se levantó y entró en el dormitorio. Dejé caer la cabeza. Jamás aceptaría esa vida, nunca.

En cuanto Rose se llevó su ropa al baño para ducharse, corrí a la cama. No quería volver a hablar con ella esa noche. Poppy me siguió y se sentó en el borde de mi colchón.

—Lily, primero tienes que ducharte.

Me metí en la cama y me tapé con la colcha.

—¿Cómo narices va a saberlo? A la mierda la ducha. Es ridículo.

No quería darme una puta ducha. Quería irme a casa. O como mínimo quería que ellas dos fueran normales para que mi estancia allí abajo resultara más soportable. Violet había sido asesinada, ante nuestras narices, y ninguna de ellas lo había mencionado siquiera, más allá de decir que todo iría bien después de limpiar su sangre.

O bien no les importaba, o bien habían conseguido distanciarse por completo. Yo no era capaz de algo semejante. Cada vez que cerraba los ojos, veía su cuerpo sin vida en el suelo. Aún oía sus gritos. Violet había intentado sacarnos de allí no solo porque no aguantara más, sino porque estaba preocupada por mí. No quería que yo pasara por la misma tortura que ella había tenido que soportar tres veces ya.

La culpa me carcomía. Debería haber sido más fuerte y decirle que nos calláramos, que fuéramos Violet y Lily juntas, hasta que nos encontraran. Si lo hubiera hecho, quizá seguiría allí. A pesar de que era casi una extraña, la echaba

muchísimo de menos. En realidad, sentía que la conocía desde siempre. Se había abierto a mí y me había contado cosas de sí misma sobre las que claramente no solía hablar, había intentado ayudarme a escapar. Sin ella, me sentía muy sola.

Viernes, 30 de julio (presente)

Me desperté completamente a oscuras. La colcha me cubría la mayor parte de la cabeza y me daba tanto calor que me incomodaba. Me destapé y suspiré. La noche anterior había soñado con Lewis. Él estaba aquí también, solo que no atrapado. Lewis y yo estábamos tumbados en el sofá viendo pelis. Él jugaba con mi pelo, igual que había hecho un millón de veces antes. Clover no estaba allí, pero Rose y Poppy, sí. Deseé que el sueño presagiara que Lewis nos encontraría. Ojalá fuera una señal de que todo iba a arreglarse.

Me obligué a levantarme de la cama, y al ver la habitación con muebles a juego y limpia hasta niveles de obsesión, me di cuenta de lo lejos que me encontraba de casa. Mi habitación siempre estaba hecha una leonera, y cuando la ordenaba, no era capaz de encontrar nada. Respiré hondo e intenté dejar de llorar. Estaba cansada de llorar y me sentía exhausta. Eso no me ayudaría en absoluto. Necesitaba centrarme y conservar las fuerzas si no quería perder toda oportunidad de salir de allí. Había llegado el momento de jugar a las casitas.

La puerta del dormitorio se abrió y entró Poppy.

—Ah, bien, estás despierta. Tienes que...

—Ducharme y prepararme —dije, acabando su frase—. Sí, lo sé.

Poppy me lanzó una sonrisa rápida y forzada antes de salir de la habitación, probablemente para limpiar por enésima vez esa mañana. Me pregunté qué haría Clover si se encontraba con el sótano hecho un desastre, si pringáramos las paredes de comida y vaciáramos la basura en el suelo. Violet debería haber estado también en aquella habitación, acabando de preparar el desayuno. Sin embargo, Rose y Poppy no parecían pensar en ello; se habían repartido las tareas como si Violet (Jennifer) nunca hubiera existido.

Salí del baño vestida y peinada justo como me habían mandado, y me senté en el sofá. ¿Cómo no se habían vuelto locas a esas alturas? Llevaban años haciendo eso todos los días y seguían cuerdas. Era incapaz de imaginarme en qué me convertiría si me quedaba allí encerrada durante tres años.

—¿Queréis que haga algo? —me ofrecí.

Rose se volvió y me sonrió con cariño, como si me viera por primera vez.

—No, gracias. Lo tenemos controlado. ¿Por qué no te sientas? Él no tardará en bajar.

No me acostumbraba al tono despreocupado que usaba siempre. «Abre los ojos, Rose.»

Me senté y jugueteé con los dedos, a la expectativa. El reloj marcaba el paso de los segundos, y sentía que la tensión crecía en mi interior. Él llegaría pronto, pero no sabía exactamente cuándo. Entonces, el ruido que tanto temía resonó en mis oídos: el cerrojo de la puerta se había abierto. Contuve la respiración e intenté controlar mis pulsaciones.

—Buenos días, Flores —dijo él, y bajó la escalera.

—Buenos días —respondieron Rose y Poppy.

Lo dijeron tan armonizadas que sonó a línea de diálogo de una obra de teatro. Y así intentaría verlo yo también. Estaba interpretando un papel en una obra. Todo era ficción, y yo solo tenía que ceñirme a mis partes hasta que nos encontraran.

Clover se detuvo al final de la escalera y me miró.

—Buenos días, Lily —me dijo con una voz más firme, casi desafiante.

Quería que lo saludara yo también. Mientras esperaba, se iba poniendo cada vez más colorado.

Me levanté, sin poder evitar que me temblaran las manos.

—Buenos días —contesté con tranquilidad, obligándome a mirarlo a sus fríos ojos marrones.

Él sonrió triunfal y me repasó de arriba abajo. Su forma de observarme me puso la piel de gallina, y me eché a temblar. No me atreví a apartar la vista, porque no quería darle la satisfacción de hacerme sentir incómoda. Ahora bien, ni siquiera estaba segura de que esa fuera su intención. ¿De verdad le importaba cómo me sentía? Ni en broma. Era imposible.

—Eres una mujer joven y preciosa, Lily.

Se me revolvió el estómago. Apreté los puños y me clavé las uñas en las palmas de las manos. A ojos de la ley, seguía siendo una niña, y mientras él examinaba mi cuerpo de la cabeza a los pies, me sentí sucia y violada.

—Vamos a comer —dijo por fin—. Esto huele de maravilla, chicas.

Se me escapó un suspiro de alivio cuando vi que había desviado su atención, y me senté. La comida olía bien, pero seguía sin poder tragar bocado. Clover dejó algo en el otro extremo de la mesa. Un periódico. El corazón me dio un vuelco. ¿Informaría de mi desaparición? Mis ansias por cogerlo y comprobarlo eran abrumadoras, pero el miedo me lo impedía.

Comimos la mayor parte del desayuno en silencio. El periódico me tentaba. Solo pensaba en agarrarlo y ver qué pasaba fuera de mi prisión.

—Qué rico estaba todo. Ha sido un placer pasar un rato con vosotras. Gracias. Nos vemos esta noche para cenar.

Se marchó sin besar a Rose y a Poppy. Me alegré por ellas, aunque no parecieron inmutarse.

Esperé a que Clover hubiera echado el cerrojo para coger el periódico. Cuando le di la vuelta, tuve que ahogar un grito. En la primera página aparecía una foto mía. Era de hacía tan solo unas semanas, de la cena de cumpleaños de mi tía. Lewis salía también en la fotografía original, pero en el periódico lo habían cortado casi por completo para centrarse en mí. Ojalá lo hubieran dejado, así podría verle la cara; pero no, solo se le veía una pequeña parte de la cabeza, ni siquiera el ojo. Aunque sí reconocí su pelo negro cuidadosamente arreglado.

Acaricé la parte de la fotografía en la que debería vérselo y cerré los ojos. Las lágrimas empezaron a resbalarme por las mejillas y hacían un ruido suave al caer sobre el papel. Por duro que fuera ver esa fotografía y leer sobre mí misma, al menos ahora sabía que había gente buscándome y que solo era cuestión de tiempo que me encontraran. Pero ¿durante cuánto tiempo más podría soportarlo?

—¿Ese es Lewis? —preguntó Poppy, asomándose por encima de mi hombro.

Asentí, incapaz de hablar sin echarme a llorar. Me puso una mano en el hombro para reconfortarme.

—Lo siento, Lily. —«Summer»—. Esta noche veremos una peli. ¿Te parece?

«Genial, ¡qué novedad!» Poppy lo dijo como si fuera un premio, en lugar de nuestra única opción.

—Claro, sí —respondí.

Poppy sonrió.

—Además, Clover traerá palomitas para la noche de pelis.

«¿Traerá?» ¿Pensaba quedarse con nosotras? Noté un nudo en la garganta. Yo asentí y fui a coger un libro a la estantería para tener algo que hacer y evadirme a otro mundo durante un rato.

Empecé a leer *La mujer del viajero en el tiempo* para intentar que el tiempo avanzara lo más rápido posible. Cada segundo allí abajo parecía extenderse durante horas y horas. Al pasar otra página, me pregunté: «¿Cuántos libros

tendré que acabar antes de poder salir de aquí? ¿Decenas? ¿Cientos? ¿Miles?».

—Lily, tenemos que empezar a preparar la cena —dijo Rose, que había puesto una mano encima del libro para llamar mi atención.

Levanté la mirada, desconcertada. Llevaba todo el día leyendo. Sonriendo para mis adentros, me propuse pasar así todo el tiempo que pudiera hasta que me encontraran.

—De acuerdo —contesté.

Puse un marcapáginas en el libro y lo devolví a la estantería. Si hubiera estado en casa, lo habría tirado sobre la cama, pero dada la extraña manía que tenía Clover con la limpieza y el orden, temía dejar algo fuera de su lugar.

Cuando la cena estuvo en el horno, limpiamos y nos aseguramos de que todo estuviera en su sitio. La obsesión de Rose y Poppy porque todo fuera perfecto me daba miedo.

—Voy a cepillarme el pelo —les dije, de camino al dormitorio.

Lo cierto es que quería estar en otra habitación cuando él llegara. No podía aguantar la ansiedad; sentía el corazón a punto de estallar mientras esperaba a que él bajara.

Me senté en la cama y procuré respirar hondo para tratar de tranquilizarme. Solo tenía que seguirles el juego. Eso era todo. «Todo.» Como si eso no fuera ya demasiado. Un murmullo de voces llegó hasta el dormitorio, y supe que él estaba ahí fuera. Hice un esfuerzo por dominar el miedo que sentía, abrí la puerta y me obligué a sonreír.

—Ah, Lily, me alegra que nos acompañes —dijo sonriendo—. Ven y siéntate. La cena está casi lista, ¿verdad, Rose?

—Dos minutos, Clover. Solo me queda servirla —lo informó ella.

Hice todo lo que pude por ignorarlo sin que resultara demasiado obvio, y ayudé a Rose y a Poppy a servir la cena. Cuando me senté, él se quedó mirándome. Yo me hundí en la silla y jugué con la comida de mi plato. Me sentía incómoda. Cuando todo el mundo había acabado de cenar, a mí me quedaba todavía la mitad de la comida, y me sentía incapaz de tomar ni un solo bocado más.

—¿No tienes hambre, Lily? —preguntó Poppy.

—Pues no mucha. Estoy algo cansada, la verdad.

No estaba cansada, al menos no físicamente; el problema era que no soportaba estar cerca de él. Cuando lo miraba, lo veía acuchillando a Jennifer.

—Veamos la peli y así podremos relajarnos —dijo Rose, mientras se afanaba por dejarlo todo ordenado.

Si hubiera un récord mundial de limpieza, lo ostentaría Rose sin esfuerzo. Otra consecuencia más de los tres años que había pasado allí abajo.

Poppy sirvió las palomitas en un cuenco de plástico grande, y nos apiñamos en el sofá. Cabían cuatro personas con facilidad, pero, como quería estar tan lejos de él como pudiera, me apretujé al lado de Poppy. Él se había sentado entre Rose y yo, así que seguía estando demasiado cerca de mí. Me mantenía en una posición tan incómoda que los músculos empezaban a dolerme.

Había visto *El diario de Noah* con Lewis. Se había pasado toda la película quejándose. Las únicas películas que le interesaban eran aquellas en las que salían coches, peleas o chicas desnudas. Haría cualquier cosa por volver a estar con él y escucharlo quejarse acerca de lo aburrida que era esa peli.

Clover extendió el brazo sobre el respaldo del sofá, y yo me estremecí. Se me aceleró el pulso y ya no pude concentrarme en la película. Hacia la mitad, me rozó el pelo con los dedos, tan levemente que apenas lo noté. Me quedé helada. «¡No!» Tragué saliva, bajé la mirada a mi regazo y cerré los ojos, al tiempo que intentaba imaginar que estaba en cualquier otra parte. Procuré controlar la respiración (inspirar, tres segundos, expirar, tres segundos), estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de abstraerme de lo que estaba ocurriendo y calmar mi corazón desbocado.

Clover se pasó toda la película acariciándome; cuando esta terminó, se levantó, nos dio las buenas noches y se marchó. Yo corrí al dormitorio y me escondí bajo el edredón. Sentía que un millón de hormigas me corrían por la piel. Me hice un ovillo y estallé en sollozos, las lágrimas caían sobre la almohada y la empaparon en pocos segundos.

Lewis**Sábado, 31 de julio (presente)**

Habían pasado siete días desde la desaparición de Summer, y apenas había dormido. Descansaba lo justo para poder sobrevivir y dedicaba el resto del tiempo a buscarla. Tenía un aspecto terrible, y mi familia no hacía nada por tratar de ocultar su preocupación. Encontrar a Summer parecía imposible, pero nunca dejaría de intentarlo. Aunque la zona de búsqueda se había ampliado, seguía sin haber ni rastro de ella.

La cara de Summer aparecía en todas las noticias locales y nacionales cada día, y había acudido gente de todas partes para ayudar en su búsqueda. Había oído que los primeros días eran vitales para encontrar alguna prueba de lo que había pasado. No sabía cuáles eran nuestras posibilidades después de una semana. Si había algo ahí fuera, huellas o ADN, ¿no lo habrían borrado ya el viento o la lluvia? ¿Cuánto tiempo podían conservarse las pruebas físicas? Estaba desesperado por saberlo, pero también me daba mucho miedo preguntar.

Alguien debía de saber o haber visto algo. No se la había tragado la tierra sin más. Aunque éramos conscientes de que lo más probable era que Summer hubiera sido secuestrada, no había sospechosos, al menos ninguno real. Gente necesitada de atención había llamado muchas veces con teorías y sospechas, pero nada había fructificado en ninguna pista fiable.

Llegué a casa de Summer, donde me iba a reunir con su familia y la mía para cenar rápido y temprano, antes de volver a salir. Hacía dos días que había cedido y había aceptado parar y volver a casa de Summer a comer, en lugar de comprar algo en la calle. Cada segundo que no pasaba buscándola me hacía sentir culpable. ¿Y si se me pasaba algo importante por hacer un descanso?

—Lewis —dijo mamá, antes de abalanzarse sobre mí para abrazarme.

Lo cierto es que odiaba estar cerca de ellos. No porque no los quisiera, sino porque parecían sobrellevarlo mejor. Ellos dormían y comían, y, mientras tanto, yo apenas podía respirar.

—Cariño, necesitas dormir un poco más.

Mi madre frunció el ceño al ver mis ojeras. Tenía un aspecto penoso, pero ¿cómo iba a estar en mi situación?

Ignoré su comentario y fui hacia la cocina, donde Dawn se afanaba por mantenerse ocupada. Estaba rallando queso y cada pocos segundos se detenía para remover unas alubias en la cazuela. Durante los últimos días, siempre había estado haciendo algo, supongo que para evitar volverse loca. En cualquier caso, no se separaba del teléfono de casa.

—Lewis, siéntate. Casi está listo —dijo, mirándome un segundo antes de volver a vigilar la cazuela.

Mi padre estaba sentado a la mesa, examinando un mapa con Daniel y Henry. Daniel levantó la vista y medio me sonrió.

—Estamos repasando las áreas que no están incluidas en la búsqueda oficial.

Eso era algo que me molestaba. Si bien la búsqueda se había ampliado, temía que siguiera sin ser suficiente. ¿Y si Summer estaba fuera de esa área, o a unos pocos metros? Por eso nosotros habíamos ampliado nuestra primera búsqueda. El área más cercana a nuestra casa estaba más que cubierta por la búsqueda oficial, que ahora incluía una amplia zona boscosa. Y la única razón para rastrear el bosque era buscar un cuerpo.

Me senté y procuré no pensar en la posibilidad de que Summer estuviera muerta. No podía estarlo. No me la imaginaba fría y pálida. Por mucho que me obligara, no podía ni plantearme la posibilidad de que hubiera fallecido. Hasta que tuviera pruebas de lo contrario, Summer estaba viva y bien.

—Según parece, los chicos que se escapan de casa se reúnen en esa parte de la ciudad —dijo papá, señalando una zona a veinte minutos.

—Summer no se ha escapado de casa —respondí, frunciendo el ceño ante su sugerencia.

—Ya lo sé, Lewis, pero no perdemos nada por comprobarlo. Puede que alguien la viera en compañía de otra persona.

Con la persona que se la llevó.

—Bien, vamos.

—¡Ah, ah! No hasta que hayas comido algo. Lo digo en serio, Lewis —dijo mamá.

Su gesto era de determinación. Me sentía como un niño al que estaban echándole la bronca por cambiar el azúcar por la sal.

Olí la comida, apenas me sabía a nada, pero a los pocos minutos había acabado. Hasta que no terminé, no me di cuenta de lo hambriento que estaba.

—¿Más tranquila? —dije, apartando el plato—. Vámonos.

Papá, Daniel y Henry se levantaron.

—Lewis, ve a recoger a Theo a casa, y después id a la zona este de la ciudad; nosotros tres nos dirigiremos al oeste, y nos encontraremos en algún lugar intermedio. Primero centraos en las áreas más alejadas. Si hay algo que encontrar, es probable que esté allí —dijo papá.

Se le daba bien organizar a la gente y ese tipo de cosas. No creo que supiera lo que estaba haciendo más que nosotros, pero, al menos, era capaz de pensar con calma y lógica, mientras que yo lo único que quería hacer era correr de un lado a otro y buscar hasta en el último rincón. Daniel y Henry también conservaban la calma, al contrario que Dawn. Creo que intentaban mostrarse fuertes y se negaban a creer que pudiéramos encontrarla muerta.

—¿Theo está listo? —pregunté. No pensaba esperarlo ni un segundo.

Papá asintió.

—Listo y esperándote, así que pongámonos en marcha.

Aparqué delante de casa y toqué el claxon, mientras daba golpecitos en el volante, con impaciencia. «Vamos, Theo.» Por fin, mi hermano salió por la puerta. Puse el coche en primera, listo para arrancar en cuanto entrara.

—Entonces, ¿vamos a la ciudad? —preguntó Theo.

Cerró la puerta y me puse en marcha.

—Sí.

Él asintió y miró por la ventanilla. Prácticamente no hablábamos de otra cosa que no fuera encontrar a Summer. Antes solíamos hablar de todo. Theo solo era un año mayor que yo, así que nuestra relación siempre había sido muy cercana, hasta ese momento. Ahora todo aquello que compartíamos había desaparecido; nada importaba ya.

—¿Cuál es el plan?

—Buscamos de este a oeste, y nos reunimos con papá, Daniel y Henry en algún punto intermedio.

—¿Tienes alguna foto de ella?

«Claro, como unas mil en el teléfono.»

—Sí.

De hecho, tenía una copia de la que se había publicado en la prensa. Era un primer plano de Summer: la melena rubia dorada le enmarcaba el bello rostro. Me encandilaban sus ojos verde esmeralda, que siempre transmitían felicidad.

Adoraba verlos al despertarme, justo antes de escabullirme de su habitación.

—Lewis...

—¿Qué?

—¿Cómo estás? Y quiero la verdad.

Fatal. No saber dónde o cómo se encontraba Summer era insoportable. Deseé con todas mis fuerzas que estuviera a salvo. Con un suspiro, respondí:

—Voy tirando.

Theo frunció el ceño ante mi respuesta y miró de nuevo por la ventanilla.

—¿Qué quieres que te diga, Theo?

—La verdad.

—Muy bien, pues la verdad es que estoy pasando un puto infierno. Ya está, ¿era eso lo que querías oír?

—Sí —dijo Theo—. La encontraremos.

Conduje por la ciudad, sin poder quitarme las palabras de Theo de la cabeza. «La encontraremos.» De eso no tenía ninguna duda, pero... ¿cuándo? Podía estar en manos de cualquier maníaco. No era capaz de pensar en las cosas horribles que Summer podría estar sufriendo. Agarré con tanta fuerza el volante que los nudillos se me pusieron blancos.

—Aparca ahí —dijo Theo, y señaló un aparcamiento de varios pisos.

Casi cada centímetro de la aburrida estructura de hormigón estaba cubierto por grafitis de colores. Probablemente el coche no estuviera allí cuando volviéramos. Un par de semanas antes, nunca habría aparcado en un sitio así. Pero ahora no me importaba lo más mínimo. Por mí, el coche podía saltar por los aires.

Aparqué en el espacio más cercano a la salida, y empezamos a caminar por la ciudad, alejándonos de las calles principales.

—No sé por dónde empezar, la verdad.

Theo se rascó la cabeza.

—Yo tampoco. ¿Qué tal si vamos a las calles menos transitadas?

Caminamos entre dos tiendas y por una calle interminable. Nos topamos con un par de adolescentes, que estaban sentados en la entrada de una tienda de *piercings*, riéndose solos. Sin duda, estaban colocados.

—Disculpad —dije bruscamente. No tenía paciencia para esperar a que dejaran de reírse de lo que fuera que les pareciese tan divertido—. ¿Habéis visto a esta chica? Se llama Summer Robinson y tiene dieciséis años.

La chica entornó los ojos, inyectados en sangre, y observó la fotografía, mientras que el chico parecía disfrutar de lo lindo dando un repaso a Summer. Apreté la mandíbula y me obligué a conservar la calma para no arrearle un puñetazo en la cara. La chica, desaliñada, negó con la cabeza y sonrió de medio lado.

—Va a ser que no, lo siento, tío.

«¿Va a ser que no?» Sonaba como una cría de trece años que intentaba hacerse la guay con sus amigos de la escuela.

—Nunca la he visto, pero no me importaría verla bien de cerca —añadió el chico, arrastrando las palabras.

Crucé los dedos para que Summer no estuviera ahí fuera con escoria como esa.

—Gracias —murmuró Theo, y me alejó de ellos a rastras.

Tenía la horrible sensación de que estábamos perdiendo el tiempo. Al fin y al cabo, si alguien la hubiera visto, ¿lo diría? Ese parecía un sitio en el que cualquiera respetaría el deseo de una persona de desaparecer. Aunque no era el caso de Summer. Ella no quería marcharse.

Theo y yo seguimos dando vueltas durante una hora y media, y pedíamos a todos con los que nos topábamos que echaran un vistazo a la fotografía. Por supuesto, nadie había visto nada, o eso nos decían.

—No sé qué más podemos hacer —admití.

Debería haber anticipado que ese sería el resultado.

—Seguir buscando. Nada más.

—De acuerdo, vamos a reunirnos con el resto y probaremos suerte en otro lado.

La echaba tanto de menos que me dolía físicamente, como si me dieran un puñetazo tras otro en el estómago. No podía hacer nada excepto buscar, y eso me dolía aún más. Le había prometido que no permitiría que nadie le hiciera daño y le había fallado.

Domingo, 1 de agosto (presente)

Cuando me desperté, la luz del sol me daba directamente en la cara. Miré el despertador de Summer, ahogué un grito y di un respingo. ¡Mierda, me había dormido! Eran casi las diez. Aparté el edredón y me levanté de la cama de un

salto. Joder, ¿cómo podía haber dormido tanto con Summer desaparecida? Me puse la ropa del día anterior y corrí escalera abajo. ¿Por qué no me había despertado nadie?

—¡Lewis, siéntate a desayunar! —me ordenó mamá, mientras yo cruzaba corriendo la cocina para coger mi mochila.

Ese día, iba a concentrar mi búsqueda en la zona de bosque más pequeña que había cerca del parque.

—No tengo tiempo —respondí.

—¡Lewis! ¡Ven a comer algo ahora mismo! —me gritó.

Suspiré y volví a entrar a toda prisa en la cocina.

—¡Pues prepárame algo!

Dawn se sentó a la mesa y miraba impasible una taza llena de café. Tenía el teléfono justo al lado de la taza. No se había separado de él desde la desaparición de Summer.

Mamá me dio una bolsa de plástico llena de comida.

—Gracias —murmuré, mientras salía corriendo de casa.

A pesar de llevar comida en la mochila, no planeaba comer nada de lo que había guardado en ella. Eran algunas de las cosas favoritas de Summer: bebidas energéticas, bombones de chocolate, ositos de goma, una barrita de cereales de Cadbury y galletas de jengibre.

Cuando salí de casa, me dejó atónito la cantidad de gente que había fuera. El muro exterior estaba rodeado de periodistas.

—¡Lewis, Lewis! —gritaba la muchedumbre allí reunida, mientras los flashes de las cámaras me cegaban.

Me acibillaron a preguntas, pero conseguí ignorarlas todas. Justo cuando giraba la llave del motor, la puerta del pasajero se abrió.

—Voy contigo —dijo Henry, y se puso el cinturón.

Asentí y arranqué, al tiempo que me dije para mis adentros: «Hoy la encontraré», pero, claro, eso era lo mismo que me decía todos los días.

Clover

Viernes, 11 de marzo (2005)

Detuve la furgoneta en la esquina más oscura del aparcamiento abandonado y me dirigí a los grandes almacenes. Nunca me había sentido tan vivo. Muy pronto sería mía, y no podía esperar a cuidar de ella. Era mi Violet perfecta.

Hacía bastante buen tiempo para ser marzo, pero, aun así, la calle estaba desierta. Ella había pasado las últimas dos noches acurrucada en el portal de una vieja zapatería. Recorrí a pie el callejón entre la tienda de barrio y el banco. Tal y como esperaba, Violet estaba sentada junto a la puerta de Bentley's Shoes.

—Hola —dije, sin poder evitar una sonrisa al estar en presencia de la criatura más bella que había visto.

Jamás lo admitiría en voz alta, pero su hermosura eclipsaba la de mi madre. Era pura e inocente, así que me sentí atraído por ella de inmediato.

Violet contuvo un grito y levantó la mirada, sobresaltada.

—Eh, hola.

Sus ojos eran dos gotas azules de un océano tropical, y sabía que su pelo ralo marrón oscuro podía domarse con un estilo liso y presentable.

—¿Puedo ayudarte?

—Me gustaría invitarte a un café. —Sonreí.

Se quedó boquiabierta.

—¿Por qué? —Frunció el ceño y su gesto se volvió desconfiado—. No soy de esas, ¿sabes?

Levanté las manos.

—No, no me refería a eso, y me alegra oír que no eres ese tipo de... persona. Lo único que quiero es comprarte una bebida caliente y quizá algo de comer. Calle abajo hay un café que abre las veinticuatro horas.

—No lo entiendo. ¿Qué quieres de mí?

—Nada. —«Te quiero a ti, quiero ayudarte»—. Por favor, déjame que te invite a una cena tardía.

—¿Solo a una cena?

Asentí con mi mejor sonrisa.

—Exacto.

Dudó, pero al final se puso de pie lentamente.

—Está bien.

El corazón me dio un vuelco.

—Genial. Vamos.

—Me llamo Catherine.

Catherine no le pegaba en absoluto. Era Violet.

—Colin —respondí, y le tendí la mano—. ¿Tienes hambre, Catherine?

—Sí. —Sonrió y bajó la mirada al suelo.

—Pues el café no está lejos.

Caminaba a mi lado, pero a un metro de distancia de mí. No me hizo ninguna gracia.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en la calle, Catherine?

—Casi un año.

—¿Tanto?

¿Cómo podía su familia permitir que alguien como ella pasara ni siquiera una noche en esas calles sucias y peligrosas?

—Una joven preciosa como tú no debería dormir al raso, ni tener que soportar este frío. Al contrario, debería tener a alguien que la colmara de cuidados. Que la adorara como el bien preciado que es.

Violet se sonrojó y se tapó la cara con el pelo. Su timidez resultaba encantadora. Y no era algo a lo que estuviera acostumbrado. Madre era una persona muy fuerte y enérgica, mientras que las otras mujeres con las que me había cruzado vendían su cuerpo a diario. Violet era la primera mujer dulce e inocente que conocía.

—¿Dónde está el café? —preguntó.

—No muy lejos. ¿No conoces la zona?

Ella negó con la cabeza.

—No, siempre me quedo en el otro lado de la ciudad, donde hay más gente.

—Este lado no está mal, Catherine, solo un poco dejado, pero te aseguro que el café es decente.

Se volvió a mirar por encima del hombro y se mordió el labio. ¿Se estaría planteando huir? Las calles estaban desiertas, a excepción de unos cuantos vagabundos tirados en los portales de las tiendas.

—¿Cuánto queda para llegar? —preguntó de nuevo, antes de echar otra ojeada por encima del hombro.

Ya veía la furgoneta, estábamos a pocos metros. Casi habíamos llegado.

—Creo que debería regresar.

Estábamos junto a la puerta trasera. Me metí la mano en el bolsillo y la abrí. A Violet se le escapó un grito ahogado cuando la puerta se abrió y las luces laterales se encendieron.

—Pero ¿qué...? —Negó con la cabeza sin entender nada y abrió mucho los ojos, incrédula.

—No pasa nada, Violet. Voy a cuidar de ti.

—¿Violet? ¿Cómo? Yo no...

Dio un paso atrás, miró por encima del hombro en busca de una forma de escapar. Suspiré. Ella no entendía qué intentaba hacer, ni de lo que trataba de salvarla. Temblaba de la cabeza a los pies y se derrumbó en el suelo. No daba crédito. Se había desmayado. Abrí rápidamente la puerta trasera, la levanté y la tumbé de lado.

Cargué en brazos su esbelta figura y la dejé en el sofá. Se había despertado mientras la llevaba escalera abajo y no dejaba de llorar. Miraba la habitación sin salir de su asombro. Aunque lloraba, temblaba y se le había corrido el maquillaje, seguía siendo una mujer muy bella.

—¿Violet?

—No... No soy Vi-Violet... —balbuceó, con la respiración entrecortada.

—Por favor, deja de llorar, Violet —dije—. Cálmate. Todo saldrá bien.

Respiró hondo unas cuantas veces y se concentró en intentar relajarse. Sus sollozos, cada vez más espaciados, me herían como cuchilladas. Las mujeres fuertes no lloraban. Madre nunca lo había hecho.

—¿Qué quieres de mí? —susurró ella.

—Una familia.

Abrió los ojos horrorizada.

—¡No pienso tener un hijo tuyo!

—¿Un hijo? Nunca he dicho que quisiera eso.

¿Quería un hijo? No. Y menos ahora, y con una persona a la que apenas conocía.

—Violet, no quiero un hijo. Una familia no se define por la descendencia. Lo que quiero es que nosotros cinco seamos una familia. Yo cuidaré de vosotras, y, a cambio, vosotras cuidaréis de mí.

Así funcionaba una familia.

—¿Cómo? ¿Los cinco? ¿A quién más te refieres?

—Lo sabrás a su debido tiempo. Por favor, ponte cómoda, estás en tu casa. He construido esto para ti. Violet, no me tengas miedo. Solo quiero ayudarte, cuidar de ti.

—¿Por qué sigues llamándome así?

Fruncí el ceño.

—¿Violet?

—Sí.

—¿Cómo quieres que te llame? Es tu nombre —respondí, con una sonrisa—. Veamos. Bajaré a las ocho de la mañana a desayunar, y otra vez por la tarde, a las seis y media, a cenar. Me temo que mi trabajo me mantendrá ocupado los días entre semana, así que solo podremos comer juntos los fines de semana.

Violet me miraba perpleja, con la boca abierta de una forma poco apropiada para una señorita.

—Por favor, no me mires así.

Cerró la boca de golpe.

—¿Por qué haces esto?

Solté un suspiro y me levanté. ¿Qué parte no había dejado clara?

—Ya te lo he explicado. Me gustaría tener una familia y salvarla de... —me detuve, mientras buscaba la palabra apropiada para que ella me comprendiera —... de la corrupción, del dolor, de la humillación.

—Ah —respondió ella, para mi sorpresa.

¿Era posible que ahora lo entendiese?

—Pero, verás, yo no siento nada de eso. Solo quiero marcharme.

—Violet, no soporto a la gente desagradecida.

Volvió a abrir la boca y enarcó las cejas. Era una chica muy expresiva.

—Ahora, por favor, presta atención, voy a explicarte cómo hay que hacer las cosas.

Con los ojos muy abiertos, asintió sin transmitir ninguna emoción.

—Bien. Yo cuidaré de ti. Me ocuparé de todo. A cambio, espero que mantengas la casa limpia y ordenada. No puedo soportar la suciedad y el desorden; es asqueroso.

Se le pusieron los ojos vidriosos.

—Tienes que ducharte dos veces al día, porque los gérmenes se extienden rápido.

Arqueé las cejas.

—Sí, de acuerdo —murmuró ella.

—Te proporcionaré todo lo que necesites: comida, artículos de aseo, entretenimiento. Somos una familia, Violet, y muy pronto ya no estarás sola.

Ahogó un grito.

—¿Ah, no?

—Pues no. Sé que tienes mucho que asimilar. Se abre una etapa nueva y emocionante. Los dos necesitamos un período de adaptación, así que dejaré que te acostumbres a tu nuevo hogar. Pero, a partir del lunes, pondremos a prueba nuestra rutina. ¿Te parece bien?

Era evidente que Violet tenía un millón de preguntas más, pero no era el momento de hacerlas.

—Ahora tienes que descansar y familiarizarte con tu nueva casa. ¡Ah! ¿Quieres que te enseñe dónde está todo o prefieres descubrirlo por ti misma?

—Puedo descubrirlo sola —susurró, sentada muy rígida en el sofá.

—Muy bien.

La sala de estar era la parte principal de su hogar, que tenía también un dormitorio, un baño y nuestra habitación privada. Era pintoresca, perfecta para mis cuatro flores.

Sábado, 12 de marzo (2005)

—Buenos días, Violet —dije, mientras bajaba la escalera.

Mi estómago era un amasijo de nervios. Ansiaba que ella estuviera bien y que la transición fuera como la seda. Ayer se lo había explicado todo, pero no estaba seguro de que lo hubiera entendido por completo. Me la encontré en el sofá, hecha un ovillo. Verla así me recordó a como solía sentarse en la calle.

—¿Estás bien?

Levantó la vista hacia mí y me miró embobada, como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—Estoy bien —contestó ella finalmente.

Sonreí de oreja a oreja, con el corazón henchido de orgullo. «Es mía.»

Summer

Sábado, 31 de julio (presente)

Cuando me desperté, me dolía la cabeza, como si tuviera resaca. Tenía la garganta irritada de tanto llorar. Aún sentía sus manos en mi pelo y se me ponía la piel de gallina. No quería que volviera a tocarme jamás.

—¿Lily, estás bien? —preguntó Rose, sentada en mi cama.

«Summer.»

—Sí, claro —mentí.

Asintió y me sonrió cariñosamente.

—Tienes que darte una ducha. Clover bajará a desayunar dentro de media hora.

Debería dejar que me matara.

Me levanté con un sentimiento de derrota. No quería rendirme. Sabía que aún tenía fuerzas para aguantar. Además, la idea de volver a reunirme con Lewis y mi familia me permitía aferrarme a la esperanza de que saldría con vida de allí. Pasara lo que pasase allí abajo, podría sobrellevarlo porque al final todo se acabaría y regresaría a casa. «Piensa que esto le está pasando a otra persona. Le está pasando a Lily, y yo no soy Lily.»

Cogí la ropa que había colgada delante de mi armario y entré en el baño. Eran unos pantalones negros rectos y una camisa azul claro con una chaqueta a juego. Aunque la ropa era de un estilo bastante moderno, seguía haciéndome parecer mayor, como si ya hubiera cumplido los veinte. Además, me quedaba una talla grande, pero no me importaba; así ocultaba mi figura. No quería que él me mirara.

Después de darme una ducha rápida, me vestí e intenté prepararme mentalmente de nuevo para actuar. Solía pasar mucho tiempo en la ducha, pero ahora apenas estaba cinco minutos. El siguiente paso era maquillarme de forma natural, aunque lo que me apetecía de verdad era pintarme como una puerta para

fastidiarlo. ¿Cómo podía creerse con el derecho a decidir cualquier cosa relacionada con mi aspecto? Ni siquiera a Lewis le permitía que me dijera cómo peinarme o maquillarme.

—¡Lily! —oí gritar a Rose desde la otra habitación, al mismo tiempo que oía el crujido de la puerta del sótano, que se abría—. Ven ya.

El pánico se apoderó de mí. Abrí la puerta y salí a la estancia principal. Si cuando Clover entrara yo no estaba allí, vendría a buscarme, y eso era lo último que deseaba. Él bajó la escalera con confianza. Todos los días me impresionaba lo normal que parecía. Siempre había imaginado que las personas tan malvadas como él tendrían una apariencia monstruosa. Algún rasgo físico que las delatara..., pero no, Clover era absolutamente normal.

—Buenos días, Flores —dijo en un tono alegre.

Respondí dándole los buenos días de inmediato. Lo hice al mismo tiempo que Rose y Poppy, para no llamar su atención de nuevo. Se sentó en su sitio de siempre y, con un gesto de la mano, me indicó que tomara asiento delante de él. Contuve el aliento y me senté.

¿Sospecharía alguien de su lado oscuro? Era imposible que pasara por completo desapercibido. Todo indicaba que vivía solo. ¿A alguien le extrañaría? ¿De un treintañero antisocial que vive solo? Deseé con todas mis fuerzas que alguien fuera capaz de ver más allá de su fachada de caballero perfecto y comunicara sus sospechas a la policía.

—Esto tiene una pinta increíble —dijo él, sonriendo a Rose.

¡Eran unos putos huevos revueltos con una tostada!

—Chicas, quería deciros que voy a ir a comprar ropa nueva para todas.

A alguien debía de parecerle extraño que un hombre adulto fuera a comprar solo un montón de ropa de mujer. Aunque lo más probable es que pensarán que le gustaba vestirse con ella. Después de todo, esa era una hipótesis más fácil de aceptar que lo que estaba pasando en realidad.

—Fantástico, gracias —respondió Poppy.

Él se volvió a mirarme, así que sonreí, rogando para mis adentros que mi gesto no pareciera una mueca forzada.

—Espero que os guste.

Rose sonrió.

—Por supuesto que nos gustará.

«Lo dudo.»

—Estupendo. La ropa que lleváis ahora mismo está bien, pero os rogaría que metierais en bolsas todo lo demás, me lo llevaré cuando vuelva esta noche. Por favor, tened la cena lista para las ocho en punto.

Nos sumimos en un silencio en el que todos parecían cómodos. Me obligué a comer un poco de huevo y mordisqueé una tostada. Clover miraba a Rose de una forma especial; su relación era más profunda. Si él no fuera tan frío y no estuviera muerto por dentro, casi habría pensado que la amaba de verdad. Pero ¿por qué a ella?

—¿Crees que podrías traernos un rímel nuevo, por favor? —pidió Rose.

Estuve a punto de echarme a reír, aunque la situación no tuviera nada de cómico.

Una vez que sus platos estuvieron vacíos, me apoyé en el respaldo de la silla, y él se levantó.

—Hoy os volveré a traer el periódico —dijo él.

Otro periódico. «Ojalá salga Lewis.» O quien fuera. Solo quería ver a alguno de mis seres queridos.

Después de besar a Rose y a Poppy en la mejilla, se acercó más a mí. Se me heló el corazón y sentí un nudo en la garganta. ¿Qué hace? Se detuvo justo delante. Me mordí la lengua. Se inclinó hacia mí y me dio un beso. Se me tensaron todos los músculos del cuerpo, y contuve las náuseas. Quería gritar. Un segundo después, se apartó y se marchó.

En cuanto hubo desaparecido, corrí al baño. Tenía la piel de gallina, y me sentía sucia y mareada. Levanté la tapa del inodoro. Notaba la mejilla tan sucia como si me hubiera frotado lodo y estiércol en la piel.

—Lily —dijo Poppy, antes de arrodillarse a mi lado—. Todo irá bien. Venga, cálmate, tienes que ser fuerte.

Me dejé caer contra la pared y estallé en sollozos. Solo quería irme a casa.

—No... No quiero que me toque —dije, balbuceando.

Necesitaba borrar cualquier rastro de él de mi cuerpo.

—Calma... —Intentó tranquilizarme, y me dio un pañuelo para que me secara los ojos—. Yo tampoco. Pero a veces tienes que hacer lo que tienes que hacer.

¿Eso era todo? «¿Haz lo que tienes que hacer?» No me quedaba más remedio que dejarle hacer lo que quisiera.

—Con suerte, esto solo será temporal, hasta que nos encuentren. Pero tú aguanta, por favor.

No me bastaba que dijera que «con suerte» saldríamos de allí. Ahora bien, no podíamos perder la esperanza, era lo único que nos quedaba.

Asentí y me obligué a levantarme. «Contrólate.»

—De acuerdo.

Poppy sonrió y señaló la puerta con un gesto de la cabeza, para que la siguiera. Respiré hondo y, después de hacer acopio de todas mis fuerzas, salí del baño.

—¿Vemos una película?

—Rose y yo pensábamos leer, pero tú puedes ver una peli, si lo prefieres.

Negué con la cabeza.

—No, yo también leeré.

Perderme en otro mundo sonaba bien..., me daba igual que fuera viendo la televisión o con un libro. Escogí el más grueso del estante y me senté. Solo había leído algunos capítulos cuando vi que Rose dejaba el suyo y se levantaba. Fue a la zona de la cocina y se puso los guantes de goma. Dejé de leer para observarla. Todo el sótano estaba limpio; de hecho, las salas de operaciones, en comparación, parecían vertederos. Poppy no limpiaba tanto como Rose, y tampoco daba la impresión de que Rose lo hiciera solo para complacer a Clover. Parecía que estaba tan obsesionada como él. Roció todas las encimeras con limpiador y empezó a mover el trapo en círculos. La habitación se llenó rápidamente de un fuerte olor a limón. «¡Ni siquiera está sucio!»

Miré con atención a mi alrededor y me di cuenta de que la limpieza excesiva no era lo único que saltaba a la vista. En la estantería que había entre el dormitorio y la puerta del baño, los libros estaban ordenados alfabéticamente, igual que los DVD. Todo lo que estaba en los estantes de debajo de la escalera parecía colocado a la misma distancia. ¿Habría llegado al extremo de medirla? Eso superaba los límites de cualquier trastorno obsesivo compulsivo.

Giré la cabeza, miré hacia la cocina y vi que allí también estaba todo alineado y clasificado a la perfección. «¡Maldito bicho raro!» En los tres jarrones había rosas y amapolas casi muertas. Mis flores eran las únicas que aún tenían buen aspecto. ¿Qué sentido había en pretender conservar las flores allí abajo cuando se morían con tanta rapidez? Menuda manera de tirar el dinero.

Lewis solía regalarme girasoles porque, según él, le recordaban a mí, aunque normalmente lo hacía cuando se había metido en un lío. Habría dado cualquier cosa por estar en casa, mirando las flores de Lewis en lugar de los lirios de mi prisión.

—Bien —dijo Rose, mientras guardaba los guantes de goma en el armario—. Vamos a ocuparnos de la ropa. Clover quiere que la tengamos toda metida en bolsas para cuando vuelva.

Ropa nueva comprada por él. «En fin, al menos no tendré que vestirme con la ropa usada de alguien que ha sido asesinado.» Rose sonrió y levantó dos bolsas negras, como si fuera algo divertido que llevara tiempo deseando hacer.

—Manos a la obra, chicas.

A regañadientes, las seguí al dormitorio y abrí mi armario. Rose agitó las bolsas y las dejó abiertas en medio de la habitación. No había mucho sitio; en el espacio entre las camas solo cabía una persona.

—¿Todo? —pregunté.

—Todo —confirmó Rose—. Yo me encargo también de las cosas de Violet.

Metimos la ropa en las bolsas en silencio. Rose y Poppy intercambiaron unas cuantas miradas cómplices que yo no entendí. Fruncí el ceño y les pregunté:

—¿Por qué hace esto?

—No lo sé, Lily —contestó Rose.

—¡Summer! —exclamé.

Rose suspiró y negó con la cabeza. Puede que a ella le resultara más fácil aceptar esa situación, porque había cortado todos los lazos con su familia hacía mucho, pero yo no. Quería a mi familia, por muy loca que me volvieran. No concebía no verlos más.

—Ahora te llamas Lily —dijo ella, con una expresión severa y terca.

A lo que yo respondí con una mirada furibunda.

«¡Tú puedes seguirle el juego a ese psicópata, pero yo no pienso hacerlo!» Nos quedamos mirándonos fijamente, ninguna de las dos estaba dispuesta a ceder. Poppy mantenía la cabeza agachada, ocupada revisando su ropa. No estaba tan pirada como Rose. Creo que si se le presentaba la oportunidad de salir, Poppy la aprovecharía. Finalmente, Rose suspiró.

—Vamos a acabar con esto. Yo sacaré esta bolsa.

Cogió la bolsa atada que tenía Poppy y salió de la habitación. «Lo que tú digas.»

—Pero ¿qué le pasa?

Poppy se encogió de hombros.

—Tres años pueden hacerse muy largos aquí abajo.

Tres minutos ya eran demasiado.

—Necesitamos permanecer unidas.

No era la primera vez que Poppy decía eso, y empecé a preguntarme si la razón de que lo repitiera tanto era convencerse a sí misma. Vale, seguíamos unidas, ¿y qué pasaría entonces? ¿Apareceríamos por arte de magia en casa? En ese momento caí en la cuenta del verdadero significado de sus palabras, y fue como recibir un puñetazo en el estómago, que me dejó sin aire. No. Poppy no pensaba en escapar, sino en sobrevivir. Eso me hundió en la miseria. Yo creía que teníamos el mismo objetivo.

Metí el resto de la ropa de mi armario en la bolsa de cualquier manera. Aquella situación era una estupidez: éramos tres frente a uno. Juntas podíamos intentar golpearlo en la cabeza con algo (una silla, el televisor, lo que fuera), pero yo sola tenía las manos atadas.

Levanté la pesada bolsa negra, la llevé a la sala de estar y la solté junto a la otra. En dos bolsas negras cabía toda la ropa que teníamos, y no eran más que cosas usadas de las chicas muertas que habían estado allí antes que nosotras. Me quedé helada. ¿Dónde estaba mi ropa? Ni siquiera se me había ocurrido pensar dónde estaba hasta ese momento. ¿La habría cogido él? En cualquier caso, ¿qué importaba ya?

—Buen trabajo, chicas —dijo Rose—. Voy a ponerme a hacer punto. ¿Me acompañáis?

Poppy asintió.

—¿Lily?

—No sé tejer.

«¡Tengo dieciséis años, no sesenta!»

—No hay problema. Podemos enseñarte. Poppy, coge un juego de agujas nuevo para Lily y empezaremos.

Cerré los ojos y respiré hondo. «No llores.»

—¿Y qué sentido tiene que tejamos?

En el sótano no había nada de punto, ¿qué hacían con lo que tejían?

—No tejemos para nosotras; sino para otras personas.

—¿Cómo?

—Clover dona la ropa.

«O eso es lo que os dice.»

Que nosotras supiéramos, bien podría quemar todo lo que hiciéramos.

—¿Y a nadie le resultará extraño que un hombre adulto done tantas cosas de punto?

Rose frunció el ceño.

—No lo creo, y además diría que todo lo que dona lo entrega en bolsas.

Ah, claro, así nadie lo ve; simplemente recogen las bolsas delante de su casa. Un psicópata listo.

La clase de punto de Rose duró una hora y fue muy intensa. Hacer punto era aburrido, y a pesar de que se me daba muy mal, me permitió tener la mente distraída durante un rato. Probablemente ellas lo hacían también por eso: cualquier cosa con tal de no pensar en lo que de verdad estaba ocurriendo. Pura supervivencia.

Justo habíamos terminado de hacer la cena cuando la puerta del sótano se abrió. Se me heló la sangre y sentí que la cabeza se me iba. Ya llegaba. ¿Traería otro periódico? Ojalá la prensa hubiera publicado alguna foto mía con otra persona. No me importaba quién, solo necesitaba ver a alguno de mis seres queridos.

Bajó corriendo la escalera y nos miró a las tres.

—Buenas noches, Flores —dijo él.

Tragué saliva y di un paso atrás. Se me aceleró el pulso.

—Aquí tenéis vuestra ropa nueva.

Dejó al menos una docena de bolsas junto a las negras que habíamos preparado nosotras, y sonrió.

—Ya veo que lo habéis empaquetado todo. Bien. Muy bien.

Rose y Poppy se acercaron a las bolsas, sonrientes y emocionadas. «Actúa como ellas.» Di un pasito adelante y, sin perderlo de vista, fingí mirar lo que había dentro. La habitación era demasiado pequeña para estar tan lejos de él como me habría gustado. De hecho, cualquier cosa era estar demasiado cerca.

—Ahora quiero que os cambiéis, os pongáis la ropa nueva y me deis la que lleváis puesta.

¿Ahora? No quería mirar en la bolsa y ver lo que había. Aunque, como mínimo, sabía que no sería nada que dejara demasiado a la vista o degradante, al menos en el sentido sexual, pues todo lo que nos obligaba a llevar para complacerlo era de por sí degradante.

Rose asintió. Qué obediente era... Aunque, claro, había visto de lo que era capaz si lo desobedecías.

—Muy bien —dijo ella, quitándole la bolsa de la mano—. Vamos, chicas.

Entré en el dormitorio en estado de *shock*. ¿De verdad íbamos a hacerlo? Rose puso la bolsa boca abajo y cayeron cuatro conjuntos. Eran exactamente iguales: pantalones grises rectos, una camiseta rosa claro de cuello cerrado y un cárdigan a juego, también rosa. Parecía ropa para ir a trabajar.

—Todos iguales —dijo Poppy, afirmando lo evidente.

¿Era eso lo que quería? ¿Que fuéramos todas conjuntadas?

—Vamos a cambiarnos rápido —nos ordenó Rose—. Todo es de la misma talla.

Cogí un conjunto y miré la etiqueta: una cuarenta. ¿Por qué no nos compraba la talla que nos correspondía? Dios mío, ¿se suponía que debíamos tener la talla que él nos marcaba?

—Estáis preciosas, chicas —nos dijo, sonriente, cuando volvimos a la sala de estar.

«¡Psicópata de mierda!»

Rose estaba exultante.

—Gracias, Clover, y gracias por la ropa también.

Quería cogerla por los hombros y sacudirla. O bien necesitaba ayuda médica seria, o bien se merecía un Oscar.

Clover dio un paso adelante, tomó la mano de Rose y le dio un beso en los nudillos.

—El placer es todo mío.

Solo con verlo se me revolvió el estómago, pero ella ni se inmutó.

—No te preocupes —dijo él, dirigiéndose a mí—. Pronto conseguiremos que alcances la talla que deberías tener.

«¿Que debería tener?» Apreté los dientes y me obligué a sonreír. No quería engordar y menos por él. De hecho, decidí que si me quería más grande, yo sería más pequeña.

—Y, Poppy, tú también estás increíble.

Ella inclinó la cabeza.

—Gracias.

Dio una palmada. Parecía muy complacido consigo mismo.

—Bueno, ¿comemos?

Empujé la estúpida aguja por el estúpido agujero, o como demonios lo llamara Rose, y todo se me deshizo, ¡otra vez! Quería una distracción, no algo que me diera ganas de ahorcarme.

—Vale, lo dejo —gruñí, y tiré las agujas y la lana al suelo.

—Lily, ya le pillarás el truco —dijo Rose, con una risita.

—No quiero pillarle el truco. Quiero. Ir. A. Casa.

Rose miró a Poppy.

—Creo que deberíamos dárselo.

—¿¿Darme el qué?! —exclamé.

—Clover ha comprado el periódico. Estaba en una de las bolsas. No queríamos dártelo todavía, porque antes estabas muy disgustada y no queríamos empeorar las cosas —explicó Poppy.

Me incliné hacia delante con los ojos muy abiertos.

—¿Dónde está?

—Voy a por él.

Poppy entró en el dormitorio y volvió con un periódico de tirada nacional.

—Toma.

Se lo arranqué de las manos y busqué la portada. Se me paró el corazón. Lewis. Era una foto de los dos, tomada en primavera cuando fuimos al parque temático de Alton Towers. El titular y el artículo se desvanecieron: lo único que podía ver era su cara. Parecía tan feliz con esa gran sonrisa que le iluminaba los ojos... Me rodeaba con el brazo y tenía la cabeza ligeramente ladeada hacia la mía. De repente, tener que ponerme la ropa que un psicópata había elegido por mí no me molestaba tanto. Podría hacerlo si con ello volvía a ver a Lewis.

Estaba tan absorta en el periódico que no me di cuenta de que él había vuelto hasta que oí un grito ensordecedor. Di un bote, sobresaltada, y cuando levanté la mirada, lo vi empujando a una chica escalera abajo. Ella se cayó al llegar a la mitad y aterrizó en el descansillo hecha una bola. Apreté el periódico contra mi pecho.

Él se cernía sobre su menuda figura.

—¡Asquerosa! —gritó él—. ¡Putas asquerosas!

Al igual que cuando había dicho «zorras», había algo extraño en su modo de decir «putas»: era como oír a un niño de diez años soltar una palabrota. Agarró a la chica del pelo y la obligó a levantarse. Ella respondió chillando e intentando soltarse.

—¡Deja que me vaya, por favor! —suplicaba, mientras sollozaba con violencia.

—¡Cállate! —gritó él, antes de empujarla contra la pared—. Putas asquerosas —repitió.

El corazón me latía tan fuerte que apenas podía oír lo que decía.

—Poppy —gemí, apretándome contra ella.

A su lado, casi me sentía segura; me recordaba a cuando, de pequeña, me escondía detrás de las piernas de mi madre durante el espectáculo de fuegos artificiales.

—Chist —me hizo callar.

Clover sujetó a la chica contra la pared y ella gritó de dolor.

—¡No, por favor!

—Calla, tú, cállate.

La chica lloraba y giró la cabeza cuando Clover se inclinó sobre ella.

—La gente como tú me da asco —le dijo.

—Por favor, deja que me vaya. No diré nada.

Las lágrimas le empapaban el rostro e hicieron que se le corriera el maquillaje.

—Eres asquerosa. Todas lo sois.

—Lo siento. Por favor, deja que me marche.

Él negó con la cabeza y sacó un cuchillo de su pantalón. Yo ahogué un grito.

Observé la escena, horrorizada, incapaz de apartar la vista. Sus sollozos eran cada vez más fuertes y desesperados, y se sacudía violentamente.

—¡Por favor, no, te lo suplico!

Teníamos que intervenir. Di un paso adelante, pero Poppy me sujetó.

—No —dijo entre dientes.

Clover volvió a tirarle del pelo, mientras ella gritaba y agitaba los brazos para intentar librarse de su agarre. Como con Violet y sin titubear, le hundió el cuchillo en el estómago. Al oír su último grito, profundo y animal, sentí arcadas. Cerré los ojos y me encogí detrás de Poppy.

De repente, todos los sonidos se amplificaron: la fuerte y agitada respiración de él, y las palabras incoherentes que farfullaba ella, mientras se asfixiaba en su sangre. A los pocos segundos, la chica dejó de hacer ruido y, después de caer con un golpe seco al suelo, solo se lo oyó a él.

La había asesinado.

No me atreví a abrir los ojos. Tenía demasiado miedo de lo que pudiera ver.

—Limpiad esto.

Su voz fuerte y llena de ira me atravesó y me hizo temblar. Nos daba órdenes como si hubiéramos sido nosotras las causantes de lo ocurrido.

Poppy se adelantó de un salto, lo que me hizo tambalear y abrir los ojos. Él se fue corriendo escalera arriba y cerró la puerta del sótano de un golpe. Muy despacio, bajé la mirada y estuve a punto de vomitar. El miedo me hacía temblar de los pies a la cabeza. Rose y Poppy cogieron los útiles de limpieza y se

pusieron manos a la obra. Me habría encantado poder estar dentro de sus cabezas cuando limpiaban la escena del crimen. Apenas mostraban emoción. ¿Les resultaba más fácil porque no conocían a la chica?

Eran un torbellino: Rose se ocupaba de limpiar el suelo, con los labios fruncidos y trabajando con tesón y una eficacia implacable, esquivándome. Poppy era más reservada; aunque actuaba como si limpiara marcas de aceite o pisadas embarradas, demostraba algo más de emoción. Como mínimo, parecía algo entristecida. Ni siquiera sabíamos cómo se llamaba esa pobre chica. ¿Tenía familia? ¿Hijos? En cualquier caso, era una persona, con una vida, que él le había arrebatado como si nada.

Me di la vuelta despacio y regresé al dormitorio, cerrando la puerta detrás de mí. No quería verlo cuando volviera a por el cuerpo, ni ser testigo de cómo Rose y Poppy actuaban como si no pasara nada. Me metí en la cama y lloré sobre la almohada.

Clover**Viernes, 15 de julio (2005)**

—Buenos días, Violet. Traigo noticias —dije, mientras bajaba la escalera.

Estaba muy emocionado por lo que iba a pasar. No me gustaba que estuviéramos nosotros dos solos. La mesa quedaba desequilibrada. Había tres asientos vacíos.

Violet estaba batiendo huevos en la zona de la cocina y se volvió a mirarme.

—¿Alguna noticia, Clover?

—Sí, otra sorpresa. Es probable que no tardes en descubrirla, quizá dentro de un día o así.

Violet era una joven brillante. Como había traído a Poppy dos días antes (aunque no la había visto desde entonces), probablemente sabría que mi sorpresa sería otro miembro de la familia. Poppy solo necesitaba algo de tiempo para acostumbrarse a su nueva vida; Violet la estaba ayudando a adaptarse, y estaba seguro de que muy pronto todo iría como la seda. Por mucho que quisiera que se uniera ya a nuestra vida, estaba dispuesto a concederle unos días. Había esperado mucho tiempo a que llegara ese momento, así que podía ser paciente con Poppy un poco más.

—¿Qué hay para desayunar?

—¿Huevos revueltos con una tostada?

—Ah, vale. —Sonreí—. Me encantan.

—¿Sabes cocinar?

—Sí. Madre me enseñó.

Abrí los ojos de par en par y me fustigué mentalmente por haber desvelado ese detalle de mí. No quería hablar de Madre delante de mi nueva familia. Quería mantener ambas partes de mi vida separadas.

—¿Cuándo estará listo el desayuno?

—Dentro de cinco minutos. Empezamos a quedarnos sin comida.

—Esta noche me traen el pedido. Os lo bajaré más tarde.

—Gracias.

Me senté a la mesa y miré las sillas vacías. Daba golpecitos en el sobre con los dedos, sin poder contenerme. Estaba ansioso e impaciente. No pensaba que fuera a tardar tanto en completar nuestra familia. Por mucho cariño que le tuviera a Violet, no podría soportar que estuviéramos a solas mucho tiempo más. Ella tomó asiento y sirvió la comida.

—Gracias, Violet. ¿Puedo preguntarte algo?

—Sí —contestó ella.

—¿Te sientes sola?

Bajó la mirada y con eso me lo dijo todo.

—Violet, respóndeme, por favor —la presioné—. No me gusta que os guardéis nada.

—Sí. Me siento sola. Lo siento.

—Eso pensaba, y, por favor, no te disculpes.

Apenas podía contener la emoción que sentía por volver a traer a Rose y a Lily. Cuatro flores preciosas y puras. Entonces le pregunté:

—¿Acaso Poppy no es buena compañía?

Violet abrió mucho los ojos, pareció alarmarse.

—Sí, sí lo es. Está tardando un poco en adaptarse, pero te prometo que lo hará y, entonces, todo irá bien.

—Ya, eso ya lo sé. Es natural que se sienta algo inquieta: todo esto es nuevo para ella. ¿Se está curando?

—Sí. Aún le duele la cabeza, así que la he dejado dormir.

—Claro, me lo había imaginado.

Di un sorbo al zumo de naranja.

—¿Qué planes tenéis? No me he olvidado de los libros extra que dije que traería. Me aseguraré de que la estantería esté llena enseguida.

—Gracias. Tenía pensado leer.

Jugueteó con la comida de su plato.

—¿Clover?

—¿Sí?

Se mordió el labio, nerviosa.

—Verás, solía tejer, y me preguntaba si me permitirías tener unas agujas y lana.

—¿Sabes tejer?

Me habían contado que mi abuela tejía de maravilla, pero Madre nunca se aficionó, o al menos yo no tenía constancia.

—Sí. Mi abuela me enseñó de pequeña. Solía hacer jerséis, bufandas, guantes, calcetines, cualquier cosa en realidad. Es una afición tranquila, relajante y me gusta porque puedes hacer algo único. Se ha perdido la costumbre de hacer las cosas a mano. Ahora todo se produce en masa.

Sonreí.

—Tienes razón, pero no sé qué tengo que comprar. ¿Crees que podrías hacerme una lista?

Cuando vi cómo se le iluminaban los ojos, el corazón me dio un vuelco.

—Por supuesto. Gracias. Te tejeré un gorro para el invierno.

—Eso sería genial, Violet, gracias. Bueno, tengo que irme a trabajar. ¿Qué habrá para cenar esta noche?

—Lasaña y ensalada. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

Rodeé la mesa y le besé la mejilla.

—Gracias por el desayuno, y que tengas un buen día de lectura.

—De nada, y pasa un buen día en el trabajo —respondió ella, con una sonrisa.

Asentí con la cabeza y salí de la habitación.

Sábado, 16 de julio (2005)

Después de estacionar el coche detrás de la zona de trasteros, examiné la calle de enfrente. «¿Dónde están?» Fruncí el ceño. Esperaba no haber perdido mi oportunidad de llevarme a Rose y a Lily por no haber actuado lo bastante rápido; no obstante, en mi interior, sabía que había hecho bien en esperar el momento adecuado.

—Vamos —susurré.

Me sentía muy angustiado. La idea de que estuvieran solas ahí fuera era horrible, y más aún cuando yo tenía un hogar seguro y una familia que las estaba esperando. De repente, alguien me tapó la vista y oí unos golpecitos en la ventanilla.

Me sobresalté y bajé el cristal. Una joven con muy poca ropa se inclinó hacia mí.

—¿Puedo ayudarla? —pregunté.

Mi voz sonó más tensa de lo que pretendía, pero sabía muy bien qué era ella.

Sonrió y ladeó la cabeza.

—¿Quieres que vayamos a alguna parte?

Me enfureció que diera por supuesto que yo pudiera querer algo con ella, o con cualquier otra. Imágenes de aquella mujer con mi padre me cruzaron la mente. «Putas asquerosas.»

—Estoy casado —dije, para poner a prueba su moral.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y?

«¿Y?» Torcí el labio y, en mi interior, sentí una explosión de furia.

—Entra —dije.

Ella no vaciló, ni siquiera después de mi respuesta más que tibia. Rodeó el coche y tomó asiento en el lado del pasajero. Apestaba a perfume barato.

—El bosque no está lejos, puedes girar a la izquierda en el cruce —dijo.

Agarré con más fuerza el volante.

—Conozco un sitio.

Mientras conducía de vuelta a casa, pensé en Madre. ¿Se sentiría orgullosa de que no hubiera cedido? Desde su muerte, no me había dedicado tanto a su causa como debería. Lo cierto es que no me apetecía demasiado. Se me había presentado la oportunidad de crear una familia y empezar de cero. Puede que fuera egoísta por mi parte, pero estar solo me hacía desesperadamente infeliz y una familia era lo único que quería en el mundo; sin embargo, no podía ignorar la reacción que esas mujeres me provocaban. El impulso de ocuparme de ellas era irrefrenable.

Aparqué el coche delante del garaje diez minutos después y apagué el motor. Sentí que mi nerviosismo iba en aumento. Pensaba que tardaría más en volver a casa. Estaba algo abatido porque se suponía que mi vida no iba a ser así. Por supuesto, no era tan ingenuo como para pensar que podía dar la espalda a todo lo que Madre y yo habíamos construido, pero ahora quería construir algo solo mío.

—¿Estamos en tu casa?

—Sí —contesté—. Tengo una habitación.

Ella soltó una risita.

—¿Eres fetichista? Sabes que eso se paga aparte, ¿no?

La ignoré y salimos. ¿Dónde estaba su amor propio? Sin duda, lo había vendido por el camino. Me pregunté a qué edad se habría convertido en puta. Cada vez más adolescentes se convertían en furcias, de modo que no era extraño que algunas perdieran también todos sus principios morales: parecían desaparecer junto a su inocencia.

La conduje por la casa, aparté la estantería y abrí la puerta.

—Vaya, ¿tienes una mazmorra sexual aquí abajo? ¿Te va el sado?

Ignorándola de nuevo, le indiqué que bajara con un gesto de la cabeza, y ella lo hizo sin vacilar.

Al final de la escalera, se dio la vuelta por completo y vio a las chicas.

—¿Qué narices...?

—Quédate junto a la pared —le exigí.

Dio un salto hacia atrás y se pegó a la pared de hormigón.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella—. ¿Y quiénes son estas chicas? No hago este tipo de cosas.

—No eres tú quien hace las preguntas. Cierra los ojos. Ya.

—No. Mira, solo quiero marcharme, ¿vale? No le contaré a nadie lo que he visto; no es asunto mío.

—Te he dicho que cierres los ojos.

Para mi sorpresa, lo hizo.

—Adiós —susurré, y saqué la navaja del bolsillo.

Ella abrió los ojos de par en par, yo di un paso adelante y le clavé la hoja en las tripas. El grito desgarrador de una de las chicas resonó en la habitación. Sin apartar la mirada de la furcia, la vi derrumbarse en el suelo. Suspiré aliviado, y me di la vuelta.

—Ya está. Se acabó.

Mi pulso volvió a normalizarse y todo mi cuerpo se relajó.

Violet me miró horrorizada.

—¿Qué has hecho?

—Lo que tenía que hacer. No te preocupes, Violet, ya ha pasado todo. Nunca más podrá volver a hacer daño a nadie. Me he ocupado de ello. Siempre lo haré.

No podía evitarlo.

—Pero... pero ¿qué dices? Clover, está mal... —susurró Violet.

El miedo era evidente en sus ojos y no podía controlar el temblor de sus manos. «Está mal», repetí en mi cabeza. No, lo que hacía la furcia estaba mal. Yo solo había impedido que hiciera daño a alguien más. Ya ningún niño podría perder a su familia por su culpa.

El corazón me latía a cien por hora. ¿Cómo podía acusarme a mí de no hacer lo correcto? Sin darme cuenta, mis puños se cerraron solos. Respiré hondo para controlar mi ira. «No entiende lo que estoy haciendo, eso es todo.»

—Violet, no lo entiendes...

—No —coincidió ella, meneando la cabeza lentamente—. No, lo cierto es que no.

—No he hecho nada malo. Tú sabes lo que es, ¿verdad?

Violet asintió, para demostrarme que entendía que la furcia era una prostituta.

—Bien. ¿Crees que debería permitirseles destrozar familias? ¿Ir por ahí vestidas como rameras y ofrecerse a cualquiera dispuesto a pagar un precio? ¿Eso es lo que tú querías, Violet?

—No —contestó ella, mientras una sola lágrima le caía por la mejilla.

Por fin, empezaba a entenderlo.

—Así es, ¿verdad Poppy?

Me volví a mirar a Poppy, que permanecía petrificada en el sofá, temblando.

—¿Crees que deberían irse de rositas? Al fin y al cabo, la policía no hace nada por impedirlo.

Poppy negó con la cabeza, con rigidez. Estaba boquiabierta. Sonreí y seguí explicándome:

—Veréis, chicas, lo que estoy haciendo es corregir algo que está mal. —Me rasqué la cabeza—. Y ahora, tenéis que limpiar todo esto.

—¿Limpiarlo?! —chilló Violet.

—Sí. Llenad un cubo con agua caliente y jabón, coged lejía y bolsas de basura.

Violet y Poppy permanecieron inmóviles.

—¡Ya! —exclamé.

Sabía que quedaban bolsas en el armario debajo de la escalera. No había comprado más desde que Madre murió, pero sabía que ahora tendría que hacerlo.

Regresé junto a Violet con la bolsa para el cuerpo. Poppy y ella ya habían empezado con la limpieza. Me tapé la boca con el puño y tiré la bolsa a su lado.

—Metedla ahí —murmuré sin sacarme el puño de la boca.

Ver la sangre que salía de la herida del vientre de la furcia me revolvió el estómago. Me costaba respirar y se me puso la piel de gallina. Me sentía sucio, como si los gérmenes de esa zorra se estuvieran extendiendo por todo mi cuerpo.

Salí corriendo de la habitación, cerrando la puerta detrás de mí, y me metí directamente en la ducha sin desvestirme. Después de quitarme la ropa empapada, me froté la piel con la esponja hasta casi dejármela en carne viva.

Domingo, 17 de julio (2005)

Aparqué el coche en el mismo lugar que el día anterior y salí. Esa noche sí estaban ahí, acurrucadas juntas en un banco. Cerré los ojos y respiré hondo, feliz. Las dos eran preciosas. Lily tenía una larga melena rubia, y Rose, por el contrario, tenía el pelo oscuro y cortado a la altura de los hombros. Ahora bien, ninguna era más atractiva que la otra. Cada una era simplemente perfecta.

Salí, sin apenas contener mi alegría.

—Hola, señoritas.

Ambas se sobresaltaron.

—Lo siento, no pretendía asustaros.

—No pasa nada. Es que no te hemos visto llegar —dijo Rose.

—¿Adónde vais?

—Eh... —Lily se mostró dubitativa—. Intentamos llegar a Londres.

¿A Londres? Estaban a cientos de kilómetros de la capital.

—Llegar hasta aquí nos ha costado una semana, y solo hemos recorrido ochenta kilómetros. Intentamos ganar dinero como podemos, pero es difícil.

—Bueno, no sé si esto ayudaría, pero vivo a sesenta kilómetros de Londres. Podría llevaros hasta allí si quisierais.

A Rose se le iluminaron los ojos.

—¿De verdad? Vaya, genial.

—Por supuesto. Y, además, el trayecto es largo y la compañía me vendría bien. Solo he parado para comer un sándwich y beber algo. ¿Os apetece tomar algo?

—Sí, por favor —dijo Lily, con una amplia sonrisa—. Yo soy Bree, y esta es Sadie.

Sonreí apretando los labios.

—Bree, Sadie, ¿nos vamos?

Asintieron a la vez, como si hubieran practicado, y vinieron conmigo al coche. Conduje a casa, sintiéndome aliviado, pleno. Cuatro flores. Cuatro mujeres perfectas, inocentes y bellas. Mi familia estaba completa.

Summer

Martes, 14 de diciembre (presente)

Mientras Rose limpiaba el baño, aproveché para hablar con Poppy en privado. Habían pasado casi cinco meses desde que me habían raptado y encerrado allí abajo, y no había perdido la esperanza, ni siquiera después de cumplir diecisiete años la víspera. No se lo había dicho a nadie, y él no había mencionado nada tampoco, aunque debía de saberlo. De todos modos, no tenía ánimos para celebraciones.

—Poppy —susurré para que levantara la mirada del libro que estaba leyendo—. ¿Cuándo perdiste la esperanza de salir de aquí?

Había querido preguntárselo miles de veces, pero no me había atrevido. Ella era mi única oportunidad de poder hacer algo para escapar, y no estaba preparada para escuchar que no quisiera intentarlo. Cinco meses habían sido bastantes. Y además me acercaba peligrosamente a los seis u ocho que tardaba Clover en «enamorarse» de sus «flores» y violarlas. Aunque sabía que no podía precipitarme y que debía asegurarme de poder confiar en ella antes de pedirle que me ayudara a huir, el momento en que me llevara a esa habitación estaba cada vez más próximo. Poppy se movió incómoda en el sofá, como si le hubiera preguntado algo demasiado personal. «Es una pregunta puñeteramente sencilla, y la respuesta es “nunca”.»

—No se trata de rendirse, Lily, sino de sobrevivir —contestó ella—. No sé si alguna vez saldremos vivas de aquí, pero seguirle el juego es nuestra única oportunidad.

Tenía que haber otro modo.

—¿No crees que tu familia te estará buscando?

Poppy negó con la cabeza y bajó la mirada al suelo. Era consciente de que no tenía una gran relación con ellos, pero ningún padre tiraría la toalla con su hija, y mucho menos si desaparecía.

—Sé que nadie me está buscando. Tuve una pelea enorme con mis padres, y me dijeron que, si me iba, nunca volviera. Solía consolarme pensando que mi hermano sí que me buscaría. Y es probable que lo hiciera durante un tiempo, pero imagino que ya se habrá dado por vencido.

—Estoy segura de que no te dijeron eso en serio. Cuando estás enfadado, dices muchas cosas que no sientes.

Yo les dije cosas horribles a mis padres..., sobre todo durante los primeros años de mi adolescencia. Ahora daría cualquier cosa por no haberlo hecho.

—Tal vez.

Poppy esbozó una media sonrisa, pero su rostro transmitía tanta tristeza que se me llenaron los ojos de lágrimas. No lograba imaginarme cómo sería pensar que a tu familia no le importas.

—En cualquier caso, tu familia te estará buscando. Nunca se sabe, quizá nos encuentren a todas.

Asentí.

—Sí, eso desde luego. Estoy segura de que Lewis no parará hasta dar conmigo.

Era demasiado terco para eso.

Henry y Theo solían debatir quién de nosotros dos era más obstinado, e incluso apostaban quién daría su brazo a torcer antes en distintas situaciones. Yo solía ganar, pero sigo pensando que Lewis es más terco.

—Saldremos de aquí —dije en un intento de convencerme a mí tanto como a ella.

Ella me apretó la mano.

—Desde luego.

«¿Cuándo?» Tenía que ser antes de que él me tocara.

—¿Por qué te marchaste de casa?

Poppy tragó saliva: era obvio que seguía doliéndole recordarlo.

—Lo siento, no tienes por qué contármelo.

—No, no pasa nada. Es solo que nunca había comentado los detalles; aquí abajo respetamos la privacidad de las demás —dijo en tono de burla, y me guiñó un ojo.

Yo sonreí a modo de disculpa.

—Cuando llegué a la adolescencia, empecé a salir mucho y a juntarme con malas compañías. Esa gente me llevó a fiestas y me introdujeron en la bebida. En ese momento, me parecía que era muy guay y me encantaba lo segura de mí misma que me hacía sentir. —Sonrió y negó con la cabeza al recordarlo.

No me costaba entenderla, teníamos cosas en común, excepto lo de las malas compañías. Yo no era una persona segura de mí misma, y siempre me resultaba más fácil relacionarme con los demás cuando había bebido algo, aunque solo bebía un poquito, hasta conseguir el puntillo agradable.

—Por supuesto, a mis padres no les hacía ninguna gracia. Intentaron castigarme sin salir, quitarme mis cosas, involucrar a otros miembros de la familia, pero no escuchaba a nadie. Mis nuevos amigos eran los únicos que me entendían, o eso pensaba. Cada vez que llegaba a casa borracha, pasada la medianoche y sin poder tenerme en pie, mi familia se frustraba más y más. Supongo que al final se hartaron. Tuvimos una pelea enorme e intentaron convencerme de que necesitaba ayuda y dejar de salir. Así que hice las maletas y me fui. Aún recuerdo las palabras de mi madre: «Necesitas ayuda, Becca, así que si sales por la puerta ahora, ni se te ocurra volver». Esas palabras siguen persiguiéndome hoy. Debería haberme quedado. Ojalá pudiera dar marcha atrás y quedarme encerrada en mi cuarto esa noche, en lugar de salir por la puerta. — Suspiró—. Y ahora, aquí estoy.

No quería admitirlo, pero Poppy le pegaba más que Becca. Aunque quizá era solo que siempre la había llamado Poppy. Su familia debía de estar pasando un infierno, sobre todo después de cómo habían acabado las cosas. Teníamos que lograr salir de allí; Poppy y su familia también se merecían una segunda oportunidad.

—Bueno —dijo Rose, mientras cerraba la puerta del baño tras ella—. Todo listo. ¿Vemos una peli?

¿Qué más íbamos a hacer? Ya habíamos visto todas las películas dos veces. Clover las compraba y vendía por internet una vez al mes. Teníamos unas cuarenta películas, pero con poco más que hacer, habíamos acabado con todas rápidamente. Empezaba a odiar mis favoritas.

—Sí, como quieras —respondí, y me recosté en el sofá, dispuesta a pasar otra noche más delante del televisor.

Miércoles, 15 de diciembre (presente)

Me sequé con la toalla tan rápido como pude y me puse la ropa, que me quedaba grande. Me preguntaba si alguna vez cedería y me compraría algo de mi talla, o si bien sería imposible quitarle de la cabeza que mi talla debía ser una cuarenta. Tampoco me importaba demasiado, la verdad.

En cuanto estuve lista, giré con brusquedad el pomo de la puerta y salí. Íbamos con retraso, y Rose aún tenía que prepararse. En cuanto yo salí, ella entró como un rayo. Tenía los ojos muy abiertos y la cara pálida. «¿Mierda, qué nos hará si no estamos listas?» No tenía ni idea, jamás lo había preguntado y tampoco quería llegar a averiguarlo.

Poppy batía frenéticamente los huevos en un cuenco. Solo podía dar gracias por que a ese maníaco le gustaran tanto los huevos revueltos con tostada. Era un plato rápido y fácil. Cogí ocho rodajas de pan.

—¿Estás bien, Poppy?

Ella asintió; cuando intentaba convencernos a las dos de que estaba bien, se alborotaba el pelo.

—Prepara la tostada, por favor.

Hice lo que me pedía. Mi corazón estaba haciendo horas extra. No me gustaba lo nerviosas que las veía. Solían mostrarse muy naturales con él. ¿Cómo podía Rose aceptar lo que pasaba ahí abajo cuando estaba claro que seguíateniéndole miedo?

La puerta del sótano se abrió al mismo tiempo que Rose salió del baño y nosotras terminamos de servir el desayuno. Cogí dos platos y sentí que algo me rozaba ligeramente la espalda. Cuando me llegó el tenue olor a su loción para después del afeitado, supe que era él.

—El desayuno huele genial —dijo.

Me puse muy tensa, pero meforcé por sonreír para que no se diera cuenta de que me ponía enferma que me tocara. Me volví y él retrocedió, lo que me permitió apartarme y dejar los platos en la mesa.

Conforme me alejaba de él, mis pulsaciones recuperaban la normalidad. ¿Cuánto tiempo podría mantenerme lejos de ese maníaco? Él tomó asiento, y Rose y Poppy siguieron su ejemplo. Empezamos a comer en silencio. Clover masticaba despacio, como distraído.

Al final, levantó la mirada y preguntó:

—¿Qué tal anoche?

Deprimente y aburrida, como todas las noches.

—Bien. Vimos unas cuantas pelis de risa —respondió Rose—. ¿Qué tal tú?

Aquí abajo, *Saw* y *La matanza de Texas* podían considerarse pelis de risa, porque nada era peor que estar encerrado por el loco de Clover.

La expresión perversa de sus ojos, la sonrisa de medio lado y su ceja arqueada le daban un aspecto muy siniestro, que me helaba la sangre. ¿Qué habría hecho? ¿Habría asesinado a alguien? ¿Le divertía hacerlo o simplemente

sentía que tenía que hacerlo? Jamás sería capaz de comprender sus razones, aunque me las explicara una y otra vez hasta el fin de los tiempos. No obstante, era inteligente. Si Poppy y Rose tenían razón, y el objetivo de Clover era hacer del mundo un lugar mejor, ¿por qué no había intentado hacerlo siguiendo las normas? La fachada que se había construido inspiraba total confianza. Parecía una persona normal y de fiar. No entendía cómo estaba tan jodido.

Negué con la cabeza. ¿Por qué intentaba siquiera comprender a ese monstruo? Para los psiquiatras, Clover sería toda una mina de información.

—¿Qué ha pasado?! —gritó.

Di un respingo ante su repentino estallido y eché una mirada por encima del hombro para ver cuál era el problema. Oh, no. Las amapolas se habían oscurecido y yacían marchitas, arrugadas y sin vida sobre el jarrón. Mi pulso se aceleró. Los lirios y las rosas tampoco tenían muy buen aspecto; se habían oscurecido por los bordes y empezaban a ajarse. Todas las flores se morían, como era de esperar.

Apartó con violencia la silla, que chirrió sobre las baldosas y cayó al suelo con estruendo. Rose y Poppy se pusieron en pie a toda prisa, pero yo estaba helada, completamente aterrada por lo que iba a hacer.

—¿Qué ha pasado?

Tenía el rostro desencajado y los ojos casi vidriosos.

Era como el doctor Jekyll y mister Hyde: sus estados de ánimo podían cambiar en un instante. En momentos como ese, no podía evitar preguntarme hasta qué punto controlaba de verdad el rollo de las flores. Después de todo ese tiempo, debería haber comprendido que todas las flores acaban muriéndose. Entonces, ¿por qué seguía trayéndolas?

—Lo sentimos mucho, Clover. Se han muerto —dijo Rose, en un tono calmado y sumiso.

Resultaba increíble que tuviera que andarse con tanto cuidado para explicarle algo tan evidente y por lo que no le debía ninguna disculpa.

—Han muerto... —repitió Clover despacio.

Empezó a respirar de forma distinta y se volvió errático y taciturno, como si estuviera inmerso en una lucha por mantener el control de sí mismo, lo que, de nuevo, me hizo preguntarme si de verdad podía evitar hacer lo que hacía.

—Sí, han muerto. Y todo porque no las cuidáis bien.

Dio un puñetazo tan fuerte en la mesa que los vasos de zumo de naranja se cayeron, y el líquido se derramó por la madera y el suelo. «Joder, ¿cómo no van a morirse? ¡Son flores!» Además, estaban en un sótano sin luz natural. ¿Cómo

alguien tan inteligente como él no lograba entenderlo? O tal vez sí, pero no conseguía aceptarlo. No había nada en Clover que fuera simple o evidente. Solía pensar que se me daba bastante bien leer a la gente, pero él era un asunto distinto.

Retrocedí cuando avanzó hacia mi lado de la mesa. «No te acerques.» Rose y Poppy se aproximaron y nos mantuvimos juntas. Si las tres trabajáramos en ello, podríamos salir de allí. No obstante, teniendo en cuenta su estado no me atreví a hacer nada.

—¿Tenéis algo que decir? —preguntó él.

Estaba tranquilo y su voz era suave como la seda; sin embargo, daba más miedo que cuando gritaba. Su calma y su control eran excesivos, y sabía que en cualquier momento se dejaría llevar por la locura. Era como un perro que juega con un globo; sabes que el globo estallará, pero no exactamente cuándo.

Ninguna de nosotras pronunció palabra. De todos modos, seguro que solo hubiéramos conseguido enfadarlo más. Rodeó la mesa en dirección contraria. Rose y Poppy estaban entre él y yo. Levantó la mano y abofeteó a Rose en la mejilla. Ella ahogó un grito y se tambaleó. Poppy la ayudó a mantener el equilibrio y todas dimos un paso atrás. Oía mi propia respiración agitada e hice lo que pude para calmarme. ¿Qué demonios pretendía?

Apartó a Rose de un empujón y agarró a Poppy de la mano para acercarla. «¡No!» Una fuerte bofetada la envió volando sobre la mesa. Ella gritó y se sujetó con ambas manos la parte del estómago que se había golpeado contra la madera.

—Tenéis que aprender —gruñó él.

Y se abalanzó sobre mí para empujarme contra la pared.

No podía respirar y mis únicos impulsos fueron encogerme, cerrar los ojos y prepararme para el golpe que venía. «¡Lewis, Lewis, Lewis!», grité mentalmente, en un intento desesperado de evadirme. Entonces, me asestó un puñetazo en la mandíbula y no pude mantenerme en pie. El dolor que sentía en un lado de la cara era insoportable. Me tapé la boca con una mano, respiré hondo varias veces por la nariz. No quería gritar y darle esa satisfacción. Sentía los latidos del corazón en el golpe de la mandíbula y los ojos se me inundaron de lágrimas, pero me negaba a ceder. No iba a darle el gusto de demostrarle que me había dolido.

El sabor metálico de la sangre me inundó la boca, y noté un pinchazo en el interior de la mejilla. Debía de habérmela mordido. Tragué saliva, consciente de que si él veía la sangre, las cosas empeorarían aún más. Me dejé caer en el suelo y cerré los ojos. «No podré aguantar esto mucho más tiempo.»

—Y ahora, limpiad esto, ya —nos ordenó.

Abrí los ojos justo a tiempo para verlo desaparecer escalera arriba. Me levanté de un salto, corrí al baño y me enjuagué la boca. Como sabía que se había marchado, me permití derramar las lágrimas que me enturbiaban la mirada. Me dejé caer al suelo, y me sentía tan asustada y sola que creí que jamás podría volver a levantarme.

Jueves, 16 de diciembre (presente)

Estaba sentada con Rose y Poppy. Teníamos el televisor encendido, pero no le prestábamos atención. Esperábamos ansiosas a que él volviera. No había bajado a desayunar. Que bajara daba miedo, pero que jamás regresara era peor. Si nos dejaba allí a nuestra suerte, moriríamos de hambre. Tenía la mandíbula magullada e hinchada, y, por dentro, la herida era tan reciente que solo podía comer alimentos blandos. El moratón de mi cara era un recordatorio constante de lo loco que estaba y del enorme peligro que corría en todo momento. Cada vez que me hacía daño a mí o a alguna otra persona. Me di cuenta de que por eso Poppy no quería hacer nada. No pensaba ni por un segundo que pudiéramos conseguirlo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Poppy—. Va a peor, Rose, y lo sabes.

Verlas tan preocupadas me resultaba absolutamente aterrador. Habían visto muchas cosas y estaban acostumbradas a su modo de actuar, pero ahora estaban asustadas. Me pregunté si se debía a mí. Había elegido a alguien con familia. ¿Acaso el mundo exterior empezaba a sospechar de él? Ambas estaban distraídas; cuando veían la televisión, su mirada se perdía: parecían preocupadas y pensativas.

Rose dijo que no con la cabeza.

—No lo sé, pero estoy segura de que todo saldrá bien. Nos mantendremos unidas como siempre.

Estaba hasta las narices de oírles decir que todo iba a salir bien. ¿Por qué lo decían siquiera? Quedaba claro que habían aceptado que esa era su vida, pero no estaba bien. Me hervía la sangre y mi furia interna me hizo saltar:

—¡Rose, haz el puto favor de mirar a tu alrededor! ¡Estamos atrapadas en el sótano de un cabrón psicópata! ¡¿Cómo puedes decir que las cosas saldrán bien?! —grité—. ¡¿Quieres abrir los ojos de una vez?!

—Cuidado, Lily. No sabes dónde puede estar —susurró a modo de reprimenda.

Respiré hondo e ignoré que me hubiera llamado Lily. Lily era un personaje de su fantasía enfermiza que nada tenía que ver conmigo.

—Dios santo. Piénsalo un momento, Rose. No oímos ni una mierda hasta que la puerta se abre. ¿De verdad crees que él puede oírnos? ¿Podrías dejar de jugar a las casitas con ese pirado un momento y actuar como una persona normal? Nos tiene secuestradas.

—Soy... soy muy consciente de la situación, Lily, pero ¿qué quieres que haga?

«¿Qué es “consciente de la situación”?»

Apreté los puños. Pero ¿qué demonios le pasaba?

—Quiero que dejes de bailarle el agua de una vez y empieces a pensar en una forma de escapar. Quiero que dejes de actuar como si algo de todo esto fuera normal. ¿Por qué no te quieres marchar? Si trabajáramos unidas, podríamos vencerlo.

—Ya lo han intentado antes —dijo Poppy, que se sumó a la discusión.

—Lo sé. Las dos me habéis dicho lo mismo, pero no lo habrán hecho tres o cuatro personas a la vez. Con una de nosotras puede sin problemas, pero ¿cómo va a pararnos a las tres de golpe? Pensadlo: podemos atacarlo y escapar. Puede funcionar.

¿Qué bicho me había picado? Hacía tan solo dos minutos lo veía imposible y ahora estaba animando a las malditas tropas.

El crujido de la puerta del sótano al abrirse me sobresaltó. Sentí un nudo en la garganta y que se me cerraba el estómago.

—Podría funcionar si lo hacemos juntas —murmuré con una mirada de súplica.

—No, Lily —replicó Rose.

Me alejé para no volver a chillarle.

Traía tres ramos de flores y murmuraba algo para sus adentros. No pude entender exactamente qué decía, pero me pareció distinguir las palabras «cuerpos» y «camello», pero muy bien podía haberme equivocado. En el segundo caso, era más que probable.

Rose respiró hondo y sonrió con amabilidad. Se esforzaba por parecer segura y relajada, pero los golpecitos que se daba en los muslos y su postura rígida delataban sus auténticos sentimientos.

—Buenas tardes, Clover.

Él dio un respingo, sobresaltado, como si no esperara encontrarnos allí.

—Buenas tar... tardes —dijo, balbuceando.

Nunca tartamudeaba. Siempre se mostraba tan seguro y firme..., menos cuando flipaba por las flores. ¿Cómo podía sorprenderse de vernos? ¿Qué creía? ¿Que habíamos ido a la tienda de la esquina?

—¿Has venido a comer? —preguntó Poppy, a la vez que miraba el reloj.

Solo eran las doce, así que se suponía que debía estar trabajando.

Actuaba de forma muy errática, hablaba consigo mismo y parecía no ser consciente de lo que ocurría a su alrededor. Examinó la habitación, sin dejarse ningún detalle. Tragué saliva y me di cuenta de que Poppy había dado un pequeño paso atrás.

—Flores —dijo él, ofreciéndoselas.

—Son preciosas, Clover, gracias —dijo Rose, y dio un paso adelante para cogerle los tres ramos de la mano.

«Entonces, ¿vamos a fingir que todo esto es normal? ¿Sin preguntas?»

Seguí a Rose y a Poppy a la zona de la cocina, y llenamos los jarrones de agua. Lo observaba con el rabillo del ojo. Seguía examinando la habitación, pero cada pocos segundos echaba un vistazo a la puerta. ¿A quién esperaba? ¿A la policía? Actuaba de forma más extraña que antes. No era propio de él y me descolocó por completo. ¿Sería mejor que lo ignorara?

—Clover, ¿te apetece comer algo? —preguntó Rose.

—No, gracias —respondió rápidamente con una sonrisa.

Sin decir nada más, besó a Rose y a Poppy en la mejilla y me miró. Por mi parte, contuve la respiración cuando se acercó a mí y me besó. Sentí un dolor punzante en las palmas de las manos y, solo cuando se alejó, me di cuenta de que me había clavado mis propias uñas.

—Buenas noches, Flores —dijo él desde la escalera, y siguió farfullando para sus adentros. «Teléfono» y «cuerpos».

—¿Buenas noches? —repitió Poppy a Rose.

¿Se refería a que no iba a bajar más hoy o había perdido la noción del tiempo?

Rose se encogió de hombros y lo miró una última vez antes de que desapareciera tras la puerta.

—Prepararé chocolate para todas.

«¡Ah, claro, eso lo arreglará todo, Rose!»

Me bebí el chocolate con rapidez, quemándome la lengua y sin apenas saborearlo. Intenté centrarme en algo que no fueran sus labios en mi piel, pero aún los notaba en la mejilla. Me sentía sucia.

—Me voy a duchar.

Necesitaba volver a sentirme limpia, si es que eso era posible a esas alturas.

Abrí el agua para que se calentara y me desvestí. Estaba demasiado caliente, pero me obligué a entrar de todos modos. Por mucho que me frotara todo el cuerpo, me sentía asquerosa. Era como si se me hubiera tatuado en la piel. Me pregunté cuánto tiempo hacía que Rose había dejado de frotarse así, si es que alguna vez lo había hecho. Parecía gustarle estar ahí abajo. Yo jamás llegaría a ese punto. Jamás.

Clover

Miércoles, 9 de mayo (2007)

Tomé asiento en la mesa con Violet, Poppy y Lily. Debía tener a cuatro flores conmigo. No podía apartar la mirada de la silla vacía. La mesa quedaba desequilibrada. Faltaba mi Rose. No estaba bien y no podía relajarme.

—¿Te pasa algo, Clover? —preguntó Lily.

El amor y la preocupación asomaron a sus ojos: me hacía sentir enorme. Lily era preciosa. Llevaba siendo parte de mi familia dos años ya, y se había convertido en un modelo para las otras chicas. Sabía que Poppy y Violet la admiraban.

—No, tranquila, no pasa nada —contesté, con una sonrisa forzada.

Comí en silencio, escuchando sus conversaciones y participando solo cuando era imprescindible. No podía evitar dar golpecitos en el suelo con el pie. «Esto no funciona.» Necesitaba ver a Shannen y encontrar a Rose.

Una vez que todas hubieron acabado de comer, me disculpé y me marché a mi habitación para cambiarme para esa noche. Necesitaba ver a mi Shannen. Esa chica ocupaba todos mis pensamientos, no podía quitármela de la cabeza. Pensaba en ella al quedarme dormido cada noche. Solo quería cuidar de ella, pero necesitaba tenerla en casa conmigo. Apenas hacía tres semanas que la conocía, pero lo era todo para mí. Shannen era mi única oportunidad de tener una relación tradicional.

Me puse unos pantalones negros formales, un suéter gris y un abrigo largo negro. Todo tenía que ser perfecto. Me peiné y me eché suficiente laca para que ni un solo mechón se saliera de su sitio. Nunca me había importado mi aspecto tanto como esa noche. Quería ser el mejor hombre posible para ella. Quería darle el mundo y compartir el mío con ella.

El trayecto hasta el supermercado que había junto a su albergue era corto. Me habría gustado que fuera más largo para poder tener más tiempo para tranquilizarme. Lo de ponerme nervioso con una mujer era algo nuevo para mí.

Casi podría decir que me gustaba. Aparqué el coche y la vi al instante: caminaba despacio desde el albergue en dirección al campo que había detrás de él.

Se me aceleró el pulso. Estaba muy guapa, a pesar de no cuidarse todo lo que debiera. Pero eso tenía arreglo. Cuidaríamos el uno del otro. Caminé detrás de ella, observando su largo pelo castaño, que se movía al compás de la cálida brisa de principios de mayo. De repente, se dio la vuelta; sin duda había oído el crujir de mis pisadas sobre las piedras.

—Hola de nuevo, Shannen —la saludé.

Se ruborizó un poco y sonrió.

—Hola, Colin. Iba a sentarme junto a los árboles. ¿Quieres venir conmigo?

—Me encantaría.

Caminamos en silencio por el césped hasta los árboles que había al fondo. Me senté a su lado, ignorando la sensación de incomodidad que me producía sentarme en el suelo mugriento.

—¿Qué tal tu día?

—Igual que siempre —respondió ella, encogiéndose de hombros y mirando al suelo—. Pero me alegra que hayas venido.

Se sonrojó al admitirlo, y entonces supe que éramos perfectos el uno para el otro y que la cosa funcionaría.

Le estreché la mano. No debería sentirse cohibida conmigo; quería que estuviera segura y relajada.

—Yo también. Hoy te he echado de menos.

Con Shannen todo era distinto. Ella era la elegida. Estaba seguro: me hacía sentir tan... feliz. Una parte de mí se sentía culpable por quererla más que a las otras chicas, pero no podía evitarlo. Shannen era perfecta, todo lo que una mujer debería ser. Quería que viviera conmigo, que fuera mi mujer, toda mi vida. Me recordaba mucho a mi madre, así que estaba seguro de que comprendería lo de las otras chicas.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó ella.

Su interés era genuino, quería saberlo de verdad. Eso era lo que más me gustaba de ella. A pesar de lo mal que la habían tratado, siempre se preocupaba por los demás. Su familia le había dado la espalda, pero ella seguía siendo bondadosa y solícita.

—Bien, gracias, aunque ha sido un día largo.

Ella asintió, mientras jugueteaba con una brizna de hierba. Cerré los ojos y respiré hondo para controlar los nervios: ella no tenía ni idea de lo sucio que estaba eso. En ese césped podía haber cualquier cosa.

—¿Qué has hecho hoy?

—He leído un poco y después he salido a tomar el aire.

—¿Y cómo está el ambiente en el albergue?

Fruncí el ceño, sin poder quitarme de la cabeza el incidente de hacía dos noches que me había contado. Alguna furcia asquerosa le había pegado mientras intentaba robarle el poco dinero que le quedaba y le había dejado marcada la mano en la mejilla izquierda.

Ella se encogió de hombros y bajó la mirada al suelo.

—Bien, bien, sin problemas.

—No me mientas —le dije bruscamente.

Me arrepentí al instante al ver que se encogía, asustada.

Se puso de pie y apartó su mano de la mía.

—Debería irme ya —susurró ella, cruzándose de brazos.

Me levanté de golpe, me daba pánico que se marchara y me dejara para siempre.

—No, Shannen. Discúlpame. No debería haber saltado así. Es que no soporto la idea de que alguien te trate mal. —Le estreché la mano, con sumo cuidado de no hacerle daño—. ¿Podrás perdonarme, Shannen?

Sonrió y asintió.

—Sí, claro. No pasa nada. ¿Te apetece dar un paseo?

—Desde luego.

Caminamos por el sendero. Cada vez que iba a verla, nos encontrábamos en el campo e íbamos a dar un paseo. La conduje alrededor del lago —nuestra ruta habitual— y deslicé mi mano en la suya.

—Hace una tarde muy agradable.

—Desde luego.

—Mi padre solía llevarme de paseo al atardecer y esperábamos a que aparecieran las estrellas en el cielo —dijo ella, antes de bajar de nuevo la mirada al suelo. Su voz transmitía tristeza y arrepentimiento.

Jamás había mencionado nada sobre su familia, aparte del hecho de que se habían peleado y ella se había marchado.

—¿Qué te ocurrió, Shannen? ¿Cómo acabaste aquí?

—Por favor... —susurró ella—. No quiero hablar de ello.

Asentí, tragándome la ira que me provocaba que no quisiera responder a mis preguntas. Mis chicas respondían a mis preguntas, siempre.

—Oye, ¿por qué no te quedas conmigo una temporada? Al menos hasta que pongas un poco de orden en tu vida.

—Te lo agradezco, Colin, pero no puedo.

Suspiré frustrado. ¿Tan difícil era que hiciera lo que yo quería? No estaba acostumbrado y no me gustaba.

—¿Te apetecería ir a cenar algo? —le propuse, sin levantar la mirada de su frágil muñeca.

Ella se mordió el labio mientras consideraba mi oferta.

—¿Por favor? Yo invito. Será un placer para mí.

Una gran sonrisa apareció en su precioso rostro, y me cortó la respiración.

—De acuerdo, me parece bien, gracias.

Llegamos a mi restaurante hindú favorito, al que solían ir mis padres cuando yo era pequeño. A mi padre le encantaba el curri que hacían, así que nos llevaba a menudo; eso era, claro, antes de que se acostara con esa zorra y destrozara nuestra familia.

—Una mesa para dos, por favor —dije al camarero.

Nos acomodaron en una esquina del restaurante y nos dieron la carta.

—Gracias.

Me volví hacia Shannen cuando el camarero se retiró para darnos tiempo para mirar el menú.

—Pide lo que te apetezca.

Ella sonrió y examinó el menú.

—Creo que yo voy a pedir el *tikka masala*. ¿Ya sabes lo que quieres? —pregunté.

—Lo mismo, por favor —dijo ella.

Cerré los ojos. «Eres perfecta para mí, Shannen.»

—Y... ¿cuánto tiempo llevas trabajando de contable?

—¡Ah!... —exclamé, agradablemente sorprendido por su pregunta personal —, pues ya hace unos cinco años, creo. ¿Qué hacías tú antes del incidente con tu familia?

—Trabajaba en el mismo restaurante que mi madre. Mi padre perdió el trabajo y necesitábamos dinero, así que tuve que dejar la universidad. —Frunció el ceño—. Él siempre necesitaba más dinero.

¿Qué habría querido decir? Su padre no parecía un hombre demasiado decente. Un hombre debe cuidar de su familia, no al revés. Controlé las ganas de saber más, porque no quería que se cerrara de nuevo. Ella necesitaba tiempo, y nos sobraba.

La conversación fluía de forma natural, con pequeños intervalos de silencio. En ese momento, supe que había tomado la decisión correcta: Shannen no iba a volver al albergue. Había perdido la cuenta de las veces que me había hecho reír (y llevaba años sin hacerlo). Shannen era mi futuro, mi única oportunidad. Debía aprovechar el trayecto de vuelta para convencerla de que yo era la persona adecuada para cuidarla. Podíamos conseguir que lo nuestro funcionara; la haría tan feliz como ella me hacía a mí. Consagraría mi vida a ello.

Abrí la puerta del restaurante y la dejé pasar. Nuestros brazos se rozaron, y se me escapó un suspiro al notar la química que había entre nosotros. Conectábamos, conectábamos de verdad.

—Gracias por la cena, Colin —murmuró ella.

Un suave rubor apareció en sus perfectas y definidas mejillas.

—De nada. Ha sido un placer.

Sí, desde luego, era todo un placer. Hasta ese instante, no sabía lo increíblemente bien que me sentía haciendo algo tan normal como llevar a la chica que me gustaba a cenar. ¿Cuántas citas me había perdido todos esos años? Nunca había vivido algo así, pero estaba desesperado por que saliera bien y por que Shannen diera una oportunidad a lo nuestro.

De vuelta al coche, no se me ocurría nada que decirle. El corazón me latía a toda pastilla y la ansiedad me hacía sentir mareado. ¿Cómo iba a reaccionar cuando la llevara a casa? Para llegar al albergue había que pasar por mi calle, de modo que iríamos a casa sin levantar sospechas.

—Tienes frío —dije, y encendí la calefacción.

Se frotó las manos.

—Gracias. Por todo.

—De nada. He pasado una velada encantadora.

Una tímida sonrisa asomó a sus labios.

—Yo también.

Conduje más despacio de lo normal y procuré centrarme en la conversación con Shannen sobre sus estudios, para calmar mis nervios. Mi casa estaba cerca; ya podía ver las tejas rojas del tejado sobre la colina. «Ha llegado el momento. Ahora o nunca.» Reduje la velocidad algo bruscamente, aparqué delante de la puerta y apagué el motor.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó ella, mordiéndose el labio y mirando mi casa por la ventanilla.

Me volví a mirarla y sonreí.

—Vivo aquí, Shannen. Tengo que ir al lavabo antes de llevarte de vuelta. Entra un minuto.

La observé examinar mi puerta delantera. Vacilaba.

—No tardaré mucho.

Un segundo después, se decidió y asintió, mientras yo abría la puerta. Confiaba en mí: me había ganado su confianza.

—Qué casa más bonita —dijo, cuando entramos.

—Gracias.

Me alegré de que se lo pareciera. Lo que más deseaba era que se sintiera como en casa. Le dejaría redecorar lo que no le gustara. Tal vez pudiéramos hacerlo juntos: decorar la casa a nuestro estilo y convertirla en nuestro hogar.

—Te llevaré a la sala de estar para que puedas sentarte...

Tomó asiento en el sofá verde y no pude evitar sentarme a su lado. Me encantaba que estuviéramos allí los dos juntos, en nuestra sala de estar.

—¿No tenías que ir al lavabo? —me preguntó, con una sonrisa.

—Shannen, debo confesarte... La verdad es que no. Siento haberte mentido, pero necesitaba traerte aquí para que pudiéramos hablar. Te he traído a casa.

Abrió los ojos aterrorizada y se levantó, con la respiración entrecortada.

Me puse de pie de un salto y la cogí de un brazo antes de que pudiera echar a correr.

—Déjame que te lo explique, por favor.

—¡No, apártate de mí! —gritó ella, esforzándose por soltarse.

Su melena se movía de un lado a otro, y me dio en la cara cuando intentaba huir.

—Por favor, suéltame.

—Tienes que calmarte —le exigí.

—Suéltame.

Volvió a retorcerse y me golpeó en el pecho con el puño que tenía libre, pero no me hizo ningún daño, apenas tenía fuerza; de todos modos, me hizo enfadar. Yo solo intentaba ayudarla, ¿cómo se atrevía a tratarme así? Apreté la mandíbula, le agarré la otra mano y la estampé contra la pared. Lo único que podía oír era el ritmo de los latidos de mi corazón en los oídos. No quería hacerle daño, pero no me dejaba otra opción. Los gritos desgarradores de Shannen parecían música de fondo. Su clamorosa falta de respeto me volvía loco. Sabía lo que haría Madre y casi podía oírla ladrar su orden: «Mátala».

—Por favor, por favor, no.

Detestaba las súplicas. A Madre no le gustaba suplicar. Era algo propio de los débiles.

«Mátala. Hazlo ahora.»

Tenía a Shannen inmovilizada, con una mano le sujetaba la dos suyas y con la otra le tapaba la boca. Sus ojos parecían estar a punto de salirse de las órbitas. Yo luchaba por controlarme. Sentía el impulso de matarla y tenía el cuchillo en el bolsillo, pero también la amaba. Yo la quería, y Madre esperaba que la matara. Shannen gemía contra la palma de mi mano. Cerré los ojos y me concentré en mi respiración. «Cuando lo entienda, será todo lo que quiero que sea. No es mala. No actúa de mala fe.»

Lentamente, abrí los ojos. Cuando vi su expresión de terror y su cara manchada de lágrimas me di cuenta de lo vulnerable que era. Shannen estaba asustada y no sabía lo que le ofrecía o lo que sentía. Me invadió una sensación de calidez.

—Todo va a salir bien —le susurré—. Necesito que confíes en mí. Lo único que quiero es cuidarte. Ahora este es tu hogar, dulce Shannen.

Bajé la mano y le acaricié una mejilla, mientras la miraba a los ojos. «Por favor, créeme.»

Ella tragó saliva.

—Te creo. Sé que cuidarás de mí, Colin, pero no puedo quedarme aquí contigo.

La decepción se hizo evidente en mi rostro. ¿Acaso no había oído lo que acababa de decirle? Estaba en casa. No iba a estar mejor en ningún otro sitio.

—Lo siento, no puedo hacer esto. Ahora tengo que irme.

Se alejó un poco de mí, y me entró el pánico. No podía permitir que me abandonara.

Apenas había dado dos pasos, cuando la agarré por detrás y le tapé la boca con una mano. Sus gritos amortiguados me estaban destrozando, y me di cuenta de que mi plan era imposible de llevar a cabo, al menos por el momento. La empujé a la sala de estar y la arrinconé.

—¡No intentes ninguna tontería! —exclamé.

Y aparté la estantería. Ella permaneció inmóvil, petrificada, mientras yo abría la puerta de la habitación de las chicas. Tiré de ella agarrándola por el brazo y la arrastré escalera abajo.

—¡No! —gritó, una vez que se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Ese tampoco era el desenlace que yo había deseado; sentía un peso en el corazón y me afloraban lágrimas en los ojos al pensar en la vida que tanto había deseado construir con ella. Pero no tenía otra opción. No podía perderla, y esa era la única manera de que se quedara conmigo.

Poppy, Violet y Lily se levantaron del sofá, y el movimiento sobresaltó a Shannen. Gritó, no pudo mantenerse en pie y se derrumbó en el suelo.

—Explícaselo todo, Lily —le ordené, antes de volver a subir la escalera.

«¡No! No, no, no.» Cerré la puerta y eché el cerrojo, antes de apoyarme en la pared y dejarme caer al suelo. Me agarré el pelo con fuerza, sin dejar de llorar de dolor. Ojalá hubiera podido tenerla a mi lado de otro modo, pero ahora, al menos, era mi Rose.

Clover

Lunes, 17 de enero (presente)

Miré el reloj de mi escritorio y, en cuanto dieron las cinco, apagué el ordenador y recogí mi maletín. Necesitaba marcharme de inmediato. Mis chicas no tendrían la cena lista hasta al cabo de dos horas, a petición mía, así que tenía tiempo.

Conduje los treinta minutos que había hasta la ciudad con el corazón en la boca y sin dejar de dar golpecitos en el volante. Ya había oscurecido, pero el albergue estaba justo a las afueras. En cualquier caso, no debería tardar.

Habían pasado casi seis meses desde que dejamos de ser una familia completa. El período más largo hasta el momento. Me sentía angustiado. Había mucho tráfico, así que me desvié antes de que empeorara demasiado al llegar al centro de la ciudad. La carretera sinuosa conducía a una pequeña estación de tren cercana al albergue. Aparqué entre el albergue y un bloque de pisos abandonados.

«Vamos, Violet.»

Tenía que estar a punto de aparecer. Hacía mucho que la esperaba. Me recosté en el asiento, miré por todas las ventanillas y comprobé los espejos. La luz naranja del salpicadero iluminaba el reloj: eran las 18.13. Solo podía quedarme cinco o diez minutos más. Mi pulso se aceleró ante la expectación. Deseaba que apareciera. La necesitaba. A las 18.22, justo cuando estaba a punto de rendirme, por fin la vi. Su pelo era tan oscuro como la noche y le llegaba hasta la mitad de la espalda. «Violet.» Me dejaba sin respiración. Era ella. Empezó a caminar hacia donde yo estaba y volvió a colocarse la mochila sobre el hombro.

Abrí la puerta y se sobresaltó.

—Lo siento. No pretendía asustarte —dije, levantando las manos para demostrarle que no era mi intención hacerle ningún daño.

Ella dijo que no con la cabeza.

—No pasa nada. Es que no estaba prestando atención. —Sonrió brevemente y volvió a colocarse la mochila sobre el hombro—. Ha sido culpa mía.

—¿Quieres que te lleve a alguna parte?

—Pues... —Se mostró dubitativa—. No, creo que no hará falta, pero gracias.

Apreté los labios.

«Intento salvarte.»

—Verás, en realidad, me harías un favor. Acabo de bajar del tren y no creo que sepa orientarme hasta la ciudad en la oscuridad.

—¿No eres de por aquí?

Meneé la cabeza.

—No. Tenía una reunión de trabajo, así que decidí aparcar aquí y hacer el resto del viaje en tren. Parecía una buena idea, pero ahora me doy cuenta de que no sé volver a la ciudad. ¿Tú adónde vas?

—No lo sé. A la ciudad, supongo.

—¿Y la conoces bien?

Ella asintió.

—Sí.

—Genial, ¿quieres que te lleve entonces? Puedes darme indicaciones para que te acerque a donde necesites, y después orientarme.

—Vale, de acuerdo —respondió, con una sonrisa—. Gracias.

Me metí de nuevo en el coche, y ella se acomodó en el asiento del pasajero. Arranqué de inmediato.

—¿Dónde te quedas? —me preguntó ella.

—No muy lejos, pronto estaremos en casa. —Eché el seguro—. Violet.

Ella se rio y negó con la cabeza. ¿Acaso se estaba riendo de mí? ¿Le parecía divertida la situación? Fruncí el ceño. ¿Cómo se le ocurría? Ya estaba harto de andarme con cuidado. Las primeras reacciones de las chicas siempre eran las mismas, así que el modo de salvarlas era lo de menos: ir directamente al grano me ahorra dolores de cabeza.

—Tienes que girar a la izquierda en el semáforo, así podrás llegar a la carretera de circunvalación de la ciudad.

—Violet, nos vamos a casa.

Con el rabillo del ojo, vi que su rostro se desencajaba.

—¿Cómo?

—Por favor, no te preocupes. Yo me ocuparé de ti.

—¿Esto es algún tipo de coña?

—Por supuesto que no.

El terror se hizo patente en sus ojos cuando, por fin, entendió que lo que estaba pasando no era una broma.

—Y te he dicho que no te preocupes, Violet.

Ella volvió a negar con la cabeza.

—¿Qué chorradas de mierda estás diciendo? Yo no soy Violet. Te has equivocado de persona.

Suspiré y apreté los dientes por la colorida elección de sus palabras. No obstante, cuando asimiló lo que estaba ocurriendo, se echó a llorar.

—Por favor, deja que me vaya. No soy quien tú crees. No soy esa tal Violet. Me llamo Layal.

—Sé quién eres —dije.

—No, no lo sabes. ¡Deja que me vaya! —gritó ella, tirando en vano de la manilla de la puerta.

—No te atrevas a ser tan poco respetuosa. Te estoy salvando.

La expresión de su rostro se crispó.

—Guarda silencio y todo irá bien. Tranquilízate.

Se encogió contra la puerta del pasajero y siguió agarrando la manilla de la puerta hasta que se le pusieron los nudillos blancos. Yo mismo no pude evitar agarrar con más fuerza el volante. No dejaba de llorar muy fuerte y de una forma nada atractiva; en un intento de ignorar sus patéticos lloros, apreté de nuevo los dientes.

—Por... ¿por qué haces esto? —murmuró ella, tartamudeando.

—Violet, te estoy salvando —repetí.

«¿Por qué te cuesta tanto entenderlo? ¡Mira lo patética que es tu vida!»

Guardó silencio el resto del viaje. Sus lloros se redujeron a algún hipo ocasional, y miraba hacia delante, como perdida. Al fin comprendió lo que estaba haciendo. Sonreí. El estrés y la ansiedad desaparecieron de mi cuerpo.

—Ya no queda mucho —dije, cuando giramos hacia la carretera que llevaba a mi casa—. Las chicas estarán contentas de verte.

Se tapó la boca con ambas manos, para sofocar un grito.

—¿Quiénes?

Sonreí.

—Las chicas. Te caerán muy bien. Ya hemos llegado —dije, deteniéndome delante del garaje—. ¿Estás lista para conocerlas?

—No. Mira, si dejas que me vaya, te prometo que no diré nada. No avisaré a la policía. Te lo juro. Por favor, deja que me marche.

—Violet, te pido que confíes en mí y en lo que intento hacer. Las chicas te lo explicarán todo. —Apagué el motor y me desabroché el cinturón—. Bien, entremos.

Desbloqueé las puertas del coche y abrí la de mi lado. Violet salió de un salto y rodeó corriendo el vehículo, en dirección a la carretera.

—¡Auxilio! —gritó—. ¡Que alguien me ayude!

Me abalancé sobre ella y pude agarrarla del abrigo.

—¡No, suéltame! ¡Déjame en paz, pervertido! —gritaba en un tono de voz tan agudo que me perforaba los oídos.

La atraje contra mi pecho y le tapé la boca con la mano.

—Quédate calladita, Violet —le gruñí al oído.

El estrés me superaba, y era como un volcán a punto de entrar en erupción. Me estaba empujando al borde del colapso. La arrastré hacia la casa y abrí la puerta.

—Ya basta —le susurré.

Pero ella siguió gimoteando.

—Ya casi hemos llegado.

La conduje a empujones por la casa.

—Ahora voy a mover la estantería. ¿Te vas a quedar ahí quietecita o tengo que atarte?

Ella tragó saliva y me miró con los ojos muy abiertos.

—Me quedaré quieta —susurró con voz ronca.

Sonreí.

—De acuerdo.

Cuando la solté, dio un paso hacia atrás y se detuvo. Aparté la estantería y abrí el cerrojo de la habitación de las chicas.

—Adelante, pasa —dije, invitándola a entrar.

Pero se quedó petrificada en el sitio, mirando la puerta.

—Violet, te he dicho que vengas.

—Pero... —susurró ella.

Con un suspiro de frustración, la agarré de la muñeca. ¿Por qué no podía hacer lo que se le ordenaba?

—¡No! —gritó, retorciéndose para intentar soltarse de mí—. No, por favor, no.

La sujeté con fuerza por ambos brazos y la empujé escalera abajo conmigo. Para ser tan delgada, era sorprendentemente fuerte. Rose, Poppy y Lily estaban de pie, a la espera.

—Buenas tardes, Flores —dije.

Violet se puso muy tensa y plantó ambos pies en el suelo.

—Por favor, dad la bienvenida a Violet y ayudadla a instalarse. Volveré enseguida para la cena.

La solté y subí por la escalera. Necesitaba limpiarme.

Regresé a la habitación de las chicas después de ducharme y cogí la lana que Rose me había pedido. En la habitación flotaba el agradable aroma a pastel de carne recién hecho. Ese olor me devolvía a la niñez, a antes de cumplir los seis años, cuando Madre preparaba unas comidas caseras increíbles. Por supuesto, todo eso cambió en cuanto sorprendimos a papá con esa zorra. Sentarme a la mesa con una familia, a disfrutar de las comidas sustanciosas que Madre preparaba era una de las cosas que más echaba de menos.

—Buenas noches, Flores —dije, deteniéndome al final de la escalera.

—Buenas noches —contestaron al unísono.

Violet estaba sentada en el sofá, con la mirada clavada en el suelo, como una estatua.

Fruncí el ceño.

—¿Violet está bien? —pregunté a Rose.

Se suponía que tenía que ayudarla a acomodarse. Rose asintió.

—Lo estará. Solo tiene que acostumbrarse a la nueva situación.

Sonreí. Por supuesto. El período de adaptación.

—Entonces..., ¿cenamos?

—Cuando quieras —respondió, con una sonrisa—. Violet, ven a sentarte a la mesa. La cena está lista.

Lily la ayudó a levantarse y la condujo a su asiento. Sentí un orgullo enorme. Lily era perfecta: se había convertido en todo lo que soñaba. En algún momento, entre mi preocupación por encontrar a Violet y la búsqueda a nivel nacional de Summer, se me había pasado por alto su florecimiento. No había sabido verlo, y la culpa me abrumó.

—Come, Violet —dije.

Todos habíamos casi acabado, pero ella apenas había tocado su plato.

Lily levantó la mirada.

—Me parece que no tiene hambre. Podemos guardarle la cena para más tarde.

Violet debía de llevar un tiempo sin comer bien y estaba delgada. Probablemente la ropa le quedaría igual de grande que a Lily.

—Al fin y al cabo, es su primera noche aquí —añadió Lily.

—¿Te asegurarás de que coma algo más tarde?

—Sí.

Asentí, satisfecho, y volví a centrarme en mi propia cena.

—Ah, te he dejado la lana al pie de la escalera.

Rose sonrió.

—Gracias. Cuando acabemos, la guardaré.

Acabé y esperé a las chicas. «Todo irá bien. Tengo el control.» Rose y Poppy se levantaron para recoger la mesa y detuve a Lily cuando se disponía a ayudar.

—Ven, Lily.

Me había demostrado que era la persona cariñosa y considerada que quería, y ahora había llegado mi turno de demostrarle cuánto significaba ella para mí. Lily apareció en la puerta. Estaba tan tensa que apenas respiraba y me miraba como un cervatillo asustado.

—No pasa nada. No te pongas nerviosa.

Cerré la puerta detrás de nosotros.

—Por favor, relájate. No voy a hacerte daño. Ahora todo será perfecto, ¿lo ves?

La conduje a la cama, y ella se sentó, muy rígida, en el borde.

—¿Te has duchado esta mañana?

Ella asintió, y yo sonreí, mientras le acariciaba su larga melena rubia.

—Buena chica.

Pestañeó rápidamente y las lágrimas afloraron en sus ojos.

—Chist... —murmuré, al tiempo que me desabrochaba la camisa—. No tengas miedo. Te quiero, Lily.

Summer

Martes, 18 de enero (presente)

No podía moverme. El cuerpo me temblaba tanto que me dolía y me sentía completamente entumecida. Ya nada parecía real. Y tampoco quería que lo fuera. Estaba envuelta en la sábana, me agarraba a ella como si fuera un salvavidas. Olía a él. No había nada que quisiera más que librarme de ese olor, pero mi maldito cuerpo traicionero no se movía.

Una voz lejana se coló en la habitación, y levanté la cabeza.

—Lily. Lily, tranquila, ya ha pasado —dijo Poppy con delicadeza—. Tranquila.

Abrí la boca para hablar, pero no logré decir nada, solo salió un quejido del fondo de mi garganta.

—No te preocupes, no pasa nada.

«¡Joder, claro que pasa, y claro que me preocupo!»

—¿Quieres que te ayude a llegar al baño?

Como un zombi, asentí, y Poppy me ayudó a levantarme.

No recuerdo cómo llegamos al baño. Me sentía como sumergida en el agua, el suelo parecía inestable y todo flotaba a mi alrededor. No conseguía creer que eso me hubiera pasado a mí. Sabía que había pasado, pero no parecía real.

De pie, en el baño, aún con los calcetines puestos, me envolví con la sábana todavía con más fuerza y me quedé mirando el suelo. «¿Por qué no siento nada?» Ni siquiera conseguía llorar. Debería estar llorando. Poppy abrió el agua de la ducha y dejó una toalla limpia en el lavamanos.

—Llámame si me necesitas, ¿vale? —dijo, y salió, cerrando la puerta tras ella.

Deshacerme de la sábana no debería resultar difícil, pero no podía hacerlo. Era la única cosa que me cubría, protegía, no podía soltar la maldita sábana. Respiré hondo y me di ánimos mentalmente: «Puedes hacerlo. Suelta la sábana y podrás librarte de su olor». Haciendo acopio de las pocas fuerzas que me quedaban, la solté y dejé que cayera al suelo. Me metí en la ducha, ansiosa por

dejar de oler a su loción para después del afeitado. El agua caliente corrió por todo mi cuerpo, llevándose la huella de Clover con ella. ¿Por qué no me había resistido? Yo no quería que pasara, pero tampoco hice nada para impedirlo. ¿Había valido la pena no resistirse para salvar mi vida? No. Saber que no había hecho nada me hacía sentir sucia, repulsiva y despreciable. Si me hubiera resistido, al menos habría muerto sabiendo que no había permitido que eso ocurriera. Pero ahora era demasiado tarde. No podía hacer retroceder el tiempo y cambiarlo todo. Ahora tendría que vivir con lo que había pasado. Se me escapó un sollozo.

El miedo me había paralizado y le había dejado hacer. Las piernas se me convirtieron en gelatina. Me derrumbé en el suelo y me eché a llorar. Cogí la esponja y me froté frenéticamente la piel hasta que se me puso muy roja. Me sentía sucia, y por mucho que frotara, eso no cambiaría. Cuando tuve la piel demasiado irritada y me encogía de dolor con cada roce, dejé caer la esponja, me levanté y cerré el agua. Lloré mientras me envolvía con la toalla y me encogí de dolor cuando el algodón me rozó la piel enrojecida y herida. Mi cuerpo temblaba por la conmoción, y, aunque me había dado una ducha caliente, tenía frío, un frío polar.

Cada vez que cerraba los ojos, veía su cara cerniéndose sobre mí. Su forma de mirarme (con amor, según su mente enfermiza) me parecía repugnante. Empecé a sentir arcadas y me tapé la boca con la mano. Fui corriendo al inodoro, y llegué justo a tiempo para arrodillarme y echar todo lo que tenía en el estómago.

—¡Lily! —gritó Poppy desde el otro lado de la puerta; me hablaba con dulzura, como si fuera una niña.

Cogí la toalla y me envolví en ella con más fuerza. Me sentí muy ansiosa. No quería que me viera nadie más.

—¿Puedo entrar?

Cuando intenté hablar, solo un leve quejido salió de mi boca. Me senté en el inodoro y me agarré con fuerza la toalla.

Poppy abrió la puerta y me miró. Yo giré la cara, porque no quería ver la pena en sus ojos. Se arrodilló delante de mí y me dijo:

—Lo que te voy a preguntar te va a sonar muy estúpido, pero ¿estás bien?
—preguntó.

Negué con la cabeza y crucé los brazos sobre el pecho para reconfortarme. Tenía razón, era una pregunta estúpida.

—Lo siento, sé que no es un gran consuelo, pero nunca dura mucho, te lo prometo.

Por supuesto que no era un consuelo. La duración no importaba; no lo quería cerca de mí ni un segundo.

—Chist, lo sé. No hace falta que digas nada.

Poppy me secó las lágrimas de la cara. Ni siquiera tenía la energía para alejarla de mí.

—Vamos. Deja que te acompañe al dormitorio. Te vendrá bien dormir.

Me quedé junto a la cama y dejé que Poppy me pusiera un pijama. Era como si hubiera olvidado cómo se hacía todo. Ella me ayudó a acostarme y me arropó. Me sentía como su hija.

Violet ya estaba dormida, y deseé estarlo yo también.

Ojalá pudiera hablar con Lewis, aunque solo fuera un segundo, para oír su voz. Apreté la cara contra la almohada y lloré en silencio. La cama se estremecía con mis sollozos. Aún lo notaba encima de mí. Por mareada que estuviese, ni siquiera podía levantarme y vomitar. Tenía las piernas entumecidas, pero solo quería hacerme un ovillo y dormir.

Con los ojos cerrados, me imaginé la cara de Lewis, su sonrisa, sus carcajadas y la forma en que pronunciaba mi nombre. Aún lo oía perfectamente en mi cabeza. «Sum.» Era demasiado perezoso para decir mi nombre completo la mayor parte del tiempo, pero, incluso entonces, sentía mariposas en el estómago cada vez que lo decía y se le iluminaban los ojos, como si el mero hecho de pronunciar mi nombre lo hiciera feliz.

Cuando estaba con Lewis, estaba en una nube. Él me hacía sentir especial, como si fuera la única chica del mundo entero. Era cuidadoso y gentil. Y nada más importaba. Me sentía segura y amada. Lloré aún más fuerte al recordar lo increíblemente bien que me sentía con él. Nunca volvería a disfrutar de eso. Ahora todo era repulsivo y sucio. Yo era repulsiva y sucia, y Lewis nunca volvería a mirarme igual. ¿Cómo iba a hacerlo?

Enterré la cabeza en la almohada empapada y volví a cerrar los ojos con fuerza. Solo quería dormirme y olvidarme de todo. Ahora él ya no podía arrebatarme nada. ¿Qué importaba lo que me hiciera? Me hice un ovillo y me sujeté las piernas. Lloré hasta que me quedé sin lágrimas y noté que la garganta

me quemaba. Al final, estaba tan exhausta que me quedé dormida. Lo único que impedía que me desmoronara era saber que esa no había sido mi primera vez, que eso no había podido robármelo también.

Sábado, 2 de mayo (2009)

Lewis parecía nervioso. No dejaba de morderse el interior de la mejilla. «¿Por qué está nervioso?» A mí el corazón me latía a mil por hora, y, claro, pensé que me iba a desmayar. Él se sentó en mi cama y me rodeó con el brazo. Teníamos la casa para nosotros solos porque mis padres habían salido a celebrar su aniversario, y Henry tenía una cita con una chica rara que se reía de todas sus chorradas.

Esa noche, Lewis y yo haríamos el amor por primera vez. Además, también sería mi primera vez en general; estaba tan nerviosa que me dolía el estómago. ¿Y si algo salía mal? Para mí era un salto sin red, y él lo único que decía era que todo iría bien. Al parecer, yo no podía estropearlo. Y no quería sacarlo de su error.

—¿Estás bien? —pregunté.

Aún no sabía por qué estaba asustado. ¡Él ya lo había hecho antes!

—Sí —asintió, y se secó la mano en los pantalones—. ¿Y tú?

—Estoy bien —susurré.

Estaba lista y desde hacía ya un tiempo, pero todo el mundo me había dicho que la primera vez dolía, así que estaba asustada. ¿Cuánto me iba a doler exactamente?

Hablamos unas cuantas veces sobre cuándo hacerlo, y yo no quería que fuera algo rápido antes de que mis padres volvieran a casa del trabajo, o en el asiento trasero de un coche, así que lo planeamos para esa noche. ¿Debía esperar a que él diera el primer paso? Lo miré, batiendo los párpados. ¿Y si había cambiado de opinión? Me reí para mis adentros. ¿Qué chico de diecisiete años cambia de opinión sobre el sexo?

—Estás nervioso —dije, sonrojándome.

Él asintió.

—Un poco.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—¿Lewis?

—No sé, esta vez es diferente. Y tú eres virgen.

«¡Vaya, lo siento!» Fruncí el ceño e hice que se riera.

—No lo digo como algo malo, Sum.

—Ya lo sé —contesté, entornando los ojos.

—¿Preferirías esperar?

—No —susurré—. ¿Y tú?

Me respondió mirándome con una sonrisa divertida.

—Vale, me tomaré eso como un no —murmuré con sarcasmo.

Bajó la cabeza y me besó, un beso suave y a la vez intenso. La habitación empezó a dar vueltas. Me sentía mareada.

—Estoy lista —murmuré contra sus labios.

Él gimió y entrelazó los dedos en mi pelo.

—Espera, ¿no tendría que esparcir rosas por tu cama o hacer algo cursi por el estilo?

—Sí, porque todas las chicas quieren que se les clave una espina en el culo durante su primera vez. Tranquilo, no necesito cursilerías para que sea especial.

De repente, sus labios estaban sobre los míos. Tras un segundo, lo besé y caímos en el colchón. Mi ropa iba desapareciendo sin que yo me diera cuenta. Desde luego, el chico sabía lo que hacía. Yo, en cambio, me sentía estúpida, porque no sabía qué hacer. Cuando Lewis me penetró, lo hizo con mucho mucho cuidado, pero aun así me dolió. Cerré los ojos y me agarré a su espalda. Adoraba cómo me hacía sentir: en ese instante éramos como una sola persona, pero no podía ignorar el dolor. Me mordí el labio, y él se quedó quieto.

—¿Quieres parar?

—¡No! —Me sonrojé por lo desesperada que había sonado, pero era cierto. No quería que parara, sino superar la parte del dolor—. Me gusta estar tan cerca de ti y, además, estaré bien en pocos minutos.

«O eso espero. Más vale que Kerri tenga razón.» Me besó de nuevo, y yo ya estaba demasiado enredada en él para pensar en el dolor, que iba desapareciendo poco a poco. Era perfecto, incluso sin velas ni rosas.

Me acurruqué a su lado y apoyé la cabeza en su pecho.

—¿Estás bien? ¿Te duele todavía? No, ¿verdad? Puedo traerte algo —murmuró, mientras dibujaba garabatos con los dedos en mi espalda.

—Lewis, relájate, estoy bien.

—Has dicho que te ha dolido.

—Y así es, pero creo que sobreviviré.

Puse los ojos en blanco.

—Entonces, ¿te duele, pero no quieres tomar nada, porque no es un dolor insoportable? —Negó, incrédulo, con la cabeza y me miró con una sonrisa—. Creo que tu terquedad ha alcanzado nuevos límites.

—O... también podrías pensar que sé lo que me hago. Además es un dolor por algo bueno, y ya no me duele tanto...

—Mira que eres rarita —dijo en tono burlón, antes de darme un beso en la frente.

Me reí.

—Sí, yo también te quiero —le dije.

Summer

Jueves, 20 de enero (presente)

Poppy me despertó por la mañana, acariciándome el pelo y susurrándome:

—Lily.

«¡Summer, Summer, Summer, Summer, Summer!» Cerré con más fuerza los ojos y se me escapó una lágrima que cayó sobre la almohada. Me eché la colcha por encima y apreté la cara contra la almohada. «Déjame en paz.»

—Lily, tranquila. No llores. Ya se ha ido —dijo Poppy.

La oí dejar algo en la mesilla de noche. Levanté la cabeza y vi una taza de té caliente y una tostada en un plato. ¿Podía comer ahí? ¿Y él se había marchado?

—¿Cómo? —pregunté, parpadeando con rapidez para limpiarme las lágrimas de los ojos.

Nunca comíamos en el dormitorio.

—Ya ha bajado a desayunar. Le hemos dicho que no te encontrabas bien y que necesitabas dormir un poco más. Intenta comer algo, ¿vale?

Asentí con la cabeza. A pesar de la repulsión que sentía, el estómago me gruñó, pidiendo comida.

—Te dejo tranquila. Llámame si necesitas cualquier cosa.

Salió de la habitación y cerró la puerta. Procuré controlar el pánico al pensar en que se fuera. Quería estar sola, pero no me sentía segura. Ninguna de nosotras lo estaba ahí abajo. Aunque sabía que Clover no podía materializarse por arte de magia delante de mí, no me podía sacar el miedo del cuerpo. Al fin y al cabo, tenía el control absoluto de nuestras vidas.

Me senté, apoyada en la pared, y me tapé con la colcha para sentirme protegida.

La taza de té humeante tenía un aspecto tentador: la cogí y le di un sorbo. Después de unos cuantos tragos, empecé a sentirme un poco más humana. Ahora bien, mi abuela se equivocaba: una taza de té no podía arreglarlo todo. Simplemente era algo normal y ese tipo de cosas escaseaban ahí abajo.

El día de ayer parecía una pesadilla. ¿Había pasado de verdad? A veces pensaba tanto en algo que dejaba de parecer real. O puede que cuando un suceso es demasiado traumático, cueste aceptar que sea real. Sabía que debía mantenerme ocupada para distraer mi mente de lo que había ocurrido, pero estaba agotada. Sentía que ya no tenía nada en mi interior. Summer se desvanecía, y solo podía aferrarme a esa adolescente terca y despreocupada con las yemas de los dedos. No quería dejarla marchar. No podía ser Lily.

Se me puso la piel de gallina, y un escalofrío de repulsión me recorrió todo el cuerpo. Salté de la cama y cogí mi ropa y una toalla.

—Me voy a duchar —murmuré de camino al baño.

—De acuerdo —dijo Rose, levantando la mirada del libro.

Abrí el agua de la ducha y me senté en el suelo, mientras esperaba a que el vapor me indicara que estaba lo bastante caliente. ¿Volvería alguna vez a sentirme limpia? «No pienses más..., Summer.» Me quité la ropa y me metí en la ducha. El agua me quemaba al tocarme la piel, y ahogué un grito. Apreté los dientes y me pegué a la pared, donde clavé mis cortas uñas. El agua estaba ardiendo, y al caer sobre mí, era como si me picara un enjambre de abejas, pero aun así no me moví.

Cuando la piel se me irritó y se puso roja, salí y me envolví con una toalla. Todo mi cuerpo estaba dolorido. El roce del suave tejido en la piel delicada me dolió tanto que se me escapó una lágrima. El espejo que había en la pared junto a la ducha se había empañado por el vapor y, por suerte, no me pude ver reflejada. Solía pensar que estaban locas por ducharse dos veces al día, pero quizá lo hacían porque allí abajo era imposible sentirse limpia.

Las únicas prendas de ropa que me iban bien eran un par de pantalones de algodón blanco y una camiseta fina de manga larga verde. Me cepillé el pelo, de la raíz a las puntas, mientras contaba hasta cien. Mi madre solía decirme que me cepillara el pelo cien veces cuando era pequeña. Yo actuaba como si fuera un juego, gritando los números hasta que llegaba al cien. En ese momento hice lo mismo y fui contando mentalmente. Quería volver a cuando era pequeña y me peinaba el pelo en el regazo de papá.

—Lily, ¿estás bien? —preguntó Rose, en cuanto salí del baño.

Le respondí asintiendo con la cabeza, aunque no podía encontrarme peor.

Poppy fue a sentarse en el sofá, al mismo tiempo que Rose se levantaba. Decidí ir al sofá con Poppy. Tenía la impresión de que se callaba algunas cosas delante de Rose, aunque no estaba segura de si lo hacía porque no confiaba en ella o porque no quería molestarla.

—Ya mejorará, te lo prometo. No siempre te sentirás así.

—¿Ah, no?

—No. Se vuelve... soportable. Yo también lo odio, Lily. Solo necesitas encontrar algo en lo que centrarte mientras está ocurriendo.

—Lo intenté.

—Yo pienso en cómo quiero que sea mi vida, y durante esos minutos estoy en un mundo diferente —dijo, sonriendo con cariño al pensar en ello.

—¿Y cómo quieres que sea tu vida?

—Feliz —respondió, sin más—. Me imagino viviendo en una preciosa casita, con las paredes y las ventanas cubiertas de hiedra. El jardín es igual de bello, con flores de muchos colores y una parcela de césped. Mi marido es un hombre fantástico, que trabaja mucho para mantener a la familia, y yo puedo quedarme en casa con nuestros hijos. Imagino cómo serían mis embarazos y mis hijos, las vacaciones en familia y las fiestas en el jardín. Somos felices, ¿sabes? Felices de verdad.

Conseguí esbozar una media sonrisa.

—Suenan muy bien.

Yo antes quería vivir en Londres, en un piso enorme con vistas al Támesis, un buen sueldo y muchas coctelerías. Ahora me conformaría con cualquier cosa, con una caja de cartón, con tal de salir de ese sótano.

—Sé que es una tontería, pero lo único que he querido siempre es una familia y una casita acogedora.

Negué con la cabeza.

—No es ninguna tontería. Todavía puedes conseguirlo.

Solo teníamos que salir de ahí. ¿Sería su fantasía de una vida perfecta suficiente para convencerla de que me ayudara? Entre las dos, podríamos hacerle algo. Y no me cabía ninguna duda de que Violet nos apoyaría.

Poppy suspiró y meneó la cabeza.

—No puedo, Lily. Solo es un sueño. ¿Quieres otra taza de té?

Antes de que me diera tiempo a responder, se acercó a la tetera. Agua hirviendo. Podíamos hacerle mucho daño con agua hirviendo.

—Lily, ¿quieres un terrón más de azúcar?

«¿Por qué iba a quererlo?», fruncí el ceño.

—No, gracias.

Poppy sonrió y preparó el té. Debería estar preparando té para su marido y zumo para sus hijos. Se merecía esa vida. Por primera vez, fui de verdad consciente de que yo no era la única que perdía en esa situación. Puede que Rose

y Poppy no tuvieran familia cuando las raptaron, pero eso no significaba que no soñaran con tener una. Y si no estuvieran en ese sótano, podrían tenerla.

Me habían dejado un té y una tostada justo delante de mí. No estaba segura de si era una nueva, o la vieja de la habitación, aunque tampoco importaba.

—Gracias.

Mordisqueé la tostada, pero se me revolvió el estómago. El sentimiento de repulsión que me embargaba por lo que había pasado la noche anterior me impedía comer nada. La nueva Violet abrió la puerta del dormitorio e hizo un amago de salir. Miraba la sala de estar frenéticamente, de un extremo al otro.

—No pasa nada —susurré.

Vaya, ahora era yo quien daba falsas esperanzas a la chica nueva, como habían hecho Rose y Poppy en su momento. Por fin se decidió a salir y se sentó en un brazo del sofá. Poppy me susurró al oído:

—No ha dicho ni una palabra, no quiere hablar con nosotras ni escucharnos siquiera.

«Probablemente no quiera escuchar lo que tenéis que decirle.» Violet seguía alterada; examinaba la habitación con los ojos muy abiertos. Sentí una opresión en el pecho, al recordar cómo de perdida, confusa y aterrada estaba al llegar allí. Violet necesitaba a alguien que la entendiera y no que, desde el primer día, le dijeran que debía ser fuerte y aguantar.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

Se volvió hacia mí con tanta rapidez que me sobresalté.

—Loyal —contestó, apenas en un susurro.

—Ah, es un nombre poco común.

—Nací en Francia, pero me mudé con mi madre a casa de mis abuelos cuando tenía dos años.

Bueno, eso ya era un avance, al menos había conseguido que hablara conmigo.

—¿Por qué os mudasteis?

Negó con la cabeza y frunció el ceño al verse asaltada por un mal recuerdo.

—Al parecer, mi padre era un maltratador. Aunque yo no me acuerdo de nada.

—Lo siento —dijo Rose.

Loyal se encogió de hombros. «Violet», me recordé a mí misma. No podía permitir que él me pillara llamándola por su verdadero nombre. Quién sabe cómo reaccionaría ese puto psicópata.

Violet me miraba solo a mí, como si ignorara a propósito a Rose y a Poppy.

—¿Qué es lo que quiere de nosotras?

—Una familia perfecta o algo así. Yo no lo entiendo. Y tampoco quiero entender los motivos de ese perverso.

No hice caso de la mala cara de Rose. «La tiene comiendo de su mano.»

Violet puso expresión de disgusto.

—Es un puto psicópata.

Asentí, estaba completamente de acuerdo con ella. «No te haces una idea de hasta qué punto.»

—¿Qué te hizo anoche? —preguntó.

Bajé la mirada al suelo y me puse tensa.

—Te violó, ¿verdad? —murmuró.

«¡No! ¡No, no, no, no, no!» Intenté ignorar el nudo en la garganta, busqué un punto fijo en el suelo y clavé la mirada en él. «No voy a llorar.»

—No permitiré que me lo haga a mí también.

Me hice un ovillo, con las piernas apretadas contra el pecho. Recuerdo que yo había dicho algo similar. Rose se recogió el pelo detrás de las orejas.

—¿Te apetece comer algo, Violet?

—Loyal —la corrigió—. Y no, gracias. ¿Por qué seguimos aquí si somos cuatro contra uno?

Buena pregunta. Por el miedo. Eso era lo que nos detenía a Poppy y a mí de intentar escapar. Aunque el caso de Rose, por supuesto, era distinto.

No había duda de que Violet quería huir, así que quizá pudiéramos trazar un plan que saliera bien. Nosotras dos queríamos escapar desesperadamente, y aunque convencer a Poppy sería una tarea ardua, sabía que podíamos hacerlo. Rose era una causa perdida. Ahora bien, pasara lo que pasara, debíamos asegurarnos de no dejar un cabo suelto y de que Rose no se enterase de nada.

—Podríamos envenenarlo —sugirió Violet.

Negué con la cabeza.

—No te haces idea de la cantidad de cosas que podrían salir mal. Tendríamos que hacerlo de forma gradual, para que no se notara en el sabor o el olor, pero, además, no tendríamos ninguna garantía de que él muriese aquí abajo. Y no quiero morir de hambre.

Podríamos apuñalarlo, pero no había nada puntiagudo en el sótano; o bien, darle un golpe muy fuerte en la cabeza, pero lo único lo bastante consistente eran una sartén, el televisor o una silla, y era imposible que nuestras intenciones pasaran inadvertidas.

—Bueno, ¿y cómo te encontró? —pregunté, en un intento de cambiar de tema, porque Rose estaba cerca, y no quería que supiera lo mucho que había estado pensando en escapar.

—Voy a preparar sopa para comer —anunció Rose, y se marchó bruscamente.

Mientras la observaba, deseé de corazón que fuera capaz de reponerse cuando saliéramos. Seguro que su familia aparecería y la cuidaría después de todo por lo que había pasado. En cuanto la oí sacando cacharros del armario, me volví hacia Violet y susurré:

—Hablabamos cuando estemos a solas.

Dirigió la vista hacia Rose y, a juzgar por su mirada, entendió por qué se lo decía. Ahora más que nunca, estaba decidida a salir de allí. Cuando Rose nos llamó para comer, me esforcé por sentarme a la mesa como si todo fuera normal, aunque en mi interior seguía pensando que vivíamos en una pesadilla delirante.

Me dolía el pecho. Solo quería hacerme un ovillo en una esquina y quedarme allí hasta que nos encontraran.

—Huele bien —la cumplimentó Poppy.

Miré el vapor que se elevaba de mi plato formando espirales en el aire. Mientras lo observaba, antes de que desapareciera, deseé poder salir flotando y desaparecer yo también.

—¿No tienes hambre, Lily? —preguntó Rose.

Solo había tomado unas cucharadas y ni siquiera había tocado el panecillo.

—No.

¿Cómo iba a tener hambre? No había tenido apetito desde que Clover me había encerrado en el sótano y, después de la noche anterior, sentía demasiada repulsión y asco para comer algo más que media tostada.

Rose me retiró el plato.

—Lo guardaremos en el frigorífico para después.

—Tampoco me lo comeré —respondí.

Ella sonrió.

—Bueno, por si acaso.

Rose y Poppy iniciaron una de las limpiezas diarias del baño. Aunque era consciente de que debería ayudarlas ocupándome de la cocina o algo así, no tenía ni la energía ni la motivación para hacerlo. Debía mantenerme con vida para salir de allí y ver a mi familia de nuevo, pero con cada día que pasaba me importaba menos morir.

Violet se volvió hacia mí.

—Han dicho que baja a cenar, ¿verdad?

Asentí.

—Pues lo haremos entonces. Podemos coger algo las dos y golpearlo tan fuerte como podamos —susurró ella.

Abrí los ojos de par en par. Mierda, ¿planeaba hacerlo así sin pensar?

—¿Qué? No, ni de coña. Tenemos que trazar un plan. ¡Darle un golpe sin más no servirá!

Su enfado era evidente.

—Ya tenemos un plan.

No, no era cierto. No podíamos atacarlo sin una estrategia. Muchas cosas podían salir mal, y ya lo habían intentado antes.

—Violet, lo que propones ya lo han intentado. —Negué con la cabeza—. No podemos hacerlo, al menos por ahora.

—Bueno, ¿y qué propones? ¿Que nos quedemos de brazos cruzados? Tenemos que actuar.

—¿Alguna vez has visto a alguien morir asesinado delante de tus narices?

Ella frunció el ceño.

—¿Qué? No, claro que no.

—Bueno, pues yo sí. Por eso digo que ahora no podemos hacer nada.

Me levanté y entré en el dormitorio. Por una vez, limpiar me parecía una buena idea.

La puerta del sótano se abrió puntual, y se me heló la sangre. Cuando Clover bajó la escalera, sonriente y con un ramo de violetas en la mano, pensé que iba a vomitar.

—Buenas noches, Flores —dijo él.

Esas tres palabras tenían el poder de pararme el corazón. Volví a colocarme detrás de la mesa y me agarré a la silla. Egoístamente, estaba agradecida de que Violet estuviera ahora allí, porque así él ocuparía su lugar a la cabeza de la mesa, de modo que se sentaría más lejos de mí.

Violet lo miró con el labio curvado hacia arriba en un gesto de odio y asco. «Por favor, no», le rogué en silencio. Si hacía algo, Clover la mataría. Y esa Violet tenía que vivir.

Miró de reojo el jarrón vacío que estaba en la encimera. Era demasiado frágil y endeble para herirlo de gravedad. No le haría ni un arañazo. Ella me miró y asintió. Yo le indiqué que no con la cabeza.

—Summer —dijo Violet, usando mi antiguo nombre.

«Mierda. ¡No!» Empezó a faltarme el aire y volví a negar con la cabeza. Él no lo había oído. Estaba demasiado ocupado recibiendo atenciones de Rose y Poppy. «No», articulé con la boca, en silencio, pero ella me ignoró. Clover estaba de pie a su lado. «Oh, Dios mío, va a hacerlo.»

Cuando vi a Violet agarrar el jarrón y estampárselo en la cabeza con un movimiento ágil y rápido, me quedé sin aliento. Rose y Poppy también ahogaron un grito al ver que el endeble plástico se rompía en unos pocos trozos que cayeron al suelo. Clover se tambaleó hacia delante, pero recuperó el equilibrio en solo unos pasos.

No había vuelta atrás. Abrí los ojos aterrorizada, mientras él se erguía despacio y se daba la vuelta. Violet estaba paralizada sin saber cómo reaccionar. La fulminó con una mirada fría y cruel. Tragué saliva y las manos me temblaron sin que yo pudiera evitarlo.

Summer

Viernes, 21 de enero (presente)

Clover la abofeteó con fuerza en la mejilla, y el sonido resonó en la habitación. Violet chilló de dolor y se llevó una mano a la cara, mientras caía al suelo con un golpe sordo. No podía seguir viendo lo que estaba pasando y quedarme como un pasmarote, sin hacer nada, como había hecho con la otra chica; y si me mataba por intervenir, pues al menos sería por una causa que valiera la pena. Al fin y al cabo, era muy probable que terminara haciéndolo de todos modos.

Me lancé a coger otro jarrón. No lo mataría, pero ya no se trataba de eso, sino de hacer lo correcto. Apenas había rozado el jarrón con la punta de los dedos, cuando Poppy me agarró del brazo bruscamente y tiró de mí hacia atrás.

—No —me susurró al oído.

Forcejeé con ella, pero me sujetaba con fuerza. «No puedo seguir con esto.» Me fallaron las piernas y me derrumbé en el suelo. Era más de lo que podía soportar. Estaba cansada de forzar una sonrisa y jugar a las casitas.

Violet se enderezó y echó los hombros hacia atrás en un intento de parecer segura y valiente, pero el temblor de sus manos y su mirada delataban el pavor que sentía. Su valentía, no obstante, me dejó asombrada, porque el miedo no le impedía plantarle cara.

Él dio un minúsculo paso adelante, y vi un brillo en su mirada, un destello de pura maldad. En un abrir y cerrar de ojos, se abalanzó sobre Violet y empezó a golpearla y a patearla sin parar. Cada golpe le arrancaba un grito profundo y gutural. Ella se tapó la cara con los brazos y se hizo un ovillo para intentar protegerse.

De nuevo, me quedé observando. Cada vez que era testigo de una escena de violencia semejante, no podía apartar la vista aunque lo intentara con todas mis fuerzas. Además, por muchas veces que se repitiera la escena, no se volvía más sencillo presenciirla. Rose y Poppy seguían encogidas y pegadas la una a la otra, pero parecían haber desarrollado cierta resistencia. No daban la impresión de estar a punto de desmayarse, ni de sufrir una crisis nerviosa.

El sonido de los gritos de Violet me atravesaba y me hacía permanecer clavada al suelo. Intenté respirar, pero no conseguí mantenerme de pie y me caí al suelo. Poppy se agachó a mi lado y me rodeó con los brazos. La iba a matar. Quería ayudarla, pero no podía moverme, y Poppy me sostenía entre los brazos.

Un hilo de sangre corría desde la nariz de Violet hasta su mejilla. Los golpes que le estaba asestando eran brutales, y me estremecía con cada uno de ellos. Sus gritos de dolor me hicieron estallar en sollozos. Clover la levantó agarrándola del pelo. Ella chilló y se abrazó el pecho. Él la miró con desprecio y le dio un puñetazo en la cara. Violet retrocedió tambaleándose, hasta que se golpeó con la pared y cayó al suelo.

Ella se atragantó y escupió saliva manchada de sangre. Clover dio un salto atrás y se limpió la frente, con cara de asco. Cuando vio que tenía sangre en la mano, se quedó lívido, dio media vuelta y corrió escalera arriba. Poppy me soltó en cuanto él cerró la puerta. Me precipité junto a Violet, que yacía en el suelo, inerte y cubierta de sangre. Tenía el pelo apelmazado y rojo, pegado a la cara en mechones.

—Violet —susurró Rose, poniéndole la mano encima del hombro—. Todo saldrá bien. Ahora te vamos a limpiar.

¿Acaso importaba? Él volvería a por ella enseguida.

—Toallas, Lily —exigió Rose.

Me levanté de un saltó y corrí hacia el armario, ansiosa por ayudar como fuera. No tenía ni la menor idea de primeros auxilios, pero sabía que debíamos conseguir que Violet dejara de sangrar lo antes posible. Rose agarró una de las toallas que yo le había llevado y presionó con ella la cabeza de Violet.

—Ocupate del otro lado —me mandó Rose.

¿El otro lado? Pasé por encima de Violet y entendí a qué se refería. Tenía otro corte profundo en la cabeza, casi a la misma altura. No medía más de un centímetro, pero la sangre no paraba de salir.

No pude contenerme más tiempo y me eché a llorar.

—Lo siento, Violet, lo siento mucho —susurré, mientras seguía apretando la toalla con fuerza.

Ella gemía y se estremecía de dolor. No quería causarle más daño, pero sabía que no podía evitarlo.

—Lo siento.

Todas éramos conscientes de que nuestros esfuerzos no servirían de nada, pues, en cuanto él volviera a bajar, la mataría, y eso si ella no moría antes; aun así, no podíamos dejarla desangrarse sin más. Teníamos que intentarlo.

Poppy se arrodilló a mi lado con un cuenco de plástico lleno de agua, bolas de algodón y vendas.

—Deberíamos llevarla a la cama en cuanto acabemos de limpiarla. Aguanta, Violet.

Poppy mojó un algodón en el agua y, con mucha delicadeza, lo pasó alrededor del corte del que se ocupaba Rose.

—¡Aaah! —exclamó Violet—. No, para, me escuece —dijo, boqueando para respirar.

—Ya, ya, lo siento, pero tengo que limpiarte las heridas. Te prometo que no tardaré mucho e iré con todo el cuidado que pueda.

Poppy pasó el algodón por debajo del corte. Cogí a Violet de la mano, y ella me la estrechó con fuerza: me recordó a una mujer dando a luz y estrechando la mano de su pareja. La sangre empapó la toalla con la que presionaba el corte y me manchó los dedos de rojo.

Sentía una presión en el pecho. Me daba muchísimo miedo que muriera. Ella era mi única oportunidad. ¿Estaba mal pensar así? La chica podía tener heridas internas que no veíamos, y los cortes de la cabeza pintaban muy mal. Aún oía el fuerte golpe de su cabeza contra la gruesa pared. ¿Y si le pasaba algo? Si moría, no sabría qué hacer. Debería haber intentado ayudarla. Nunca me había sentido tan impotente como en ese momento, al verle el rostro hinchado y ensangrentado.

Poppy acabó de vendarle un corte y se movió para hacer lo mismo con el que yo estaba atendiendo. Aparté la toalla y se lo limpió. Rose estaba sobre Violet, en una posición muy incómoda, con el vendaje preparado para colocárselo en cuanto Poppy acabara.

—Bien —dijo Rose, una vez que hubimos limpiado y vendado las heridas—. Metámosla en la cama.

Rose y Poppy cogieron el cuerpo de Violet, una por la cabeza y la otra por los pies, mientras yo la aguantaba por la espalda.

Violet lloraba de dolor, y sus quejidos, que resonaban por todo el sótano, me encogían el alma. Ella se sujetaba el pecho y respiraba profundamente. ¿Tendría alguna costilla rota?

—Ya casi estamos —le dije.

Necesitábamos analgésicos. Y si aparte de los cortes de la cabeza, tenía alguna costilla rota, iba a sufrir una agonía. Además, él no nos dejaba tener analgésicos, nos los controlaba y solo nos los daba de dos en dos.

Me adelanté para prepararle la cama. Aparté la colcha, y Rose y Poppy la tumbaron con mucho cuidado. Yo la tapé hasta las caderas, para que la colcha no le rozara las costillas.

—¿Voy a morir? —susurró ella, pues seguía costándole respirar.

Le dije que no con la cabeza y me senté a su lado en la cama.

—No, te vas a poner bien. Nosotras te cuidaremos.

No permitiría que ese cabrón se saliera con la suya. Haría todo lo necesario para asegurarme de que ella estaba bien. De alguna manera tenía que compensar el hecho de no haberla ayudado.

—Intenta dormir un poco.

Si se dormía, no sentiría dolor. Violet cerró los ojos, pero su respiración seguía agitada. No creo que pudiera dormir demasiado, pero, al menos, descansaría un poco. Me sequé las lágrimas e inspiré hondo para tranquilizarme. ¿Qué iba a pasar ahora? Clover bajaría en algún momento. ¿Acaso esperaba encontrarse con un cadáver envuelto en una bolsa negra?

Y, entonces, estuve a punto de soltar un grito al recordar algo:

—Tenemos analgésicos.

Cuando Poppy y Rose fingieron que yo estaba enferma, él me había traído dos pastillas. Corrí hacia mi mesilla de noche, cogí los analgésicos del cajón y volví a su cama a toda prisa.

—¡Violet, tómatelas!

La chica abrió de golpe los ojos, miró las pastillas y las aceptó de inmediato.

—¿Quieres agua?

Ella dijo que no con la cabeza. Tenía que sentir un dolor insoportable para aceptarlas con esa ansiedad.

—Solo una, Lily. Tenemos que racionarlas —dijo Rose.

Aunque quisiera darle las dos, sabía que Rose tenía razón. Solo teníamos esas, y conseguir más no sería tarea fácil.

—Gracias —susurró Violet, después de tragarse el analgésico que le había metido en la boca.

Rose se levantó de la cama.

—Vamos a dejarte descansar un poco.

Yo me negué, porque no quería dejarla sola. Rose me hizo un gesto con la mano y los ojos para darme a entender que quería hablar conmigo sobre Violet. Así que me levanté y las seguí fuera.

—¿Qué pasa? —pregunté, mientras Rose cerraba la puerta del dormitorio.

—Necesitamos tener un plan para cuando Clover vuelva. No le gustará ver el resultado.

Se refería a que Violet hubiera sobrevivido. ¡Aquel cabrón estaba enfermo!

—Hablaré con él e intentaré convencerlo de que Violet pensaba que nos iba a hacer daño o algo así. Todavía no lo tengo claro.

Resoplé y me sequé los ojos de nuevo. Apenas podía mantenerme en pie. Solo quería hacerme un ovillo y llorar, pero no podía rendirme. Aún tenía esperanza.

—¿Se va a morir?

Rose suspiró.

—No estoy segura. Espero de verdad que no.

Violet no podía morir. La conocía desde hacía apenas unas horas, pero ahí abajo las horas parecían años. Ahí abajo todo se hacía eterno.

Ella era la única que deseaba escapar tan desesperadamente como yo. La necesitaba.

Cuando oí el crujido de la puerta del sótano al abrirse, el corazón me dio un vuelco. Cogí a Violet de la mano y, con los ojos cerrados, recé para que Clover la dejase en paz.

Me sobresalté cuando la puerta del dormitorio se abrió, pero enseguida me relajé al ver que era Poppy. Venía sola. ¿Escucharía Clover lo que Rose tenía que decirle?

—¿Qué está pasando? —pregunté.

—Rose está hablando con él ahora.

—¿Podemos intentar oír lo que dicen?

Poppy negó con la cabeza.

—No. Si entra y nos pilla escuchando, no le hará ninguna gracia.

Apreté la mandíbula cuando me inundó un ansia irrefrenable de gritarle y chillarle. Había muchas cosas que quería decirle a ese cabrón, pero si abría la boca solo conseguiría que me matara.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará en convencerlo?

Poppy se encogió de hombros.

—Bastante, supongo, si es que llega a hacerlo. No suele cambiar de opinión.

Claro que no. Los psicópatas retorcidos no cambian de opinión. Tenía que haberle pasado algo horrible para ser así, pero nada podía justificar lo que nos hacía. Me senté en la cama al lado de Poppy y esperé en silencio a que Rose volviera.

Mientras esperábamos, pensaba en las muchas cosas que estaría dispuesta a hacer si él la dejaba en paz. No volvería a quejarme por estar ahí abajo. No volvería a gritar a Poppy ni a Rose por llamarme Lily. Nunca pensaría en formas de hacerle daño. Miré a Poppy, mientras oíamos abrirse la puerta del sótano y cerrarse después. No quería hacerme ilusiones, pero él no había venido a buscarla: eso era buena señal. Rose abrió la puerta y sonrió.

—Está bien.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, sin salir de mi asombro.

¿No había venido a buscarla? Había deseado con todas mis fuerzas que le perdonara la vida, pero no creía que pudiera ocurrir de verdad. Rose asintió y se sentó en la cama de Violet.

—Le he explicado que Violet solo estaba asustada, que pensaba que iba a matarnos e intentaba protegernos. Luego, Clover se ha puesto a murmurar cosas incoherentes durante diez minutos. No he conseguido entender ni una sola palabra de lo que decía. —Se detuvo y frunció el ceño—. Ha sido extraño... y aterrador.

Tragué saliva. El mero hecho de que Rose estuviera asustada era de por sí aterrador.

—Pero, al final, he conseguido convencerlo de que Violet no sabía lo que hacía y que no había entendido todavía que somos una familia.

Apreté la mandíbula. «No somos una familia.»

—Entonces, ¿va a ayudarla? —preguntó Poppy, sorprendida.

Rose se mordió el labio, mientras buscaba una respuesta.

—Permitirá que nosotras la ayudemos, pero como castigo no le traerá ningún medicamento.

Me quedé helada. Iba a dejar que sufriera. Sentí que me faltaba el aire, como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. No estaba siendo compasivo, se estaba vengando.

Ella no se había sometido, y él la hacía sufrir por ello. El odio que sentía por él me consumía. Apreté los dientes.

Me hervía la sangre. Quería matarlo. Quería acabar con él de la misma manera en que él había asesinado a tantas chicas.

—De acuerdo —asintió Poppy—, podemos con esto. Cuidaremos de ella y con nuestra ayuda se pondrá bien.

Sí, ella se curaría, pero ¿cuánto dolor tendría que soportar hasta entonces? Miré el frágil y maltrecho cuerpo de Violet. Tal vez la muerte habría sido una opción mejor para ella. Vivir ahí abajo, en su situación, era mucho peor que la muerte. «Lo siento mucho.»

Estuvimos sentadas en el dormitorio durante horas. En la estancia principal se oyó un fuerte estruendo y varios golpes sordos. Conseguí contener un grito de sorpresa, pero no pude evitar que se me acelerara el pulso.

—¿Qué es eso? —pregunté, moviéndome entre la puerta y la cama de Violet.

El grito estridente de una mujer respondió mi pregunta.

—¡No!

¿De verdad estaba haciendo lo que estaba haciendo justo en ese momento? Rose miró la puerta cerrada, estupefacta. No sé por qué el hecho de solo oír lo que ocurría lo volvía todo más siniestro. En mi cabeza, imaginaba más sangre, más gore, más violencia.

—¡No, no, por favor! —gritaba la mujer.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Rose, ¿qué hacemos?

Ella intentó mantener la calma.

—No hacemos nada. Me quedaré junto a la puerta y esperaré hasta que todo acabe. Querrá que salga al menos una de nosotras.

Poppy fue con ella; abrieron la puerta tan solo una rendija y se quedaron en el umbral. Con el corazón en un puño, escuchaba a esa chica llorar y pedir que no la matara. Seguía sin entender cómo era capaz de arrebatarle la vida a una persona sin ningún remordimiento. Y nunca lo entendería.

—¿Qué está pasando? —preguntó Violet con un hilo de voz detrás de mí.

Otro grito gutural resonó en la habitación y me quedé helada.

—¿Qué ha sido eso?

—Chist —susurré, mientras mis lágrimas caían al suelo—, eso es la razón por la que hacemos todo lo que nos dice.

Clover

Viernes, 21 de enero (presente)

Cerré con llave la puerta de la habitación de las chicas. Con manos temblorosas, volví a poner la estantería en su lugar. Sucio... Estaba sucio y me repugnaba. Necesitaba limpiarme. Necesitaba recuperar el control. Me temblaban las manos y sentía el corazón desbocado. Tenía las manos manchadas de sangre y salpicaduras por toda la ropa.

El baño estaba en el primer piso, y llegué allí aturdido. Abrí el agua de la ducha. Me quité la ropa a toda prisa y la eché a lavar. Tendría que quemarla.

Sería imposible sacar las manchas, pero eso era lo de menos, tenía ropa de recambio exactamente igual. Me metí en la ducha, y el familiar escozor del agua hirviendo me relajó. Sentía cómo los gérmenes desaparecían. La ansiedad y el miedo cedieron despacio. Salí de la ducha y me envolví con una toalla.

Mi piel se había acostumbrado al agua caliente. Antes se me reblandecía, pero ya no. «Limpio. Ya estoy limpio. Puedo hacerlo. No fracasaré. Puedo hacerlo.» Madre se equivocaba. Podía conseguirlo sin ella. Lo estaba haciendo bien. «No estoy fracasando.»

Por supuesto, Madre no aprobaría que las chicas estuvieran allí. No le gustaría que me ayudaran, ni que yo estuviera enamorado de ellas. Pero Madre ya no vivía para decirme qué debía hacer o dejar de hacer. Había llegado mi momento. Yo controlaba mi vida. «No tú.»

Las chicas habrían acabado pronto, así que me puse ropa limpia y guardé la sucia en una bolsa. El carbón y la madera ya estaban preparados en la chimenea del salón; la encendí y eché la bolsa sin pensarlo dos veces. Las llamas crecieron y la devoraron; a los pocos segundos, estaba completamente ennegrecida. Mientras observaba cómo la ropa se desintegraba en cenizas delante de mis ojos, me relajé de inmediato. Solo me quedaba una cosa por hacer antes de relajarme del todo: llevar a esa furcia asquerosa lejos de mi casa y de mis chicas.

Cuando regresé a su habitación, estaban sentadas en el sofá, leyendo. La puta estaba junto a la escalera, lista para que la sacara de allí. Lily sujetaba su libro, pero me di cuenta de que no estaba leyendo, sino que tenía la mirada perdida. La vida que le había dado era muy diferente a la existencia mediocre que debía soportar con su antigua familia, y se había adaptado bien.

Rose sonrió, ladeó la cabeza y su larga melena oscura le cayó sobre la cara. Era una mujer muy guapa, femenina y cariñosa. Lamentaba cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Mi vida debería haber sido diferente. Rose (Shannen) y yo deberíamos habernos casado. Ella debería haber sido la encargada de comprar la lana y la ropa para las chicas. Debería ser la mujer con quien me despertara cada mañana y debería ocupar el espacio en mi cama que todos los días permanecía frío y vacío.

Sin decir una palabra, cogí el cuerpo y lo cargué escalera arriba. Era difícil cargar con el peso de un cadáver, pero era un precio que valía la pena pagar con tal de librar a la sociedad de esa lacra. Ahora ya había una menos en el mundo. Sabía que llegarían más, porque era un ciclo sin fin. Al contrario de lo que hacían el gobierno y la policía, yo no iba a quedarme sentado de brazos cruzados.

Llevé el cuerpo hasta el coche y lo metí en el maletero. Fuera estaba muy oscuro, y eso era algo bueno.

El trayecto hasta el canal no era largo. Había recorrido ese camino tantas veces que no tenía ni que pensarlo, me salía de forma natural, podía hacerlo con los ojos cerrados. El agua turbia era la tumba adecuada para esas portadoras de deshonra.

Abrí el maletero, cogí el cuerpo en brazos y lo dejé en el suelo. Cerca de los edificios en ruinas, había un montón de ladrillos rotos, tiza, escombros y bloques de cemento. Se suponía que era un área en obras que iban a rehabilitar, pero el proyecto se había aplazado ya dos veces. Por mí, podían dejar que se pudriera.

Metí todo el peso que pude en la bolsa con el cadáver y la dejé caer al agua. Se hundió, y yo suspiré de satisfacción. «Una menos...»

Lunes, 24 de enero (presente)

—Buenos días, Flores —dije, mientras bajaba por la escalera.

Lily estaba sentada a la mesa, jugueteando con los cubiertos. Levantó la vista y me sonrió a medias. Sus brillantes ojos verdes parecían tristes, apagados. Le pasaba algo. Quizá estaba enferma.

—Buenos días, Clover —me contestaron Rose y Poppy.

—¿Cómo has dormido, Lily? —le pregunté, sentándome enfrente de ella.

Bajó la mirada a la mesa.

—Bien, gracias —musitó.

—¿Te encuentras mal?

Negó con la cabeza.

—No, estoy bien.

Asentí y cogí la cuchara cuando me pusieron delante un cuenco de muesli. Tomamos el desayuno en silencio.

Llegué a la oficina cuarenta minutos más tarde.

—Buenos días, Christy —saludé, mientras cruzaba la recepción—. ¿Cómo estás?

Me sonrió. Llevaba el cabello recogido en un moño apretado e iba vestida del modo más inapropiado. No entendía por qué le permitían vestirse como una prostituta en el trabajo.

—Genial, Colin. ¿Tú qué tal?

—Muy bien, gracias.

Entré en mi despacho y dejé la cartera a un lado. Fui a hacerme un café mientras el ordenador se encendía y pasé por delante del despacho de Gregory Hart. Era uno de los abogados más importantes de la compañía, en la que había empezado a trabajar nada más salir de la universidad. Estaba hablando con Christy, que parecía estar colada por él desde el principio. Ella no paraba de soltar risitas. Di un paso atrás para poder escucharlos.

—¿Estás libre esta noche? Podemos probar esa ropa interior de la que te hablé —le dijo Christy con voz seductora.

Noté una opresión en el pecho. Greg no solo estaba casado, sino que su mujer estaba a punto de dar a luz a su hijo.

—Pues lo cierto es que sí estoy libre. Natalie se ha ido a visitar a su madre y a su hermana unos cuantos días. Así que estaré yo solito en mi enorme casa.

A Christy se le iluminó la cara como a un niño el día de Navidad.

—Llegaré a las siete. Antes tengo que pasar por casa para cambiarme y ponerme algo menos cómodo.

Cerré los ojos. ¿Eso era lo que mi padre le decía a su puta cuando mi madre y yo nos íbamos de compras? ¿Estaba tan emocionado por engañar a su mujer como Greg Hart? Me di media vuelta y me dirigí en silencio hacia la cocina.

¿Cómo se atrevía esa zorra barata a destrozar un matrimonio?

Encendí el hervidor y observé cómo el agua empezaba a hervir y a burbujear como un volcán a punto de entrar en erupción, un reflejo perfecto de mi estado de ánimo.

—¿Hay agua para los dos?

La voz de Christy me sobresaltó desagradablemente.

Me di la vuelta y le sonreí tragándome la furia.

—Por supuesto. Vuelve a tu ordenador, yo lo preparo.

—Genial. Muchas gracias. Todavía me quedan un millón de cosas que hacer.

—Enseguida está.

Christy me sonrió y salió justo cuando entraban Jane y Jessica.

—Buenos días.

—Hola, Colin. Estábamos hablando de esa chica desaparecida, Summer. Todavía no la han encontrado —me dijo Jane, mientras negaba con la cabeza en un gesto de compasión—. Pobres padres...

—¿Quién puede hacer algo así? —añadió Jessica con un suspiro—. Es horrible. Su familia debe de estar pasando por un infierno. ¿Y ella? No quiero ni imaginarme por lo que debe de estar pasando también. La gente se preocupa por la familia, pero ¿qué hay de ella? Debe de tener tanto miedo...

—Eso si sigue viva —dijo Jane.

Lily estaba mejor conmigo que allí fuera, donde acabaría corrompida por una sociedad en la que el adulterio y la promiscuidad estaban permitidos y que convertía a las niñas en putillas egoístas. Lily estaba mejor con alguien que se preocupaba de verdad por su futuro y que protegería su inocencia natural. Incluso su supuesto novio encantador la dejaba ir sola por la calle de noche.

—Bueno, no sabemos a ciencia cierta qué ha pasado de verdad. Puede que se haya escapado.

Las dos asintieron.

—Vosotras procurad ir con cuidado —les dije a modo de despedida, y me llevé las dos tazas de café recién hecho.

—Toma, Christy. Con dos terrones, como a ti te gusta.

Le dejé la taza en el posavasos de color rosa y me fijé en que estaba chateando por Skype con Greg, pero cerró la pantalla antes de que tuviera tiempo de leer nada. «Está claro que oculta algo.» Levantó la vista y sonrió.

—Gracias, Colin. Viernes por fin, ¿eh? ¿Tienes planes para el fin de semana?

—No muchos. Tengo unos cuantos arreglos que terminar en casa. ¿Y tú?

—Voy a ver a un amigo esta noche, y puede que mañana también.

«Un amigo casado y con un hijo en camino.»

—Bueno, pues pásalo bien —le dije, apretando los dientes.

Me marché, pensando en la mujer de Greg y en el hijo que aún no había nacido. ¿Sufriría mucho cuando se enterara? ¿Lo llevaría tan bien como Madre? No lloró, ni una sola vez. No lloró cuando mi padre se marchó ni cuando se enteró de que había alquilado un pequeño apartamento con la puta. Ni siquiera lloró cuando el divorcio fue definitivo. Yo lloré una vez, hasta que me pegó y me di cuenta de que debía ser fuerte y mantener el control. Llorar no servía de nada.

Pero en ese caso, debía intervenir. La mujer de Greg se merecía algo mejor que llegar a casa y encontrar a su marido en la cama con una sucia putita.

—Oye, Colin, tengo que marcharme corriendo. ¿Me puedes avisar si preguntan por mí? Volveré dentro de diez minutos —me dijo Jessica, mientras corría hacia la salida.

Sonreí. Jessica estaría fuera diez minutos y su compañera de Recursos Humanos, Miranda, estaba de vacaciones. Dejé el café en mi despacho y subí la escalera hacia dicho departamento. La oficina no era muy grande, y la puerta no tenía cristales, así que sabía que nadie me vería.

Abrí la puerta y eché un vistazo dentro. Tal y como me imaginaba, estaba vacía. Entré y cerré. Había visto el archivador con los expedientes de los empleados en alguna de mis visitas, así que tenía claro dónde debía buscar. Abrí el cajón inferior y pasé los expedientes hasta llegar al de Christy. Al ver su dirección me di cuenta de que no vivía muy lejos de mi casa, solo a unos veinte minutos en coche. Memoriqué el nombre de la calle y el número, y dejé el expediente en su sitio.

El corazón me iba a mil cuando cerré el cajón y me puse en pie. La planta superior era pequeña y solo albergaba el departamento de Recursos Humanos y el despacho del director ejecutivo, Bruce. No lo había visto esa mañana, pero entraba y salía a su antojo. Alargué la mano hacia el pomo de la puerta, que se abrió en ese mismo momento.

Me quedé inmovilizado durante un instante.

—Bruce, buenos días.

—Hola, Colin. ¿Sabes dónde está Jessica?

—Acaba de salir, pero me ha dicho que volvía dentro de diez minutos.

—¿Qué buscas?

—Quería un impreso para pedir vacaciones. Me olvidé de que Miranda no estaba y entré.

Sonreí y negué con la cabeza. «Qué tonto soy.»

Bruce asintió y se pasó una mano por su gran barriga.

—Ah, sí. Se ha ido al sur de Francia, ¿no?

—Eso creo. Un sitio precioso. ¿Has estado alguna vez?

—La verdad es que no. Prefiero quedarme al lado de una piscina con una cerveza en la mano. Bueno, ya veré a Jessica después.

Asintió a modo de saludo y se marchó. Suspiré aliviado y cerré la puerta al salir.

Sabía que la cena no tardaría en estar lista y odiaba llegar tarde, pero debía prepararme para esa noche. Tenía la bolsa de lona abierta sobre la cama y ya había metido una bolsa grande para cuerpos, unos guantes de caucho gruesos y productos de limpieza. El estómago me dio un vuelco al pensar en entrar en la casa de Christy y castigarla, pero alguien tenía que hacerlo. Aquello era culpa suya, no mía. «Solo estás tomando el control de la situación antes de que empeore.» Sí, de eso se trataba, me estaba encargando de algo que necesitaba ser controlado.

Me cepillé el pelo y repetí la dirección de Christy en la cabeza una y otra vez. «No soy débil. Puedo hacerlo. Madre se equivoca. Madre se equivoca.» Dejé el cepillo en el tocador, me alisé la camisa y bajé a la habitación de las chicas.

—Buenas noches, Flores.

—Buenas noches. ¿Qué tal tu día? —preguntó Poppy.

Rose me miró y sonrió. Sus ojos azules brillaron bajo la luz artificial. Aparté la vista de Rose y sonreí a Poppy.

—Muy bien, gracias. Aunque tengo algo que hacer después de cenar. —Me senté a la mesa frente a Lily—. ¿Y tú cómo estás?

Se mordió el labio.

—Bien, gracias —contestó Lily.

—Aquí tienes —dijo Poppy, poniendo la cena delante de mí—. Carne asada. Uno de tus platos favoritos.

—Sí que lo es.

Sonreí. Poppy era una mujer increíble. Era cuidadosa y reflexiva, y se tomaba su tiempo para conocer a alguien. Me sentía orgulloso de tenerla como parte de la familia. Nunca me había decepcionado. Miré alrededor de la mesa y me henchí de orgullo. Todas mis chicas eran hermosas, y no solo por fuera, a diferencia de esa puta de Christy.

Dejé el coche en el área de aparcamiento de un salón de uñas. Apenas debía caminar más de treinta segundos hasta la casa de Christy. Vivía detrás de la carnicería, alejada de la carretera. Aparte de una casa antigua que estaban convirtiendo en pisos, la suya era la única propiedad residencial de toda la calle. Eso significaba, por suerte, que nada me interrumpiría esa noche.

Crucé los brazos sobre el pecho. El viento de enero era tremendamente frío, y anhelaba volver con las chicas. Bajé la cabeza, me eché la bolsa por encima del hombro y caminé deprisa hacia su casa.

La única luz salía de arriba. Era una casa pequeña, y parecía que el piso de arriba era de espacio abierto. Tenía un aire a casita de campo, pero no lo era. La casa no pegaba con Christy. Cálida, hogareña y acogedora: tres cosas que ella no era.

A cada lado de la puerta principal de madera de pino había un olivo falso, y no eran muy buenos. Se veían baratos y quedaban fuera de lugar. Levanté el que estaba a la derecha y suspiré. Debajo de la maceta de terracota había una llave. «Ay, querida Christy, no te ayudas nada.» Me acerqué a la puerta y oí a Robbie Williams cantando por toda la casa. Madre solía poner su música favorita mientras se preparaba para salir con papá. Yo me quedaba sentado en la cama y la veía cantar frente al espejo mientras se maquillaba. Eché un vistazo rápido por encima del hombro antes de meter la llave en la cerradura y abrir la puerta. Christy cantaba a todo pulmón por encima de la música. ¿Cómo podía estar tan emocionada por destrozar un matrimonio? Era algo que jamás había llegado a comprender. ¿Por qué las mujeres eran tan insensibles cuando se trataba de la felicidad de otras mujeres? Mi corazón se aceleró al dar el primer paso para encontrarla. La adrenalina me inundó el torrente sanguíneo, dándome la sensación de ser más ligero que el aire, de ser invencible. Me detuve en lo alto de la escalera. Su habitación estaba justo enfrente, con la puerta abierta. Había un gran espejo en la esquina, pero el ángulo en el que estaba colocado todavía no le permitía ver mi reflejo.

Dejé suavemente la bolsa en el escalón superior y la vi cepillarse el pelo. Solo llevaba puesto un sostén de color rojo, sin gusto ninguno, y un tanga a juego. Su cuerpo era atlético y esbelto. Era el arma que usaba para salirse con la suya, sobre todo con los hombres.

Caminé sin vacilar hacia ella. En el espejo, vi sus ojos abrirse de par en par.

Ella gritó por el susto y se volvió en redondo. Se tapó los pechos con las manos y me miró boquiabierta.

—¿C... Colin? ¿Qué haces...? —Negó con la cabeza—. ¿Qué haces aquí?

Sonreí, entré en la habitación y cerré la puerta detrás de mí.

—Me alegro mucho de que lo preguntes, Christy. Como sabes, has sido una chica muy traviesa.

Tragó saliva y retrocedió un paso.

—¿De qué estás hablando? ¿Cómo has conseguido entrar?

—Calla. No es tu turno de hacer preguntas, pero, si me lo permites, me gustaría hacerte una. —No esperé su respuesta—. ¿Por qué te acuestas con un hombre casado?

—¿Qué? —susurró—. ¿Greg? ¿Cómo lo sabes?

—¿Conoces a su esposa?

Dijo que no con la cabeza.

—Claro, me lo imaginaba. ¿Crees que se merece la humillación de que su marido se tire a otra?

De nuevo, se quedó boquiabierta y retrocedió para alejarse hasta que su espalda dio contra la pared.

—Te he hecho una pregunta, Christy.

—No, supongo que no —respondió.

—En eso estamos de acuerdo. ¿Cómo crees que se sentiría la mujer de Greg si supiera lo que planeas hacer esta noche?

Se echó a temblar y una lágrima le cayó por la mejilla.

—Pues no... Pero ¿cómo sabes dónde vivo?

—Creo que ya hemos hablado lo suficiente.

No quería perder mi tiempo con ella. Sin decir nada más, saqué el cuchillo del bolsillo y ella gritó.

—¡No! ¿Qué coño estás haciendo? Dios, lo siento, ¿vale? Por favor, Colin, ¿qué estás haciendo? —Levantó las manos frente a ella y arqueó el cuerpo en posición defensiva—. Piensa en lo que estás haciendo.

—Ya basta —contesté.

Ella se estremeció y gimoteó de nuevo, pegada a la pared. Odiaba verla así. Igual que Madre, yo odiaba los lloriqueos y las súplicas.

—Por favor, no lo hagas, por favor. Por favor. Haré lo que quieras, Colin, te lo juro.

Cualquier cosa que yo quisiera. ¿Me ofrecía sexo, cuando eso era precisamente lo que la había llevado a esa situación? «Sucia.» Gruñí cuando mi ira interior alcanzó el punto de ebullición. Con un rápido latigazo del brazo, el cuchillo atravesó su rostro de belleza superficial.

Chilló y me miró horrorizada. Las manos le temblaron con violencia mientras intentaba tocarse la cara. Los gritos me zumbaban en los oídos.

—Adiós, Christy —le dije, y le clavé el cuchillo en el estómago.

Cuando retrocedí y solté su cuerpo, atrapado entre la pared y yo, cayó al suelo con un suave golpe.

—No —murmuró, presionando con una mano temblorosa la herida del cuchillo—. Ayúdame. ¿Por favor? —me suplicó, jadeando.

—Christy, la muerte es tu castigo. Es necesaria para que la sociedad aprenda la lección y mejore.

Le costaba respirar y tosió sangre; entonces, se arrastró hacia delante en un intento de alejarse de mí. Me volví justo cuando me pasaba por delante, con las uñas clavadas en la alfombra.

—Ayúdame —dijo con voz chillona pero cada vez más débil.

Suspiré, di un paso al frente y la empujé con el pie para que quedara tumbada de espaldas. Respiraba de forma dificultosa e intensa.

—Déjame marchar, por favor —me pidió con los ojos llenos de lágrimas.

—Christy —susurré y sostuve el cuchillo en alto—. Es hora de decir buenas noches.

Gritó cuando bajé el cuchillo con tanta fuerza que le atravesó las costillas partiéndola en dos. Su cuerpo se quedó flácido y puso los ojos en blanco. Dejé escapar una profunda exhalación y cerré los ojos. «Tengo el control.»

Me moví rápidamente. Metí su cuerpo dentro de la bolsa y limpié todo el desorden. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve que limpiar la sangre de un suelo y unas paredes. Dejé el cuerpo en la parte superior de la escalera mientras echaba lejía sobre la alfombra. Ni siquiera estaba seguro de por qué limpiaba. Solo sabía que no podía marcharme y dejar atrás semejante desastre sangriento.

Una vez que su habitación estuvo lista, fui al baño y me froté las manos en el lavabo. «Sucio.» Estaba sucio. Me sentía sucio. Me puse más jabón y me froté las manos por tercera vez. A simple vista parecían limpias, pero sabía que no era suficiente. «Nunca serás suficiente.» Me froté las manos con más fuerza y me lavé con furia, apretando los dientes.

Estaba superado. Yo nunca era lo bastante bueno y nada de lo que hacía era suficiente. Lancé el dispensador de jabón contra la pared, me agarré a ambos lados del lavamanos y respiré hondo por la nariz. «Puedo ser lo bastante bueno. Soy tan fuerte como Madre. No, soy más fuerte. Soy más fuerte que ella, y no voy a fracasar. No. Voy. A. Fracasar.»

La música se detuvo y empezó a reproducirse el siguiente CD. Esperé. La voz de una mujer llenó el silencio. Nunca había oído esa canción, pero era muy suave y tranquilizadora. Quienquiera que fuera, tenía una voz maravillosamente ronca.

Me di la vuelta, salí del cuarto de baño y me eché el cuerpo al hombro. La dejé fuera de su casa y fui a por el coche. El maletero era espacioso y el cuerpo cupo sin dificultad. El canal estaba a poca distancia en coche de allí. No pasaría mucho tiempo antes de que volviera con mis chicas.

Tiré mi bolsa al lado del cuerpo y cerré el maletero de un portazo.

—Adiós, puta.

Lewis**Viernes, 28 de enero (presente)**

Me desperté, sobresaltado por un ruido fuerte y sordo. Miré el reloj y vi que faltaba poco para que fueran las cinco y media de la mañana. El corazón me dio un vuelco. ¡Summer! ¿Era ella? Salté de la cama, bajé corriendo por la escalera y casi me choqué con Dawn y Henry. Daniel estaba delante de nosotros, a punto de abrir la puerta principal. Me había perdido tanto..., seis meses de su vida, su decimoséptimo cumpleaños. No quería pasar otro segundo sin ella.

Daniel abrió la puerta y contuve el aliento, rezando para que fuera ella. Pero, todas mis esperanzas se esfumaron cuando entró el detective Michael Walsh. La expresión sombría de su rostro me heló la sangre. Había ocurrido algo.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —tartamudeó Dawn, sin contener las lágrimas—. ¿Dónde está mi niña?

Michael (así nos había pedido que lo llamáramos) entró en la casa con otro agente. Era el único que nos pidió que nos dirigiéramos a él por su nombre de pila. No sé si lo hacía para aliviar la tensión y ganarse nuestra confianza, o porque, al tener una hija de la edad de Summer, sentía más compasión que el resto.

—¿Podemos sentarnos, por favor?

Me retiré y me senté en el sofá. El tiempo se detuvo. El mundo dejó de girar. Casi no quería oír lo que iba a decir.

—Hemos encontrado el móvil de Summer —empezó—, en un basurero junto al canal.

En ese momento, me quedé petrificado. «No, no puede ser el móvil de Summer.»

—¿Estás seguro de que es el suyo?

Él asintió.

—Sí. Alguien lo encontró y después de ver la foto del fondo de pantalla, se lo entregó de inmediato a la policía.

Como fondo de pantalla, tenía una foto de nosotros dos tumbados en su cama. La había tomado después de la cena de nuestro primer aniversario. Esa fue la primera vez que me permitieron quedarme a dormir con ella. Aunque la puerta tenía que estar abierta en todo momento.

Dawn jadeó.

—¿Sigue encendido? Ella nunca lo apaga.

Michael tensó los labios en un gesto sombrío, y miré hacia otro lado. Apreté los dientes mientras un dolor abrasador me atravesaba todo el cuerpo. Si ella no lo estaba usando, quería decir que alguien la tenía. O... que estaba muerta.

—Creemos que lo tiró otra persona..., no Summer. Nos parece improbable que una chica sin motivo alguno para irse de casa se deshiciera de su móvil. Estamos reuniendo un equipo ahora mismo y, tan pronto como se haga de día, buscaremos en el agua. Siento mucho no tener noticias mejores.

—¿Crees que mi hija está en el canal? —susurró Dawn.

Michael asintió con la cabeza y bajó la mirada al suelo.

—Existe esa posibilidad. Lo siento mucho.

Encontré un poco de coraje y me puse de pie. «Se equivocan.»

—No está muerta. Si lo estuviera, yo lo sabría.

¿Por qué coño no me escucharon cuando les dije eso? Mi novia no estaba muerta. Se me secó la garganta y dejé de respirar. «No lo está, ¿verdad?»

—Cálmate.

Henry se puso de pie y se plantó delante de mí. Tenía el mismo color de ojos que Summer. Deseé que fueran los suyos los que me devolvieran la mirada.

—Han encontrado su teléfono en un canal, Lewis —dijo, con lágrimas en los ojos.

«Su teléfono, no a ella.» No pensaba perder la esperanza.

Me aparté de él y negué con la cabeza.

—No está muerta —repetí, y volví a la habitación de Summer.

Summer estaba viva, y nadie conseguiría que creyera otra cosa.

Como ya estaba despierto, decidí no perder tiempo en salir de allí. Nunca había tiempo suficiente. Cada noche, cuando se ponía el sol, deseaba que el día durara un poco más y siempre me preguntaba si nos retirábamos cinco minutos demasiado pronto.

Salí de la casa y me subí al coche, ansioso por irme. No podía estar allí. ¿Cómo iba a abandonarla?

El maldito móvil no significaba nada. «No está muerta.» Sabía lo que le pasaba antes de que ella misma lo supiera. Era un libro tan abierto..., por lo menos para mí. Podía leerla tan fácilmente... Podía terminar sus frases y entender lo que estaba pensando con solo mirarla a los ojos. Estábamos demasiado unidos para no saber si estaba muerta.

Después de respirar hondo, metí primera y, justo cuando iba a salir, vi por el espejo a Henry, que corría hacia mí con el brazo levantado. «¿Y ahora qué?» Bajé la ventanilla del pasajero y abrí la puerta.

—Henry, si vienes, entra de...

—No... —murmuró, cortándome.

Se metió en el coche y me miró.

—No puedes irte. Han encontrado algo.

Por segunda vez en veinte minutos, mi mundo se detuvo.

—¿Qué han encontrado? —susurré, tragándome el miedo.

—Dos cadáveres. Ninguno es el de Summer, pero siguen buscando.

—¿Y cómo saben que no es Summer? ¿Están seguros?

Asintió.

—Llevan demasiado tiempo allí para ser ella.

El estómago me dio un vuelco. ¿Cómo sería un cuerpo que había estado en el agua durante más de cinco meses? Cerré los ojos por el dolor.

—Tenemos que ir con ellos, Lewis.

—¿Creen que la van a encontrar a ella allí también?

Sentí como si me hubieran abierto el pecho en canal y me hubieran arrancado el corazón. Nunca había sentido tanto dolor, me quedé sin aliento. ¿Tendría que ver cómo sacaban el cuerpo de mi novia de un canal?

—Yo... yo no...

El mundo no tenía sentido. Nada tenía sentido. Era demasiado joven, demasiado inteligente y demasiado hermosa para que le arrebataran la vida de esa manera. Queríamos hacer tantas cosas juntos..., y ahora todo eso se había esfumado.

—Tenemos que ir. Ahora.

Henry cerró la puerta de golpe.

—Sigue a mi padre.

Michael y el otro agente se apresuraron a entrar en su coche y arrancaron a toda velocidad.

«Mierda, esto no puede ser bueno.»

—Vamos, Lewis —gruñó Henry.

Me sobresalté y levanté la vista. Sus padres ya avanzaban con el coche por el camino. «Vamos, ponte en marcha.» Arranqué y corrí tras ellos.

Fuera hacía un frío que pelaba. Sentía el viento helado en la piel a través de mi estúpido jersey fino. Caminaba despacio por la orilla del canal con Henry y los padres de Summer. Ninguno teníamos prisa por descubrir si nuestra peor pesadilla estaba a punto de hacerse realidad.

Más adelante, la policía había acordonado una zona del canal, justo antes de un giro cerrado. Si teníamos que quedarnos ahí, no veríamos nada. Tenía el corazón en un puño cuando nos acercamos a la cinta. Apreté las manos y contuve el aliento.

—Daniel, intenta averiguar qué pasa —le rogó Dawn a su marido.

Era la primera vez que salía de casa. En esa ocasión, nadie podría haberla convencido de lo contrario. Le había pedido a su madre que se quedara allí por si acaso, por si ocurría un milagro y Summer llamaba por teléfono. Eso era justamente lo que necesitábamos: un milagro.

De repente, los policías corrieron en direcciones opuestas, de modo que no pude ver nada.

—¿Qué ocurre?! —grité.

—Quedaos aquí. Volveré enseguida a contaros lo que sepa —dijo Michael, por encima del hombro mientras echaba a correr en dirección al meollo.

—¡Summer! —gritó Dawn.

«¡No! No puede ser ella.»

—Mi pequeña, no puede ser. Que alguien me diga qué está pasando, por favor. ¡Daniel! —suplicó, le temblaba la voz entre sollozos histéricos.

Mis pulmones se quedaron sin aire en un segundo. Me agaché apoyándome en los muslos y traté de respirar. Si Sum estaba ahí abajo, ¿cómo había muerto? ¿Había sufrido? ¿Había sido rápido? Respiré hondo y parpadeé deprisa. «No pienses en eso.»

—Michael, ¿qué pasa? —lo llamó Daniel.

Giré el cuello con tanta rapidez que me dio un tirón en los músculos.

Michael se acercó hasta nosotros a paso ligero.

—No es Summer.

Cerré los ojos y dejé escapar un suspiro enorme de alivio. Gracias a Dios.

Daniel negó con la cabeza.

—¿Ahora ya son tres?

Michael asintió y se rascó la cabeza.

—Sí. No puedo deciros nada más, pero creo que deberíais esperar en casa. Ya os llamaré si hay alguna novedad.

¿Acaso esperaba tener que hacer esa llamada?

—¿Crees que Summer está ahí? —volví a preguntar, con la esperanza de que alguien me respondiera con un no rotundo.

—No lo sé, Lewis. Sinceramente espero que no, pero seguiremos buscando hasta rastrear todo el canal.

Clover**Sábado, 19 de diciembre (1987)**

Mamá me cogió con fuerza de la mano para cruzar la calle. Íbamos a comprar el regalo de Navidad de papá y los ingredientes para hacer galletas y magdalenas.

—Mamá, ¿podemos hacer rollos de salchicha? ¡Me encantan los rollos de salchicha!

—Es una idea brillante, Colin. También es el plato favorito de tu padre.

La miré con una enorme sonrisa y di botes de alegría. Los rollos de salchicha eran lo que más nos gustaba del mundo, y estaba deseando comerme cinco o seis de una sentada.

—Por aquí, cielo —dijo, mientras me hacía entrar en una aburrida tienda de ropa.

Odiaba entrar en tiendas de ropa, pero no más de lo que odiaba los supermercados. Eran un auténtico latazo.

—¿Qué hacemos aquí, mamá?

Me miró y sonrió.

—Vamos a comprarle a papá un par de guantes y un jersey por Navidad.

Fruncí el ceño.

—Pero yo quiero regalarle un coche nuevo. Dice que el viejo está a punto de palmar.

Se inclinó y me pellizcó el moflete.

—Eres muy amable, cielo, pero no tenemos tanto dinero. Mamá y papá solucionarán lo del coche el año que viene, ¿de acuerdo?

—Bueno. ¿Podemos regalarle unos guantes azules?

—Claro que sí.

Me alborotó el pelo y después se incorporó. Siempre me lo alborotaba y luego me decía que me lo alisara para ponérmelo bien. Sonreí. «Qué boba es mamá.»

—¿Qué tal estos?

Señalé los guantes azules que tenían mejor pinta; los que sujetaba en la otra mano eran de un azul aburrido.

—Me gustan.

—Pues nos los llevamos. Venga, vamos a buscar un jersey, y a lo mejor luego podemos ir a tomar un chocolate caliente con nubes para entrar en calor.

Di botes de alegría. Me encantaba el chocolate caliente con nubes, y fuera hacía muchísimo frío.

Mamá eligió el jersey de papá, un par de pantalones y dos pares de calcetines. Yo quería ir a por el chocolate caliente.

—Muy bien —dijo ella tras pagar a la dependienta—. Ahora el chocolate, y luego al supermercado a por los ingredientes.

—¡Bien! —respondí.

La seguí mientras daba sorbitos a mi chocolate, que casi hervía. Ya había devorado las nubes: eran lo mejor y siempre me las comía lo primero. Mamá se detenía en cada pasillo, incluso después de haber cogido todo lo necesario. En un momento se inclinó para oler las flores.

—¿Quieres olerlas, Colin?

Arrugué la nariz.

—No, huelen mal.

Ella frunció el ceño.

—Cariño, las flores no huelen mal. Son la creación más bella de la naturaleza. Ahora lo verás.

Cogió un tulipán de un amarillo muy vivo y me lo puso debajo de la nariz. Lo olisqueé, y no olía mal.

—¿Has visto? Huele bien, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Sí, supongo.

Mamá se enderezó y miró a la señora mayor.

—¿Me pone unos cuantos tulipanes, por favor?

—Buena elección —le respondió la señora.

—Me encanta animar las noches frías de invierno con flores alegres.

Mientras, yo miraba el expositor de juguetes, porque estaba muerto de aburrimiento. Quería irme a casa a hacer galletas y rollos de salchicha.

—¿Estás listo, Colin?

Mamá me agarró de la mano.

—Creo que ya hemos terminado.

—Listo —sonreí.

—¿Qué narices es esto?

Salí corriendo de mi cuarto, sobresaltado por los gritos de mamá. Estaba mirando algo que había en su dormitorio.

—¡Fuera! ¡Vete de aquí, puta! —chilló.

Mi corazón latía a mil por hora, y estaba muy asustado. ¿Qué era una puta?

—¿Mamá? —la llamé, y empecé a llorar.

Ella no me oyó: estaba muy ocupada gritando. Me acerqué y vi a papá en la cama, envuelto con la colcha, y a una mujer que se ponía un vestido por la cabeza. ¿Qué estaban haciendo?

—Beatrice —dijo papá—, puedo explicarlo.

—¡Cállate! Largo de aquí. No quiero volver a verte nunca más, ¡y llévate a tu puta barata contigo!

Mi madre no gritaba nunca. Corrí hasta la esquina del pasillo y me senté en el suelo. Miré por encima de las rodillas y vi que la otra mujer salía a toda prisa del dormitorio y bajaba la escalera. Papá salió a continuación, pero se detuvo un momento.

—Vete y no vuelvas a hablarnos nunca.

—Beatrice, deja que te lo explique, por favor. Lo siento, lo siento muchísimo. No significa nada para mí; ha sido un error.

—Lo que sientes es que te haya pillado, maldito cabrón. Déjanos en paz.

—Pero Colin...

—No lo quieres. No nos quieres a ninguno. Has escogido eso por encima de nosotros. Fuera de aquí.

Me temblaba el labio. Mi padre no me quería y mi madre estaba muy enfadada. Cerré los ojos, apoyé la cabeza sobre las manos y empecé a llorar.

Domingo, 30 de enero (presente)

Lewis y un chico que parecía su hermano se acercaron, y les sonreí apretando los dientes.

—Gracias por haber venido —dijo Lewis—. Los grupos ya están hechos, pero puedes venir con nosotros.

—De acuerdo —le contesté—. Iré a donde haga falta. Soy Colin Brown.

—Lewis.

Nos dimos la mano, y dirigí mi atención hacia la persona que había a su lado.

—Este es mi hermano, Theo.

También le estreché la mano.

—Bueno, pongámonos en marcha. No quiero perder más tiempo —dijo Lewis.

No tenía ni idea de dónde íbamos a centrar la búsqueda, pero tampoco importaba mucho. Solo quería saber qué estaba pasando y dejarme ver ayudando en la búsqueda de Lily. Lewis y su hermano salieron del ayuntamiento y cruzaron la calle. El parque estaba prácticamente enfrente.

Recorrimos el lateral del parque en dirección al campo que había más adelante. Nos acompañaban otras cuatro personas, todas ellas con mapas, que señalaban cosas sin importancia. No parecía haber mucho orden ni concierto. Mientras dejaba el parque atrás, recordé la primera vez que vi a Lily. Era tan preciosa, tan natural e inocente, y su voz me llamó como una canción. Igual que con todas mis chicas, supe que era parte de mi familia al instante. Sabía que iba a encajar, y no me equivocaba.

—Entonces, ¿es la primera vez que vienes de voluntario? —me preguntó Lewis, al tiempo que apartaba una rama para inspeccionar la base de una zarza a la entrada del campo.

—Así es. Pensé en echar una mano cuando me enteré de que la policía estaba reduciendo la búsqueda.

Él frunció los labios.

—Veo que eso te cabrea, y no te culpo.

—Todo es cuestión de dinero —dijo con rabia—. Mi novia está perdida en algún sitio y lo único que les preocupa es reducir gastos. Es repugnante.

La policía había dejado muchos cabos sueltos. Los voluntarios eran personas como yo: se ponían manos a la obra para cambiar las cosas a mejor.

—Sí, por desgracia, el dinero es lo único que importa ya en este mundo.

—Gracias por tu ayuda. ¿Has venido solo? No te he visto con nadie. Casi todos vienen en parejas como mínimo.

—Estoy solo —confirmé—. ¿Cuánto tiempo le dedicaremos a este campo? ¿Todo el día, o iremos a otro sitio?

Hacía un frío horrible y estábamos a la intemperie. Se trataba del mismo campo que quedaba detrás del lugar donde había encontrado a Lily. Long Thorpe no estaba lejos de mi casa, pero aun así no lo conocía bien.

—Nos iremos pronto. Nos quedan otros dos campos por delante.

Ajá, así que nos alejábamos del parque. Lo cierto es que admiraba la persistencia de Lewis, pero debería aprender a cuidar de la persona a la que decía amar.

—¿Tienes que irte?

—No, me quedo aquí todo el día. Solo tenía curiosidad por saber el recorrido.

Lewis asintió y siguió buscando quién sabe qué por el terreno. Yo me dediqué a copiar sus gestos, escudriñando hojas y ramas caídas. Peinar los campos parecía inútil en ese momento. Sin duda, lo más lógico en esa situación hubiera sido hablar con la gente, buscar por las calles: lo que se hacía en una búsqueda oficial. Aquello parecía más improvisado y desesperado.

—¿Tienes alguna idea de dónde puede estar Summer? —le pregunté, aunque no me gustaba usar ese nombre; Summer estaba muerta.

Levantó la cabeza y me miró fijamente. Yo me enderecé, con el pulso acelerado. ¿Por qué me miraba de esa manera? Mantuve la postura firme y rígida. Al final, frunció el ceño.

—Ojalá lo supiera. Aunque da igual donde esté, no dejaré de buscarla hasta que la encuentre.

Aparté la mirada.

—Por supuesto. Lo siento. No debería haber preguntado.

Él seguía observándome; no me quitaba ojo de encima.

—Sí, bueno, no pasa nada —respondió.

Cuando se alejó, oí sus pisadas sobre las hojas heladas y crujientes. ¿Por qué me habría mirado así?

Summer

Viernes, 14 de febrero (presente)

Me despertaron los quejidos y los llantos de dolor de Violet. Habían pasado dos semanas desde la paliza. Ya empezaba a recuperarse, pero la noche anterior la había tirado sobre una de las sillas de madera y le había vuelto a romper las costillas... ¡y todo por unas flores marchitas!

Rose le puso un paño sobre la frente. Solo eran las cinco y cuarto de la madrugada. Sentí envidia de Poppy, que seguía durmiendo. Aparté la colcha a un lado y me acerqué a ellas sin hacer ruido.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta? —le pregunté a Rose en voz baja.

Ella me miró sobresaltada.

—Unos treinta minutos. No tardaré en cambiarle las vendas. Espero que se despierte del todo para poder darle una pastilla. Si no, la machacaré y se la haré tragar con agua.

La respiración de Violet era rápida y agitada. Tenía la cara encogida de dolor y una mano aferrada al pecho. Necesitaba un analgésico con urgencia, pero no teníamos más que los cuatro que habíamos conseguido reunir. Había que racionarlos.

Asentí y dirigí mi atención hacia Violet.

—¿Estás bien?

Parpadeó, me miró un momento y cerró los ojos unos segundos más tarde. Entonces negó con la cabeza y gimió.

—Lo siento mucho, pero te pondrás bien. Nosotras te cuidaremos —le prometí.

Pasara lo que pasase, no volvería a dejarla sola. Si intentaba hacer algo así otra vez, yo estaría allí para ayudarla.

—Duele. Me duele mucho —murmuró Violet; en la tensión de su voz, su sufrimiento era evidente.

—Lo sé. Si quieres, podemos darte algo. ¿Crees que podrías tragarte una pastilla? —le preguntó Rose.

¿No debía estar ya un poco mejor? Algo no andaba bien.

Violet asintió y se encogió de dolor al mismo tiempo.

—Toma —dijo Rose, a la vez que le ofrecía la diminuta pastilla blanca.

Violet abrió la boca, Rose se la metió dentro y sostuvo el vaso de agua delante de ella. Me resultaba insoportable no poder hacer nada más. Ahora solo nos quedaban tres analgésicos y no parecía probable que mañana fuera a estar mejor.

Volvió a tumbarse en la cama y gimoteó entre dientes. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero la expresión intensa de su rostro me dijo que no iba a permitirse lloriquear. Violet era muy fuerte, mucho más que yo.

—¿Qué me va a hacer?

Rose le apretó la mano.

—Nada. Te vas a poner bien, todo está solucionado, ¿recuerdas? No te va a pasar nada.

Me pregunté si eso era de verdad esperanzador. Porque ahora su única alternativa era vivir en el sótano.

Si no hubiera albergado la más leve esperanza de volver a ver a Lewis y a mi familia, habría dejado que me matara semanas atrás.

Los ojos de Violet parpadearon unos segundos en mi dirección. Inexpresiva, hierática, como si no estuviera presente. No sabía lo que estaría pensando, y no podría averiguarlo hasta que nos quedáramos a solas. Sospechaba que no quería hablar delante de Rose y de Poppy, de modo que me quedé sentada a su lado todo el tiempo que pude.

Poppy se despertó, fuimos por turnos a la ducha y nos pusimos nuestra ropa a juego. Ayudé a Rose a lavar las heridas de Violet y a cambiarle las vendas. La de la cabeza tenía mal aspecto, pero al menos ya había dejado de sangrar.

—Te pondrás bien —dijo Rose, mientras le apartaba un mechón de pelo de la cara—. Ahora tenemos que empezar a hacer el desayuno, pero luego volvemos.

Miré el reloj. Él llegaría al cabo de media hora. Sentí una opresión en el pecho al pensar en sentarme a la mesa en su compañía. El odio que sentía por él me consumía. Solo con oír su nombre, me hervía la sangre.

—Lily, procura no tardar más de veinte minutos, ¿de acuerdo? No nos conviene que entre aquí a buscarte —dijo Rose, antes de dejarnos a solas en la habitación.

—¿Estarás bien? —susurró Violet.

—Lo estaré —mentí—. ¿Cómo te encuentras? —pregunté para desviar la atención de mí.

La chica negó con la cabeza y gimió de dolor.

—Me duele mucho.

—El analgésico no tardará en hacer efecto.

Le acerqué el agua y coloqué la pajita entre sus labios. Quería darle otra pastilla, pero sabía que aún era pronto: había que reservarla para cuando la necesitara de verdad.

—¿En serio me va a dejar en paz a partir de ahora?

—Ya te lo dije, ¡lo de ayer fue por las puñeteras flores! Sabes que Rose lo convenció de que estabas asustada y solo querías protegernos. —Desvié la mirada hacia la cama—. Y que no pretendías hacerle daño.

Esa parte no se la había contado.

—Que no pretendía hacerle daño... —repitió ella, con los ojos como platos de incredulidad—. Lo que quería era matarlo. Y aún quiero hacerlo.

Hacía mucho tiempo que no la oía pronunciar unas palabras tan alto. Me alegré al ver que todavía le quedaba guerra por dar.

—Calla, te van a oír —chisté—. Sé lo que quieres, y yo también, pero no puedes decírselo a nadie más. Prométemelo.

Por el amor de Dios, acabábamos de conseguir que le perdonara la vida y no volvería a hacerlo en un millón de años, sobre todo si se enteraba de la verdad.

Ella dejó de mirarme y se quedó otra vez con la vista clavada en el techo. No sabía qué decir. No me lo había prometido, pero ella sabía que no podía arriesgarse a cometer otra estupidez como esa. Sin embargo, Violet seguía teniendo ansias de venganza. Tal vez pudiéramos urdir un plan juntas cuando se recuperase. Sabía que Poppy no nos lo impediría. Puede que Rose sí, pero estaría en minoría.

—Lily —me llamó Poppy desde la puerta.

Se me aceleró la respiración, y el corazón me empezó a latir con fuerza en el pecho. «Ya viene.» Deseaba quedarme y fingir que no me encontraba bien, pero no quería que entrara a buscarme y viera a Violet. Sí, había dicho que la dejaría en paz, pero no pensaba tentar a la suerte antes de que mejorase su estado.

Me levanté de la cama y fui alejándome poco a poco.

—Volveré en cuanto pueda —le prometí, antes de cerrar la puerta del dormitorio.

—¿Por qué no te sientas ya, Lily? —dijo Poppy con una sonrisa empalagosa.

Se estaba esforzando demasiado, y eso no era propio de ella. Hice lo que me pidió y recé para que Clover no me dirigiera la palabra, aunque estaba claro que sí lo haría.

La puerta del sótano se abrió y el corazón me dio un vuelco. Clover entró con una enorme sonrisa en su repugnante cara.

—Buenos días, Flores —dijo.

—Buenos días —respondimos al unísono.

Era como recitar una frase en una obra. Una respuesta automática, que daba sin pensar, como si alguien hubiera gritado: «¡Acción!».

Besó a Rose y a Poppy en la mejilla, y luego se acercó a mí. Me agarré a los lados de la silla y apreté la mandíbula mientras se inclinaba para darme un beso. Sus labios tocaron mi sien y sentí náuseas. Cada vez que me rozaba, me daban ganas de gritar y echar a correr, pero, evidentemente, era imposible. Solo lo haría si perdiera la esperanza de poder escapar y quisiera acabar con todo.

Rose había preparado un desayuno pantagruélico con tortitas y ensalada de frutas, pero yo no podía soportar la idea de comer. Cuando me besó, pude sentir su piel sobre la mía, su olor rodeándome y sus ojos oscuros, pequeños y brillantes me quemaban. Hice lo que pude por apartar a Summer de esa escena, por seguir viendo a Lily y a Summer como a dos personas distintas, pero no era fácil.

Me sentí culpable, como si estuviera engañando a Lewis. Sabía que no era así, pero la idea seguía atormentándome. ¿Cómo se sentiría él? Furioso, triste y desesperado, eso seguro. ¿Traicionado, tal vez? No, eso no, porque nunca he querido a Clover y nunca lo haría. Fue él quien lo hizo todo. Lewis nunca se sentiría traicionado. ¿O sí?

—Bueno, ¿y qué habéis planeado hacer hoy? —preguntó en voz alta, sacándome de mis pensamientos.

«¡Vamos a cuidar de la chica a la que le rompiste las costillas ayer, cabrón de mierda!»

—Hemos pensado leer un poco, hace tiempo que no lo hacemos —respondió Rose, mientras me lanzaba una mirada de advertencia.

Me dieron ganas de abofetearla, pero en lugar de eso suavicé mi expresión y me obligué a sonreír.

—A ver si me acuerdo de compraros material nuevo pronto.

Rose asintió con la cabeza.

—Sería fantástico, Clover, gracias.

—De nada.

Estuve a punto de vomitar a causa de su melosa conversación. Pinché una frambuesa con el tenedor de plástico y respiré hondo. ¿Cómo podía actuar con normalidad a su lado? Siempre me daba la sensación de que no ocultaba lo suficiente lo mucho que lo odiaba. Miraba la habitación, a todos lados menos a él. Mis ojos se fijaron en el calendario: el cumpleaños de Lewis era la semana siguiente. ¿Íbamos a pasarlo separados?

Él quería ir a las carreras de caballos por su cumpleaños. Habíamos ido con la familia antes de ser novios, y nos había encantado a ambos. Él siempre decía que quería volver, de modo que planeamos hacerlo cuando cumpliera los diecinueve. Aunque yo no estuviera con él, deseé que fuera de todas formas. Estaba claro que no lo haría, pero quería que disfrutara de su cumpleaños.

—Había pensado que un día de estos, pronto, podríamos ver una peli —dijo Clover entre bocado y bocado.

Casi me caigo de la silla. Ver pelis por la noche era algo propio de la gente normal, no de él.

—Últimamente no he pasado mucho tiempo con vosotras, y me siento culpable.

«No te preocupes por eso», quise decir, pero seguí callada.

—Suenan genial —respondió Poppy, mordiéndose el labio.

Él sonrió un instante y luego recuperó su expresión tensa y nerviosa.

—Bien. Muy bien.

Pero ¿estaba bien? Me metí otra frambuesa en la boca y la mastiqué con la mirada puesta en el plato. Rose y Poppy también comieron en silencio, observándolo demasiado a menudo. Aunque solían conversar un poco, cada vez lo hacían con menos frecuencia. Era como si ya no supieran qué decirle, ni cómo iba a reaccionar a las cosas que solían decir.

Clover masticaba la comida demasiado rato, mientras sus ojos revoloteaban por el sótano de vez en cuando. Entonces dejó el tenedor, se rascó la barbilla y lo cogió otra vez. Rose lo miraba con el rabillo del ojo, con la cabeza un poco gacha.

Me mordí el labio. Me sentía inquieta y agitada. Procuré pasar desapercibida, comiendo lo que podía en silencio. Parecía que todos esperábamos la erupción de un volcán.

—Bueno —murmuró entre dientes, y se metió un montón de judías y salchicha en la boca.

Ninguna dijimos nada, pues no se dirigía a nosotras. Ni siquiera estaba segura de que se refiriera a la comida. Estaba ansiosa por volver con Violet y alejarme de él.

—Bueno, gracias por el desayuno —dijo, y se levantó bruscamente—. Nos vemos a la hora de la cena. Que tengáis un buen día.

Rose y Poppy se apresuraron a despedirse de él y empezaron a recoger. Estaban nerviosas y se movían demasiado rápido, como si quisieran que todo estuviera el doble de limpio, por si acaso..., pero ¿por si acaso qué?

Tras decidir saltarme la limpieza, y para no volverme loca de preocupación preguntándome por qué estarían tan alteradas, fui directa al dormitorio y me senté en la cama de Violet.

—Hola —susurró ella, abriendo los ojos.

—Hola. ¿Estás bien?

Ella asintió, aunque era evidente que no era cierto. Estaba pálida y tenía el pelo despeinado y grasiento.

—¿Quieres ducharte?

Violet frunció el ceño un instante. Sabía que estaba desesperada por hacerlo.

—¿Te importaría ayudarme?

Puse los ojos en blanco.

—Ya sabes que no.

Me levanté, extendí los brazos y la ayudé a levantarse de la cama. Ella intentó ocultar su dolor, pero entrecerró los ojos.

—Por lo visto, hoy vamos a leer...

—Fabuloso —respondió ella, arrancándome una carcajada.

Si no fuera por Violet, no sabía qué habría sido de mí. Ella me mantenía cuerda, bueno, todo lo cuerda que se podía estar ahí abajo. Entendía mi angustia, porque tenía las mismas ganas de salir que yo.

—Ya está —dije, mientras abría la puerta del cuarto de baño—. Voy a darte algo glamuroso que ponerte y una toalla.

Violet esbozó una sonrisa y abrió el agua de la ducha.

—Gracias.

Le di una toalla limpia y uno de nuestros uniformes, y volví al dormitorio. Faltaba una semana para que Lewis cumpliera diecinueve. Su último cumpleaños antes de los veinte. Deseaba celebrarlo con él con toda mi alma. ¿Cuántos cumpleaños más me perdería? Respiré hondo, me atusé el pelo, que ya estaba perfecto, y me preparé para otro día aburrido. «Todo saldrá bien.»

Miércoles, 11 de febrero (2009)

Theo abrió la puerta.

—¿Dónde está? —pregunté.

Él me dirigió una sonrisa de superioridad.

—Son las diez de la mañana, Lewis seguirá en la cama.

—Pero es su cumpleaños —refunfuñé, agitando el globo de cumpleaños.

Me encantaban los cumpleaños, fueran de quien fuesen.

Theo se encogió de hombros.

—Qué quieres que te diga, tengo un hermano muy perezoso.

—Bueno, pues voy a despertarlo.

Pasé por delante de Theo y subí la escalera a toda prisa. ¿Quién demonios se duerme en una ocasión tan especial? Abrí la puerta de su dormitorio y sonreí al verlo dormido con un brazo encima de la cara.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamé, y me tiré sobre la cama.

Él jadeó y se despertó de golpe, mirando a los lados con expresión desconcertada. Yo solté una risita. Estaba muy gracioso recién levantado.

—Pero ¿qué...? —gruñó—. Sum, ¿qué estás haciendo?

Le acerqué la cuerda del globo.

—Feliz cumpleaños.

Él volvió a tumbarse con un gruñido.

—Ah, no, ni hablar. ¡Levanta! ¡Vamos, hoy cumples diecisiete años! Ya puedes conducir legalmente. Bueno, podrás hacerlo después de aprobar el examen, pero no te costará. —Negué con la cabeza—. En fin, ¿cómo quieres celebrarlo?

—Durmiendo —masculló, con la voz amortiguada por las almohadas.

—Caray, qué poco te gusta madrugar.

Suspiré y me senté en su regazo. Él abrió los ojos en el acto. ¡Había conseguido llamar su atención!

—Hum, me gusta esta idea.

«Claro que sí.» Pasó una mano por mis caderas, mordiéndose el labio.

—Lo sé, pervertido, pero por desgracia para ti, no soy una chica fácil. Levanta. Tu madre está haciendo tortitas, y huelen de maravilla.

Me incliné para besarle. Mi corazón daba saltos mortales.

—Venga. —Salté de la cama y esperé a un lado—. ¿Quieres que baje y te traiga algo mientras te vistes?

—Te quiero, Summer —dijo, mirándome a los ojos con intensidad y sin hacer caso de mi pregunta.

Creí que el corazón me iba a estallar. A veces no le creía cuando lo decía. Casi nunca, en realidad. Era..., bueno, él era tan guapo, alto, moreno e increíblemente apuesto, y yo solo era yo.

—Y yo a ti también, cumpleañosero.

Se rio y se levantó de la cama para abrazarme. «¡Uf, va casi desnudo!» Solo llevaba unos pantalones de pijama de algodón. Tragué saliva. Mis hormonas tomaron el mando y mi cuerpo empezó a arder. «¡Vaya, vaya, vaya!» En el fondo estaba agradecida por todos los entrenamientos y los partidos de fútbol, porque le hacían un pecho maravilloso.

—¿Quién es la perversa ahora? Me siento como un pedazo de carne... — me provocó, sonriendo y haciéndose el presumido.

Puse los ojos en blanco y me alejé de la cama otra vez para abrir su armario.

—Bueno, pues acostúmbrate o tápate —contesté, mientras le lanzaba una camiseta.

Él la atrapó antes de que le diera en la cara y se la puso.

—Acabemos con esto entonces. Y gracias —dijo, señalando el globo que se había quedado pegado al techo.

—De nada. Pero que sepas que eso no es tu regalo de cumple.

Se le iluminó la mirada.

—¿Eres tú mi regalo?

Suspiré resignada.

—Abajo. Ahora.

Hizo un saludo y salió marchando del cuarto. Lo seguí escalera abajo con una sonrisa de idiota en la cara. Había querido estar con él durante años, y ahora por fin estábamos juntos. Era nuestro primer cumpleaños como pareja, y podía regalarle algo especial, porque ya sabía lo loca que estaba por él.

De pronto se detuvo al pie de la escalera.

—¿Tú sabías algo de esto? —me preguntó, señalando toda la decoración de cumpleaños con el brazo.

—Pues claro que sí. Lo he escogido casi todo —dije, con una sonrisa de orgullo.

Él frunció el ceño.

—No seas aguafiestas, Lewis. ¡Es tu cumple, y todo el mundo está muy contento!

«Sobre todo yo.» Pasar su cumpleaños con él, con él de verdad, era como hacer realidad un sueño, de modo que ya podía aguantarse. Nada iba a quitarme la ilusión, ni siquiera un tonto cascarrabias como él.

—Bueno... —dijo, y soltó un suspiro exagerado.

Yo le rodeé el cuello con las manos y me dio un beso.

—Sé que acabo de decirlo, pero te quiero mucho.

Juntó su frente con la mía y sonrió.

—Sé que acabo de decirlo yo también, pero te quiero mucho.

Clover

Lunes, 7 de febrero (presente)

Me desperté temprano. El sol seguía subiendo por el horizonte. Mi mente se centró de inmediato en la búsqueda de mi Lily. Me obligué a salir de la cama entre bostezos mientras me frotaba los ojos. Tenía que ir a trabajar. Tenía que hacerlo bien. Nadie podía sospechar nada. Toda mi familia corría peligro, y debía continuar con mi rutina habitual para protegernos.

Traté de reconocer en el espejo al hombre que fui cuando Madre aún vivía. Ya no era tan fuerte como antes, pero quería serlo. Lo intentaba. No quería decepcionarla. Podía hacer que el mundo fuera un poco mejor a la vez que hacía de mi mundo un lugar feliz. Sin embargo, una vocecilla procedente de algún rincón de mi cabeza seguía repitiendo la palabra «fracasado» una y otra vez, y supe que jamás se callaría hasta que lo consiguiera. «Le demostraré que se equivoca, y estará orgullosa de mí.»

Me duché a conciencia, dos veces, y me puse unos pantalones negros, una camisa azul y una corbata del mismo color. No volví a mirarme en el espejo. Ahora ya solo veía la sombra de un hombre que apenas se mantenía en pie. «No la necesitas, puedes hacerlo tú solo.» En realidad, sí la necesitaba, aunque no quisiera reconocerlo.

Frustrado, cerré la puerta del baño con un gruñido y bajé al sótano. Necesitaba ver a las chicas, ver cuánto me necesitaban, lo mucho que agradecían contar conmigo y con nuestra familia.

—Buenos días, Flores —dije, mientras descendía por la escalera.

La habitación estaba cargada de un fuerte aroma a bollos tostados.

—Buenos días, Clover —respondieron al unísono.

Lily bajó la mirada. Su timidez resultaba tan atractiva como entrañable. Pese a todo, esperaba que se abriera un poco más. No había ninguna necesidad de ser tan tímida delante de la familia.

Cuando me senté, me esperaba un plato de bollos calientes que rezumaban mantequilla fundida.

—Gracias, Lily.

Ella sonrió y musitó «No hay de qué». Siempre se mostraba un poco triste. Las sonrisas que regalaba casi nunca llegaban a sus ojos.

—¿Te encuentras mal, Lily?

—Estoy bien —dijo, y se sentó.

Por algún motivo, no la creí. Era la clase de jovencita que no se quejaba por cualquier tontería. Era fuerte, y por eso la respetaba.

—Y bien, ¿qué tenéis pensado para hoy? —les pregunté, antes de dar un buen bocado al bollo, cerrando los ojos reconfortado por su sabor.

Rose esbozó una sonrisa que iluminó sus preciosos ojos azules.

—Vamos a hacer punto. Hace tiempo que no tejemos. Por cierto, ¿podrías traernos más lana, por favor? Se está acabando.

—Por supuesto. La compraré al salir del trabajo.

—Gracias —respondió ella.

Le cogí la mano por encima de la mesa y se la estreché.

—De nada. Es un placer.

Los ojos azules de Rose hicieron chiribitas de alegría. El corazón me dio un vuelco. Cada vez que me tocaba significaba tanto para mí..., mucho más que cuando lo hacía cualquier otra. Ojalá pudiera volver atrás y preparar mejor nuestro primer encuentro.

—¿Qué tal el trabajo? —quiso saber ella.

—Aburrido, pero bien...

El problema no era el trabajo. Lo que me preocupaba era que todo el mundo supiera lo de los cadáveres. Solo era cuestión de tiempo hasta que la policía decidiera hablar con los compañeros de Christy, y yo era uno de ellos. Si no hubiera sido una zorra tan repugnante, no tendría por qué haber pasado nada. Se lo merecía.

Engullí el último bocado y me puse de pie, pues ya no quería seguir retrasando lo inevitable. Las chicas no habían acabado aún, y sabía que era una grosería marcharme, pero se trataba de un asunto demasiado importante.

—Perdonad que no me quede, pero tengo algo que hacer. Gracias por el desayuno.

—Bueno... —dijo Rose—. Hasta esta noche entonces. Espero que tengas un buen día.

Asentí con la cabeza y sonreí.

—Igualmente. Gracias.

Llegué al trabajo y fui directo a mi despacho.

—Buenos días, Colin. ¿Te apetece un café? —preguntó Jemma, mientras abría mi puerta.

—Buenos días, Jemma. Me encantaría, gracias.

Se fue, y encendí el ordenador. Había un montón de carpetas sobre el escritorio. «¿Y ahora qué?», pensé, y abrí la primera.

¿Cuándo llegarían? Miré el aparcamiento a través de la ventana. Nada. Intenté concentrarme en trabajar, pero no podía. No podía evitar martillear el suelo con el pie, y todo lo que había fuera me distraía: los pájaros, un gato, los coches, la gente, cualquier cosa.

Jemma volvió con una taza de café y la dejó encima del posavasos.

—Qué horrible lo de Christy. No imagino quién querría hacerle daño.

—Gracias. Sí, es verdad. Era una joven muy brillante. —«Que tomaba pésimas decisiones»—. ¿Estás bien?

Negó con la cabeza.

—Estoy alterada. Es que no puedo creerlo. Y todas esas mujeres en el canal... Es terrorífico.

—Tú, sobre todo, procura ir con cuidado.

—Desde luego —asintió—. Ahora siempre me recoge mi novio. Ya no me siento segura yendo a pie, con un asesino suelto.

Pestañee sorprendido mientras Jemma salía de mi despacho. «Asesino.» Yo no era ningún asesino. Solo intentaba poner remedio a un grave problema que había en el mundo. ¿Eso pensaba la gente de mí? ¿Que yo era un asesino?

Alguien llamó a la puerta y me hizo volver a la realidad. Abrió Sarah, la recepcionista.

—Señor Brown, hay unos policías en la recepción. Quieren hablar con alguien, con alguno de los jefes. ¿Les hago pasar?

El corazón me latía a mil por hora. No había visto ningún coche de policía. Me asomé por la ventana y no había ninguno. Tal vez estuviera delante del edificio.

—Claro, Sarah. Hazlos pasar, por favor.

Ella asintió y se retiró. Respiré hondo para prepararme psicológicamente y luego ordené los papeles que había en mi escritorio.

Un par de minutos después, dos agentes entraron en mi despacho y Sarah cerró la puerta tras ellos.

—Buenos días. Tomen asiento, por favor —dije, señalando las dos sillas que estaban contra la pared.

—Gracias. No le entretendremos mucho tiempo. Solo queremos hacerle las preguntas de rigor.

Asentí.

—Estaré encantado de colaborar en lo que haga falta.

Uno de ellos, la mujer, le dio la vuelta a una libreta y destapó un bolígrafo.

—Se lo agradecemos. Soy el inspector Brook y ella la inspectora McKinney —dijo el hombre, Brook.

—Christy era una mujer encantadora, siempre dispuesta a ayudar; nunca rechazaba a nadie que quisiera hablar. Es una pena que se viera envuelta en ese horrible lío.

—¿Lío? —preguntó el policía—. ¿A qué lío se refiere?

—Pensaba que ya lo sabrían. Christy y Greg Hart, otro de nuestros trabajadores, tenían una aventura.

Ambos levantaron la mirada, y la mujer escribió algo en su libreta a toda prisa. «Buena chica.»

—¿Sabe cuánto tiempo duró eso?

Negué con la cabeza.

—No sé, me enteré hace poco, cuando los oí discutir en el despacho de él.

—¿Por qué discutían?

—No lo entendí todo, pero Christy decía que quería ser la única. Supongo que le estaba pidiendo que dejara a su mujer. La señora Hart está embarazada. Di por hecho que Greg había recapacitado y había decidido arreglar las cosas con su familia.

—¿Y qué quería el señor Hart de Christy? —preguntó el hombre.

—Me temo que no puedo hablar por él, pero daba la impresión de que no buscaban lo mismo. Dijo que no quería tener una relación con ella. Como he dicho, tuve la sensación de que sabía que la infidelidad había sido un error. Pero no creerán que Greg tuvo algo que ver con esto, ¿verdad? Sería incapaz de matar una mosca.

«Vamos, vamos.»

—¿Cuándo vio a Christy por última vez? —preguntó Brook, haciendo caso omiso de mi insinuación.

—Aquel día se fue temprano de la oficina. Serían las cinco menos cuarto, creo. Al no volver al día siguiente, supuse que estaba enferma.

—¿Y nadie tuvo noticias de ella? ¿No llamó para avisar?

—No sabría decirle. No soy yo quien atiende esas llamadas. Tendría que hablar con alguien de Recursos Humanos..., con Jessica Peterson.

Brook asintió y McKinney anotó algo más.

—¿Alguna vez oyó al señor Hart mencionar a otra mujer?

Sonreí. Su línea de investigación se centraba en Greg.

—Delante de mí, no. Sí parecía que salía a cenar a menudo. Pensé que su mujer no sería muy buena cocinera.

Brook respondió con una sonrisa. Luego prosiguieron con sus preguntas, casi todas acerca de Greg, y centradas en averiguar qué clase de persona era y qué relación tenía con los demás, sobre todo con las mujeres. Cuando me preguntaron dónde estaba yo, se contentaron con mi explicación: en casa viendo *Ocean's Eleven*. No dudaba de que lo investigarían, pero sabía que estaban poniendo esa película cuando Christy murió.

—De acuerdo, creo que esto es todo de momento, señor Brown. Le dejo mi tarjeta por si se acuerda de algo más.

Me la tendió mientras se ponía de pie.

—Gracias por su tiempo.

Cogí la tarjeta y les dediqué una sonrisa a ambos.

—No hay de qué.

Había sido más fácil que quitarle un caramelo a un niño.

Summer

Miércoles, 9 de febrero (presente)

Miré el reloj y solo eran las ocho y media, demasiado temprano para acostarse. Si me iba a dormir muy pronto, me despertaría muy pronto y sufriría durante más horas hasta que llegara el desayuno.

Llevaba poco más de seis meses viviendo el mismo infierno, haciendo las mismas cosas entre las mismas cuatro paredes. Ni siquiera sabía por qué no había perdido ya la cabeza. O tal vez sí lo había hecho, pero estaba demasiado loca para darme cuenta.

La puerta del sótano se abrió con un crujido. Sabía que el hecho de que bajara después de las siete no auguraba nada bueno: solo venía a desayunar y cenar. ¿Iba a matar a otra persona? Ya había asesinado a demasiadas mujeres. No me podía creer que llevara tanto tiempo saliéndose con la suya.

Un grito agudo penetró mis oídos, y tragué saliva. ¿A qué pobre chica le habría tocado el turno esta vez? Casi había conseguido bloquearlo todo. Ver morir a alguien me ponía enferma, pero fingía que no era real y que la sangre era de mentira, como en las películas. Era mi «mecanismo de defensa», como lo llamaba Poppy. A mí me daba igual cómo se llamara. Me ayudaba. Me puse de pie y me acerqué a la pared de nuestro dormitorio, seguida de las demás. Teníamos que hacer algo. Siempre había que hacer algo, pero no lo hacíamos. El miedo era demasiado intenso. Ese era el motivo de que aún no lo hubiéramos matado entre las cuatro en aquel sótano.

Empujó a la chica escalera abajo con brutalidad, arrancándole gritos de dolor. Ella llevaba un peinado corto y sofisticado, algo nada femenino en opinión de Clover. A él le gustaba el pelo largo. La ropa que vestía también era corta, provocativa y ajustada. No tenía la más mínima posibilidad. Clover ignoraba por qué aquella chica vendía su cuerpo y no le importaba. Él era juez, jurado y verdugo.

Las lágrimas que le caían por las mejillas arrastraban con ellas el rímel. La chica descendió por la escalera a trompicones y se apoyó en la pared. Al levantar la cabeza, nos vio y sus ojos se abrieron con sorpresa.

—Ayúdame —suplicó, con voz temblorosa.

Mis ojos se inundaron de lágrimas. Parecía tan asustada e indefensa... Las demás estábamos igual de asustadas. Quería hacer algo, pero sabía que era inútil. Yo sola jamás podría con él.

Clover le dio una fuerte patada en el estómago, lo que le provocó nuevos aullidos de dolor. Le había roto algo. Me tapé la boca con la mano al sentir arcadas. Entonces me dejé caer en el sofá y me encogí en un ovillo.

—No te dirijas a ellas. No son como tú —le dijo él, sin ocultar su repugnancia.

Tenía la cara muy roja y los ojos tan fríos que parecían los de un muerto. Lo cierto es que tenía que estar muerto por dentro para hacer esas cosas. Le asestó otra patada, y se oyó un crujido acompañado de un grito. Tragué saliva y me abracé las piernas.

¿Por qué lo hacía? Antes se limitaba a apuñalarlas. ¿Por qué se ensañaba de ese modo? ¿Acaso disfrutaba más así?

—No, por favor —masculló ella—. Deja que me vaya, por favor.

Su respiración era agitada y entrecortada. Él respondió ladeando la cabeza con una sonrisa. Ver cómo disfrutaba con su sufrimiento me provocó un escalofrío. Cómo lo odiaba...

—¡Eres tú quien me obliga a hacerte daño! ¡Si no fueras por ahí destrozando la vida de personas inocentes, no tendría por qué hacerlo! —bramó, mientras le daba un puñetazo en la cara.

Ella cayó de rodillas por el golpe, y la sangre salpicó el suelo.

En los ojos de Clover se reflejó el asco que le causaba la sangre derramada. «¡Oh, no!»

Se le hincharon las venas del cuello, y tenía el rostro lívido de furia. Sacó el cuchillo. «Ya está.» Ella gritó y agitó brazos y piernas en un intento por apartarlo.

—¡No, no, no! No, por favor.

Tenía los ojos como platos, como una niña que tratara de demostrar su inocencia. No iba a servirle de nada. Nunca dejaba escapar a ninguna.

Mi rostro se llenó de lágrimas con tanta rapidez que todas parecían una sola e inacabable. Ya sabía lo que iba a pasar. Él le dio otra patada brutal en el costado, igual que antes. Ella se quedó sin aliento y se llevó las manos a las

costillas. Mientras miraba hacia abajo, le clavó el cuchillo en el estómago, se lo sacó y se lo volvió a clavar. La sangre manó de las heridas. Sentí náuseas y combatí el deseo irrefrenable de vomitar.

La chica se atragantó y la sangre cayó al suelo desde su boca. Su cuerpo se desplomó, y su garganta emitió un sonido que me hizo temblar de la cabeza a los pies. Con un último estertor, su cuerpo se quedó inmóvil. Me temblaron los labios. «No pienses en ella como en una persona», me dije a mí misma. Me imaginé un pedazo de carne en el suelo, los restos de un animal sacrificado. Tenía que bloquearlo.

—Limpiad esto. Ahora —gruñó, y subió corriendo la escalera.

¿Seguiría matando si fuera él quien tuviera que cerrarles los ojos y fregar la sangre? Un charco de color rojo se iba extendiendo debajo del cuerpo y se acercaba a donde yo estaba. Lo miré con fascinación morbosa. Había tanta sangre en el interior del cuerpo humano... y, sin embargo, no hacía falta perder una gran cantidad de ese brillante líquido rojo que fluía por nuestras venas para sufrir daños graves.

—Lily. —La voz de Rose me devolvió a la realidad—. ¿Me ayudas, por favor?

Asentí con la cabeza.

—Voy.

Me acerqué al cadáver con cuidado y me agaché a su lado. El olor de la sangre me inundó las fosas nasales, produciéndome arcadas. Se me empañaron los ojos y tuve que ponerme de pie.

—Lo siento, no puedo —murmuré, y me fui corriendo al cuarto de baño.

Vomitó en el inodoro. Las lágrimas me caían por el rostro mientras me inclinaba sobre la taza. Jadeé intentando recuperar el aliento. No podía hacerlo. No podía limpiar los restos de sus asesinatos.

—¿Lily? —me llamó Poppy desde el otro lado de la puerta.

Cerré los ojos con fuerza. «¡Déjame en paz!» Me agarré la cabeza con las manos, derrumbada contra la pared. Sentía que me ahogaba. Lo odiaba, y odiaba estar ahí abajo. Poppy entró y se arrodilló delante de mí.

—No puedo hacerlo —le dije.

El nudo de la garganta se me hizo más grande, y empecé a sollozar con espasmos en el pecho.

—Vamos, no pasa nada. Sí que puedes, Lily. No tienes más remedio.

Negué con la cabeza. En absoluto tenía por qué hacerlo.

—No, no es verdad —repliqué jadeante.

—Sí lo es. No pienses así, por favor. Estaremos bien. Todas estaremos bien.

Me hice un ovillo, abrazándome fuerte. Ya había oído lo de «Todo saldrá bien» demasiadas veces. ¿Cuándo iban a mejorar las cosas? Cuando Lewis lo decía, era cierto. Cuando me abrazaba, todo parecía estar bien, aunque solo fuera un instante. Pero él no estaba ahí, y yo lo necesitaba más que nunca.

Me iba a estallar la cabeza. Era como si alguien me estuviera golpeando con un martillo sin parar. Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y respiré honda y entrecortadamente.

—No puedo ayudaros a hacer eso.

Ella me acarició el pelo.

—Lo sé, y no tienes por qué hacerlo. Quédate aquí, ya vendré a por ti cuando acabe. Tú ve aseándote para cuando él vuelva.

Entonces se puso de pie y se fue. Quería lavarme, pero no por él. Me sentía sucia y aún conservaba el sabor del vómito en la boca.

Haciendo un esfuerzo, abrí el grifo del agua fría y metí la boca debajo. El agua fresca me hizo sentir algo mejor. Luego me la eché en la cara. Tenía los ojos rojos e hinchados de tanto llorar. Estaba horrible. ¿Cómo iba a poder sobrevivir otro día más? Sobre todo sin saber cuándo acabaría aquello, si es que acababa. Puede que pasara varios años en el sótano. Si supiese cuánto tiempo iba a transcurrir, tal vez pudiera tomar una decisión. Ahora bien, lo que sí podía hacer era negarme a aceptar la situación. Prefería morir antes que conformarme.

—Ya hemos terminado, Lily. ¿Puedo pasar? —dijo Poppy tras llamar a la puerta.

Había sido rápido. Solo diez minutos. Si existiera un récord mundial de limpiar con mayor rapidez la escena de un crimen, sin duda lo obtendrían ellas. Abrí la puerta y la recibí con una sonrisa.

—Tienes mejor aspecto.

Mejor aspecto puede, pero no me sentía mejor. Ella dejó escapar un suspiro.

—Ve a ducharte. Le diré que no te encontrabas bien y que te has acostado temprano.

—¿Crees que le parecerá bien?

—Podemos dormir cuando queramos, Lily.

Siempre que no interfiriera con sus horarios de comida, claro...

Cuando salí del cuarto de baño, la sala de estar estaba impoluta. Costaba creer que hubieran matado a una chica media hora antes. Casi parecía mentira, o una pesadilla. La situación era tan increíble que me hacía dudar de mi buen juicio. ¿Y si me había imaginado esa muerte? Mi sentido de la realidad se

debilitaba día a día, y me aterrorizaba pensar que pudiera estar volviéndome loca como Rose. Ni ella ni Poppy me habían pedido una sola vez que las llamara por su verdadero nombre.

Había otro periódico en la mesita, pero me negué a echarle un vistazo. Ver los rostros de mi familia era una tortura.

Entré en el dormitorio haciendo caso omiso de las miradas de Rose y me metí en la cama. Me dio por pensar que mi situación era la peor. Sí, Rose y Poppy no tenían a nadie que las buscara —que nosotras supiéramos—, pero tampoco echaban tanto de menos a nadie como para sentir la misma angustia que me asfixiaba a mí. Echaba de menos todos aquellos pequeños momentos tan especiales que había pasado con mi familia y las cosas que hacía con Lewis, hasta las tontadas como jugar a los bolos o ir de compras los fines de semana.

Me di la vuelta sobre el estómago y enterré la cabeza debajo de la almohada. ¿Había tocado fondo al desear no tener a nadie? Se me rompió el corazón, y sollocé sobre las sábanas.

Sábado, 5 de junio (2010)

—Venga, Lewis. Levántate.

Le tiré del brazo con ternura. Siempre que había que ir a cualquier parte o hacer algo temprano, tenía los mismos problemas para sacarlo de la cama. ¡Era como un niño!

Él respondió con un gemido.

—Déjame dormir, nena.

—De eso nada. Arriba —respondí, mientras le arrancaba la colcha de encima.

Él gimió de nuevo, se dio la vuelta y se tapó la cabeza con la almohada. Íbamos a la boda de su tía y teníamos que salir en menos de una hora. Yo ya llevaba dos horas en pie, había desayunado, y me había duchado y vestido. Además, como me había llevado mis cosas a su casa, también me había maquillado y alisado el pelo.

—En serio, Lewis, nos queda una hora.

—¿Una hora? —murmuró sobre la almohada.

—¡Sí!

—Pues llámame dentro de treinta minutos.

Suspiré de impotencia. Por las mañanas estaba imposible. Pero de pronto se me ocurrió algo que le haría espabilar.

—De acuerdo. Tú duérmete. Yo voy a quitarme el sujetador, que me está matando —le dije como si nada, y me quité la parte de arriba.

Él dio un respingo, pero no levantó la mirada: pensaba que era un farol. Entonces sonreí y tiré el top al suelo. Ese sonido despertó su interés. Se dio la vuelta a la velocidad del rayo y se apoyó sobre los codos.

—Perdona, ¿decías que te ibas a quitar el sujetador? —dijo, entornando los ojos con picardía.

Yo me encogí de hombros.

—Ha dejado de molestarme, pero ya que estás despierto, podrías levantarte. Me aparté de él cuando trató de agarrarme.

—Eso no vale. ¡Me has engañado! —se quejó.

Yo solté una risita y me fui de su lado.

—¿Summer?

Cuando me volví, me sorprendió encontrármelo tan cerca. La risa me había impedido oírlo. En ese momento me cogió de la cintura, me acercó a él y, mirándome a los ojos, me soltó un «te quiero» que me hizo tocar el cielo.

—Yo también te quiero. ¡Y ahora, empieza a arreglarte!

Le di un empujón en el pecho, que no se esperaba, porque le hizo trastabillar. Luego refunfuñó y torció el gesto, y yo puse los ojos en blanco. Menudo niño grande estaba hecho...

Llegamos a la iglesia diez minutos tarde y tuvimos que sentarnos en la parte de atrás. Me enfadé mucho con él cuando todo el mundo se nos quedó mirando. Lo fulminé con la mirada, pero Lewis se limitó a decirme con los labios que me quería para congraciarse conmigo. «¡No te librarás tan fácilmente, colega!» Fruncí el ceño y centré mi atención en los novios.

Su tía Lisa y su ya casi marido, Brian, leyeron los votos. Los habían escrito ellos mismos y eran preciosos. A mí me volvían loca las bodas, sobre todo cuando eran tan personales como aquella.

—¿Estás llorando? —me susurró Lewis, a la vez que chocaba su hombro con el mío.

Parecía que intentaba sofocar una sonrisa de complacencia. Cada vez que yo lloraba de felicidad, se reía de mí.

—¡Siento no ser una amargada como tú! —dije en un cuchicheo.

A él se le escapó una carcajada que transformó en tos. Toda la iglesia se quedó en silencio y, de nuevo, la gente se volvió para mirarnos. Entonces puse unos ojos como platos, y se me encendió la cara de vergüenza. Estar con Lewis era a veces, o mejor dicho, casi siempre, como tener que hacer de niñera.

—Perdón —dijo, fingiendo de nuevo que tosía, mientras se daba palmadas en el pecho.

Me pregunté si podría cambiarme de sitio sin que nadie se diera cuenta.

Una vez concluida la ceremonia, todos salieron al exterior para el cóctel y las fotos. Lewis me cogió de la mano y me acarició la palma con el pulgar. Me resultaba imposible estar enfadada con él durante mucho tiempo.

—Tú siempre tan puntual, Lewis —bromeó Lisa, mientras se acercaba a abrazarlo.

—Sí, perdona, es que Summer ha tardado un siglo en arreglarse el pelo.

Me quedé mirándolo con la boca abierta. ¿En serio me estaba echando a mí la culpa?

—No te preocupes, cielo. Sé cómo es —me dijo ella con un guiño.

—Mejor —respondí, mientras miraba a Lewis con los ojos entornados—. En fin, ¡enhorabuena!

La abracé y le di un beso en la mejilla.

—Eso, lo mismo digo —añadió Lewis, señalándome con la cabeza.

—Gracias —respondió Lisa con sarcasmo, y le pellizcó un moflete.

Él frunció el ceño, levantó la barbilla y le apartó la mano. «Ja.»

—Bueno, será mejor que vaya a saludar a todo el mundo antes de que me emborrache.

Entonces, tras dedicarnos una sonrisa, se fue a hablar con los padres de Lewis.

—Venga, nena, vamos a por champán. Voy a necesitar alcohol para sobrevivir a esto.

Me dio un beso en la sien y me cogió de la cintura. Era verdad, cuando se reunían todos, la familia de Lewis podía llegar a ser un poco... extravagante. Aún recordaba el incidente del baile irlandés durante el cumpleaños de su madre.

Puse los ojos en blanco.

—Eres demasiado joven para ser tan gruñón, lo sabes, ¿no?

Tampoco le gustaba que su abuela tuviera un millón de historias que contar de cuando era un bebé. A mí, sin embargo, me encantaba.

—¿Así que ahora soy demasiado joven? Pero si siempre estás dándome la brasa con que soy muy mayor. Vas a tener que decidirte por una de las dos opciones.

Alzó una ceja esperando una respuesta, pero yo me encogí de hombros.

—Supongo que depende del humor con el que me levante.

Entonces se rio entre dientes y me acercó para besarme.

Lewis**Jueves, 24 de febrero (presente)**

Estaba tumbado en la cama de Summer, despierto. Eran las dos y media de la madrugada, y no había dormido más de una hora. Tenía una sensación desagradable en la boca del estómago. Solo podía pensar en que algo iba muy mal, incluso peor que el hecho de que hubiera desaparecido. Ese día se cumplían siete meses de su ausencia. ¿Habría pasado demasiado tiempo para encontrarla con vida? Era incapaz de descartar todas las posibilidades. Estadísticamente, la cosa pintaba mal, pero debía creer que aún estaba viva.

Tenía que volver pronto. No podía razonar con claridad. Odiaba cada segundo que Summer pasaba ahí fuera sin saber si seguíamos buscándola. Siempre que lo pensaba me ponía enfermo, furioso, y lo único que quería era golpear algo o a alguien. Alguien sabía lo que pasaba, pero nadie había hablado. Los odiaba. Odiaba a todo el mundo, pero sobre todo me odiaba a mí mismo.

No tendría que haberla dejado ir sola a ese puto concierto. No sé cómo habría podido detenerla, pero tendría que haber encontrado la manera. Debería haberme comportado como el típico novio capullo y haberla obligado a quedarse conmigo. Se habría cabreado mucho, pero aún estaría aquí. Me incorporé en la cama y me froté las sienes al notar un dolor de cabeza incipiente por la falta de sueño. Odiaba despertar cada mañana sabiendo que me esperaba otro día de búsqueda desesperada, dándome cuenta de que al final volvería a estar solo en la cama de Summer mientras ella seguía viviendo un infierno en algún lugar.

—Lewis.

Henry abrió la puerta del cuarto del baño.

—Estaba pensando en hacerle una visita a Hart.

«¡Por fin!» Había querido ir a ver a Greg Hart desde que la policía lo había soltado después de interrogarlo. No tendrían que haberlo dejado libre, y mucho menos después de hallar ocho cadáveres en el canal. Pensaban que los asesinatos habían comenzado cuatro años antes. Sin embargo, la búsqueda no había terminado aún, y no descartaban encontrar más cuerpos.

—Ya me imagino la respuesta, pero ¿quieres venir? —me preguntó.

Ladeé la cabeza al oírlo. La idea había sido mía, y Henry la había rechazado un millón de veces por distintos motivos. Ya sabía que no era buena idea, pero eso no iba a detenerme. No podría ni relajarme, ni comer ni dormir hasta que la encontráramos. Pero la investigación no avanzaba, y yo me sentía atrapado al no saber nada.

—Sabes que sí.

Si pudiera hablar con él, tal vez conseguiría que me dijera dónde estaba Summer.

—Henry, ¿no te pareció un poco raro el tipo aquel que participó en la búsqueda, Colin Brown?

Theo me había dicho que no hacía más que decir tonterías y buscar respuestas donde fuera, pero el hombre daba mal rollo. No me quitaba su cara de la cabeza.

—No mucho. ¿A qué te refieres con «un poco raro»?

—No sé. —Suspiré hondo. Puede que estuviera aferrándome a cualquier explicación descabellada—. Es que era tan... frío. Todos lo que participaron en la búsqueda lo hicieron porque querían encontrar a Summer. Él parecía estar haciéndolo por obligación.

Henry arrugó la frente.

—¿Y dedujiste todo eso de la única conversación que mantuviste con él?

—No lo sé. Era... —Negué con la cabeza. No sabía ni lo que quería decir—. Da igual.

—Puede que no supiera cómo reaccionar. Olvídate de eso, Lewis; tenemos que centrarnos en conseguir que Hart hable. La policía lo está vigilando, así que no será fácil. Pensaremos en ello por la mañana. Ahora duérmete —me ordenó antes de salir.

Me tumbé con un suspiro y miré al techo. Tal vez Henry tuviera razón acerca de Colin. Debía concentrarme en Hart, el único sospechoso real de la policía, o persona de interés, lo que fuera en ese momento.

Pero dormir era una hazaña imposible. Era incapaz de relajarme, a pesar de estar agotado después de haberme pasado todo el día andando. Miré la foto de nosotros que Summer tenía enmarcada en la mesilla. Parecíamos muy felices, y lo éramos. A veces me sacaba de quicio, pero la quería y haría lo que fuera por ella. Me dolía ver la foto, pero no podía dejar de mirarla; mis ojos no se apartaban de su rostro perfecto.

—Dime dónde estás, nena —le susurré, con un nudo de inquietud en la garganta.

—¡Lewis! —gritó alguien al otro lado de la puerta.

De golpe, abandoné mi estado de duermevela.

—El desayuno está listo. Date prisa, quiero salir pronto —añadió Henry.

Me desperecé y me froté los ojos.

—Vale, estoy despierto.

Eran las seis de la mañana. La última vez que había mirado el reloj había sido a las 4.23. Me escocían los ojos por la falta de sueño, y estaba hecho polvo. Necesitaba comer y un par de bebidas energéticas. Eché un último vistazo al retrato de Summer mientras estiraba mis miembros doloridos y me preparé para otro día de incertidumbre.

Mi estómago era un amasijo de nervios. Estaba inquieto ante la perspectiva de hablar con Hart. Hasta el punto de que no tenía ganas de averiguar lo que podía decirnos. Todo se volvería demasiado real. Cuando bajé a desayunar, mi madre y Dawn eran las únicas que seguían en la cocina. Me senté a la mesa y me obligué a mordisquear una tostada, pero fue inútil; estaba demasiado mareado.

—Voy a llevarme un par de barritas de cereales —dije, mientras dejaba la tostada medio mordida en el plato.

De todos modos, nada me sabía bien.

Dawn me miró frunciendo el ceño.

—Sí, más te vale.

Sus ojeras eran cada vez más pronunciadas. Dudaba mucho de que lograra pegar ojo. A menudo la oía dando vueltas por la casa de madrugada.

—¿Adónde iréis hoy? —preguntó mamá.

—Al pueblo y puede que nos acerquemos a la ciudad. La verdad es que aún no lo sé.

—¿Estás preparado, Lewis? —dijo Henry, con la cabeza apoyada en el marco de la puerta.

Me levanté, impaciente por ponerme en marcha.

—Sí.

Dawn asintió y se enjugó una lágrima.

—Llamadnos y tened cuidado.

—Vale, mamá —respondió Henry—. Hasta luego.

Salí delante de Henry y subí al coche.

—Bueno, ¿y cuál es el plan? —quise saber—. Deberíamos tener algo previsto, aunque la verdad es que solo me apetece darle una paliza de muerte.

Él se rascó la barbilla con el ceño fruncido.

—Aún no lo sé. ¿Se te ocurre alguna idea?

—No. —Negué con la cabeza—. Tendremos que ir hasta allí y comprobar hasta qué punto es efectiva la vigilancia de la policía.

—Pues sí. Es lo que toca, ¿no?

—Exacto. Por Sum. ¿Crees que podremos colarnos en su casa?

—Eso espero... Seríamos unos ladrones de pacotilla. —Soltó una risa amarga—. Me siento como si estuviera en una película.

—Vin Diesel está a punto de aparecer por la esquina montado en un cochazo deportivo tuneado para liarse a tiros.

Seis meses antes habría empezado a conducir como un loco, y Henry habría fingido disparar por las ventanillas. Me encantaría volver a ser el idiota despreocupado que era entonces.

Cuanto más nos acercábamos a la casa, más cabreado estaba. La sangre me hervía en las venas. Aparcamos el coche al final de la calle para poder vigilarlo sin que nos viera.

—No veo a la policía —observó Henry, mientras oteaba de un lado a otro la calle.

—Esa es la idea, Henry —mascullé.

Negué con la cabeza y volví a mirar hacia la casa. Allí estaba él. Apreté los dientes y sentí cómo se tensaba cada músculo de mi cuerpo. Estaba fuera, recogiendo un periódico de la entrada. Tenía la intención de mantener la calma, pero me volví loco al verlo. Quería arrancarle la cabeza. La adrenalina me fluía por el cuerpo, y salí corriendo del coche.

En ese momento ya no pensaba en conservar la calma y hacer que confesara. El hombre que me había arrebatado a Summer estaba a unos metros de mí, e iba a matarlo. Ni la amenaza de la cárcel podía detenerme. Me daba igual.

Alzó la mirada y me vio correr hacia él. Entonces, levantó las manos y me dijo que me alejara. «Ni de coña.» Me lancé sobre él, lo agarré del cuello de la camisa y le pegué un puñetazo en la cara con todas mis fuerzas. La satisfacción que me produjo oír el crujido de su mandíbula no duró más de un segundo. Seguía teniendo a Summer en su poder.

—¿Dónde está?! —grité, con el puño preparado para asestarle otro golpe.

No podía pensar con claridad. Quería respuestas, y que alguien me dijera dónde estaba y qué le había pasado. Por supuesto, también quería que alguien pagara por ello.

—Dime dónde está.

Le di otro puñetazo que le partió el labio. Era incapaz de expresar con palabras cuánto lo odiaba.

—No lo sé. ¡Yo no he hecho nada, lo juro! —gritó él a su vez, mientras me apartaba de un empujón.

—Te juro por Dios que si no me dices dónde está...

Gruñí y tragué aire cuando de repente alguien me agarró por detrás y me tiró al suelo. Esperaba que fuera Henry, pero, al mirar por encima del hombro, vi que era un agente de policía. No me importaba que me detuvieran. Solo me preocupaba que lo hicieran demasiado pronto.

El agente me leyó mis derechos mientras me esposaba.

—Lewis, te prometo que yo no le he hecho nada a Summer —protestó Hart.

—No te atrevas a decir su nombre. Dime dónde la tienes. Dime dónde está.

Henry estaba a mi lado con la mirada perdida y alucinando. «Muy bonito, Henry, gracias por tu ayuda, colega.»

—Un momento —dijo al fin—, no pueden llevárselo. Solo ha hecho lo que todos queríamos hacer.

—¡Cállate, Henry!

¿Qué sentido tenía que hablara ahora? Tiré de las esposas, que me arrancaron una mueca de dolor tras clavármelo en la piel.

—Puedo solo, gracias —dije con mala cara cuando un policía me empujó hacia delante, en dirección al coche de paisano que había medio oculto tras el seto de un vecino.

Entré en el vehículo sin poder creérmelo. Ese cabrón podía volver a su casa y tomarse un té mientras que a mí me llevaban arrestado a la comisaría.

—No se lo cuentes a nadie —le advertí a Henry, mientras la puerta se cerraba de un golpe.

Me tumbé en el coche y cerré los ojos. A Summer le habría dado un ataque si hubiera sabido que me habían detenido. Imaginé su expresión de ira y sonreí. Tendría los ojos entornados y se le marcarían unas arruguitas en el entrecejo. Había visto esa cara un millón de veces, sobre todo cuando no quería levantarme por las mañanas.

Me di cuenta de que me había quedado con las llaves de mi coche cuando llegamos a la comisaría unos minutos más tarde. ¿Cómo narices iba a volver Henry a casa? Esperaba que llamara a Theo y no a sus padres. No quería que se enterasen. Me abrieron la puerta y salí sintiéndome como un puto delincuente. ¿Qué coño iba a hacer si Hart me denunciaba? Sabía que no debería haberle pegado, pero fui incapaz de contenerme al verle la cara.

Michael levantó la vista cuando me escoltaron dentro de la comisaría con las manos esposadas a la espalda. Me miró dos veces y le dijo algo a un compañero al tiempo que se me acercaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, mientras me miraba primero a mí y luego al agente que me sujetaba del brazo.

—Lo hemos detenido en casa de Hart. En realidad, hemos tenido que sacárselo de encima.

Michael asintió una vez.

—Ya me ocupo yo. Puedes quitarle las esposas.

El policía que me había detenido pareció molestarse, y yo intenté no mostrarme arrogante. Las esposas volvieron a clavármeme en la carne mientras me las quitaban. Me resistí a hacer una mueca de dolor.

—Por aquí —murmuró Michael, y echó a andar por un pasillo.

Abrió una puerta y me indicó que entrara en una pequeña sala de interrogatorios. Tenía una expresión dura y seria. Me sentí como si hubiera vuelto al colegio y me hubieran mandado al despacho del director. Me senté a un lado de la mesa de madera oscura.

—Espera aquí —me dijo, y se fue.

Miré alrededor y me pregunté si sería la misma sala donde habían hablado con Hart. ¿Fue ahí donde se las arregló para convencerlos de su inocencia? Me senté en la silla de plástico duro y me froté las muñecas. ¿Qué puñetas estaba haciendo Michael?

Reapareció diez minutos después y se sentó delante de mí.

—¿Y bien? —dijo.

Suspiré y apoyé los codos en la mesa.

—Solo quería que me dijera dónde está Summer.

—¿Y pensaste que se lo sacarías a puñetazos?

—No era lo que había planeado, pero perdí el control cuando lo vi. Con esa cara de chulo. —Me hirvió la sangre—. Quería matarlo. —«Quiero matarlo.»

Michael levantó una mano.

—Tienes que tranquilizarte. Acabo de hablar con el señor Hart, y no piensa denunciarte. Pero no creas que te vas a ir de rositas. Como se te ocurra volver a intentarlo, seré yo mismo el que te meta en el trullo. Hoy te has librado muy fácilmente, Lewis, pero no volverá a ocurrir.

—¿Fácilmente? —repetí incrédulo—. Han secuestrado a mi novia, no tenemos ni idea de dónde está ni de lo que le ha pasado, ¿y crees que me he librado fácilmente?

—Sabes muy bien a qué me refiero, Lewis. Te recuerdo que el señor Hart no ha sido acusado de nada. —Se inclinó hacia delante—. Mira, sé que esto es duro para ti. Sé que quieres respuestas, pero tienes que dejarnos hacer nuestro trabajo.

—¿Y cuándo vais a empezar a hacer vuestro trabajo exactamente? —siseé—. Han pasado ya siete meses.

El gesto de su rostro se endureció.

—Ya puedes marcharte, Lewis.

Me levanté de un salto, tirando la silla al suelo, y me fui dando un portazo. «¡A la mierda!» Al salir, vi a Henry en la recepción, discutiendo con un policía.

—Henry. —Le tiré del brazo—. Vámonos.

—Oye, ¿qué ha pasado? —preguntó, echando a correr detrás de mí.

Necesitaba irme de allí. No estaban haciendo nada por Summer. No les importaba lo bastante.

—Nada. No van a presentar cargos. ¿Dónde está Theo? —dije, al ver el coche de mi hermano.

—Lo he dejado en el trabajo después de que me recogiera. Me ha prestado su coche. Entonces, ¿no te van a hacer nada?

—Por lo visto el señor Hart no quiere demandarme. —Subí al coche y cerré la puerta con fuerza—. Vamos al pueblo con su foto. Pasaremos a coger mi coche de vuelta a casa. No quiero perder todo el día.

—Vale. No piensas rendirte nunca, ¿verdad, Lewis?

Fruncí el ceño.

—Claro que no. ¿Por qué lo preguntas?

Negó con la cabeza. Eso jamás sucedería. No podía seguir adelante sin saber dónde estaba y qué le había pasado. Se me secó la garganta y me escocieron los ojos. «¡No llores!»

—¿Tú quieres rendirte?

—No, no puedo dejar de buscar a la pesada de mi hermana pequeña. —Se rio al recordar algún momento con ella—. Aunque tiene la habilidad de volverme loco.

—Lo sé. —Sonreí—. Me he tragado muchas de vuestras discusiones.

—Siempre empezaba ella —dijo, y ambos nos reímos.

Darí­a lo que fuera por volver a oír sus broncas diarias y los portazos que daba Summer cuando se encerraba en su cuarto.

Henry aparcó en la calle principal.

—¿Nos separamos o vamos juntos? —preguntó.

—Juntos por la recta y nos separamos al final.

Echamos a andar calle abajo, cuando vi a Colin salir de una puerta. Sujetaba dos bolsas, en una llevaba libros y en la otra, lana. ¿Qué demonios pensaba hacer con la lana?

—Henry —dije, mientras señalaba con la cabeza en su dirección.

—¿Es el rarito que te da mal rollo?

—Está claro que algo de rarito tiene. Mira lo que ha comprado. ¿Para qué iba a querer eso?

Henry se encogió de hombros.

—Para tejer libros, supongo.

—Lewis, Henry —dijo Colin, deteniéndose delante de nosotros.

—Hola —murmuró Henry.

—¿Qué tal estáis?

«¿Qué ocultas?» Me encogí de hombros. No quería que supiera lo mal que me sentía.

—Tenía pensado pasar para echar otra mano con la búsqueda.

—Te lo agradecemos. Cuanta más gente se apunte, mejor —respondí.

Quería que viniera con nosotros. Así tal vez podría averiguar algo de él.

—¿Os seguís reuniendo en el mismo sitio?

—Sí —afirmé—. En el ayuntamiento de Long Thorpe, a las siete de la mañana todos los días.

La asistencia mejoraba los fines de semana, pero entre semana tampoco estaba mal. Había mucha gente que se preocupaba por Summer y deseaba que volviera a casa sana y salva.

—Pues pasaré este fin de semana. ¿Cómo lo llevan tus padres? —le preguntó a Henry.

—Mi padre se pasa cada segundo que está despierto buscando a Summer, y mamá, llorando —dijo con total sinceridad.

Colin asintió con gesto compungido, pero sus ojos no transmitían ninguna emoción. Estaban vacíos. Parecía aburrido. Algo no iba bien, y esta vez no podía pasarlo por alto. La gente normal te mostraba compasión: tenían algo que decir. Incluso los que se quedaban sin palabras al menos mostraban empatía.

—Bueno, espero que la encontréis pronto. El domingo me uniré a la búsqueda.

—Sí, gracias —dijo Henry.

Colin dio media vuelta y se marchó caminando en la dirección opuesta a la que habíamos llegado. Lo observé mientras se alejaba aferrando sus bolsas. Tenía los nudillos blancos como el papel y las cogía con demasiada fuerza. ¿Por qué? A duras penas resistí el impulso de seguirlo.

—Al menos, el domingo podremos pasar un rato con él. Tal vez se le escape algo.

Henry frunció el ceño.

—¿Y qué crees que puede escapársele?

—Todavía no lo sé. ¿Crees que deberíamos seguirlo?

Por supuesto, ya conocía su respuesta.

—¿Cómo? Por favor, Lewis, no puedes ir por ahí acosando a la gente.

Apreté la mandíbula. «Espera y verás.»

—Intento encontrar a mi novia. Haré lo que haga falta y acosaré a quien sea necesario.

Estaba seguro de que él lo entendería. También quería a Summer. ¿Cómo no iba a estar dispuesto a hacer lo necesario para encontrarla?

—Disculpen —dije al detener a dos ancianitas que pretendían seguir adelante. Les enseñé una foto de Summer en el móvil—. ¿Han visto a esta chica?

Clover

Domingo, 27 de febrero (presente)

Llegué al ayuntamiento, donde se organizaba la búsqueda de Lily. Había un millón de cosas que hubiera preferido hacer en lugar de estar allí, pero necesitaba saber cómo iba su búsqueda. Además, me pareció buena idea que me vieran de nuevo ayudando. Había algo en la forma de mirarme de Lewis que me inquietaba. Y eso me volvía paranoico. Me pasaba los días ansioso y mirando por las ventanas. El temor a que alguien sospechara de mí se estaba apoderando de mi vida, y debía acabar con cualquier posibilidad de que el miedo se volviera real.

La estancia, de paredes lisas color crema, estaba abarrotada de gente. Fruncí el ceño, porque, a pesar de que la policía había cancelado la búsqueda oficial, seguían acudiendo muchos voluntarios. ¿Por qué no la dejaban en paz? Estaba mejor conmigo. Igual que todas mis chicas. Me alejé con disimulo de un vagabundo cargado de enfermedades, que de tanto toser parecía estar a punto de expulsar un pulmón por la boca. Estaba cerca de la puerta, así que probablemente su presencia allí se debía más a la calefacción que a su intención de ayudar.

A los pocos segundos de mi llegada, la gente comenzó a salir sin levantar la mirada de los mapas. Había acudido un poco tarde a propósito. Lily aparecía en los carteles que había clavados en un tablero de corcho. Salía guapa en la fotografía, con su carita de niña y natural. Era agradable ver a una adolescente sin una capa gruesa de maquillaje en la cara. Sin embargo, tan solo era cuestión de tiempo que hubiera sentido la necesidad de pintarse, como las golfas que copan las portadas de las revistas.

—Colin, gracias por venir.

Me sobresalté y miré a mi alrededor. Era Lewis, que me miraba con la cabeza algo ladeada. Sus ojos me inquietaban y no me fiaba de él.

—Te agradecemos que nos ayudes a buscar a Summer.

Apretó los labios y esbozó una sonrisa tensa y forzada. «Sabe algo. Puede ver en tu interior con claridad.»

Sonreí a mi vez y me reprendí. Era imposible que supiera algo. Imité su sonrisa y nos dimos un apretón de manos.

—No es nada. De verdad. Cualquier cosa con tal de ayudar. Estoy ansioso por comenzar —le respondí, antes de empezar a darme la vuelta para alejarme de él.

—Genial —me contestó, para mi sorpresa—. Tu grupo está listo.

«¿Mi grupo?»

Fruncí el ceño y miré a mi alrededor. Aún no había voluntarios suficientes para hacer más grupos. Tenía la esperanza de poder ir por mi cuenta esta vez.

Lewis también frunció el ceño.

—Irás con Dan, Kate, Rick ... —Leyó el último nombre de un trozo de papel, levantó la vista y con una sonrisa me dijo—: Y conmigo.

Apreté los dientes y asentí.

—Venga, en marcha. Los demás nos esperan fuera.

El pánico me aceleró el corazón. Sabía que no era casualidad que estuviera en su grupo de búsqueda. Aunque podía mirarlo por el lado bueno, me había brindado una oportunidad inmejorable para convencerlo de que solo intentaba ayudar. También lo engañaría a él.

—Pues vamos —le contesté.

Me sonrió con rigidez y se dio la vuelta. Lo seguí hacia la puerta.

—¿Por dónde empezamos?

Continuó con la vista al frente, esquivando mi mirada, y con gesto tenso, demasiado tenso.

—Por un campo que está a pocos kilómetros, en los límites del pueblo.

Sonreí. A kilómetros y kilómetros de mi casa.

—¿Alguna razón para ir allí? Está bastante lejos del pueblo.

Suspiró.

—Ya han buscado una y otra vez en los sitios más lógicos. Así que pienso registrar cada centímetro del país hasta encontrarla. No importa lo lejos que esté.

Lo más patético es que Lewis parecía quererla de verdad, pero si hubiera sido mejor novio, quizá Lily habría estado más segura a su lado. Sin embargo, él era la clase de persona que solo se daba cuenta de sus errores tras cometerlos. No era capaz de pensar o planear nada de antemano, entendía las cosas únicamente una vez que habían ocurrido. Y precisamente por eso yo era el más indicado para cuidar de Lily.

Dan condujo el coche hacia las afueras de Long Thorpe a través de kilómetros de campos y prados, en dirección al pueblo. Yo iba sentado atrás, tan pegado como podía a la puerta. La esposa de Dan, Kate, era una mujer rolliza que no se cuidaba. Me resultaba difícil mantenerme alejado de ella en el asiento trasero de su pequeño coche de cinco puertas.

—Oye, ¿quieres que nos separemos en el campo o que vayamos juntos? — le preguntó Kate a Lewis.

Llevaba el cabello recogido en una cola apretada pero descuidada, y daba la impresión de que hacía varios días que iba con el mismo maquillaje. Tenía los dientes amarillentos y el aliento le apestaba a tabaco y café. Tragué saliva. Deseé estar en cualquier sitio menos allí. Nervioso, empecé a golpear el suelo con un pie y solo me percaté de ello cuando Lewis me miró. Me detuve y miré fijamente hacia delante.

—Nos mantendremos juntos. Comenzaremos por un extremo y caminaremos al mismo paso, separados unos pocos metros para cubrir todo el terreno —me contestó—. Buscad... cualquier cosa. No hay nada en el campo, así que la búsqueda será fácil y rápida.

Sonó como si fuera un profesional.

Me puse entre Lewis y Dan, y empecé a caminar despacio. Mantuve la mirada clavada en el suelo y fingí que escudriñaba la zona que tenía delante. De vez en cuando, me detenía para inclinarme y recoger alguna porquería vieja, de modo que pareciese que me esforzaba por buscar y comprobar cualquier cosa que me llamara la atención. El día transcurrió con una lentitud angustiosa. Podía haberlo dedicado a estar con las chicas, pero, en vez de eso, allí estaba, congelándome.

Buscando en el campo a alguien que se encontraba a salvo en mi casa.

Lewis me miró.

—Gracias de nuevo por venir —me dijo, antes de volver a bajar la vista.

Tragué saliva. ¿Por qué me daba las gracias otra vez?

—No me las des. Solo quiero ayudar y, de verdad, no me cuesta nada. Ojalá pudiera hacer más.

Frunció el ceño y puso cara de angustia.

—Al parecer, la vida sigue —me contestó en voz baja.

La vida seguía para Lily. Le iba bien. Era parte de mi familia y ahí se iba a quedar. Ellos ya no tenían nada que ofrecerle.

—Supongo que sí. ¿No has parado para trabajar?

—Nada es más importante que encontrarla. —Me miró de nuevo—. No pararé hasta encontrarla y llevar a juicio al cabrón enfermo que se la llevó.

Se me secó la garganta. ¿Por qué me sonó a que lo decía como si se refiriera a mí? Miré a mi derecha para apartar la vista. «Lo sabe. Te ha descubierto. Madre tenía razón, no puedes hacer nada en condiciones. Eres un inútil. Patético. Un fracasado.»

Fruncí los labios sin hacer caso de las punzadas de dolor.

—Tiene mucha suerte de tenerte. Mucha gente ya habría abandonado.

—Soy yo el que tiene suerte. ¿Vives solo? ¿Nadie te echa de menos hoy?

Me sorprendió que cambiara de tema tan de repente.

—Vivo solo. Puedo hacer y deshacer a mi antojo.

—Ajá.

¿Adónde quería ir a parar con esas preguntas? ¿Por qué quería saber eso? Intentaba averiguar si estaba casado. ¿Por qué? Planeaba algo. «Va a por mí.»

—¿Por qué lo preguntas? —le dije, tranquilo y controlando la voz, aunque por dentro no estaba tranquilo ni controlaba nada.

—Perdona, no debería haberlo hecho. Es que nunca te he visto con nadie y no quería que tu esposa se enfadara cuando volvieras a casa.

No me lo había preguntado por eso. «Sabe que la tienes. Sabe lo que has estado haciendo. Despístate. Recupera el control.»

—Ahora que he vuelto dispongo de más tiempo —comenté, a la vez que pasaba el pie sobre un pequeño montículo de barro en un esfuerzo por parecer minucioso.

—¿Cómo? —preguntó Lewis, alzando las cejas.

Eso le había picado la curiosidad...

Asentí.

—Sí. He estado fuera dos semanas. He tenido que ir a echar una mano a nuestra oficina de Edimburgo. El contable se marchó de pronto.

Sí, en Escocia. Seguro que no pensaría que tenía a Lily si había estado fuera durante dos semanas. Frunció el ceño de nuevo. Parecía que era su única expresión aparte de la de sorpresa.

—La policía todavía no tiene nada firme contra Hart —comentó—. Pero yo creo que está implicado.

«¿Por qué menciona a Greg?» ¿Acaso creía, por fin, que yo no tenía nada que ver con aquello, o es lo que quería que creyera? ¿Intentaba hacerme sentir seguro? ¿Fingía que ya no sospechaba de mí para que me equivocara, para que tuviera un desliz que me delatara?

Sonreí para disimular el debate que estaba teniendo lugar en mi fuero interno.

—Seguro que lo llevan a juicio si se demuestra que ha tenido algo que ver con la desaparición de Summer.

Recé para que hubiera pruebas circunstanciales suficientes para detenerlo, pero no había garantías al respecto. La policía no podía pillarme, así que tenía pocas esperanzas. Si tenían a un sospechoso era solo gracias a mí. Les había proporcionado bastantes pruebas: ahora ya dependía de ellos acusarlo. Tampoco es que Gregory Hart fuera un hombre honesto e inocente. Se merecía que lo castigaran.

—Eso espero. Tiene que volver con su familia —dijo, e inspiró hondo, como si intentara mantener sus emociones bajo control.

«Está con su familia.»

En cuanto llegué a casa, me di una ducha rápida y bajé a la habitación de las chicas. Lewis había sido muy tenaz en la búsqueda de su «novia», y me había dejado agotado. No comprendía cómo a alguien podía importarle tanto algo y al mismo tiempo ser tan descuidado con ello. Si amas algo, lo proteges. No tenía ningún sentido querer hacerlo después de que desapareciera.

—Hola, Clover —me dijo Rose, a la vez que parpadeaba sorprendida—. ¿Estás bien?

—Estoy perfectamente, gracias. Siento no haber llegado a tiempo para la cena. Me han tenido ocupado.

Rose negó con la cabeza.

—No importa. ¿Quieres comer algo? Tu plato está en el horno.

La tomé de la mano y sonreí al pensar en lo atenta que era. Mi Rose. Mi Shannen. Mi... ¿esposa? Quizá.

—Me encantaría.

Sonrió y se puso a prepararme la cena. Poppy la siguió y colocó los cubiertos en la mesa.

—¿Dónde está Lily?

Poppy se volvió.

—En la habitación. Voy a por ella.

Se dirigió presurosa al dormitorio y desapareció detrás de la puerta. Lily debía de estar en el cuarto con Violet, cuidándola. Violet todavía tenía que ganarse mi perdón. Aún no estaba seguro de si encajaría en nuestra familia. El

tiempo lo diría. Si no fuera por mi hermosa, leal y atenta Rose, ya no estaría allí. Darle una segunda oportunidad a Violet era un favor que le había hecho a ella, un regalo. No podía darle la vida que querría para ambos, pero, al menos, podía darle eso.

Lily salió detrás de Poppy, y sonreí. Entendía muy bien por qué Lewis estaba enamorado de ella. Tenía una belleza natural, que aceptaba en vez de cubrirse con una capa gruesa de maquillaje. ¿Cuándo iban a entender las mujeres que todas esas capas las hacían parecer unas putas baratas?

Me acerqué y le cogí la mano. Todo su cuerpo se tensó.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté—. Estás muy tensa.

Se mordió el labio.

—Me duele la cabeza, pero me pondré bien.

—Lily, te voy a traer unas aspirinas. No quiero que sufras.

Me miró, perpleja.

—Gracias —musitó.

Me llevé su mano a los labios y le besé los nudillos. Bajó la mirada al suelo. «Sigue siendo tan tímida...» Suspiré. ¿Cuánto tiempo tardaría en sentirse a gusto y en su casa? Puede que no fuese culpa nuestra. Si sus padres no le habían dado una buena educación, se mostraría tímida con la mayoría de la gente. Lily solo llevaba siete meses conmigo, ojalá hubiera sido más tiempo, por su propio bien.

Me senté en el sofá y di unas palmaditas a mi lado.

—Siéntate, Lily.

Necesitaba mi ayuda más que las otras. Necesitaba que la guiara. Se acercó lentamente al sofá y se sentó mirando al suelo y con las manos unidas en el regazo. Al verla en ese momento, oí a su familia con todas mis fuerzas. Era una joven hermosa y brillante, pero su personalidad no siempre jugaba a su favor.

—¿Cómo te sientes de verdad? —le pregunté, a la vez que le colocaba una de mis manos sobre las suyas con suavidad—. ¿Solo es dolor de cabeza, o es algo más?

Se encorvó un poco.

—Solo eso.

Suspiré frustrado. Nunca me devolvía la mirada. «Menuda falta de educación.»

—Mírame cuando te hablo, Lily —le dije con cierta severidad.

Abrió los ojos de par en par y levantó la vista de inmediato.

—Lo siento —murmuró, antes de ponerse recta.

Buena chica.

—Mejor. Me gusta mirarte a esos hermosos ojos.

—Son los de mi madre —musitó.

—Clover, ¿nos puedes conseguir otra, por favor? —me preguntó Rose, interrumpiendo la conversación con Lily.

Me enseñó una cuchara de madera partida por la mitad.

¿Acaso estaban todas cansadas? Habían perdido los modales en cuestión de minutos.

—Iré ahora mismo —respondí, mientras me ponía en pie.

Cogí la cuchara rota. Tenía cosas almacenadas en un armario que llegaba hasta el techo, así que contaba con repuestos de casi todo. Me gustaba estar preparado.

Cerré la puerta tras salir, me dirigí al cajón inferior del armario y saqué otra cuchara de madera. Oí a mi espalda un leve ruido sordo. Me sobresalté y me volví en redondo. ¿Quién andaba allí? Miré a mi alrededor. Había una bolsa pequeña de hilo en el suelo. Estaba en la mesa auxiliar, a la espera de que la quitara de en medio. Dejé escapar un suspiro y el alivio me invadió. Debía de estar en el borde y se había caído.

Pero ¿había sido eso u otra cosa? O alguien. ¿Lewis? ¿Estaba en mi casa? ¿Sabía dónde vivía? ¿Me había seguido? ¿Me habría estado espiando? Dejé la cuchara en la mesa y me dirigí despacio hacia la puerta. Agucé el oído, para intentar captar cualquier sonido. Asomé la cabeza y vi el pasillo vacío. «Esto es ridículo.» Lewis me había convertido en un paranoico. «Te está vigilando.»

Volví en tromba a la sala de estar y cogí la cuchara. «No me estropeará lo que he creado. Todavía tengo el control. No se va a llevar a mi familia.»

Las chicas estaban charlando cuando regresé. Lily parecía haberse animado y participaba en la conversación.

—La cuchara —dije, mientras la dejaba en la encimera.

Rose se puso en pie.

—Gracias. Ya está lista tu cena.

Comí con rapidez. No dejé de repiquetear en el suelo con la punta del pie, mientras tragaba bocado tras bocado. «Todo esto es culpa de Lewis.»

—¡Es culpa suya! ¡Suya! —grité al tiempo que me ponía en pie de un salto. Las chicas ahogaron un grito de sorpresa.

—¿El qué? —preguntó Rose con voz cautelosa, en apenas un susurro.

—Lewis —dije, mirando fijamente a Lily, dejándome llevar por el momento.

A Lily se le desencajó el rostro. El horror se apoderó de su mirada.

—¿Qué?

La ira aumentó y aumentó en mi interior, y me pareció que iba a estallar. Estaba tenso como un muelle. Jadeaba con fuerza. El corazón me palpitaba acelerado y sentía cosquillas en la punta de los dedos. No podía controlarlo. Quería aplastar algo, aplastarlo todo. Jamás había estado tan tenso y tan a punto de estallar. Era algo terrorífico.

—¿Qué ha hecho? ¿Qué vas a hacer? —me preguntó, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

La desesperación de su voz me provocó náuseas.

—¡Cierra la boca! —aullé—. ¡Cierra! ¡La! ¡Boca!

«Estás perdiendo la cabeza. Te lo van a arrebatarse todo delante de las narices y te vas a quedar sin nada. Vas a fracasar otra vez.»

Del fondo de la garganta se me escapó un gruñido de frustración. Agarré el plato y lo arrojé al otro lado de la habitación. Chocó contra la escalera y se rompió en pedazos. Lo único que se oía en la estancia eran mis jadeos. Las manos me temblaban, y tenía los dientes tan apretados que rechinaban. Las chicas estaban completamente inmóviles.

«Has perdido el control. Debes recuperarlo.» Encontrarían a las chicas y me descubrirían. Se las llevarían y me detendrían. Sabía que lo harían.

—¡No! —exclamé, y eché a correr escalera arriba antes de cerrar de un portazo.

Aparqué a un lado de la carretera y esperé. Vendrían a mí, siempre lo hacían.

Me miré en el espejo retrovisor y me alisé con la palma de la mano el cabello despeinado. Las manos me temblaban, no paraba de tamborilear con el pie, incapaz de tranquilizarme. Apenas lograba reconocerme. Por el físico parecía el mismo, pero en mi interior no era más que la sombra de un hombre desesperado por liberarse.

Un golpecito en la ventanilla me sobresaltó y me hizo volver de repente a la realidad. Miré y sonreí.

—Hola —me susurró seductoramente la furcia asquerosa. Me sonrió y parpadeó con rapidez con sus pestañas postizas—. Me llamo Cantrell. ¿Qué puedo hacer por ti?

«Tú. Tú vas a repararme.»

Sin decir nada, le señalé con un gesto el asiento del copiloto, y subió al coche. Me aferré al volante y conduje hacia el bosque. Ni siquiera preguntó adónde íbamos.

—¿Cómo te llamas, cariño?

—No te importa cómo me llamo.

—Mmm, me gustan los hombres con carácter.

¿Sería verdad? ¿Disfrutaba de ese estilo de hombre, o solo lo decía para intentar excitarme?

—¿No vas a preguntarme si estoy casado?

Se echó a reír con fuerza.

—No, cariño. Lo único que necesito saber es si tienes la pasta.

Su descaro me dejó con la boca abierta. Orgullo, sentía orgullo por lo que era y por lo que hacía. Inspiré profundamente. La furia se apoderó de mí, y apenas era capaz de concentrarme en conducir. Quería que desapareciera.

No dejé de abrir y cerrar las manos sobre el volante, y mi respiración agitada parecía estar a punto de descubrir mis planes. Tiene que ser ya. La sensación de estar perdiendo el control, de ser un fracasado, me aplastaba y amenazaba con consumirme. Solía vanagloriarme de mi paciencia. Había esperado tiempo más que suficiente para conseguir a las chicas, pero no podía esperar para aquello. «Mi casa está demasiado lejos.»

La salida de la carretera apareció justo a tiempo. Tomé la senda embarrada y me dirigí al bosque que conocía tan bien. No parecía preocupada en absoluto. Si acaso, aburrida de ir en el coche. No dejaba de mirar por la ventanilla con los labios fruncidos. Estaba aburrida de esperar. Paré el vehículo y apagué el motor.

—¿Cómo me quieres? —me preguntó, y se lamió el labio inferior.

—En el capó —le respondí con los dientes apretados.

Se echó a reír en voz baja y abrió la puerta.

—Vaya, me gusta tu estilo.

Me estremecí de asco y le hice un gesto con la cabeza para que me siguiera. Llevaba el cuchillo en el bolsillo. Lo palpé a través del grueso tejido del abrigo. Se me acercó con lentitud y contoneando las caderas. Contuve el impulso de saltarle encima en ese mismo momento y clavarle el cuchillo en su infame corazón.

Se detuvo delante de mí. La empujé contra el capó y ella alzó la mirada mientras jadeaba con fuerza. ¿Acaso disfrutaba de aquello? No, no podía ser.

—Levántate la camiseta —le ordené.

Obedeció de inmediato. Noté un sabor ácido en la boca. Encima de un sujetador rosa diminuto llevaba solo un top corto y sin tirantes. ¿Qué le habría pasado para convertirse en eso?

Alcé la vista, saqué el cuchillo del abrigo y le coloqué la punta sobre la laringe. Soltó un jadeo de sorpresa y abrió los ojos de par en par, aterrorizada.

—¿Qu... qué haces?

—Tomo el control —le respondí, a la vez que presionaba un poco con la hoja para atravesarle levemente la piel.

Empezó a temblar, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Bajé el cuchillo y le abrí un pequeño surco rojizo desde la garganta hasta el canalillo entre los pechos. Gimió y siseó entre dientes al tiempo que jadeaba con intensidad para absorber el dolor. Abrió los ojos como jamás le había visto hacer a nadie.

—Por... por favor. Para. Haré lo que quieras —tartamudeó, sin poder dejar de temblar.

Suspiré. ¿Aún no entendía lo que quería?

—Quiero verte muerta y quiero ser yo quien te mate.

—No —gimió, y empezó a sollozar con fuerza.

Ese sonido fue música para mis oídos. En eso sí que era bueno, en eso no iba a fallar.

—¡No, no, por favor! —me suplicó.

Apoyé la punta del cuchillo sobre su corazón.

—Chiiisst.

Abrió todavía más los ojos. Agarré el cuchillo con las dos manos y, con toda la fuerza que pude reunir, se lo hundí en el pecho. No hizo ruido alguno mientras se derrumbaba delante de mí.

Di un paso atrás y dejé que su cuerpo se deslizara desde el capó hasta el suelo, donde quedó hecho un guiñapo. Cerré los ojos y exhalé profundamente.

«Tengo el control.»

Lewis**Lunes, 28 de febrero (presente)**

Dawn se sentó a la mesa de la cocina con la mirada fija en las fotografías de Summer que estaban esparcidas sobre la encimera.

—Es bonita, ¿verdad? —dijo, sin poder apartar la vista de una foto.

—Sí —le contesté.

Deslizó un dedo sobre una imagen de su hija.

—Necesito volver a ver esta sonrisa.

—Lo harás, Dawn. ¿Te sirvo otra taza de café?

—Sí, te lo agradezco.

Cogí su taza vacía y encendí la cafetera.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta?

—No estoy segura. Un rato. Summer nunca estaba contenta con su pelo, ¿sabes? No sé por qué. A mí siempre me parecía que lo llevaba perfecto.

Me reí sin ganas.

—Es una adolescente. Creo que va incluido en el paquete.

—¿Aún lloras? —me preguntó ella, por sorpresa—. Tengo la sensación de que soy la única que sigue llorando, aunque sé que no es así.

—No eres la única —susurré.

Ella sonrió con tristeza.

—No vas a rendirte, ¿verdad? No podemos darnos por vencidos, no importa cuánto dure esto.

Me sentó un poco mal que ella hubiese tenido que preguntármelo. Sabía lo que yo sentía por Summer y que había dedicado los últimos siete meses de mi vida a encontrarla. ¿Por qué iba a darme por vencido de repente? Estaba bloqueado. No podría avanzar hasta tenerla de vuelta o saber qué le había ocurrido.

—Jamás.

Se enjugó una lágrima con el dorso de la mano.

—No soporto la idea de que esté por ahí fuera, muerta de miedo. ¿Crees que sabe que no pararemos hasta encontrarla? Sabe que no la abandonaríamos sin más. Ni siquiera concibo esa idea, y no soportaría que ella lo creyese.

—Dawn, Summer sabe que nunca lo haríamos. Sabe lo mucho que todos la queremos.

De eso no estaba tan seguro. Podía tener la esperanza de que fuera así, pero no la certeza. Conociendo a Summer, sé que podría llegar a desear que nos diéramos por vencidos y que siguiéramos adelante con nuestras vidas para ser felices. Pero no era posible. Cuando alguien muere, debes despedirte, pero el caso de Summer era diferente. No sabíamos ni dónde estaba ni qué le había ocurrido. No teníamos respuestas, por lo que no había un final.

—Sabes que si estuviera aquí, ahora mismo te estaría sermoneando por el exceso de cafeína que estás tomando —le dije, mientras ella daba un gran sorbo a su café.

Sonrió con amargura y asintió con la cabeza.

—Sí, estaba obsesionada con eso. Probablemente porque a ella la cafeína la volvía hiperactiva. ¿Te acuerdas de cuando se tomó aquellos Red Bulls y casi rebotaba contra las paredes?

Me reí.

—Sí, me acuerdo. Os fuisteis todos a dormir y me dejasteis a mí lidiando con ella. Hubo un momento en el que quiso salir a correr, luego a nadar y luego ir a Disneylandia. Al final, me las arreglé para que se conformara con una peli, eso sí, ¡de chicas! Creo que, cuando por fin dejó de hablar y se durmió, eran cerca de las cuatro de la madrugada.

—Cuando vuelva a casa, iremos a Disneylandia —dijo, asintiendo con la cabeza.

¿Seguiría Summer con ganas de ir cuando regresara? No teníamos ni idea de por lo que estaba pasando. Podía ser terrible. Apreté los dientes y aparté de mi mente imágenes en las que no quería ni pensar. La idea de que le estuviesen haciendo daño era demasiado para mí. Me daba igual el horror que estuviera teniendo que soportar, fuera lo que fuese, yo lo arreglaría.

Pasé conduciendo despacio frente a la casa de Colin y me fijé en el jardín delantero. No había ningún coche aparcado en la vía de entrada, pero tenía garaje. ¿Estaría en casa? Eran las cuatro y cuarto de la tarde, de modo que, probablemente, estaría en el trabajo.

Summer podría estar allí dentro. Pero entonces tendría la posibilidad de huir mientras él estaba trabajando, ¿no? En realidad, aquello no tenía ninguna lógica. Tal vez la retuviese en otro lugar. Aunque en su casa igual encontraba alguna pista. Salí del coche y volví la vista atrás para comprobar que no se veía desde la carretera. La adrenalina me corría por las venas mientras caminaba alrededor del seto que rodeaba la casa y que me llegaba a la altura del hombro. ¿Por qué necesitaba un seto tan alto? Su casa era la única que había en los alrededores y estaba claro que no se veía desde la más cercana del camino. ¿Intentaría evitar que se viera algo desde el exterior? Y si era así, ¿qué secreto guardaba dentro?

Me chocó lo normal que parecía. Él no tenía familia, pero aquella era una casa familiar grande. No lograba entender por qué un hombre soltero vivía en una casa de ese tamaño. No parecía que nadara en la abundancia y tampoco iba por ahí alardeando de tener mucho dinero. ¿Por qué alguien soltero, no demasiado pudiente, compraría una casa así? A no ser que no la hubiese comprado, sino heredado. Entonces me harté de darle demasiadas vueltas a esa tontería. ¡Qué problema había con que a ese pirado le gustase la casa! La mayoría de la gente compraría lo mejor que se pudiese permitir. Estaba haciendo una montaña de un grano de arena, como solía decirme Theo.

Corrí a lo largo de un costado de la vivienda. El corazón me golpeaba contra el pecho y me noté algo mareado. No tenía claro qué buscaba. Lo más probable es que estuviera acosando a un hombre inocente que simplemente era un poco raro. Aparte de una corazonada, no tenía nada en su contra.

La primera ventana era muy grande. Me asomé, conteniendo el aliento. Me zumbaban los oídos. Vi una sala de estar amplia, decorada de forma tradicional, pero actual al mismo tiempo. Había dos grandes sofás de cuero y una mesita de café de madera oscura entre ellos. Una ancha chimenea dominaba una de las paredes y tenía un espejo también muy grande colgando sobre ella. Nada en absoluto fuera de lo común.

—Venga ya, cabrón —susurré.

Tenía que haber algo. Pasé frente a la segunda ventana, en el muro contiguo, y llegué hasta la parte trasera de la casa. Estaba atravesada por tres ventanas anchas, dos de ellas separadas por la puerta trasera. Todas daban a la zona de cocina y comedor. Estudié aquella habitación y me quedé con cada detalle. Pero no vi nada raro. Volví a preguntarme si esa normalidad sería impostada y estaría escondiendo algo. Tenía demasiadas dudas y me estaba desquiciando.

Me desplazé hasta el otro costado de la casa y no encontré nada. Una de las habitaciones era el lavadero, y lo único que parecía fuera de lugar era una pila de ropa doblada. A juzgar por la pulcritud exhibida en el resto de la casa, hubiese esperado que estuviese guardada, pero eso difícilmente significaba que fuese un secuestrador. En la otra habitación había una mesa, un sillón rojo oscuro y una librería de altura media. A un lado de la puerta había una franja de cristal. Miré a través de ella y vi un pasillo y una escalera. Fruncí el ceño y me aproximé. A los pies de la escalera había cuatro cajas de zapatos de la marca New Look. ¿Qué cojones pintaban unos zapatos de mujer en su casa? Summer me había arrastrado a esa tienda millones de veces. ¿Por qué un hombre de treinta y tantos años iba a comprar allí, y para quién?

De repente, oí un coche y me di la vuelta.

—Mierda —murmuré, y salí pitando hacia el seto situado a la izquierda de la casa, el más cercano a mi coche.

Sentía que el corazón se me iba a salir del pecho y el estómago me dio un vuelco. Me arañé la cara con el seto cuando lo atravesé justo a tiempo de ver su vehículo detenerse en la vía de entrada. ¿Lograría recorrer todo el camino? La parte baja del seto no tenía hojas, pero había empezado a oscurecer. Crucé los dedos para poder huir de allí sin que él me viese.

El motor se detuvo y lo vi salir. Me quedé paralizado, medio enterrado en el maldito seto. Lo vi caminar hacia la puerta delantera con su maletín. Tan pronto estuvo dentro, me cubrí la cara y empujé las ramas con todo mi peso, abriéndome paso a la fuerza.

Corrí hacia mi coche y arranqué sin detenerme siquiera a cerrar bien la puerta. ¿Habría oído el ruido del motor? Salí a toda velocidad en dirección a la casa de Summer con la esperanza de que Colin no lo hubiera oído. Mierda, me había librado por los pelos. Sin embargo, el riesgo había merecido la pena. Sabía que él estaba ocultando algo.

—Hola —dije en voz alta, y cerré la puerta principal de la casa de Summer.

—En la cocina —contestó Dawn. Estaba a la mesa, removiendo los espaguetis con el tenedor—. Entonces qué, ¿nada?

«Quizá no.» Negué con la cabeza, no quería darle falsas esperanzas.

Ella asintió.

—Tienes la cena en el microondas. Tus padres volverán pronto.

—¿Dónde están? —pregunté, mientras encendía el microondas para calentarme la cena.

—Haciendo la compra.

—¿Y Daniel y Henry?

—Daniel sigue fuera y Henry se está duchando.

Me senté frente a ella y los dos nos dedicamos a jugar con la comida; ninguno tenía hambre. No era capaz de recordar cuándo fue la última vez que tuve ganas de comer.

—A mí también me gustaría estar ahí fuera.

Asentí con la cabeza. Su situación debía de ser la más dura. No había otra cosa que pudiera hacer más que quedarse allí sentada. Alguien tenía que permanecer allí por si Summer llamaba o volvía a casa.

—Ya sé que te gustaría. Pero si Summer regresara, querría encontrarte aquí. Dawn alzó la vista e inclinó la cabeza, sonriendo.

—Lewis, si Summer entrara por esa puerta ahora mismo, tú serías la primera persona sobre la que se lanzaría. Yo solía pensar que el amor adolescente era voluble hasta que vi cuánto te amaba mi hija. Te miraba igual que yo miro a Daniel. Entonces me di cuenta de que estaba equivocada en cuanto al amor adolescente.

Tragué saliva. Me resultaba duro escuchar aquello. Nunca pensé que ella me quisiera de verdad; al menos, no del mismo modo que yo la quería a ella. No porque no me lo dijese o no me lo demostrase, sino porque no me parecía posible.

—Ojalá sigamos juntos dentro de cien años, como Daniel y tú.

Me devolvió una amplia sonrisa.

—La quiero, Dawn, jamás me rendiré. Además, le dije que me casaría con ella en Disneylandia.

—¿Casaros en Disneylandia?

Sonreí. No pensábamos decírselo a nadie. Además, era tan solo un sueño, pero ahora quería cumplirlo más que nada en el mundo.

—Lo sé, creo que nunca la he visto tan entusiasmada como cuando se enteró de que allí se pueden celebrar bodas.

—Hazlo en cuanto vuelva —me respondió.

En cualquier otra situación, Dawn me habría dicho que había perdido la cabeza por hablarle de contraer matrimonio con su hija de diecisiete años. Sentí envidia de la gente cuyos problemas eran así de insignificantes. Nunca sabes lo

que la vida te depara a la vuelta de la esquina. Jamás volvería a hacer o dejar de hacer algo porque me preocupase lo que pudieran pensar o decir otras personas.

Tras haberme obligado a mí mismo a tragar más o menos la mitad de la cena, fui a la habitación de Summer. No tenía claro qué hacer a continuación. Solo quería volver a la casa de Colin y registrarla palmo a palmo.

—¿Dónde has estado? —quiso saber Henry, en cuanto entré en el dormitorio.

Estaba sentado sobre la cama, así que era obvio que me estaba esperando.

—Ya sabes dónde.

Él suspiró, negando con la cabeza.

—¿Y?

—No he podido ver mucho a través de las ventanas, pero sí que vi cuatro pares de zapatos de mujer guardados en sus cajas, al pie de la escalera.

—¿Cómo sabes que eran zapatos de mujer?

—Las cajas eran de New Look. Te juro que Colin esconde algo.

Henry abrió la boca para comenzar a sermonearme, así que alcé la mano.

—Tío, su casa es espeluznante. No estoy exagerando, ni viendo fantasmas donde no los hay. Ese tipo está soltero, vive solo y compra zapatos de mujer. Tiene una casa familiar que está impecablemente limpia, y cercada por setos enormes y árboles.

—Vale, el asunto de los zapatos es raro. Eso no te lo voy a negar.

—¿Pero? —quise saber, alzando una ceja.

—Pero no demuestra nada.

Me acerqué al tocador de Summer, en el que tenía un puñado de fotos de nosotros dos pegadas en el marco del espejo.

—Ya sé que no. Por eso voy a volver por la mañana. Tengo que entrar ahí.

Martes, 30 de diciembre (2008)

—Me muero de hambre, apretad el paso —nos exigió Henry.

—No creo que te vayas a morir de aquí al Pizza Hut, estamos a medio metro de distancia —contestó Summer con sarcasmo, entornando los ojos.

—Vamos a ver, ¿qué pintas otra vez aquí con nosotros, Sum?

—Bueno, en realidad, hay dos amigas mías y un amigo tuyo, así que la pregunta debería ser: ¿qué pintas tú con nosotros, Henry?

—¡Vosotros dos, ya basta! —gritó Kerri—. Cerrad el pico.

Sum y Henry siempre estaban discutiendo. Se querían a muerte, pero la mayor parte del tiempo tenían ganas de estrangularse. Si yo fuese su padre, a esas alturas ya me habría vuelto loco.

Henry abrió la puerta del restaurante y entró. Yo me quedé esperando a Summer y le sujeté la puerta.

—Gracias —me dijo, con una sonrisa.

Tragué saliva y le sonreí a mi vez. Mientras entrábamos, me aseguré de permanecer lo bastante cerca de ella para que mi brazo rozase el suyo, por accidente, claro. Hacía un tiempo que sospechaba que quería algo más que una amistad y, en cuanto lo confirmé, una certeza me arrolló con la misma fuerza que un tren: yo también quería algo más.

Henry, Kerri y Beth estaban ya siguiendo a una camarera hacia una mesa, pero Summer, ostras, andaba despacio.

—Bueno, ¿tienes hambre? —le pregunté.

«¡Ay, Dios mío! Pero ¿qué estupidez es esa? “Bueno, ¿tienes hambre?” ¡Joder, Lewis!» Me encogí un poco, como si me hubiese propinado mentalmente una patada a mí mismo.

Summer se echó a reír.

—Pues sí.

—¿Vas a pedir tu pizza estrambótica?

Se dio media vuelta y se plantó frente a mí con el ceño fruncido. En sus labios se apreciaba una ligerísima mueca de disgusto. Quise agarrarla y darle un beso, morder esos labios.

—No es estrambótica. Prueba un poco y enseguida te convenceré.

Se me aceleró el corazón al imaginarla ofreciéndome un trozo de pizza... desnuda.

—Hum...

Me quedé con la mente en blanco, todo pensamiento coherente se había ido al carajo, dejándome solo con la hermosa imagen de una Summer desnuda. Ella entornó los ojos y se sentó en el banco. Me acomodé a su lado y apreté mi pierna contra la suya. Ella intentó disimular su sonrisa mordiéndose la parte interior del labio, pero no le dio mucho resultado. Agarró una carta a pesar de que acababa de dejar claro que ya sabía lo que iba a pedir. Su pizza era la de pollo, maíz, piña y beicon. Yo le habría quitado todas las porquerías amarillas. No sé cómo podía comerse aquello.

—Así que esa pizza, ¿no?

Se volvió hacia mí con una sonrisa de satisfacción.

—Sí, desde luego.

—¿Cómo demonios se te ocurrió esa combinación?

—Pueees, no sé, es que me gusta todo lo que lleva. Créeme, está rica.

—¿Me dejarás darle un mordisco?

—¿Ahora pides permiso para dar mordiscos?

Me eché a reír y negué con la cabeza. Sí, tenía que haberla visto venir. Hice una mueca.

—No, pero necesitaré tu ayuda.

Ella sonrió orgullosa.

—Sí, algo de ayuda no te vendría mal.

—Lo dice la chica que mezcla pollo, cerdo, maíz y fruta, todo a la vez.

—No le falta razón, Sum. Es bastante repugnante —dijo Henry, tomando partido por mí.

Summer entornó los ojos y murmuró: «Sí, vale».

La camarera se acercó y nos tomó nota; mientras tanto, yo centré todos mis esfuerzos en no quedarme mirando fijamente a Summer, como si fuese un acosador. Me agobiaba lo mucho que me gustaba. Si no hubiese llegado nunca a saber que yo le gustaba, no me habría obsesionado con ella de aquel modo. Odiaba sentirme como una puñetera niña adolescente cuando estaba cerca.

Contemplé su rostro mientras nos servían la comida. Sus ojos de color verde claro se iluminaron y sonrió, ansiosa por comer. Aparté de ella la mirada con esfuerzo y me concentré en mi pizza barbacoa de persona normal.

—Prueba esto —me ordenó Summer, ofreciéndome una porción de la suya.

Levanté la barbilla simulando desconfianza y le di un mordisco a la pizza. No estaba mal, ni por asomo tan mal como pensaba, pero sin duda alguna yo no la pediría. Mastiqué despacio, poniendo un poco cara de asco.

Ella entornó los ojos.

—No está tan mal. Estás mintiendo. Es lo mejor.

Tragué.

—No, Sum. Eres rara sin más.

—Mentiroso. Te ha gustado.

Me dio un codazo suave en el costado. La agarré por el brazo, y ella comenzó a chillar y a retorcerse en su asiento. Se apoyó en mi pecho, y yo la achuché y simulé hacerle cosquillas.

—Foto —dijo de repente Kerri.

Summer se calmó y miró a Kerri con una sonrisa. Estábamos en la misma posición, ella recostada sobre mí y yo rodeándola con los brazos, ambos mirando hacia la cámara. Si no hubiera temido parecer un moñas, le habría pedido una copia.

Lewis

Martes, 29 de febrero (presente)

—No deberíamos estar haciendo esto —murmuró Henry, dándose golpecitos en las rodillas y negando con la cabeza.

Lo había repetido ya unas cuatro mil puñeteras veces.

—Pero tenemos que hacer algo. Colin me da mala espina.

Mi coche estaba aparcado en el campo cercano a su casa, escondido tras el arbusto más prominente. Tan solo podíamos ver el comienzo del camino de entrada a la vivienda. No sabíamos a qué hora se marchaba a trabajar, así que llevábamos allí aparcados desde las siete de la mañana, y habían pasado ya una hora y veinte minutos.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará en salir? —susurró Henry.

—Sabes que estamos en el coche, ¿verdad? O sea que no puede oírnos. Y no tengo ni idea de cuándo saldrá —respondí con la mirada clavada en la casa.

Vivía solo en mitad de la nada. Podría haberle hecho algo a Summer sin que nadie se enterase.

—Entonces, es él, ¿no?

Se me cayó el alma a los pies.

—Sí. ¿A qué viene de repente tanta seguridad?

Tragó saliva.

—Me he quedado sin alternativas. Tan solo quiero encontrar a mi hermana. Aunque no esté...

—¡Está viva! —añadí, fuera de mí.

Henry parpadeó, impactado.

—Lo siento —murmuré, pasándome una mano por la cara—. Es que no soporto que la gente sea capaz de asumir que podría estar muerta.

—Tranquilo.

—No está muerta, Henry —dije con más entereza.

Él asintió.

—Lo sé. Un momento, ¿has oído eso?

—¿Oír qué?

Nos quedamos en silencio y escuchamos el lejano rugido del motor de un coche.

—Venga ya, cabrón —susurré, sin apartar la mirada de la casa.

Un minuto más tarde, un BMW plateado daba marcha atrás, hacia la carretera. Colin iba solo en el coche. Se detuvo para cambiar de marcha y se alejó.

—Vamos —dije, tan pronto como el coche desapareció.

Salimos y caminamos hacia la casa.

—¿Cómo vamos a entrar? —me preguntó.

—Encontraremos un modo.

—¿Cómo lo sabes?

Me detuve en mitad de la carretera, cortándole el paso.

—Mierda, Henry. Vamos a entrar de un modo u otro. —¿Qué cojones le pasaba?—. Vuelve al coche si no quieres hacerlo.

—Es mi hermana. Voy a hacerlo.

—Entonces deja de gimotear.

La casa era grande y se veía bien cuidada. El césped estaba cortado y el jardín bien arreglado.

—Vamos a intentarlo primero por la parte de atrás.

Rodeamos la casa. El patio trasero estaba igual de pulcro, con grandes arbustos y árboles delimitando el perímetro, como una cerca gigante de alambre de espino natural. Así protegía su privacidad, sin levantar sospechas. El tipo era espeluznante pero inteligente.

—Esto pone los pelos de punta. Es demasiado normal —susurró Henry.

Exacto. De no conocer a Colin, cualquiera hubiese pensado que allí vivía una familia. Y él se esforzaba demasiado por parecer normal. ¿Cómo no había sospechado nadie de él antes?

—Allí, ¡mira!

Señaló la ventana de la cocina; por encima había un ventanuco rectangular: estaba abierto.

—Tú eres más pequeño que yo —le dije, con una sonrisa burlona, señalando la ventana con la cabeza.

Él suspiró.

—Sabía que ibas a decir eso, joder.

—No deberías haber malgastado las cuotas del gimnasio. Venga, te ayudo a subir.

Apoyó las manos en el cristal y colocó un pie sobre las mías. Apreté los dientes cuando se impulsó hacia arriba. Henry era delgado pero pesaba más de lo que pensaba.

—¡Joder! Pero ¿tú cuánto pesas?

No hizo caso de la pregunta y empujó la ventana para abrirla del todo.

—Ayúdame —me dijo.

Los músculos de mis brazos se contrajeron y se tensaron mientras impulsaba en el aire el pie de Henry. Él, agarrado al marco de la ventana, se arrastró a través de la estrecha abertura. No pude evitar sonreír al verlo colgado boca abajo, al otro lado. Cayó al suelo haciendo un ruido sordo.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo me he caído sobre un suelo de baldosas durísimo —contestó con sarcasmo, frotándose el codo con el que había impactado contra el suelo.

Sonrió y giró la llave de la puerta trasera.

—Esto nos ha sido de gran ayuda, Colin.

Empujé la puerta y entré. La cocina estaba immaculada. No había nada fuera de su sitio sobre las encimeras. Parecía una casa de exposición.

—¿Por dónde empezamos?

—Tú quédate aquí y yo iré a la parte de arriba —dije, y señalé con la cabeza el exterior de la estancia—. Revísalo todo, ¿de acuerdo?

—Entendido.

Subí los escalones de dos en dos, desesperado por encontrar respuestas. Empujé la primera puerta para abrirla y entré en la habitación. Un olor cítrico me inundó. Oía peor que un hospital y me dio dolor de cabeza casi de inmediato.

El baño relucía. Casi se veía mi cara reflejada en el lavabo. Desde luego, allí no vivía un hombre soltero normal. Me paré a pensarlo y me di cuenta de que nunca había cogido una botella de lejía. En un lado de la pila había dos frascos de desinfectante para las manos. Un obseso de los gérmenes. Salí de allí y cerré la puerta. El olor era demasiado fuerte y me quemaba las fosas nasales. ¿Cómo cojones podía vivir con ese olor?

Abrí la puerta de la habitación contigua y entonces oí como Henry rebuscaba entre los armarios. ¿Estaba buscando a Summer o desvalijándolo?

—Henry —lo llamé.

—¿Sí?

—Si mueves algo, asegúrate de volver a ponerlo justo en el mismo sitio. Él se daría cuenta.

—Es verdad —contestó—. Vale.

Entré en aquella habitación excesivamente ordenada y mis ojos se abrieron de par en par. Estaba pintada de un tono salmón. E igual de limpia que el resto, pero era más anticuada. La ropa de cama tenía un estampado floral horripilante, a juego con las lámparas de la mesilla de noche. ¿De quién era aquel dormitorio? Sin duda, no era el de Colin. Parecía el de una mujer, el de una señora mayor. Entonces, ¿vivía con alguien? ¿Su madre, o su abuela quizá? Me quedé petrificado. Mierda, ¿y si había alguien en la casa? Seguro que ya nos habríamos dado cuenta. No quise decirle nada a Henry por si perdía los nervios. Ya no podíamos dar marcha atrás.

Estaba a punto de salir de allí cuando algo en la cómoda captó mi atención. Encima, había una hilera de marcos de madera, blancos, con fotografías. Me acerqué y, al ver las imágenes, se me revolvió el estómago. Todas eran fotos de Colin con una mujer que se le parecía. ¿Su madre? ¡Besándose! En la última foto aparecían ellos dos ¡besándose! «¿Qué cojones...?»

Me di la vuelta y salí de la habitación, tragándome mi nerviosismo. Si hacía eso con su madre, ¿qué le estaría haciendo a Summer?

—¿Has encontrado algo?! —le grité a Henry.

No podía importarme menos que hubiera alguien en la casa; tenía que encontrar a Summer de inmediato.

—Aún no —contestó; por el tono, parecía estar tan frustrado como yo.

Abrí de golpe otra puerta y continué con el registro. Iba a toda prisa, desesperado por sacarla de esa casa. Pero ¿y si no estaba allí? «No, tiene que estar aquí.»

Todas las habitaciones estaban vacías e inmaculadas. En la última sólo había armarios empotrados de madera de caoba. Tragué saliva. Se me aceleró el corazón al verlos. Imaginé que contendrían todo tipo de mierdas propias de un degenerado. Me adelanté, contuve el aliento y abrí las puertas.

¿Ropa de mujer? ¿Por qué tendría un armario entero repleto de ropa de mujer? El primero estaba lleno de vestidos y rebecas. Eran demasiado modernos para pertenecer a su madre, teniendo en cuenta lo anticuada que era su habitación. No había nada parecido al tipo de ropa que usaría Summer. Ella era una chica de vaqueros y camiseta, rara vez se ponía faldas o vestidos. ¿Por qué tenía aquella ropa? Un pensamiento fugaz atravesó mi mente. ¿Y si era él quien la usaba? No parecía probable, pero aun así era posible.

¿Por eso era tan celoso de su intimidad? Cerré las puertas de golpe y abrí las del siguiente armario. Si eso era todo, entonces él no tenía a Summer y yo me había vuelto a dar de bruces contra un muro. Saqué una caja del altillo. No, no

había duda: no era travesti. La caja estaba llena de paquetes de tampones y compresas. Aquellos trastos no eran suyos. Saqué todas las cajas rápidamente y rebusqué en ellas. Maquillaje, montones de cosas para el pelo, crema hidratante y tubos de pasta de dientes.

—Lewis.

El corazón me dio un vuelco y pegué un brinco. Me habían pillado.

—¡Dios santo! ¡Henry, me he cagado del susto!

Tenía el rostro tan pálido como el de un muerto.

—¿Qué? —susurré.

Levantó un manojo de periódicos. Bueno, más bien unas cuantas páginas sueltas. En todas salía la cara de Summer. Las agarré y las examiné con rapidez. Eran artículos sobre Sum y el más antiguo se remontaba al mes de julio, era el primero que se había publicado.

Levanté la vista y vi a Henry mirando la caja de compresas, que seguía en el suelo.

—Es él —dijo.

Y yo asentí. El cuerpo se me entumeció y mi rostro palideció, sin sangre. Colin le había hecho algo. Sin embargo, aquellos objetos indicaban que ella aún seguía con vida. Guardaba esas cosas porque seguía necesitándolas. Pero ¿dónde la tenía? ¿En otro sitio? Eso sería más lógico.

—Entonces, ¿dónde está?

Un escalofrío me recorrió la espalda. Estábamos tan cerca de encontrarla, o de averiguar qué había ocurrido... Devolví los artículos a Henry y salí corriendo de la habitación.

—¡Summer! —grité a pleno pulmón—. ¡Summer, cariño, soy yo! ¡Grita si puedes oírme!

—¡Joder, Lewis! ¡¿Qué cojones estás haciendo?! —gritó Henry, a su vez, y me zarandeó para hacerme volver en mí.

Le di un empujón en el pecho para librarme de él. Sentía que Summer estaba cerca.

—¿A ti qué te parece que estoy haciendo? —le contesté con rabia contenida—. ¡Summer!

Bajé volando la escalera y entré en la primera habitación que encontré.

—¡Summer!

Henry me siguió, mirando alrededor, absolutamente confuso y sin saber qué hacer.

—Por Dios, Lewis, no está aquí. ¿Puedes parar ya? —estalló—. ¡Has perdido los nervios! Cálmate de una vez. Tenemos que hacer esto como es debido.

Me detuve y saqué el teléfono del bolsillo.

—Tienes razón.

—¿Qué vas a hacer? —dijo entre dientes.

—Llamar a Michael —le contesté.

Los perros de la policía serían capaces de determinar si ella estaba allí o si lo había estado. Ellos la encontrarían. Seguro.

Sus ojos se abrieron de par en par. Lo agarré de los brazos cuando intentó arrebatarme el teléfono de entre las manos.

—¡Esto es una locura, Lewis, cuelga!

—Henry, márchate.

—¿Cómo?

—Que te largues —respondí entre dientes—. Vete.

Henry me contestó negando con la cabeza como si me hubiera vuelto loco.

—Ya —añadí.

Soltó un suspiro, se dio la vuelta y se marchó corriendo justo cuando Michael respondía a mi llamada.

Me quedé esperando frente a la puerta trasera. Me pareció que tardaban una eternidad. «Vamos.» Tenía el corazón en la boca, no me alcanzaba el aliento.

—Summer, esto se acabará pronto —susurré, con la esperanza de que pudiera oírme, a pesar de saber que era imposible.

Michael apareció por la puerta trasera y me sobresalté. ¿Cómo era posible que no hubiera oído el coche patrulla? Negó con la cabeza con los labios apretados en una mueca de disgusto.

—¿Qué estás haciendo, Lewis? —me preguntó con calma.

Levanté ambas manos. Lo último que necesitaba era otro sermón. Quería que me prestase atención.

—Mira, tú solo escúchame, ¿de acuerdo? Este tipo tiene un montón de ropa de mujer... y de productos cosméticos y de higiene femenina. Guarda muchos recortes de periódicos viejos y todos tienen que ver con Summer. ¿Por qué? ¿Por qué haría algo así?

Michael soltó un suspiro.

—Lewis, no puedes andar por ahí allanando casas ajenas.

«Una sola casa.»

—¿Quieres escucharme? Summer está aquí, o ha estado —gruñí, y me froté los ojos—. No sé. Ya no sé qué pensar. Pero esto es muy raro. Él es muy raro. Por favor, registra la casa tú mismo y lo verás.

—La ropa podría ser de su esposa o novia, y hay un montón de gente que guarda periódicos viejos o que se olvida de tirarlos.

—Sí, ya, pero es que este tipo es un obseso del orden. Jamás haría algo así. Compruébalo por ti mismo.

Michael se frotó la cara con una mano.

—Es que, sencillamente, no puedo hacerlo. Tienes que venir conmigo de inmediato.

—¿Por qué?

—¡Porque no puedes colarte en casa de otra persona por las buenas! —contestó entre dientes, exasperado.

Alcé las manos de nuevo.

—Dijiste que no te darías por vencido.

—Y no lo hago, pero esto va contra la ley. No podemos arrestar y perseguir a todo el que almacena periódicos viejos, la cosa no funciona así.

—¡Pues tal vez debáis cambiar vuestra forma de hacer las cosas!

—No he venido hasta aquí para discutir sobre eso —contestó con hastío—. Lo entiendo, Lewis, si yo estuviese en tu lugar, haría lo mismo. Mira, volveré a hablar con él, es todo cuanto puedo hacer.

—Entonces, ¿nada de esto te parece extraño?

Negó con la cabeza.

—En realidad, no. Ninguna de estas cosas basta para obtener una orden de registro. ¿Has encontrado algo que pertenezca a Summer?

Con esa pregunta consiguió desmoralizarme, y me encorvé. La policía no intervendría.

—No, no he encontrado nada.

—Lo interrogaré, pero tienes que venir conmigo —repitió.

Michael me condujo fuera y cerró la puerta trasera. Caminé hacia su coche con una sensación de náusea en la boca del estómago. ¿En qué iba a quedar todo aquello? ¿Se daría cuenta Colin de que habíamos estado allí? Michael abrió la puerta del asiento trasero del coche y entré. Con la mirada clavada en la casa, me pregunté si lograríamos encontrar a Summer. Porque no estaba allí.

Michael se montó en el coche y encendió el motor.

—¿Me estás arrestando? —le pregunté.

—No, pero no vuelvas a hacer algo así, jamás. Lo digo en serio. La próxima vez no vendré solo a recogerte. ¿Entendido?

Asentí y volví la vista atrás mientras nos marchábamos. «Lo siento muchísimo, Sum.»

Summer

Jueves, 3 de marzo (presente)

Estaba de pie frente al espejo del baño aplicándome corrector antiojeras en el ojo morado. El hematoma del brazo estaba desapareciendo con rapidez y ya apenas se podía apreciar; tan solo quedaba una delicada marca amarillenta. Clover estaba empeorando. Siempre andaba con la mente perdida y sus ojos vacuos parecían más exentos de emociones que nunca. Rumiaba algo grave, y no estaba segura de qué podía ser. Tratándose de él, podría ser cualquier cosa. Tenía la esperanza de que el motivo de su preocupación fuese que la policía estaba estrechando el cerco para dar conmigo, para dar con nosotras. Me aferraba a esa idea con todas mis fuerzas.

La esperanza de que me encontraran incrementaba conforme lo hacía su nerviosismo. Solo deseaba sentirme a salvo, arrullada en un abrazo de mi padre, oler el dulce perfume de mi madre, oír a Lewis decirme que me amaba e incluso soportar a Henry gritándome por estar molestándolo.

Giré la cabeza para no seguir viéndome y volví a la habitación. Rose, Poppy y Violet estaban sentadas en el sofá, cada una leyendo un libro.

—¿Estás bien? —me preguntó Rose, mientras dejaba su libro a un lado y se ponía en pie para examinarme el ojo.

«En realidad, no.»

—Sí, hoy ya está mucho mejor.

Me respondió con una sonrisa de consuelo y tiró de mí hacia el sofá. Las cuatro nos apretamos en un fuerte abrazo que me hizo sentir a salvo. Él no había bajado a cenar, y eran ya las ocho y media. Su cena permanecía en el horno, ya fría, a la espera de ser recalentada en caso de que se presentara.

Rose alzó la vista hacia el reloj.

—¿Dónde estará? —murmuró como para sí misma.

—Tal vez no venga —dije, y rogué por estar en lo cierto.

Ella frunció el ceño.

—Voy a limpiar la cocina.

Mantenerse ocupada era lo que le permitía evadirse de la realidad. Me había dado cuenta de que cuando estaba muy preocupada limpiaba sobre limpio. Poppy se levantó y fue a ayudarla. Últimamente, lo había tomado por costumbre.

Violet se volvió hacia mí y articuló la palabra «dormitorio». Quería que hablásemos en privado.

La seguí y nos sentamos en la cama.

—Algo va mal. ¿Y si le ha ocurrido algo? —Abrió los ojos de par en par en una expresión de pánico—. Joder, Lily, ¿y si está muerto?

Si había muerto, estábamos jodidas. Lo odiaba más que a nada en el mundo, pero dependíamos de él.

—No creo que le haya ocurrido nada —le contesté—. Probablemente, se le habrá olvidado avisarnos de que tenía cosas que hacer, eso es todo.

Aunque mi voz sonaba calmada y segura, estaba aterrorizada ante la idea de que le hubiese ocurrido algo y nosotras nos pudriésemos allí.

—Quizá está puliendo su trofeo al loco del año —bromeé, tratando de relajar los ánimos.

—Pero... —empezó a decir, negando con la cabeza.

—Violet, no te dejes dominar por el pánico. Solo se ha saltado la cena.

—Estaba distraído durante el desayuno.

—Claro, es un psicópata retorcido.

—Lily, algo va mal.

Asentí.

—Lo sé, pero tenemos que mantener la calma, ¿de acuerdo?

Respiró hondo. Hacía pocos meses, era yo la que se dejaba dominar por el pánico, y Poppy y Rose quienes trataban de calmarme.

—Pase lo que pase, estaremos bien.

—Si está perdiendo la cabeza...

Solté un resoplido.

—¿Sí?

Violet sonrió de medio lado.

—Cuanto más loco se vuelva, mejor para nosotras.

—¿Y eso por qué?

—Porque así cometerá algún error.

Ella asintió, y yo sonreí.

—¿Lo ves? Estaremos bien. Ahora, no hables demasiado sobre esto con Rose y Poppy. Si se le está yendo la cabeza aún más de lo habitual, tendremos una oportunidad.

—¿De reventársela? —preguntó Violet.

«Vaya, madre mía...»

—Bueno, si es necesario, supongo que sí.

Parecía hablar totalmente en serio; su expresión no transmitía emoción alguna. ¿Sería yo capaz de matar a alguien? Aquel pensamiento me revolvió el estómago, pero, si era cuestión de vida o muerte, supongo que sí podría. Y con él, me costaría menos.

—¿Quieres ver *El diario de Noah*? —le pregunté, tratando de cambiar el tema de conversación.

Era la película preferida de Violet y tenía la esperanza de que pudiera distraerla de todo lo demás. Creo que había llegado a aprendérmela de memoria, palabra por palabra.

Asintió con la cabeza y me devolvió una sonrisa triste.

—Sí, claro.

Me había levantado para regresar a la otra habitación cuando ella me agarró por la muñeca.

—¿Crees que Lewis sigue buscándote?

Su pregunta me sorprendió.

—Espero que no —le respondí.

—Pero tú lo amas.

—Así es, por eso espero que no lo haga.

Me miró como si estuviese loca. No lo estaba. Lo amaba. Él no podría ser feliz si continuaba buscándome. Sin embargo, muy en mi interior, tenía el presentimiento de que lo seguía haciendo. Si la situación fuera la contraria, yo no dejaría de buscarlo.

Salí del dormitorio para que Violet no pudiera preguntarme nada más. No quería hablar de ese tema.

Rose y Poppy estaban fregando la encimera, que ya tenía un aspecto reluciente. Estaba a punto de preguntarles a ellas también si querían ver la película cuando oímos abrirse la puerta del sótano. Me quedé petrificada. Llegaba tarde. ¿Qué estaría pasando?

—Clover, ¿va todo bien? Si tienes hambre, tu cena está en el horno —dijo Rose, quitándose los guantes de goma amarillos mientras él bajaba la escalera.

Mis ojos se posaron un instante en la puerta del sótano y se abrieron de par en par. El cerrojo no estaba echado. El corazón me dio un vuelco. La puerta estaba abierta unos tres centímetros. ¿Sería consciente de ello?

Besó a Rose en la mejilla y se dio la vuelta para mirarnos a todas. Violet salió de la habitación y se detuvo a mi lado.

—Ha pasado algo, pero no quiero que ninguna de vosotras se preocupe. Se me ha ocurrido una forma de permanecer todos juntos —dijo, mirándonos a todas.

«¿Cómo? ¿Qué había pasado?»

Violet me cogió de la mano y me la apretó con fuerza. Pude sentir su miedo. Estaba aterrorizada por lo que hubiera podido planear. ¿Qué querría decir con «una forma de permanecer todos juntos»? ¿Iba a intentar huir con nosotras? El corazón me dio otro vuelco. Sospechaban de él.

Miró alrededor sacudiendo las manos.

—Hay gente que quiere separarnos, pero jamás permitiré que eso ocurra —dijo con una calma espeluznante, parecía que estuviera hablando del tiempo y no de nuestra vida—. No nos separaremos. No podemos separarnos —murmuró.

Aquello era una promesa; un escalofrío me recorrió toda la espalda. Sus ojos parecían lúgubres y distantes. En aquel momento, supe que no se proponía huir con nosotras. Iba a matarnos. A todas.

Sentí que mi mundo se derrumbaba. ¿Y si tenía a la policía pisándole los talones? Eso explicaría que tuviese que tomar medidas justo entonces y justificaría que rompiera su adorada rutina. «Dale conversación.» Sentí un nudo en la garganta, pero sabía que debía hablar.

—Clover, nadie puede separarnos si nosotros no queremos que lo hagan.

Violet me apretó la mano como si estuviese apretando un tornillo.

Él me miró con la cabeza ladeada.

—No, Lily, van a hacerlo.

—Pero podemos decirles que estamos aquí de forma voluntaria.

Él frunció el ceño, como si esa idea no se le hubiera pasado por la cabeza. ¿De verdad creía que estábamos allí porque queríamos? Seguramente no estaba tan desquiciado. Comencé a cuestionarme si seguía siendo capaz de distinguir entre el bien y el mal, o si vivía en su propio mundo, donde solo importaba que se cumplieran sus deseos.

—Lily, no me estás escuchando. Ya te lo he dicho, quieren separarnos. Ahora necesito que seáis buenas chicas. Prometo que será rápido y que no os dolerá mucho.

Cuando lo vi sacar un cuchillo del pantalón, me quedé sin aire. Él ni siquiera reaccionó. Ya estaba muerto por dentro. Derrotado.

Violet gimoteó y tiró de mí dando un paso atrás. Poppy también retrocedió, acercándose hacia nosotras, pero Rose se quedó en el sitio. «Muévete Rose. ¡Joder, muévete!» Necesitaba que ella se apartara de su camino. Por mucho que me hubiera sacado de quicio en el pasado, no podía soportar la idea de que le ocurriese algo. Con el tiempo, había llegado a sentir que formaba parte de mi familia, como una especie de hermana mayor.

—Clo... Clover —susurró Rose, negando con la cabeza.

Las manos le temblaban por el terror y la oí tragar saliva. Él le sonrió.

—Entiendes que no podemos separarnos, ¿verdad? Yo no puedo vivir sin ti y tú no puedes vivir sin mí. No te dolerá, te lo prometo —repitió, dando un paso más hacia ella.

Ella ni siquiera retrocedió. Mierda, no iba a intentar detenerlo. Pude ver en mi cabeza lo que estaba a punto de pasar como si se tratara de una película: Clover la apuñalaría y Rose se desplomaría sobre el suelo. No podía permitir que sucediese. Salté hacia delante, la agarré del brazo y tiré de ella. Se estampó contra mi pecho y la arrastré tras de mí.

Clover me fulminó con la mirada. Su expresión se recrudeció al darse cuenta de que yo no iba a caer sin luchar. Si tenía que morir en aquel agujero sería tratando de escapar con Poppy, Rose y Violet.

—Clover, por favor, no lo hagas. Podemos encontrar otro modo. Nadie nos va a hacer nada si les explicamos que somos una familia y que estamos aquí porque así lo deseamos —dijo Poppy, que seguía intentando razonar con él.

—¡No supliques, Poppy! —gritó él.

Dí un respingo, perpleja. La puerta no estaba cerrada, así que todas podíamos escapar. Me centré en esa idea. Su respiración se volvió más pesada e irregular, como solía ocurrirle cuando asesinaba. Miré alrededor del sótano en busca de cualquier cosa que pudiésemos usar para herirlo o distraerlo el tiempo suficiente para salir huyendo. Pero no había nada.

De repente, se abalanzó hacia delante y arrancó a Violet de mi lado. Un grito silenciado me taladró el cerebro. Traté de tirar de ella de nuevo hacia mí, pero él fue demasiado rápido, la estampó contra la pared y alzó el cuchillo. Los gritos de Poppy y Violet eran tan fuertes que me pitaban los oídos. Entre sus chillidos, pude oír a Clover repetir algo, pero no logré entender qué decía. Todo ocurrió tan deprisa que fui incapaz de detenerlo. Violet intentó agarrarlo por la muñeca, pero él se le adelantó: le hundió el cuchillo en el estómago, y ella se desplomó en el suelo.

—¡No! —gritó Poppy.

Me dejé caer al suelo y traté de ver la herida. ¿Podría recuperarse o era demasiado profunda? La visión se me tornó borrosa. Tenía que librarme del nudo en la garganta que no me dejaba respirar, pero no lo conseguí. Rompí a gritar, mientras mi pecho se sacudía en espasmos por los sollozos.

Alcé la vista, jadeando. Sin vacilar, Clover acuchilló a Poppy en el costado. Poppy se tambaleó, con una mano se sujetó a la pared para no caer y con la otra se presionaba la herida. La sangre se le colaba entre los dedos y comenzó a hiperventilar. Parecía muerta de miedo.

Me levanté de un salto, agarré a Rose y la acerqué a mí. Corrimos hasta colocarnos tras la mesa. Él se encontraba entre nosotras y la escalera. De reojo, vi a Poppy venir cojeando hacia nosotras, con el rostro desencajado por el dolor y el pánico. Yo me limpié las lágrimas de las mejillas en un segundo y me quedé mirándolo fijamente. Su rostro amenazador parecía diabólico, como si no quedase ni rastro de humanidad en él. No quería dejarlas atrás, pero debía hacer algo o de lo contrario moriríamos todas allí. Si tan solo lograrse acceder a la casa, podría encontrar algo con lo que detenerlo. Su expresión se relajó y sonrió.

—Todo va a salir bien. No tengáis miedo. Estamos juntos en esto. Como una familia.

—¡No somos una puta familia! —estallé, jadeante.

«¿Qué he hecho?» Mantenerlo engañado resultaba más duro de lo que había imaginado. Giró todo su cuerpo hacia mí. Yo sabía que mientras su atención se centraba en mí, Rose tendría una oportunidad.

—Corre —susurré muy bajito. «¡Vete, Rose!»

Él rodeó la mesa despacio, y yo me quedé clavada en el sitio. Pensaba patearle la entrepierna tan pronto como estuviese lo bastante cerca. Es lo que Henry solía aconsejarme para cuando los tíos se acercasen a hablar conmigo. «Dales una patada con fuerza y no aflojes. Patéalos hasta el fondo.» Eran las palabras textuales de mi hermano, y pretendía seguirlas al pie de la letra por una vez en la vida.

Clover se colocó frente a mí. Yo jamás había participado en una pelea y estaba bastante segura de que no se me daría nada bien, pero en aquel momento me sentía llena de fuerza. El odio que había acumulado me rebotaba por cada poro de la piel, sin freno. Apreté la mandíbula, decidida. Él echó hacia atrás un brazo, y supe que estaba a punto de golpearme. Contuve la respiración, levanté un brazo y conseguí bloquear con éxito su embiste.

No podía creer que lo hubiese bloqueado, pero tampoco tenía tiempo para saborear mi éxito. Visualicé cada una de las cosas horribles que nos había hecho a mí y a las demás chicas y, con tanta fuerza como fui capaz de reunir, le clavé el puño en la cara.

Retrocedí de un salto, jadeando por el dolor que me atravesaba la mano. Clover se tambaleó hacia un lado y levantó los brazos para recuperar el equilibrio. Supe que iba a morir y decidí que lo haría defendiéndome y demostrándole que nunca deseé todo lo que me había hecho. Quería demostrarle que para mí no era más que un psicópata retorcido.

—Putra zorra —escupió él con una voz tan colérica y agresiva que ni siquiera parecía la suya.

Tomé una gran bocanada de aire y me coloqué en posición, lista para seguir las instrucciones de Henry y patearle con todas las fuerzas que me quedaban.

La adrenalina me corría por el cuerpo y me dispuse a levantar la pierna. Rose me agarró y tiró de mí hacia atrás. «¡Mierda, no!» ¿Por qué me detenía? ¿Por qué no se había marchado cuando había tenido ocasión? Él no desaprovechó la oportunidad, levantó el puño y me asestó un golpe en la cara.

Mi visión se volvió borrosa y comencé a parpadear con fuerza. Me había lanzado hacia atrás y estrellado contra la pared. Me había golpeado la cabeza contra los ladrillos y había caído al suelo. Una bruma negra me invadió, no podía ver. Me froté los ojos e ignoré el dolor palpitante de mi cabeza. «¿Dónde está Clover? ¿Donde están las demás?»

Conseguí levantarme a duras penas y entorné los ojos para tratar de ver qué ocurría. Sentí que me caía. Pero esta vez en paz. Oía muchas voces y gritos, pero no lograba distinguir ninguna. Solo olía el habitual olor a cítrico, pero ya no resultaba tan intenso.

Me encontraba a la deriva, flotando. El dolor iba remitiendo. De repente, entre todo aquel ruido, oí un fuerte estallido, seguido de golpes sordos. Me dejé caer al suelo y me quedé allí tendida tratando de ver quién había entrado. La oscuridad me cubrió los ojos aún más. Me sentí exhausta. Tan solo quería dormir. Con los ojos cerrados, sentí que alguien me movía.

—Sigue despierta, Summer. Todo saldrá bien. Tú sigue despierta.

«¿Summer?»

Podía notar el movimiento, pero nada de dolor. Me estaban llevando en brazos y me habían llamado Summer. ¿Estaba soñando? Entonces, perdí por completo la conciencia y me sumí en la oscuridad.

Lewis**Jueves, 3 de marzo (presente)**

Me detuve delante del hotel y me froté los ojos. Durante los últimos días había estado recorriendo en coche todo el país, comprobando pistas e indicios de gente que decía haber visto a Summer. La policía seguía cubriendo el caso, por descontado, pero cuanto más tiempo pasaba, menos fe tenía en ellos. Durante los siete meses posteriores a la desaparición de Summer, había estado en un limbo y no había sido capaz de seguir adelante con mi vida sin averiguar qué había ocurrido. Alguien sabía dónde estaba.

Bostecé y salí del coche. Buscar a Summer en Londres era como buscar una aguja en un pajar, y dudaba mucho que ella estuviera en la ciudad, pero no iba a correr el riesgo de no buscarla allí.

La búsqueda policial de Summer se había ralentizado aún más: no quedaban muchos agentes en el caso y ahora estaba financiada por donaciones y voluntarios. Aquello significaba que tendríamos que volver a trabajar para conseguir dinero, aunque fuese solo a tiempo parcial.

Por suerte, solo había tenido que pasar una noche en el calabozo por allanar la casa de Colin; habían querido darme una lección, pero no se me había abierto ficha policial. No quería ni pensar qué hubiese ocurrido si eso me hubiera impedido encontrar un trabajo y contribuir a la financiación de la búsqueda. Le habría fallado a ella.

Que Michael me arrestase tuvo su parte positiva: la policía había prometido interrogar a Colin. Había conseguido que estuviera en el punto de mira de los investigadores. Algo en él era inquietante, sin duda, y ahora era tan solo cuestión de tiempo que sus secretos saliesen a la luz.

Me vibró el teléfono en el bolsillo y comenzó a sonar. Lo saqué a toda prisa y respondí de inmediato.

—Hola.

—Lewis, han conseguido una orden. Van a entrar en breve —dijo Daniel.

—¿En serio? —«¡Por fin!»—. ¿Cómo la han conseguido?

—Lo han pillado con una caja llena de distintos tipos de cargadores de teléfono y ropa de mujer. Por lo visto, iba de camino a alguna parte con eso. Por suerte, lo cogieron cuando volvían a su casa para interrogarlo de nuevo.

—¿Llevaba un cargador compatible con el teléfono de Summer? —pregunté, casi sin voz.

—No lo sé. No han dicho nada.

Suspiré y me apreté el puente de la nariz. Empezaba a dolerme la cabeza.

—De acuerdo, llámame en cuanto sepas algo. Lo que sea.

—Por supuesto.

—Gracias —respondí, y colgué.

Si no encontraban nada, no sabría qué hacer a continuación. ¿Seguir el rastro de cada pista que acababa desvaneciéndose?

—Hola —me saludó la recepcionista—. ¿Desea una habitación?

Dudé. ¿Me quedaba allí y continuaba la búsqueda o regresaba a casa?

—En realidad, no. Discúlpeme.

Dije adiós con la mano por encima del hombro mientras regresaba con prisa hasta el aparcamiento.

Tenía por delante un largo viaje de vuelta, que culminaría, probablemente, en una decepción. Pero debía estar allí, por si acaso.

El corazón se me desbocaba ante la idea de ver a Summer de nuevo. No quería hacerme muchas ilusiones: si no lograban dar con ella, me quedaría destrozado. «Por favor, cariño, tienes que estar bien. Voy para allá.» Theo me había dicho que me estaba centrando demasiado en Colin, y era cierto, pero no tenía otra cosa.

Traté de darle la vuelta a la llave para arrancar el motor, pero me temblaban tanto las manos que necesité tres intentos. «¡Joder! ¡Venga ya!» Por fin, conseguí poner el coche en marcha y salí a toda prisa. No debería haberme ido del pueblo. Menuda estupidez.

Cuando el teléfono sonó, di un respingo.

—Lewis —dijo Daniel con la voz entrecortada por la emoción, como si hubiese estado llorando.

«¡No!»

—¿Sí?

Solté un suspiro y tomé aire profundamente. El mundo se paralizó.

—La han... la han encontrado. La han encontrado. La tienen —dijo, repitiéndolo como si él mismo no creyera lo que estaba diciendo.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está? ¿Está bien? —pregunté.

Sentí como si me elevase por el aire.

—La han encontrado en casa de Colin. En el sótano. Está viva, Lewis. —
Rompió a llorar entre sollozos—. Está viva.

¿Estaba soñando? A mi alrededor, todo se movía a cámara lenta. La voz de Daniel me llegaba como desde el fondo de un túnel. Había imaginado aquel momento millones de veces y ahora me parecía irreal. Los ojos se me llenaron de lágrimas y se me nubló la vista.

—¿Dónde está?

—En el hospital. Nosotros vamos para allá ahora mismo. Ha sufrido un golpe en la cabeza, pero está aquí. Está aquí. Forcejeó con el secuestrador y está herida. Oye, tengo que colgar, ya hemos llegado, tengo que estar con ella. Ven lo antes que puedas.

—Adiós —balbuceé, y colgué.

Sus palabras resonaban en mi cabeza. «Está aquí.» Era todo cuanto había deseado durante los últimos siete meses. Ahora me encontraba en Londres, a cuatro puñeteras horas de camino. La frustración se apoderó de mi y me odié por estar tan lejos. Impotente, golpeé el volante con las manos.

Entonces, pensé en lo que me había dicho Daniel. ¡Joder! Se habían peleado y ella estaba en el hospital. ¿Serían serias sus heridas? Se había golpeado la cabeza. ¿Sería grave? No, tenía que estar bien. Después de más de medio año de infierno, no podía morir en el hospital. La necesitaba.

La culpabilidad me hizo sentir náuseas, y deseé poder estar ya a su lado. Si estaba consciente... ¿preguntaría por mí? ¿Y si me odiaba por no haberla encontrado antes? Le había prometido que cuidaría de ella. Dejé escapar una gran bocanada de aire que ni siquiera sabía que estaba reteniendo. Summer se encontraba bien. Parpadeé con fuerza y noté cómo me caían las lágrimas por las mejillas. Ahora todo saldría bien. Ella estaba viva y yo estaba dispuesto a hacer lo que fuese con tal de compensarla. La situación me sobrepasaba y no podía distinguir en qué estado me encontraba. Aliviado. Asustado. Feliz. Enfadado. Exultante. Culpable.

Agarré el volante con una sola mano, mientras con la otra me enjugaba las lágrimas. Fuera lo que fuese lo que le había pasado en aquellos siete meses no importaba, porque Summer estaba en casa. Pisé a fondo el acelerador.

—¿Dónde está? —le pregunté a Theo, en el preciso instante en que crucé las puertas del hospital.

—Por aquí —me contestó, avanzando a paso acelerado a mi lado.

—¿La has visto?

—No.

—¿La habéis visto alguno de vosotros? Está bien, ¿no?

—Ya se ha despertado. Daniel y Dawn están con ella. Lewis, antes de que entres ahí, Henry quiere hablar contigo.

—¿Cómo?

Negué con la cabeza. Pero ¿qué coño decía? No quería hablar con Henry: ¡quería ver a mi novia!

—No necesito hablar con él.

—Te está esperando fuera de la habitación. Debes hablar con él antes que nada.

¿Por qué? ¿Qué significaba aquello? ¿Estaba Summer enfadada?

Doblamos una esquina y atravesamos uno de los pabellones. Olía a la limpieza extrema propia de las clínicas. Vi a Henry de pie delante de una de las puertas de la sala y el corazón se me paró. Summer estaba al otro lado de aquella pared, el corazón se me iba a salir del pecho.

—Lewis —dijo Henry, viniendo a mi encuentro, con las manos levantadas—. Espera, colega, tenemos que hablar.

Dejé escapar un suspiro.

—¿Por qué? Tan solo quiero verla ¿Está bien? ¿Es que no quiere verme?

—Ven a la cafetería conmigo y te lo explico.

—¡Henry, no quiero sentarme a tomar un puto café!

—Está bien, entonces tengamos esta conversación en el pasillo.

«¿Tengamos esta conversación en el pasillo?» Sonaba como si estuviese buscando pelea o algo así.

—Lewis, por favor. Te lo pido por su bien. Tienes que entender lo que ha pasado aquí antes de que tú llegaras. Ella no es... ella misma.

Mi rostro se desencajó.

—¿Qué quieres decir con que no es ella misma?

—Vamos a un sitio más apartado y te lo cuento.

Miré hacia la puerta. Summer estaba solo a unos pasos de distancia, pero seguía sin poder llegar hasta ella.

—Vale, de acuerdo. Está bien.

Lo seguí. Theo se quedó atrás y entró en una habitación situada frente a la de ella. ¿Una sala de espera, tal vez?

—A ver, ¿qué pasa? —le pregunté en cuanto se cerraron las puertas del pabellón a nuestras espaldas.

—Está distinta —contestó, con un gesto de preocupación—. Parece que no nos reconoce. Sus respuestas no son del todo lúcidas. Y solo ha hablado para preguntar por Rose, Poppy y Violet.

—¿Cómo? —Fruncí el ceño, desconcertado—. ¿Flores? ¿Quiere que le lleven flores?

Henry miró al suelo.

—No. Son las otras tres chicas con las que ha estado encerrada.

Abrí los ojos de par en par, boquiabierto.

—Además, dice que se llama Lily.

«¿Qué?» Eso no tenía sentido. No me entraba en la cabeza. ¿Por qué se hacía llamar Lily?

—Mira, todavía no conocemos todos los detalles de la situación. Ninguna de ellas ha contado gran cosa, pero por lo visto ese tal Brown, o Clover, les cambió el nombre.

—Yo... —Negué con la cabeza, tratando de encontrarle sentido a todo aquello—. ¿Clover? Pero ¿qué coño, tío? Yo no...

—Yo tampoco. Escucha, no está del todo en sus cabales, así que no esperes mucho. Debemos ayudarla a salir de esto, a recordar quién es.

¿Se ha olvidado de quién es? ¿Qué cojones le había hecho ese tío para que acabara así?

—Quiero verla. Ya.

Yo sí podía ayudarla a recordar. Tan solo necesitaba verla, olerla y abrazarla. Quería rodearla con los brazos y arreglarlo todo como por arte de magia.

Cuando nos detuvimos frente a su puerta, el corazón se me desbocó.

Summer

Viernes, 4 de marzo (presente)

Sentía el cuerpo pesado, como si estuviera hecha de cemento. Un dolor sordo me palpitaba en la cabeza. Traté de abrir los ojos, pero no se movieron; era como si mis párpados estuvieran pegados. ¿Qué me pasaba? Una neblina espesa se extendía a mi alrededor, y me dejé arrastrar de nuevo a un sueño tranquilo.

Me desperté en la oscuridad otra vez, mi cuerpo seguía negándose a moverse un solo centímetro. «Abre los ojos. ¡Concéntrate en abrir los ojos!» Unas voces desconocidas me rodeaban, y poco a poco empecé a oír lo que decían.

—Es fuerte. Saldrá de esta.

¿Quién? ¿Yo? Yo no me sentía fuerte.

—Creí que la habíamos perdido.

¿De quién era esa voz? ¿De mi padre? ¿Era él de verdad? ¿Qué había pasado? Las cosas a mi alrededor empezaron a cobrar sentido: ese olor limpio y clínico (no cítrico), y las extrañas pero reconocibles voces de mi familia. Había salido de la prisión de Clover y estaba en el hospital. Pero ¿cómo?

Dejé todo eso de lado. Tenía que concentrarme en despertar, ya solucionaría lo demás después. Mi cuerpo no quería responder a lo que le pedía, pero, por fin, conseguí abrir los ojos durante un segundo. Vi un fugaz rayo de luz blanca brillante, pero la oscuridad regresó enseguida.

La habitación se llenó de un mar de voces, de personas que hablaban a la vez ¿Podrían ellos ver?

—¿Summer? ¿Summer?

«¡Abre los ojos!», me grité a mí misma. Volví a intentarlo y me obligué a abrirlos. Esta vez no se cerraron, pero el esfuerzo me dejó agotada. Torcí el gesto, deslumbrada por la luz. Todo estaba borroso, pero la habitación fue volviéndose nítida poco a poco.

—¿Summer? ¿Cariño? —La voz de mi madre sonaba muy rara.

La recordaba lo bastante para reconocerla vagamente. Estaba llorando, y yo intenté sonreír para calmarla. Sentía el mismo deseo de libertad que cuando había entrado por primera vez en el sótano.

—Cielo, ¿estás bien?

No podía hablar, no tenía suficiente energía, así que asentí con la cabeza lo mejor que pude.

—Voy a buscar a un médico —dijo Henry.

No podía verlo, pero recordaba a la perfección la molesta voz de mi hermano. Sonreí débilmente.

—Ay, estás bien —dijo mi madre, mientras me acariciaba el pelo.

Giré la cabeza un poco para poder verla mejor. Parecía mayor, como si hubiera envejecido ocho años en casi ocho meses. Su pelo se había vuelto gris casi por entero, y, bajo los ojos, tenía unos cercos oscuros y profundos. ¿Era por mi culpa?

Una desconocida que llevaba un uniforme azul claro me miró y sonrió como si yo fuera su hija.

—Hola, Summer. Me llamo Tara, ¿qué tal te encuentras?

Abrí la boca, pero solo pude soltar un estúpido balbuceo. Tenía la garganta seca, como si hubiera tragado arena. Me limité a encogerme de hombros, y Tara sonrió.

—¿Estás dolorida?

Asentí. Por todas partes, sobre todo me dolía la cabeza.

—Vale, te conseguiré algo para eso. Hay agua en la mesilla.

—Ya lo hago yo —dijo mi padre.

Sonreí. Por supuesto, quería ser útil.

La enfermera asintió.

—Voy a buscarle algo para el dolor y avisaré a un médico para que le eche un vistazo.

—Gracias —dijo mi madre, apretándome la mano—. ¿Summer? Cariño...

Se interrumpió para enjugarse las lágrimas que le surcaban el rostro. Yo parpadeé un par de veces cuando se me nubló la visión. Me pesaba la cabeza y lo único que me apetecía era dormir.

Papá vertió un poco de agua en un vaso y le puso una pajita. «¿Ahora tengo tres años?» Abrí la boca y di gracias por el agua fresca. Tuve que bebérmela casi toda, antes de empezar a notar la garganta normal de nuevo.

—¿Cómo estamos? —preguntó otra enfermera al entrar en la habitación.

Sostenía en una mano una jeringa, la medicación para el dolor. Suspiré de alivio. «¡Sí, por favor!»

—Summer, soy Brianna. No te preocupes, no voy a pedirte que hagas nada, te administraremos la medicación por vía intravenosa.

Introdujo la aguja por un tubo, pero no sucedió nada. ¿Cuánto tardaba exactamente esa cosa en hacer efecto?

—Bien, el doctor vendrá a verte pronto. Llama si necesitas alguna cosa.

Salió de la habitación y volvimos a quedarnos solos.

Fragmentos de los últimos acontecimientos revoloteaban por mi mente, pero era incapaz de ordenarlos. ¿Dónde estaban Rose, Poppy y Violet?

—¿Qué... qué ha pasado?

Mis padres y Henry se acercaron y se sentaron en el borde de la cama. Se colocaron a mi alrededor, y yo me revolví con incomodidad. No debería sentirme incómoda con mi familia.

—¿Recuerdas algo, cariño? —preguntó papá.

—Clover. Atacó a Violet y nos atacó a nosotras. ¿Dónde están?

—¿Las otras chicas?

Esta vez, preguntó mi madre. Su voz era suave, como si pensara que yo estaba hecha de cristal y me rompería al menor sonido estridente. Mi padre y Henry se acercaron más.

El corazón me dio un vuelco. ¿Dónde estaban?

—Necesito verlas. ¿Podéis ir a buscarlas?

—Summer, tranquila.

—¿Dónde está la enfermera?

Me incorporé y sentí un dolor agudo en la cabeza. Se me escapó un grito, y me dejé caer de nuevo, encogiéndome por el dolor.

—Por favor, id a buscarlas —susurré, con los ojos vidriosos.

—Cariño, cálmate —dijo mi madre en voz baja.

Intercambió con papá una mirada que no supe interpretar.

—Tu padre irá a comprobar cómo están.

Alguien llamó a la puerta y entró. No era una enfermera, llevaba pantalones negros y una camiseta negra entallada, pero tenía colgada una tarjeta del hospital.

—Hola, Summer, soy Cecilia. ¿Qué tal te encuentras?

—¿Dónde están?

Ella sonrió. Sabía algo. ¿Estaría cuidándolas?

—Vengo de ver a Poppy: se ha despertado y ha dado un par de vueltas. Está con Violet. Violet está en estado crítico pero estable.

Tragué saliva. «Crítico.» Eso era malo. Muy muy malo.

—¿Y Rose?

—Físicamente, está bien.

Los ojos empezaron a inundárseme de lágrimas. Por supuesto, ella todavía lo necesitaba.

—Tengo que verlas.

—Tan pronto como te encuentres mejor, me aseguraré de que así sea.

—Ya estoy bien. Por favor.

Negó con la cabeza.

—Lo siento. Descansa un rato, y luego veré si puedo conseguir que te lleven con Violet.

Solo había usado mi nombre real, no el de ellas. ¿Acaso no le había dicho Poppy quiénes eran en realidad? Casi quería que me llamasen Lily para volver a ser como ellas. Durante casi ocho meses habían sido mi único mundo, y estar lejos de ellas me hacía sentir vulnerable. Tenía la sensación de que Summer era alguien de una vida pasada. No quería conservar ese nombre. No quería nada que tuviera que ver con él, solo... a ellas.

—¿Está en la cárcel?

Cecilia miró a mis padres.

—Me temo que no dispongo de esa información, Summer. Quizá deberías hablar con tus padres.

Le dio la vuelta a mi historial médico y anotó algo. Después de examinarme, se irguió.

—Bien. Volveré pronto a echarte otro vistazo, y, cuando te encuentres un poco mejor, hablaremos un rato.

Desde luego no era una enfermera.

—¿Tienes hambre? —me preguntó mi madre en cuanto Cecilia salió de la habitación.

—No. ¿Dónde está?

—Lo tiene la policía —respondió papá—. Ya estás a salvo, Summer. No volverá a hacerte daño.

Cada vez que alguien me llamaba Summer, pensaba que se refería a otra persona. No sentía que yo fuera Summer. Ahora, oír ese nombre me resultaba tan extraño como cuando habían empezado a llamarme Lily.

La puerta se abrió, y me sobresalté. Estar fuera de nuevo, en el mundo real, era raro. Casi aterrador. Mi familia no me había dejado sola, pero yo quería que lo hiciera. No quería estar sola, pero tampoco quería estar con gente que no dejaba de mirarme y me hacía sentir como un espectáculo de circo.

—¡Summer! —gritó Henry, sacudiendo la mano delante de mis narices—. ¿Estás bien? Llevo un rato llamándote.

Fruncí el ceño. ¿Me había llamado?

—Mmm... ¿sí?

Sonríe y se sentó al borde de la cama.

—Lewis viene de camino.

Lewis. El corazón me dio un vuelco, y se me encogió el estómago. Iba a venir. Ya.

—Eh... —dijo él, frunciendo el ceño—. ¿Quieres verlo?

Me embargó la duda. «¿Quería verlo?» Durante los últimos siete meses y medio, no había deseado otra cosa que verlo; sin embargo, en ese momento, era incapaz de explicar cómo me sentía o qué quería. Ahora bien, si iba a venir a mirarme como ellos, mejor que se mantuviera al margen. No quería que nadie me tuviera lástima, y mucho menos él. Quería a Rose, a Poppy y a Violet. Quería sentirme a salvo.

—¿Dónde están?

—¿Quiénes?

—Rose, Poppy y Violet.

—No lo sé, Sum. Aunque Lewis está de camino —repitió, y me miró como si estuviera loca.

Mi madre se sentó delante de Henry y me cogió de la mano. La retiré y empecé a jugar con los dedos. El contacto con mi madre me resultaba extraño.

—¿Cielo?

Me mordí el labio e intenté averiguar cuáles eran mis sentimientos. Todo era muy confuso y nada tenía sentido. Era como si mis emociones estuvieran bloqueadas.

—¿Podéis iros todos? Por favor.

—¿Cómo? ¿Qué ocurre, cielo? —me preguntó mi padre.

—Por favor, marchaos —susurré, y me cubrí los ojos con las manos.

Solo quería hacerme un ovillo y dormir.

No me dejaron sola más de doce minutos. Henry aún no había vuelto, pero mis padres estaban sentados en las sillas que había pegadas a la pared, ese era todo el espacio que estaban dispuestos a concederme. No habían hablado más desde que me dijeron que se iban a quedar. Era casi como si no estuvieran allí, aunque no me bastaba. Yo los quería fuera. Tenía remordimientos por sentirme tan confundida cada vez que me miraban con los ojos cargados de tristeza o desconcierto. Al menos, seguro que Henry sabría entablar alguna conversación tonta y superficial.

La puerta se abrió, y supe que se trataba de Lewis incluso antes de levantar la vista. Todo cambió. El ambiente se tensó y se me disparó el pulso. Mis padres se echaron hacia delante en las sillas, y Henry avanzó hasta mi cama y se quedó mirando hacia la puerta. ¿Qué esperaban? ¿Que Lewis pudiera arreglarlo todo por arte de magia? Ojalá fuera así, pero no era tan ingenua para creerlo.

«Está aquí.» Me quedé sin aliento y el tiempo pareció detenerse. Estaba nerviosa, confundida y asustada, pero no emocionada. Sentía como si hubieran sacado el aire de la habitación. Me costaba respirar.

Ninguno de los dos dijo una palabra, y yo seguía sin levantar la vista. Me resultaba doloroso estar en la misma habitación. Sus pasos sonaban con más fuerza conforme se iba acercando. Sentí cómo se hundía la cama y vi su pierna con el rabillo del ojo. Tragué saliva y levanté la mirada. Lo primero que vi fue a mi familia, de pie, ante la puerta. Estaba claro que no íbamos a tener privacidad.

Giré la cabeza y por fin lo vi a él. Dejé de respirar. Recordaba su cara a la perfección, incluso la pequeña y casi imperceptible cicatriz que tenía justo debajo de la ceja.

—Summer —susurró.

Cerré los ojos. En el sótano, me había imaginado muchas veces a Lewis pronunciando mi nombre, y ahora que lo tenía delante de mí, lo había dicho justo en el tono con el que había soñado, y con el mismo brillo en los ojos. De pronto, mi nombre no me resultó tan extraño.

Clavó sus preciosos ojos verdes en los míos, y me sentí en una nube. Todavía me miraba de la misma manera. ¿Era posible? ¿De verdad me había esperado? Quería creerlo con todas mis fuerzas, pero siete meses y medio era mucho tiempo. ¿Cuánto hacía que pensaba que estaba muerta? ¿Habría empezado a pasar página? Él seguía buscándome, pero ¿quería eso decir que me siguiera queriendo?

Tenía muchas preguntas, pero me pareció que no sería capaz de formular ninguna de ellas. Él abrió y cerró la boca un par de veces. Supongo que tampoco consiguió encontrar las palabras adecuadas. Estaba tan perdido como yo. Siempre creí que nuestro reencuentro sería romántico: la chica rescatada se arroja a los brazos del chico y se besan.

—¿Lily?

Di un salto al oír la voz de Poppy. Miraba a un lado y a otro nerviosa, evitando establecer contacto visual con nadie. Me deshice de la fina manta que me cubría las piernas y bajé de la cama. Cuando me incorporé me mareé y di tumbos al intentar caminar.

Lewis ahogó un grito:

—¡Summer!

Mi madre empezó a protestar y me ordenó volver a la cama. Hice caso omiso de las órdenes de mi familia y corrí hasta los brazos abiertos de Poppy. Ella rompió a llorar. Quería irme a casa. No al sótano, pero a alguna parte con Rose, Poppy y Violet. No me sentía a salvo sin ellas.

—¿Estás bien? —pregunté, mirándola de arriba abajo frenéticamente.

¡Él la había apuñalado!

Asintió.

—Sí, estoy bien. No era un corte profundo. Pero Violet..

Se le escapó un sollozo.

¿Qué?

—¿Qué le pasa? Tú has estado con ella. Me han dicho que estabas con ella.

¿Se encuentra bien?

Poppy lloró con más fuerza sobre mi hombro y negó con la cabeza.

«No.»

—Pero... no es posible...

«Violet ha muerto.»

Clover la había matado.

Me derrumbé, apoyada en Poppy. Mi cuerpo empezó a sacudirse. Me dolía muchísimo. Al final, Violet había muerto. Me deshice en lágrimas. ¿Por qué no podía todo terminar de una vez?

—Rose. ¿Dónde está Rose? —dije entre sollozos y con una opresión en el pecho.

—Está en el hospital, pero no me permiten verla.

Me solté de ella y me enjuagué las lágrimas, pero era inútil: lágrimas nuevas reemplazaban a las antiguas casi al instante.

—Quiero verla. Tenemos que decírselo a alguien.

—¡Summer, para! —dijo Henry, agarrándome del brazo.

Yo me solté de un tirón y di un paso atrás.

—Tienes que volver a la cama.

Le di la espalda. Mi propio hermano me parecía un extraño.

—¿Sabes dónde está? —le pregunté a Poppy.

—No, lo he preguntado cientos de veces, pero no me dicen nada.

La puerta volvió a abrirse y Cecilia entró.

—Poppy, no puedes estar aquí. —Negó con la cabeza—. Y tú, Summer, deberías estar en la cama.

—Lily. —Al corregirla, me quedé helada.

¿Lily? Retrocedí, sorprendida de mí misma. ¿Qué? «No.» Incapaz de reaccionar, volví a la cama. ¿Por qué había dicho eso?

—¿No podéis simplemente averiguar qué tal está Rose? —Los ojos se me llenaron de lágrimas—. ¿Por favor?

Cecilia asintió.

—Haré lo que pueda. Vuelve ahora mismo a tu habitación, Poppy. Podrás visitarla más tarde, te lo prometo.

¿Por qué no llamaban Becca a Poppy? ¿Acaso no había venido nadie a verla que pudiera decir a los médicos la verdad? Me sobrecogí. Estaba segura de que su familia vendría. Poppy se fue sin rechistar, y yo me quedé sola de nuevo. Bueno. En realidad, no estaba sola.

Con el rabillo del ojo, vi a Lewis mirarme como si me hubiera vuelto loca. Probablemente fuera así, pero en ese momento no estaba segura de nada. ¿Quería hablar con él? Sí, pero no sabía cómo hacerlo. ¿Qué iba a decirle? Las cosas tenían que haber cambiado para él, habían pasado siete meses y medio. No habíamos roto de manera oficial, así que no estaba segura de qué éramos. ¿Y yo? ¿Qué quería? Que estuviéramos juntos, claro, pero no sabía cómo hacerlo. Yo ya no era la misma Summer de la que él se había enamorado. No tenía nada que ofrecerle.

Me picaban los ojos. «Está aquí conmigo.» Quería lanzarme a sus brazos, pero tenía miedo.

—¿Podrías darnos un minuto, por favor? —pedí, mirando a los pies de la cama.

Entenderían que quería que me dejaran a solas con Lewis.

Mi familia salió de la habitación, y él se sentó a los pies de la cama, delante de mí. No podía posponerlo más, tenía que mirarlo. No podía usar más distracciones como excusa. «Es Lewis. ¿Por qué tengo tanto miedo?»

—Sum —susurró.

Cuando lo decía él, mi nombre no sonaba tan raro. Era como si volviese a tener sentido, y me acordé de todas las veces que me había llamado antes.

—Mírame, cariño.

Me quedé sin aliento. «Cariño.» No fui capaz de volver a respirar. Tragando saliva, lo miré a la cara. Me observaba con los ojos cargados de amor y alivio. Lo había echado muchísimo de menos. No había pasado ni un solo día en el que no hubiera pensado en él. Había oído que el amor verdadero se encontraba cuando una pareja superaba una situación dura. ¿Sería esa la nuestra? Seguía queriéndolo muchísimo, y parecía que él sentía lo mismo. No era tan ingenua como para creer que saldríamos juntos del hospital y viviríamos felices para siempre (después de todo, los finales felices eran para los cuentos de hadas), pero, al menos, mis esperanzas de que las cosas salieran bien aumentaron.

En los labios de Lewis se dibujó lentamente una de las sonrisas más bonitas que había visto en mucho tiempo.

—Hola —susurró.

Yo sonreí, imitándolo.

—Hola.

La situación era un poco rara. Nunca nos habíamos sentido así. Siempre habíamos estado cómodos el uno con el otro, porque lo conocí antes de empezar a salir juntos.

Nos quedamos otra vez en silencio. Jugueteeé con el tejido suave del camisón de hospital que llevaba puesto. «¿No se te ocurre nada mejor?» ¿Seguiríamos así? Quizá tendríamos que volver a conocernos. Yo ya no era la misma y no sabía si lo sería de nuevo.

—¿Cómo estás?

Frunció el ceño, y negó con la cabeza, como si se regañara para sus adentros.

«Sí, Lewis. Una pregunta estúpida.»

—Estoy bien.

Arqueó una ceja.

—¿Qué es lo que de verdad quieres preguntarme?

Se mordió el labio y suspiró.

—Sum, tengo muchísimas preguntas y hay muchas cosas que me gustaría decirte, pero no encuentro las palabras.

Se echó hacia delante y el corazón me dio un vuelco. «¿Qué está haciendo?»

—Ahora mismo, solo me apetece abrazarte. Te he echado muchísimo de menos.

Me moví para quedarme sentada derecha, para indicarle que le daba permiso. Me estrechó en sus brazos y me pegó a su pecho. Me agarró el pelo tan desesperadamente que los ojos se me inundaron de lágrimas. Enterré la cabeza en su pecho y rompí a llorar, soltándolo todo. Saqué todo el horror, la tristeza y el miedo de los últimos ocho meses, y lloré hasta desgarrarme la garganta.

Lewis me abrazó, besándome de vez en cuando en el cuello.

—No pasa nada, cariño. Ahora estás a salvo. Te quiero muchísimo.

Seguro que estaba muy incómodo en esa postura, pero no se movió ni un centímetro. Noté cómo su cuerpo se sacudía y supe que estaba llorando. Lewis no lloraba. Nunca lo había visto llorar y se me rompió el corazón.

Quería reconfortarlo y pedirle que parase, pero yo tampoco podía parar. Mi sensación de alivio era tan grande que me sentía completamente abrumada. Él estaba ahí de verdad, no era un sueño. No estoy segura de cuánto tiempo estuvimos abrazados, pero me parecieron horas. Su olor me rodeaba y me sentía como en casa.

Cuando por fin me soltó, me dejé caer otra vez en la cama, exhausta. No había hecho nada, pero estaba cansadísima.

—Lo siento, necesitas descansar —dijo él, tirando de la manta para arroparme.

Me miró, como si quisiera memorizar cada milímetro de mi cara. Seguro que tenía un aspecto horrible, llena de cortes y moratones. Dejé caer la vista hasta la almohada, porque no soportaba ver cómo me miraba. Me sentía demasiado vulnerable. Lewis podía ver a través de mí mejor que nadie, seguramente porque se lo había contado todo. Para él no había mentiras.

Me mordí el labio y jugueteé con los dedos.

—¿Ya te vas?

Negó con la cabeza.

—No me voy a ninguna parte. Ni ahora, ni nunca.

Yo sonreí, orgullosa.

—Acosador.

Él se rio entre dientes, llenando toda la habitación con su risa, y me cogió de la mano, para besarme los nudillos.

Me quedé dormida sonriendo.

Summer

Sábado, 26 de marzo (presente)

Me arrodillé y dejé las margaritas en la tumba de Layal. Becca hizo lo mismo con Rose, dejando un montón de rosas rojas. Es lo que a ella le habría gustado. Poppy (Becca) y yo nos habíamos estado llamando por nuestros verdaderos nombres desde que salimos del hospital, pero llamarla Becca y escucharla llamarme Summer se me seguía haciendo raro.

Echaba tanto de menos a Rose y a Layal que me dolía. Ellas se habían convertido en mi familia, y yo me despertaba cada mañana con la esperanza de que estuvieran allí. Me sentía culpable por no haber podido ayudar a Rose, aunque no sabía si habría sido capaz de hacer algo. Pese a todo, cada vez que pensaba que mientras yo había estado recibiendo los cuidados y las atenciones de mi familia, Rose había muerto sola, de una sobredosis de medicación, me odiaba a mí misma.

—Lo siento —les susurré a ambas.

Lamentaba no haber encontrado una manera de ayudar a Rose y lamentaba no haber defendido mejor a Violet.

Becca me cogió de la mano.

—Que ellas estén aquí no es culpa tuya, Sum.

Yo ya lo sabía, pero eso no me hacía sentir mejor. Por lo visto, sufría algo llamado «culpa del superviviente». Ellas murieron y yo conseguí salir viva.

—Deberíamos irnos. Tienes que estar pronto en casa.

Asentí. Mi familia prácticamente no me había dejado salir desde mi regreso. Observaban todos y cada uno de mis movimientos, y no podía ni salir a la puerta sin que uno de ellos me siguiera.

—Volveré pronto —les prometí a Rose y a Violet.

Caminamos de vuelta a la carretera.

—Entonces, ¿vendrás esta noche? —le pregunté.

Becca asintió con la cabeza.

—Sí, llegaré sobre las seis y media.

—Así me gusta.

Puso los ojos en blanco y nos cogimos del brazo. Durante los diez días anteriores habíamos pasado casi todo el tiempo juntas. Ambas habíamos trabado una buena amistad con la familia de la otra. Nuestra situación nos había unido a todos. Becca y Henry también parecían muy unidos; de hecho, tenía la impresión de que muy pronto estarían juntos, como pareja. Ahora bien, antes, Becca debía superar su miedo a no ser lo suficientemente buena. Deseaba que lo consiguiera porque se merecía ser feliz, aunque me parecía repugnante que fuera con mi hermano. Me recordé a mí misma que tenía que decirle que comprase una casita de campo para que ella pudiera vivir la vida con la que siempre había soñado.

El coche del hermano de Becca estaba aparcado junto al de Lewis, donde él me estaba esperando. Con gesto de preocupación, salió del coche de un salto mientras nosotras cruzábamos la verja. Me sorprendía que no le hubieran salido canas prematuramente.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, solo me apetece volver a casa y relajarme —respondí, mientras me acomodaba en el asiento del copiloto.

Vi que fruncía el ceño, dolido, porque me había metido en el coche en lugar de ir hasta él. «Sigue tu propio instinto.» Después de lo de Clover, no me había sentido demasiado bien con Lewis. Estaba convencida de que seguía conmigo solo por lástima. Él lo sabía todo, así que ¿cómo iba a quererme? Lewis estaba enamorado de la antigua Summer, y era cuestión de tiempo que se diera cuenta de que yo ya no era ella.

Él subió al coche y se volvió hacia mí. El hermano de Becca arrancó, y los vi desaparecer al girar la esquina.

—Te quiero —susurró, mirándome a los ojos.

No lo dudaba, pero eso para mí ya no era amor.

—Yo también, Lewis.

—¿Pero?

—Sin peros.

Arqueó las cejas.

—Te conozco, Summer. Sé que me estás ocultando algo.

Suspiré de frustración.

—Lewis, ¿qué tal si lo olvidamos y volvemos a casa?

Nos miramos el uno al otro. No estaba dispuesta a ceder. No quería admitir cómo me sentiría si él se diera cuenta.

—Becca se va a quedar a dormir.

—Bien. ¿Crees que pasaremos juntos una noche pronto?

Me quedé helada. ¿Solos para hacer qué?

—¡No va con segundas! —exclamó, frunciendo el ceño—. Summer, nunca tendrás que hacer algo que no quieras conmigo, nunca. No quiero forzarte. Joder, ¡lo que quiero es matar a ese cabrón!

Sonreí.

—Esa boca.

Él también sonrió, tranquilizándose.

—Lo siento. Pero, recuerda, no tienes que hacer nada conmigo que no quieras. Nunca. Ya lo sabes.

—Sí, lo sé. Mira. Clover era... —Fui bajando la voz, sin saber qué decir. No había forma de decirlo de buenas maneras—. Con él yo no tenía opción y ahora me siento... eh... —No quería decirlo en voz alta, porque lo haría más real. Sucia, asqueada, utilizada, miserable—. No me desagrada la idea de que... tengamos relaciones, pero no estoy lista. No sé cuándo lo estaré. O si volveré a estarlo.

—Summer, escúchame, por favor. Nunca te presionaré. Puedo esperar todo el tiempo que necesites. No todos los chicos van a lo que van. No necesito el sexo. Ya sabes que tengo cierto autocontrol.

Sonreí.

—Lo sé. Lo siento. Ya sé que lo tienes. Es solo que no quiero que te aburras.

—¿Aburrirme? Eso es lo último que siento. Mira, Sum, llegué a pensar que no volvería a verte. El sexo no es una prioridad para mí. En serio, olvídale. No te preocupes por eso. De hecho, ni siquiera mencionaré el tema. Cuando estés lista, si lo estás, lo hablaremos.

Tragué saliva. ¿En serio estaba dispuesto a hacer eso?

—¿En serio?

—Claro. Vale, ¿te apetece ver una película de miedo o una comedia? —preguntó él, cambiando de tema muy eficazmente.

¿Quedaba en el mundo del cine algo de terror? Todo lo que solía asustarme ahora me parecía una estupidez. Una vez que has vivido tu propia pesadilla, nada está a la altura.

—Lo que tú prefieras.

—¿Qué tal si dejamos que lo decida Henry?

Me encogí de hombros.

—Sí, lo que sea.

Él sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué pasa?

—Has dicho «lo que sea». Hacía tiempo que no lo oía.

Puse los ojos en blanco.

—¿Qué quieres ver? —le preguntó Lewis a Henry cuando entró en mi cuarto.

Él respondió de inmediato:

—¿*Halloween*? —preguntó, frunciendo el ceño—. Summer, eeh...

Volví a poner los ojos en blanco.

—No soy una cría. Pon lo que quieras.

—Pero ¿no es...?

—Henry, tú ponla. No necesito que me trates de una forma especial. ¿Vale?

Había pasado por un montón de mierda, pero eso no quería decir que quisiera que todo el mundo me tratase como si fuera de cristal. Antes de lo de Clover, se hubieran metido conmigo por asustarme de la sangre falsa y los actores gritones. Si quería pasar página y volver a encontrar a Summer, necesitaba que la gente me tratase como siempre lo había hecho.

Henry no dijo nada más; puso la película y se sentó a mi lado.

—¿A que ya tienes miedo...? —me chinchó Henry, cuando la película ni siquiera había empezado.

Sonreí, dándole las gracias en silencio por comportarse con normalidad.

—Todavía no, pero te lo diré cuando lo tenga. ¿Dónde están las palomitas?

Esbozó una leve sonrisa.

—Mamá las traerá dentro de un minuto.

La película empezó, y deseé asustarme para comprobar que, al menos, aún quedaba viva una pequeña parte de mí. Cuando comenzaron a matar a la gente, ni me inmuté. Para mí era como ver a mamá cocinando un pastel. Había visto demasiada violencia real para que me afectara algo de la película. ¿Seguiría sin sentir nada incluso si veía cómo mataban a alguien delante de mis narices? Por una parte, esperaba que así fuera. No quería volver a experimentar ese terror puro que sentía cuando le quitaban la vida a alguien; pero había llegado un punto en el que podía desconectar casi completamente, sobre todo si se trataba de un desconocido.

—¿Estás bien, Sum? —preguntó Henry, sonriéndome.

Fruncí el ceño.

—Sí. Ya no me asusta.

Sabía que ellos gesticularían y sentirían lástima por mí, así que me centré en ver la peli. En cuanto aparecieron los créditos, Henry salió corriendo de la habitación. Creo que metí la pata al decirle que eso ya no me asustaba. Era una estupidez, pero debería habérmelo guardado para mí.

Lewis me sonrió con tristeza. ¡Él también no!

—Me apetece ir a la fiesta de Ethan de esta noche —dije, intentando desviar su atención de cualquier cosa que le estuviese rondando la cabeza.

Kerri me había dicho que su novio, Ethan, iba a dar una fiesta pequeña y me había invitado. Solía encantarme que nos juntásemos todos en su casa para disfrutar de la noche.

—Necesito arreglar las cosas con Rachel.

Lewis me miró con expresión cansada.

—¿Por qué?

«¿Acaso no acabo de decirlo?»

—Pues para arreglarlo.

—Vale, eso ya lo he pillado, Summer. Pero ¿por qué?

—Porque es mi amiga y se siente mal. Lo que me pasó no fue culpa suya.

Él se encogió de hombros y bajó la mirada. Se sentía culpable.

—Lewis, el único culpable es Clover. Por favor, deja de martirizarte —susurré, a la vez que me acercaba a él y apoyaba la cabeza en su hombro—. Te quiero.

Él suspiró y me rodeó con un brazo.

—Yo también te quiero, Summer, es solo que...

—Chist. No digas nada. No tenías forma de saberlo. Odio que te sientas tan culpable por algo sobre lo que no tenías control alguno.

Sonrió levemente y asintió. Sabía que en realidad no me estaba escuchando y deseé poder hacer algo para que se diera cuenta de que él no era culpable de nada; pero Lewis era muy terco, y tendría que darse cuenta él solito. Esperaba que no tardase mucho, porque odiaba ver que se sentía como una mierda.

—Entonces, ¿de verdad quieres ir a esa fiesta?

—Sí. No habrá más de cinco o seis amigos; pasarán el rato y quizá jueguen al Guitar Hero. No creo que la cosa se desmadre.

—Vale. Vamos.

—Yo iba a ir de todos modos.

Él sonrió divertido, con los ojos brillantes.

—Tan cabezota como siempre.

—Mira quién habla. Ah, y Becca viene también.

Asintió.

—Espera. ¿Quieres empezar a arreglarte ya?

Miró el reloj, y yo ya sabía lo que me iba a decir.

—Solo quedan cinco horas para irnos —me chinchó.

Puse los ojos en blanco.

—Sabes que no tardo tanto.

—Estoy muy orgulloso de ti.

¿Qué? ¿A qué venía eso? Menuda forma de cambiar de tema.

—Estás llevando todo esto muy bien. Mejor que cualquiera de nosotros.

«¿Acaso tengo otra opción?» No quería que Clover me arruinase la vida. En el fondo, sabía que lo estaba sobrellevando demasiado bien. Tenía el número de un buen terapeuta en un folleto que me habían dado en el hospital. Pero, en ese momento, disfrutaba de estar «bien».

—Creo que voy a darme un baño esta noche.

Lewis frunció el ceño.

—Vale. ¿Todo bien?

—Sí, Lewis.

Si me hubieran dado una libra cada vez que alguien me preguntaba si estaba bien, me habría hecho multimillonaria.

Él asintió a regañadientes y me soltó. Lo miré al salir. Parecía preocupado, como de costumbre. Aún no podía creerme que hubiera dedicado cada día de mi cautiverio a buscarme.

Mientras yo estaba allí abajo, él había estado en la casa. Deseé haberme enterado en aquel momento, para saber que volvía a estar cerca de él. Aunque nada de eso importaba ya: estábamos juntos y habíamos vuelto a la normalidad, fuese la que fuese ahora.

Cerré con pestillo la puerta del baño y me miré en el espejo. Me sentía como si fuera dos personas. Lily era la víctima, a la que habían hecho daño, de la que habían abusado; mientras que Summer, por su parte, era la persona a la que había vuelto. Al menos Clover había hecho eso por mí: cuando me dio un falso nombre, me dio una forma de escape, de desconexión. ¿Cuánto faltaría para que Summer y Lily colisionaran?

Habían encerrado a Clover en una unidad psiquiátrica segura. Me pregunté cómo se sentiría al estar aislado, si estaría tan asustado y agobiado como yo. Esperaba que así fuera. Por lo menos, él tendría todo tipo de ayuda para ordenar el caos de su mente. Al principio me fastidió que no fuera juzgado, después de

que su defensa alegase que no tenía la estabilidad mental suficiente; ahora, en cambio, mientras permaneciera encerrado y supiera que no podía hacerle daño a nadie, lo aceptaba.

Lewis me apretaba la mano cuando pasamos con el coche por delante del parque en dirección a la casa de Ethan. Se me encogió el estómago cuando vi el sitio donde Clover me había secuestrado. Se me heló la sangre cuando recordé la primera vez que me llamó Lily y me arrastró a su furgoneta. Cerré los ojos con fuerza. «No pienses en eso.»

—¿Estás segura de que esto es buena idea? —preguntó Lewis al aparcar.

—Sí. Vamos.

Estaba segura, pero también me sentía nerviosa por ver a todo el mundo otra vez. Henry venía detrás con Becca. Él se mantuvo cerca de ella y ella parecía muy feliz.

Kerri salió corriendo de la casa y casi arranca mi puerta.

—¡Summer! —exclamó, al tiempo que tiraba de mí.

Yo sonreí y la abracé mientras ella me daba un abrazo de oso con el que casi me rompe un par de costillas. Había echado de menos esos abrazos.

—Hola —dije, recuperando el aliento.

Kerri me tiró del brazo y sonrió.

—Me alegro mucho de que hayas venido. No estaba segura de que lo fueras a hacer.

Kerri y yo solo habíamos hablado dos veces desde que había vuelto, pero nos habíamos mandado mensajes casi a diario.

—Me he decidido hace un par de horas. ¿Está Rachel?

—Sí, está dentro. No estás enfadada con ella, ¿verdad?

—No, ya sabes que no.

¿Por qué no podía la gente entender que yo solo estaba enfadada con Clover? Nadie tenía una bola de cristal para ver lo que iba a pasar.

—Vamos. Me estoy quedando helada.

Entré en casa de Kerri. Lewis venía detrás de mí, como de costumbre. Contuve la respiración cuando Ethan, Beth, Rachel y Jack me miraron.

—Hola —saludé, nerviosa.

Ethan levantó una botella de Malibú y dijo:

—¿Quieres?

Y, así de fácil, recuperé a mis amigos.

—¿Podemos hablar? —le pregunté a Rachel.

Habíamos estado sentadas en el cuarto de estar bebiendo y comiendo porquerías durante media hora, y yo de veras tenía ganas de arreglar las cosas con mi amiga. Rachel había estado callada, evitando establecer demasiado contacto visual conmigo.

—Vale. ¿Cocina?

Andamos la una al lado de la otra, algo incómodas. Me mordí el labio y me senté junto a la encimera.

—Summer, lo siento muchísimo...

Levanté la mano.

—Rachel, para. No quiero que me pidas perdón. —No quería que nadie lo hiciera—. No fue culpa tuya, así que, por favor, no me digas que lo sientes. Quiero que estemos bien.

Por Dios, me sentía como un loro, repitiendo lo mismo una y otra vez.

Ella se quedó con la boca abierta.

—Pero... ¿cómo? Después de lo que te ha pasado, de lo que él te ha hecho... Si no hubiera sido por mí, nunca hubieras estado allí...

—Hay muchos «si no hubiera...». Pasó, y es todo culpa de él. ¿Vale?

Vi lágrimas que afloraban en sus ojos y se me encogió el corazón. ¡Estupendo! Nada me apetecía menos.

—¡No llores, que lloro yo también!

Se enjugó las lágrimas.

—No puedo evitarlo. Entonces, ¿estás bien?

Sí y no.

—Lo estaré.

—¿Estás viendo a alguien por lo que pasó?

—No, pero lo haré pronto.

Asintió.

—Creo que eso sería buena idea.

—En el fondo, yo también, pero quiero seguir viviendo un poco más en la negación.

—La negación es muy común por aquí.

Sonreí y me apoyé en la encimera.

—Lo entiendo perfectamente. ¿Volvemos?

Becca y Henry estaban en su mundo, charlando, pero no quería dejarla sola mucho tiempo. Tanto por ella como por mí

—Claro. Estamos bien, ¿verdad?

Asentí y arrastré el taburete.

—Por supuesto —respondí, mientras le daba un abrazo de lado cuando íbamos al salón.

Domingo, 10 de abril (presente)

Bajé la escalera cuando oí la voz de Lewis. No se había separado apenas de mi lado desde que había vuelto, pero la noche anterior le hice quedarse en su casa. Ya era mayorcita, y aunque no me gustaba dormir sola, tenía que hacerlo. Las cosas se iban normalizando. Bueno, al menos, eso parecía. Todo el mundo andaba con pies de plomo conmigo, pero no tanto como al principio. Había conseguido tener un minuto de paz para ir al baño sin que nadie viniera en mi búsqueda.

Lewis sonrió de oreja a oreja al verme y se me encogió el corazón. Seguía sintiendo lo mismo por él, pero algo había cambiado. Yo. Había cambiado y ya no era la chica de la que él se había enamorado. Él me había dicho que no le importaba, que me quería tanto como antes, o incluso más. Lo estábamos intentando, y siempre que él quisiera, querría yo.

—Hola —me saludó, antes de rodearme con los brazos y enterrar la cara en mi pelo.

Me besó el cuello de forma más libidinosa que de costumbre y me sentí mal; me había dicho que no le importaba prescindir del sexo, para siempre incluso, lo que era algo ridículo porque qué chico haría eso, pero yo no podía evitar sentirme culpable por no querer estar con él.

—Hola. ¿Ves? He pasado la noche sin problemas —lo chinché.

No sé qué creía que podría ocurrirme de noche si él no estaba a mi lado. Había dormido. Nada más.

Él movió la cabeza de un lado a otro, divertido por la broma.

—Me alegra oír eso. Pero, entonces, ¿no me has echado de menos?

—¿Te refieres a si he echado de menos que me clavases el codo en el costado? No, lo siento, pero no.

—Gracias. Eso me hace sentir especial —respondió él con sarcasmo.

Sonreí. Eso se parecía mucho a la normalidad, a como solíamos comportarnos.

—Venga. Vamos fuera.

Él frunció el ceño, desconcertado.

—¿Vamos a pelearnos?

—No, tonto. Bar-ba-coa.

—¿En abril?

Me encogí de hombros.

—Hace buen tiempo, y papá tiene un montón de filetes.

¿De verdad necesitaba una razón para hacer una barbacoa? Me gustaba estar fuera después de haber estado encerrada bajo tierra durante siete meses y medio. Al principio casi me resultó doloroso, porque los ojos me picaban y me sentía demasiado expuesta; pero ahora nunca tenía bastante libertad, aunque no soportaba estar sola en la calle.

—Me parece bien.

—Hoy he hablado con Michael.

Lewis se puso tenso y frunció el ceño.

—¿Qué te ha dicho? ¿Habéis hablado sobre ese cabrón?

«Ese cabrón» era la forma que tenía Lewis de referirse a Clover o Colin, como quisieras llamarlo.

—Sí —continué, sin hacer caso de su expresión de asco—. Parece ser que está respondiendo bien al tratamiento.

—Mmm. —Sonó casi como un gruñido—. ¿Y tú te lo crees?

—Yo creo que los médicos lo creen.

Clover era inteligente y un maestro en actuar con normalidad. No me cabía duda de que se las apañaría para engañar a los médicos, aunque eso no le serviría de nada, porque jamás lo soltarían.

—¿Estás bien? Ya sabes que, pase lo que pase, nunca dejaría que se acercara a ti, ¿verdad?

—Por supuesto —mentí.

Sonreí, y me di la vuelta para salir al jardín. Lewis me siguió, cogiéndome fuerte de la mano, como si no estuviera seguro de que alguien pudiera ayudarme si Clover consiguiera escapar. A mí no me cabía duda de que si lo lograba o si lo liberaban, nos buscaría para que volviéramos con él. Clover creía que éramos su familia; y cada vez que mataba o secuestraba, quedaba demostrado de lo que era capaz de hacer por ella.

En cualquier caso, por ahora no tenía de qué preocuparme. De momento, pensaba celebrar una barbacoa con la gente a la que quería y disfrutar del suave tiempo que estaba haciendo esa tarde de abril. Así, durante un rato, no tendría que fingir que estaba bien.

El sótano

Natasha Preston

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Cellar*

© 2014 Natasha Preston

© de la traducción, Julia Alquézar, 2017

© de la imagen de cubierta, Evgeny Karandaev/Shutterstock Images Cover iCCover.

© Editorial Planeta, S. A, 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Crossbooks

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17691-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com